

UNA HISTORIA REPLETA DE PRIMERAS VECES

VIDA
prestada

NEREA VARA

VIDA PRESTADA

NEREA VARA

*A Marta, por tu amor y cariño incondicional.
Por iluminar mi camino con esa sonrisa.*

PRÓLOGO

Mi amiga se lleva el dedo a los labios para pedirme que guarde silencio, asiento y la sigo entre los matorrales, a oscuras y con un frío poco común para estar todavía en octubre. A pesar de haber hecho esto casi a diario desde hace meses, todavía no dejo de sentir culpabilidad por mentir a madre y padre, lo que Chloe y yo hacemos no está bien, es pecado y lo sabemos, pero no podemos evitarlo.

Cuando nos perdimos el pasado mes de febrero, de camino a hacer unas diligencias, y encontramos la cabaña, supimos que nuestro camino se torcería. Anocheció y nos alejamos mucho, tanto que cruzamos las lindes de nuestro pueblo y dimos con una pequeña casita de madera, rústica y algo carcomida por la humedad y el tiempo. Curiosas por no haber abandonado nunca antes Silencetown, nos acercamos con cautela y divisamos que una de las ventanas estaba entreabierta. Dudamos varios minutos sobre qué hacer, debatimos y cambiamos de opinión en numerosas ocasiones, sin embargo, las dos teníamos demasiada inquietud; esto era algo nuevo para nosotras.

La sorpresa fue mayor al descubrir que no se trataba de una casa como la nuestra, en absoluto. Tenía una televisión, radio, lámparas y todo tipo de aparatos eléctricos de los que los maestros hablan a veces en las clases, y los cuales hemos visto en dibujos en nuestro libros. Ambas intercambiamos una mirada excitada y dibujamos una sonrisa nerviosa por el descubrimiento que acabábamos de hacer. «¿Cuál es tu propósito?» Cuestioné cuando se acercó al televisor y apretó un botón, sin obtener resultado alguno. «Debe de estar estropeada», contestó ella.

Recorrimos el lugar, toqueteando y analizando todos los nuevos aparatos que encontrábamos, maravilladas y ansiosas por estar viendo por primera vez en personas aquellos extraños objetos. Entonces ella movió algo que había pegado a la pared y todas las luces de la cabaña se encendieron, ambas nos llevamos la mano a la boca, emocionadas y a la vez muertas de miedo por saber que lo que estábamos haciendo no estaba bien. Estábamos rompiendo numerosas normas.

Desde ese día, hemos regresado casi a diario, excepto en agosto, cuando la que suponemos es la familia dueña de la casa, pasó un par de semanas en ella. Nos llevamos un buen susto la tarde en la que nos acercamos y vimos un vehículo a motor, risas de niños llegaron hasta nuestros oídos e incluso un perro ladró ante nuestra presencia. Enseguida nos escondimos tras los árboles y dimos las gracias a Dios por ser ordenadas y dejar todo igual que lo encontramos.

Nos encanta pasar las horas delante de la televisión, descubriendo el mundo a través de ella, viendo noticias y enterándonos de las cosas que suceden en el país que habitamos, los Estados Unidos de América.

En ese mundo al que ninguna de las dos pertenecemos.

Hemos descubierto que amamos el cine, las películas de risa sobre todo, además de la música y los programas de cocina, en los cuales usan ingredientes que ni tan siquiera conocíamos, pero que parecen deliciosos por las expresiones de las personas que los prueban.

Son las ocho de la tarde cuando llegamos a la cabaña, entramos por la puerta y encendemos la luz de la lamparita, nuestra preferida, antes de sentarnos en el sofá. Yo lo hago en el naranja cubierto por una manta roja de tela, y Chloe en el sillón marrón de cuero gastado. Sujeto entre mis manos el aparato que cambia los canales a distancia y ambas nos sonreímos mientras voy mirando lo que ponen hoy. Es maravillosos que cada día sea una sorpresa.

—Mason Fox ha vuelto a protagonizar una bronca a la salida de una conocida discoteca de Sunset Boulevard —explica una señora en un programa de noticias.

—Sube el volumen. —Mi amiga se inclina en el sofá y pone atención.

—Al parecer todo fue debido a un malentendido entre su asistente y el guardaespaldas del conocido actor Richard Kens. Fox salió en defensa de su asistente y todo se descontroló durante un par de minutos.

—Madre mía —dice Chloe cuando ponen en pantalla el video.

Se ve con claridad cómo Mason grita al guardaespaldas de Richard, el asistente se mete en el coche y le pide que deje la discusión y lo siga, pero él no se detiene hasta que es su propio guardaespaldas el que interfiere.

—Este chico no aprende. —Suspiro y me recuesto en el sofá.

Conocimos a Mason Fox poco después de encontrar la cabaña y descubrir el funcionamiento de la televisión. Es un cantante de veintitrés años que tiene mucho éxito y consigue que todas las chicas se vuelvan locas cuando lo ven, protagoniza noticias continuamente y, al parecer, le encanta que hablen de él. Chloe está enamoradita, la muy tonta. No se da cuenta de que está completamente fuera de su alcance, de que jamás podrá verle ni tan siquiera en persona. Ese no es nuestro mundo.

Me llamo Savannah Dixon y soy Amish.

FICHA TÉCNICA

MASON FOX

“Mason Joe Fox” (*Philadelphia*, Pensilvania, 26 de diciembre de 1994), más conocido como “Mason Fox” es un cantante estadounidense. Su madre, la actriz Olivia Janet Tozier contrajo matrimonio con el padre de Mason, Darren Fox, hace veintitrés años. Se divorciaron cuando Mason tenía tan solo un año y, desde entonces, vivió entre ambas casas hasta que cumplió los diecisiete, edad a la que firmó su primer contrato con el sello discográfico “Lightning Records”.

En Navidad de 2011 publicó su primer sencillo «Girl, I'm ambitious», el cual le lanzó a la fama al posicionarse en lista del *Bullboard* 100, llegando a la primera posición en apenas unos días.

Vida personal

Mason Fox nació en la ciudad de *Philadelphia*, cuando su madre apenas tenía diecisiete años y todavía vivía con sus padres. Inexperta y comenzando con su carrera profesional como actriz, contrajo matrimonio con Darren Fox, su vecino de toda la vida con el que tan solo llevaba saliendo cuatro meses. Se mudaron a un par de calles, pero la historia de amor apenas duró un año, tras el cual se divorciaron de forma amistosa y compartieron la custodia.

Fue educado en un ambiente fuera de violencia y alejado de los peligros del mundo, algo en lo que su madre insistía debido a su experiencia en Hollywood. Mason pasaba medio año en *Philadelphia*, con su padre, y otros seis meses en Los Ángeles, con su madre. Tenía lo mejor de ambos mundos: la tranquilidad de su ciudad natal junto a su padre, el cual se dedicaba a la electricidad, y los focos y la fama de Hollywood con su madre.

Carrera musical

Primer disco: Hometown

Gracias a la influencia de su madre, y su vida entre los focos y la fama, no fue difícil que el famoso representante y directivo de “Lightning Records”, Kenai Sanders, se fijara en él. Fox tenía diecisiete años recién cumplidos cuando la discográfica lanzó al mundo su primer sencillo «Girl, I'm ambitious», la cual interpretó en los premios anuales “Hey, América” del año siguiente, ganando el premio a artista revelación. La acogida fue tan grande que en pocos meses salió a la venta su primer disco «Hometown», batiendo todos los récords de las listas.

En 2012 despegó su carrera sin ninguna duda, llegando a ganar premios tales como “El más querido por los fans” y “Mejor video musical” con su segunda canción «Calíope». Tanto ésta como «Girl, I'm ambitious», se convirtieron en platino en pocos meses, dejando claro que el nombre de Mason Fox no pasaría desapercibido.

Tras eso, “Lightning Records” publicó dos canciones más en exclusiva para Tunes: «Odyssey»

y «Cause sometimes people thinks», las cuales se posicionaron entre las primeras diez de "American Hot 100" y "What to listen?". Posteriormente, lanzó a través de la radio «Back home», canción que conmovió profundamente al mundo al relatar experiencias de su antigua y nueva vida.

Segundo disco: Back to me

La carrera musical y la fama de Mason Fox ascendió hasta límites extremos en los próximos años. El 24 de marzo de 2014 lanzó «Sex in the Scala» la primera canción de su segundo disco «Back to me». El videoclip de éste primer single, al igual que la letra, causó gran revuelo entre el público, dejando ver que el pequeño de Hollywood ya no lo era tanto. El segundo día de su lanzamiento consiguió el primer puesto de todas las listas de Estados Unidos e Inglaterra. «Summer in my bed» vio la luz una semana después. Fue la primera colaboración de Mason, animado por sus fans que pedían a gritos que hiciera una canción con Emilia Price, con la cual se le relacionó durante semanas hasta que confirmaron su noviazgo en junio de ese mismo año.

«What's going on?» fue la siguiente en reventar las listas, manteniéndose en el primer puesto durante más de siete semanas.

Tercer disco: Open Wounds

El 2 de abril de 2017 Fox volvió a los escenarios tras casi un año de parón musical. Lo hizo en los premios "Hey, América", en los cuales presentó el que sería uno de sus mayores éxitos hasta la fecha: «Not worth it». A este le siguieron varios más, como «Invincible» y «Executing sins» entre otros, formando su tercer y último disco hasta hoy «Open Wounds».

Vida sentimental

Desde que saltó a la fama, tan solo se le ha conocido una pareja estable: la famosa modelo y cantante Emilia Price, dos años más joven que él. Comenzaron a salir en abril de 2014, pero no lo confirmaron hasta junio, haciéndolo público a través de sus redes sociales. Estuvieron juntos hasta noviembre de 2015, mes en el que se hicieron públicas unas fotografías de la modelo en compañía de su representante Dixon Lorens, quince años mayor que ella. Poco después, admitieron públicamente que mantenían una relación, por lo que la suya con Mason Fox finalizó, dejando a éste desolado y provocando que se tomara un descanso de su vida pública. Desde entonces se ha visto a Fox en compañía de diferentes chicas, a la salida de discotecas, en viajes y en su coche, pero ninguna ha sido confirmada como pareja.

Los medios y la fama

A pesar de que la madre de Fox es actriz y él ha vivido en ese mundo desde siempre, no lleva muy bien el hecho de que le graben a cada paso que da. Con el tiempo ha llegado a acostumbrarse, pero no es algo que le agrade y lo deja en claro a cada ocasión que se le presenta. Ha protagonizado varios escándalos públicos debido a su sinceridad y sus malos modales frente a las cámaras, no dudando en insultar a los paparazzi cuando se acercan más de la cuenta.

Su influencia en las redes sociales es tal, que conocidas y reputadas marcas se le rifan como imagen. Es conocido por no pensar en las consecuencias de sus actos y de las cosas que publica, además de no importarle lo más mínimo.

Ha sido grabado en situaciones muy comprometidas, como fumando cannabis, conduciendo a

velocidades prohibitivas y en estados muy poco apropiados, además de no esconderse cuando intima con alguna chica. Un programa de televisión le hizo una pregunta tras uno de esos escándalos, refiriéndose a por qué actuaba de esa forma. Fox respondió lo siguiente: «Soy un chico joven que disfruta de la vida. ¿Por ser famoso no puedo fumarme un porro de vez en cuando o besarme con una chica en una discoteca? Pues que le j**** a la fama.» La frase se hizo viral en Twitter, dividiendo a las fans y creado incluso campañas de apoyo a Mason, que una vez más dejó claro que nadie impedirá que haga lo que quiera con su vida. El hecho es que este chico mueve millones con cada canción, anuncio, sesión o concierto que realiza.

Discografía

Álbumes

- * 2011: "Hometown"
- * 2014: "Back to me"
- * 2017: "Open Wounds"

Filmografía

- *2001: Summer with friends – Sam
- *2013: Criminales sin salida – Jacob

Giras

- * 2012: Hometown Tour
- * 2014: Fox World Tour
- * 2017: Invincible Tour

Premios

- *2012 || Artista revelación || Ganador
- *2012 || El más querido por los fans || Ganador
- *2012 || Vídeo musical || Ganador
- *2013 || Artista internacional favorito || Ganador
- *2013 || Solista o grupo favorito || Nominado
- *2014 || Vídeo musical || Ganador
- *2014 || Mejores fans || Ganador
- *2014 || Artista masculino favorito || Nominado
- *2014 || Artista más influyente || Ganador
- *2015 || Mejores fans || Nominado
- *2016 || Solista o grupo favorito || Nominado
- *2017 || Mejor canción «Not worth it» || Ganador
- *2017 || Mejores seguidores || Ganador
- *2017 || Vídeo musical || Ganador

CANCIONES

Hometown

Girl, I'm ambitious.
Calíope
Odyssey

Cause sometimes people thinks
Back home
Relief
Alone in the town
Take me to paradise

Back to me

Sex in the Scala
Summer in my bed
What's going on?
Broken sights
Scars on the doors
All this time
Honeymoon
Kisses in the dark
I'm falling

Open Wounds

Not worth it
Executing sins
Invincible
Love never existed
Criminals heart
Indomitable addiction

SAVANNAH DIXON

No puedo decir que ese sea el nombre que aparece en mi certificado de nacimiento, puesto que no tengo. Los Amish no creen en todo eso, vivimos ajenos al mundo y a sus normas.

Existimos desde 1693 y nos regimos por un conjunto de reglas basadas en la Biblia, llamadas Ordnung. Las comunidades Amish están repartidas por Estados Unidos, Canadá y diferentes zonas de Latinoamérica y América central, cada una de ellas con su propio código de conducta, aunque todas basadas en el Ordnung. Hay algunas, como la de los Stchberger, cuyas reglas son extremadamente estrictas; las nuestras son algo más permisivas, aunque no demasiado:

Las mujeres obedecerán a los hombres en todo, serán completamente sumisas. Antes que una misma, está su marido, padre y familia.

La educación será únicamente hasta octavo curso, equivalente a los catorce años, en los que se adquirirán los conocimientos básicos tales como escritura, lectura, alemán, matemáticas, salud, geografía y la Biblia. Después de esa edad, los varones aprenderán un oficio y las niñas serán instruidas en las tareas del hogar.

Los hombres llevarán la barba bien afeitada hasta que contraigan matrimonio, momento en el que comenzarán a dejársela larga. Su vestimenta constará de pantalón de color oscuro junto con

unos tirantes, camisa, chaleco y chaqueta, la cual no llevará botones, sino corchetes. Los botones están prohibidos puesto que están directamente relacionados con la vestimenta de las Fuerzas Armadas. También vestirán sombreros de ala ancha, negros o de paja.

Las mujeres vestirán largos vestidos de un solo color, los estampados están prohibidos. La largura será de once centímetros por encima de los tobillos, usando siempre medias bajo él. Además, llevarán un delantal blanco por encima y una cofia en la cabeza, la cual será blanca también hasta el matrimonio, y después pasará a ser de color negro. No llevarán joyas y no se cortarán el cabello, lo recogerán en un moño en la parte trasera de la cabeza y lo cubrirán con la cofia.

No conducirán vehículos a motor, pero sí podrán montar en ellos.

Las muñecas de los niños carecerán de rostro, costumbre basada en un pasaje de la Biblia: *"No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra"*.

No usarán ningún tipo de tecnología. Los móviles están prohibidos. Tan solo deberán hacer uso del teléfono comunitario que se encuentra en la iglesia cuando un miembro de esta te lo ordene expresamente por emergencia.

La televisión está prohibida.

Tomarse fotografías está prohibido.

No mentirán a su familia ni a los miembros de la iglesia.

No harán uso de la violencia, ni física ni verbal.

La electricidad está prohibida, excepto la necesaria para el funcionamiento de las ordeñadoras y de la maquinaria designada por los miembros de la iglesia.

A los dieciséis años comenzará el Rumspringa, periodo que podrá alargarse hasta los veintidós. Durante ese tiempo las reglas del Ordnung serán más permisivas, dando incluso la opción de abandonar la comunidad y pasar tiempo en la ciudad.

Tras el Rumspringa se deberá tomar la decisión definitiva: abandonar la comunidad para siempre o tomar el bautismo, abrazando las costumbres Amish para el resto de tu vida. En el caso de decidir que se abandona, se romperán todos los lazos con la familia.

Tanto si deciden marcharse como si rompen las reglas y son expulsados de la comunidad, existe el derecho a arrepentirse y pedir una segunda oportunidad. En ese caso, se celebrará una reunión entre los miembros de la iglesia para decidir si se le otorga el perdón o no.

Éstas son algunas de las normas que rigen mi vida desde que tengo memoria. Nunca he sentido un gran deseo de romperlas, no conozco nada más, hasta que mi mejor amiga, Ophelia, decidió abandonar la comunidad hace siete meses. Aquel día cambió mi visión del mundo. Tengo veintiún años recién cumplidos, mi Rumspringa comenzó hace cinco años. Tan solo me queda uno más antes de verme obligada a tomar una decisión.

01 | IMPROBABLE

MASON

Abro los ojos sin mucho entusiasmo, estirándome en la increíble cama de dos por dos del hotel mientras doy gracias por ser tan afortunado. Bostezo y meto la mano bajo la almohada para sacar mi teléfono, son las once y veintiocho, así que faltan solo dos minutos para que Junior entre a despertarme, no conozco a nadie más puntual. Tengo todas las notificaciones de las redes sociales desactivadas desde hace años, es Junior el que se encarga de ellas desde otro teléfono, yo paso completamente. Tan solo subo fotos o twitteo lo que me da la gana, pero me tiene bastante controlado, dice que una sola frase mía puede mandar toda mi carrera a la basura.

La puerta se abre exactamente dos minutos después.

—¿Ya estás despierto?

—No —digo tapándome la cara con el edredón.

—El avión sale en una hora.

—Es mi avión, ¿por qué no puede salir dentro de dos?

—Porque debes estar en Los Ángeles a las dos y media. —Se acerca hasta la cama y espera a que me incorpore para darme mi batido matutino de proteínas.

—Ojalá alguien inventase una máquina para teletransportarme. —Bostezo de nuevo y doy un sorbo antes de dejar el vaso sobre la mesilla para levantarme.

Dejo a Junior ojeando mis mensajes y poniéndose al día con las redes sociales mientras entro al cuarto de baño y abro el grifo de la ducha, no hay nada que odie más que el agua fría por la mañana. Me quito los bóxers y rodeo mi cadera con una de las toallas del Torrey Pines para salir a terminarme el batido mientras el agua se calienta.

—¿Cuándo es la entrevista en la radio?

Mi asistente toquetea su teléfono e imagino que revisa la agenda antes de responderme.

—El jueves a las diez de la mañana. Esta tarde has quedado con Tony para jugar al baloncesto —comenta a la vez que alza la vista.

—Cancélalo, estoy reventado. Necesito dormir hasta mañana.

—Olvídalo, ya es la tercera vez que lo dejas plantado.

Resoplo y me acerco hasta la bandeja que ha dejado sobre la mesa para pinchar un trozo de piña del desayuno, observo cómo se levanta y cruza los brazos a la defensiva, esperando mi respuesta.

—Tío, invítale a casa —insisto a la vez que encojo mis hombros.

—La cancha está reservada desde hace dos semanas, han vaciado el polideportivo. Además, esta noche has quedado con tu madre para cenar.

—¿¡Hoy!?! —exclamo desde la puerta del baño.

—Sí, dijo que quería contarte algo —recuerda con la mirada en el teléfono, supongo que leyendo el mensaje de mi madre.

—¿Y mañana podré dormir? —pregunto con cansancio.

—Creo que sí, espera. —Se mete en el cuarto de baño conmigo y se sienta en la taza del váter mientras yo comienzo a ducharme—. Mañana tienes golf con Mike a las siete, pero hasta esa hora estás libre.

—Bien.

—Date prisa, el coche nos recoge en... cuarenta minutos —dice tras comprobar la hora que es—. Voy a terminar algunas cosas, vengo en media hora.

—Pásame mi teléfono —digo extendiendo la mano bajo el agua.

—Mason, ni se te ocurra anular la cena con tu madre, hace tres semanas que no os veis.

—¿Ya han pasado tres semanas? —pregunto sorprendido.

—Sí. Me llevo tu teléfono.

—Que te jodan.

—¡Me quieres! —grita desde la puerta antes de salir.

Dios, éste ritmo acabará conmigo. No, en realidad no, llevo más de seis años así. Todavía recuerdo el día que “Hometown” salió a la venta. Menuda locura de año, demasiados cambios y todos muy deprisa. Aunque he de reconocer que todos fueron impresionantes. La fama... ¿a quién quiero engañar? Me encanta ser famoso. Poder ir donde me dé la gana y saber que voy a ser bienvenido; poder cenar en los restaurantes más lujosos sin tener que reservar con meses de antelación; ver a mis equipos favoritos desde la pista; viajar sin parar... Esa es la parte buena. ¿La mala? Pues no poder hacer todo eso sin ser fotografiado hasta cuando voy al cuarto de baño. Eso es desesperante y muy frustrante. He trabajado mucho en ello y poco a poco voy controlándolo mejor, pero es algo que sigue poniéndome de muy mal humor. Apenas voy a ver a mi padre ya porque me siguen hasta allí, no encuentro intimidad en ninguna parte, así que he optado por hacer lo que me salga de las pelotas aunque me graben. Es mi vida, ¿quieren verla? Pues que miren.

S A V A N N A H

Doy las buenas noches a madre y entro en mi habitación, dejo el candelabro sobre la mesilla y abro mi cama antes de apagar la llama. Deseo taparme hasta las orejas porque el paseo de vuelta de la cabaña ha sido agotador y muy frío, tanto que tengo todos los músculos entumecidos, aunque el canto de los grillos a través de las ventanas me calma hasta tal punto que consigo quedarme dormida en pocos minutos.

Me levanto cuando el sol entra por mi ventana, dándome de lleno en los ojos como cada mañana. Abro las ventanas para ventilar y me aseo antes de ir a darles los buenos días a madre y mis seis hermanos varones, los cuales ya escucho corretear desde aquí. Yo soy la única chica, es por eso por lo que no comparto habitación con ellos.

Hago mi cama, asegurándome de que todo queda perfecto, me aseguro de que el delantal, la cofia y el vestido están bien colocados, y abro la puerta que da a la cocina.

—Buenos días.

—Buenos días, Savi —dicen los más pequeñajos.

—Buenos días, hija. ¿Cómo has dormido?

—Perfectamente —respondo dando un beso en su mejilla—, ¿tú?

—Bien. ¿Terminarás hoy de bordar la manta? Jonas está deseando estrenarla, ¿verdad que sí, cielo? —Acaricia la cabeza de mi hermanito de siete años y ambos sonríen.

—Claro, ésta noche podrás probarla. —Rodeo la mesa de la cocina, besando la cabeza de tres de ellos mientras desayunan, y finalizando por una sonrisa mutua con papá y con los otros tres.

Cojo el cazo de leche caliente de encima de la cocina y lleno una taza hasta la mitad. Madre se acerca y abre la pequeña puerta de abajo para mover el carbón con la intención mantener el calor, al mismo tiempo que yo parto unos pedazos del pan que hicimos ayer y me siento a desayunar junto a todos.

Así es mi día a día. Levantarme al alba y desayunar con mis seis hermanos y mis padres, comentar lo que haremos durante el día y despedir a padre y a mis tres hermanos: Jerome, Jerrod y Johan. Ya tienen más de catorce años, por lo que los tres dejaron la escuela y ya están aprendiendo el oficio de la carpintería junto a papá. Es el negocio de la familia, la tienda en la que padre hace muebles para toda la comunidad. Después acompaño a mis tres hermanos pequeños hasta la mitad del camino a la escuela, donde se encuentran con sus amigos y desde ahí van juntos. Regreso a casa, saludando a las mujeres que entablan conversación en los alrededores y ayudo a madre el resto del día en la granja, manteniendo todo limpio, cocinando y realizando trabajos de costura.

—¡Sav! —mi nombre hace que gire la cabeza justo cuando voy a entrar en casa.

Chloe corre hacia mí, así que dejo en el suelo la cesta con las zanahorias que me ha dado Mery y le hago una señal para que me siga a hablar un poco alejadas del porche. Algo me dice que lo que tiene que comunicarme con tanta urgencia es mejor que no lo escuche madre.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? —inquiero en voz baja.

—Mason da un concierto el sábado en Los Ángeles. —Su voz y su expresión excitada me hace reír de inmediato, siempre igual de contagiosa.

—Es genial, ya tendremos algo sobre lo que escuchar en las noticias de la semana que viene —comento—. Espera, ¿cómo te has enterado? —interrogo a la vez que Chloe dibuja una sonrisa inocente y señala con la cabeza el camino hacia el bosque—. ¿¡Has ido a la cabaña esta mañana!?

—exclamo en voz baja.

—No, anoche cuando te dejé en casa volví... —confiesa un tanto avergonzada— No tenía ganas de regresar a la mía, padre y madre discutieron por la tarde...

—¿Otra vez?

La violencia es algo que prohíbe la Biblia, algo en lo que los Amish no creemos. Y sobre todas las cosas, no permitimos. El Ordnung nos dice que debemos ser bondadosos y ayudarnos los unos a los otros, no dejándonos llevar por los demonios y no cayendo en las tentaciones, tanto de la violencia como de la carne. Chloe y yo lo hemos cumplido hasta la fecha, a pesar de que nos hemos sentido atraídas por varios de los varones Amish que nos rodean. Es difícil, nuestra virginidad es sagrada y ambas deberíamos haber encontrado marido ya, al cual le pertenecerá y será el encargado de quitárnosla. Las dos hemos pecado en este sentido, o al menos eso dice la Biblia. El placer personal de la masturbación no está permitido, pero es una regla que nos hemos resignado a romper. ¿Si tenemos miedo de ir al infierno? Por supuesto.

—Sí, llevan unos días que no dejan de gritarse porque papá no trae todo el dinero que debería y madre quiere saber el motivo. Yo tengo miedo de que algún vecino los escuche y se lo cuente al sacerdote.

—Tranquila, no te involucres, Chloe, sus problemas no son asunto tuyo y, si interfieres, podrías salir damnificada.

—Lo sé, pero no puedo más. —Me mira con una expresión que conozco bien, algo grande se avecina—. Voy a escaparme, Sav. Me marchó.

—¿¡Qué!?

Buenos días —saludo entonces a Katherine, una amiga de madre que pasa por

nuestro lado—. No puedes marcharte —musito cuando se aleja.

—¿Por qué? Ophelia lo hizo y seguro que está estupendamente, si no ya habría vuelto.

—No puedes —insisto, y trago saliva por el nudo que se forma en mi garganta al recordar a la que era mi mejor amiga.

—Puedo, y tú también. Es nuestro Rumspringa, Savannah, y no lo estamos aprovechando. Nos arrepentiremos toda nuestra vida.

—¿Cómo que no lo estamos aprovechando? —Miro a ambos lados, preocupada porque madre salga a buscarme de un momento a otro, ya debería haber llegado a casa—. Vamos a la cabaña cada noche, vemos la televisión y escuchamos música, vemos películas, Chloe.

—Eso no es aprovecharlo. Quiero ver la ciudad, sentir el mar en mis pies, comer pizza y besar a chicos. —El modo en el que se expresa me deja muy claro que la decisión está tomada, sin embargo, no pienso rendirme en mi intento para que cese esta locura. Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—Por favor, reconsideralo.

—No. Eso es lo que venía a decirte... Ésta madrugada cuando todos dormían, me colé en la caseta de la iglesia...

—¡Chloe!

—¿Recuerdas el número de teléfono que nos dio Ophelia cuando vino a visitarnos a escondidas?

—La has llamado —afirmo adelantándome. Ella solo asiente—. ¿Qué te dijo? ¿Está bien?

—Está feliz, Sav. —Sostiene mis manos entre las suyas y sonrío—. Es nuestra oportunidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Vendrá a buscarme esta noche.

—¿¡Esta noche!? —chillo. Me cubre la boca por mi elevado todo y realiza un gesto con los ojos para que hable más bajo.

—¡Savannah!

Ambas miramos hacia mi casa cuando madre me llama desde la puerta, con una mano sobre la frente para tapar el sol.

—¡Voy!

—A las dos de la madrugada me recogerá en la cabaña. ¿Vendrás conmigo? —pregunta mi amiga esperanzada.

—Chloe, yo no puedo... No sé si...

—Por favor, piénsalo —suplica a la vez que me da un beso en las manos y se aleja sin dejar de mirarme—. Te esperaremos cinco minutos.

*

Las horas pasan en silencio. Madre borda en la máquina de pie mientras yo termino la manta de Jonas. Un pensamiento horrible lleva creciendo dentro de mí desde mi conversación con Chloe, solo de considerar la idea de aceptar su oferta, siento que estoy traicionando a mi familia y a toda mi comunidad, ¿cómo me voy a marchar? Jamás me perdonarían. Aunque por otro lado, mi amiga tiene razón en una cosa: es mi Rumspringa. Sé que mi familia no entendería mi inquietud por ir a la ciudad ahora, después de no haber querido hacerlo en cinco años, pero lo cierto es que jamás volveré a tener esta oportunidad. Una vez haya tomado mi bautismo, tendré que abrazar las costumbres Amish para el resto de mi vida. ¿Quiero hacerlo sin saber qué hay más allá?

Las ramas arañan mi rostro empapado por las lágrimas, haciendo que la bolsa en la que he metido la poca ropa que tengo se me caiga del hombro a cada paso que doy. Veo las luces de la cabaña a lo lejos, tenue por las pequeñas lámparas de aceite pero perceptible para mí que la conozco bien. Mis pies caminan por inercia, porque sé que si lo pienso dos segundos, me daré la vuelta y acabaré con esta locura que de antemano soy consciente de que me traerá cuantiosos problemas. Ni tan siquiera he sido capaz de entrar a despedirme de mis hermanos porque, a pesar de estar dormidos, sé que ver sus rostros, especialmente el de los pequeños, me rompería el corazón.

—Has venido. —Chloe se tapa la boca con las manos en cuanto me ve, rompiendo a llorar y corriendo para abrazarme.

—No podía dejar que hicieras esto sola —sollozo con ella.

—Hay alguien que quiere verte —dice mientras limpia las lágrimas de mis mejillas con sus pulgares.

Se hace a un lado y entonces la veo. Mi preciosa amiga Ophelia, con una sonrisa de absoluta felicidad y una ropa desconocida para mí, aunque bonita... Se acerca con los brazos extendidos y me abraza sin decir una palabra.

—Te he echado tanto de menos, pensé que no volvería a verte.

—Shh... Tranquila. Dime cómo estás, cómo te sientes —pide con caricias en mi cabello.

—Muy mal —admito—. Triste y emocionada a la vez. Nerviosa y culpable, extraña.

—Todo eso es normal, yo pasé por lo mismo. Mis niñas. —Sonríe ofreciéndole su mano a Chloe—. Os prometo que esto será increíble, no os arrepentiréis.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto inquieta.

—Porque te recuerdo que yo ya lo he vivido. Además... —Dibuja una sonrisa malvada y saca tres papeles rectangulares de su abrigo—. Tengo esto para convencerlos.

—¿Qué es? —cuestiono. Nos da una a cada uno y espera a que le echemos un vistazo.

—“*Sábado, 28 de octubre. Staples Center. Mason Fox en concierto*” —lee Chloe—
¡Concierto de Mason Fox! —exclama mirando a Ophelia—. ¿¡Qué es esto!?

—¡Shh! —Tapa la mano de mi amiga y las tres miramos hacia el camino del bosque antes de bajar la voz—. Son entradas para su concierto. Me dijiste por teléfono que os gusta, así que las he comprado como regalo de bienvenida.

—Espera, espera —pido volviendo a leerlas—. ¿Vamos a ir a verlo cantar?

—Sí. —Sonríe mientras Chloe da saltitos y lo celebra en silencio.

—¿Sera peligroso? —pregunto recordando las peleas que vimos por la televisión a la salida de su último concierto.

—No, Sav, tan solo disfruta y comienza a relajarte. —Sujeta mis manos y suspira al percibir cómo mi emoción no supera a la preocupación—. A partir de hoy verás muchas cosas nuevas que te asustarán, y con suerte también te gustarán.

—Yo no estoy segura de esto, Lia, quizá debería quedarme y...

—¿Y vivir atrapada el resto de tu vida? —Me interrumpe—. Mira, yo no voy a decirte lo que debes hacer, a diferencia de ellos. Lo único que te pido es que vengas con nosotras esta noche, que veas y conozcas el mundo aunque sea hasta después del concierto. Si después de eso quieres volver, te prometo que te traeré sin rechistar.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Nos vamos entonces? —insta Chloe con prisa.

02 | DESCUBRIENDO

MASON

Mañana por la noche es el concierto en Los Ángeles, así que hoy tengo una entrevista en el programa de “Welcome to my country” y mañana la prueba de sonido y de vestuario, además de repasar los bailes con las bailarinas. No sé por qué se empeñan en que ensaye antes de cada concierto, me sé todas las malditas coreografías de memoria.

—Mason, tenemos que irnos. —Junior coge su teléfono y el mío que están sobre la mesa de cristal y me observa, esperando a que termine la partida a la *Play*—. Espera, quédate así —dice apuntándome con la cámara de mi móvil—, no mires.

Aguardo unos segundos hasta escuchar el sonido que me indica que acaba de hacerme una foto, y entonces me levanto para que me la enseñe.

—A ver —solicito con un gesto de la mano—. Métele filtro y súbela. Qué guapo soy, joder.

—Venga, Mason, nos están esperando. —Señala impaciente la puerta de salida de la casa que hace un año me compré.

—Pues que esperen.

Mi móvil suena entonces en sus manos, así que aparto la mirada un segundo de la televisión para ver quién es y Junior arquea una ceja a la vez que me muestra la pantalla.

—¿Qué hace llamándome esta?

—¿Quieres que conteste? —pregunta él.

—No. Mejor siéntate y vamos a jugar otra partida

—¿Qué parte de “nos están esperando” no has entendido?

Le miro con el ceño fruncido, e inmediatamente sé que no cambiará de idea al ver que su expresión no se relaja, de modo que suelto un suspiro aburrido y tiro el mando de cualquier manera, él lo recoge y yo voy a ponerme mi sudadera. Le sigo hacia la puerta de la calle y él espera a que Michel, mi guardaespaldas, salga también antes de cerrar. Me da mi gorro y guantes de cuero sintético y se sienta en el coche, a mi lado.

Normalmente suelen llevarme en furgoneta negra y con los cristales tintados cuando acudo a eventos o cosas profesionales, siempre llevada por Jeffrey, no confío en nadie más, pero me encanta conducir, así que a veces ignoro las caras desaprobatorias de Junior y llevo alguno de mis coches.

—¿Hasta qué hora vamos a estar? He quedado con Jim para cenar —comento y arranco el vehículo para avanzar por la pavimentada entrada de mi mansión en Bel Air.

—Lo sé, he visto los mensajes.

Toda la urbanización es mía, tuve que comprarla hace ya un tiempo cuando la fama traspasó los límites y los paparazzi me hicieron fotos practicando sexo con la bailarina de uno de mis videoclips. Así que ahora vivo casi alejado del mundo, únicamente con la gente del servicio, mis guardaespaldas y Junior, que tiene una casa adosada a la mía, por si le necesito a cualquier hora del día o de la noche.

—Pues eso, que como no hayan acabado a las seis, me largo.

Sin responder, teclea algo en su teléfono y yo detengo el coche unos segundos hasta que la puerta de la urbanización se abre, saludo al guardia de seguridad y acelero, incorporándome a la carretera.

—Te van a preguntar por la pelea del otro día, asegúrate de no decir nada que pueda perjudicarte.

—¿Qué quieres que diga? No voy a permitir que me dejen como el culpable, eso ya te lo advierto.

—Nada, no respondas, cambia de tema. Di que has ido para hablar sobre el concierto de mañana, no sobre tu vida privada. —Me guía y yo asiento sin abrir la boca—. Pero sé simpático, y controla tu mecha, no saltes a la mínima cosa que te digan.

—Lo intentaré.

—Emilia te está llamando otra vez —dice cogiendo mi móvil del salpicadero.

—No entiendo nada, ¿me ha mandado algún mensaje?

—No, ninguno.

—Pues déjala, ya se aburrirá.

*

Después del programa de televisión, y de aguantar la bronca de Junior por no hacer lo que me pidió y haber entrado en el juego del presentador, me despido de él y le doy la noche libre porque no le necesitaré durante mi cena con Jim en casa.

—¿Al final vas a venir mañana? —pregunto a mi amigo.

—Espero que me dé tiempo, la sesión termina a las siete y media.

—¿Vas a ver a Amelia? —Le tiro un beso antes de reír y él me lanza un puñado de palomitas.

—Claro, tío. Es la protagonista de la película, tiene que estar en las fotos.

—El protagonista eres tú.

—Masculino, pero ella es la femenina.

Jim Dolinger, actor consagrado de veinticinco años. Le conozco desde hace muchísimo porque salió en una película con mi madre, pero no entablamos amistad hasta hace dos años y medio cuando me acompañó en la gira de Fox World Tour. Le habían dado el papel protagonista en una película en la que su personaje era cantante, por lo que su asistente y la productora le sugirieron acompañarme para ver de primera mano cómo funciona todo. Al tener edades similares y bastantes cosas en común, su asistente, Linda, se puso en contacto con Junior y organizaron una comida para hablar sobre el tema. Desde entonces hemos compartido muchas cosas, tanto buenas como no tan buenas.

S A V A N N A H

Silencetown es una de las pocas comunidades Amish que se encuentra en Nuevo México, cerca de Gallup, puesto que el ochenta por ciento están en Oihó y Pensilvania. En cierto modo esto es algo bueno, ya que estamos a unas 650 millas de Los Ángeles. Teniendo en cuenta que Ophelia ha

conducido más de nueve horas para venir a buscarnos, y que ya son las cuatro de la madrugada, ha decidido que lo mejor es parar a descansar. Ha querido alejarse al menos dos horas de nuestra comunidad por si nuestras familias salen a buscarnos, a pesar de que ambas les dejamos una nota escrita. Necesito alejar ese pensamiento de mi cabeza para que no me atormente la culpabilidad.

—Esto es un motel, chicas —explica cuando aparca el coche frente a un lugar en medio de la carretera—. Vamos a reservar una habitación para dormir unas cuantas horas, todavía nos quedan alrededor de siete por delante.

—De acuerdo —digo al mismo tiempo que salgo del coche con ellas.

—Esperadme aquí, no tardaré.

—¿Cómo vas a pagar? —averiguo.

—Con una cosa mágica llamada tarjeta de crédito. —Sonríe y yo frunzo el ceño, pero no hago más preguntas.

—¿No te sientes idiota al no conocer algunas cosas de las que Ophelia habla? —Miro a Chloe cuando ella se aleja.

Mi amiga se encoje de hombros y asiente poco después.

—Supongo que un poco, pero ella ya ha pasado por esto, así que no va a juzgarnos ni a reírse.

—Lo sé. —Guardamos silencio hasta que la tercera regresa, cada una absorta en sus propios pensamientos.

—¡Tachan! —exclama mostrándonos una especie de tabla muy fina.

—¿Qué es eso? —cuestiona Chloe.

—Esto es una tarjeta, chicas. Veréis muchas en Los Ángeles, y en general en toda la civilización. —Ríe y saca otra parecida de su bolsillo—. Esto se llama tarjeta de crédito, y sirve para poder llevar todo tu dinero sin necesidad de usar efectivo. Entregas esto en las tiendas, y te quitan el dinero del banco.

—Madre y padre hablaron un día sobre guardar su dinero en un banco —comento—, pero desistieron porque la iglesia no lo aprobó.

—Silencetown es una comunidad muy estricta, por mucho que vosotras penséis que no. Hay bastantes comunidades Amish que conocen de sobra las cosas como una tarjeta de crédito —dice señalando la suya— o internet, pero a vosotras os tienen tan aisladas que es normal que sintáis que habéis vivido toda la vida en una cueva.

—Conocemos internet —respondemos Chloe y yo a la vez.

—Sí, pero porque vosotras sois unas rebeldes. —Sonríe y nos hace una señal para que la sigamos—. Habéis aprendido muchas cosas durante todos estos meses gracias a la televisión, cosas que nadie más de la comunidad conoce ni aprueba, ¿verdad? —inquire y ambas asentimos—. Pues eso, al menos estaréis más al día y las cosas no os resultarán tan extrañas. —Se gira frente a una puerta a pie de calle y nos mira—. No os preocupéis por nada, yo nos enseñaré todo lo que necesitáis saber.

*

A las cinco y veinte de la tarde del viernes pasamos por el cartel de “City of Los Ángeles”. Ni Chloe ni yo articulamos palabra, tan solo nos preocupamos porque no se nos caiga la baba a causa de ir con la boca abierta desde que pasamos Malibú. Ophelia nos ha ido explicando los sitios que

dejamos atrás y la gente que los frecuenta.

—Bienvenidas, oficialmente, a Los Ángeles, chicas. Esto de la derecha es Santa Mónica, seguro que...

—¡Salía en aquella película! —exclamo interrumpiendo a la guía—. ¿Te acuerdas, Chloe?

—¡Sí! La de la mujer que la secuestran y llama por teléfono a ese chico.

—Es preciosa —murmuro admirando la playa y la noria más allá—. ¿En qué parte vives, Lia?

—En la zona de Hollywood, a unas cuantas calles del Paseo de la Fama. El apartamento no es muy grande, pero está bien de precio y puedo permitírmelo con lo que gano en la tienda.

—Nos dijiste que trabajabas en un sitio de comida rápida.

—Eso fue al principio —contesta y dirige su mirada hacia mí al detenerse cuando se enciende una luz roja a un lado de la carretera—, llevo unos meses en una tienda cerca de casa. Ésta tarde iremos a compraros algo de ropa, no podéis ir así vestidas por aquí.

Arqueo una ceja en su dirección y ella me mira de reojo.

—A ver, podéis, pero no creo que queráis que la gente os mire y cuchichee. Os aseguro que no es muy agradable, bastante vais a tener que asumir ya como para sumarle más cosas.

—Ya, supongo que tienes razón —coincido encogiéndome de hombros.

—Es aquí —dice poco después entrando en un aparcamiento—. Si alguna vez os perdéis, aprended esta dirección para decírselo a un taxista. —Señala un cartel pegado a la fachada y nos mira—. Cherokee con Leland Way, los apartamentos Rodeo.

—Entendido.

Cogemos cada una nuestra pequeña bolsa y la seguimos por la acera, camino a una casa de cuatro plantas. Lo ha llamado apartamento, supongo que viven varias familias. Introduce una llave en la entrada y caminamos hasta unas puertas de metal que están cerradas.

—Esto es un ascensor, funciona con electricidad y hace que suba y pare en la planta que le indiques.

—¿Cómo se lo indicas? —curioseas mi amiga.

—Dentro hay botones con el número de cada planta, yo vivo en la tercera, así que imaginad el botón que hay que apretar —ríe y nosotras la acompañamos sin darle mayor importancia.

Tras dejar nuestras cosas en casa y caminar varias calles hasta la tienda en la que Ophelia trabaja, nos presenta a sus compañeras y nos muestra diferentes cosas que podemos llevar mañana al concierto. Rechazo los pantalones de forma inmediata... Sé que ya no pertenezco al *Ordnung*, al menos no ahora, pero no me siento capaz de cambiar todas mis costumbres de golpe. No es tan sencillo. Mi amiga opina diferente y cree que es mejor cambiarlo todo a la vez. Se ha probado un pantalón azul, Ophelia lo ha llamado vaquero, y ha dicho que es muy cómodo y que irá con él al concierto. Para arriba ha elegido una camiseta de manga corta y una chaqueta negra. Yo, en cambio, he comprado un vestido negro por las rodillas —no había más largos—, de manga medio larga —Ophelia dice que se llama “francesa” — y unos zapatos con poco tacón. Lia dice que no es lo más apropiado para asistir a un concierto como el de Mason Fox, que es más para ir a una boda o a la ópera (¿Qué será eso?), pero es lo único con lo que me he sentido a gusto.

MASON

—¿Preparado? —me pregunta Michel cuando Jeoffrey detiene la furgoneta justo frente a la puerta trasera del Staples Center.

—Nací preparado, grandullón. —Río y le doy un golpe con el puño en el hombro, cosa que a

este hombre de dos metros de alto y uno y medio de ancho, no le hace ni cosquillas.

—Vamos. —Junior es el primero en salir.

Michel le sigue y K-Box, mi otro guardaespaldas, sale después de él. Se colocan cada uno a un lado y entonces salgo yo. De forma inmediata comienzan los gritos histéricos de todas las fans que llevan aquí horas, esperándome. Los guardias de seguridad del estadio se encargan de que ninguna cruce las vallas que han colocado, y los míos de rodearme como si fueran dos torres inmensas.

—¡Mason!

—¡Por favor, Mason, una foto!

—¡Te quiero, Mason!

Cantidad de gritos llegan a mis oídos, a los cuales estoy más que acostumbrado y profundamente agradecido. Junior me hace un gesto negativo con la cabeza, recordándome las indicaciones que me ha dado antes de no detenerme, pero provecho que entra por delante de mí para retroceder corriendo hasta un grupo de chicas y coger el teléfono de una para hacernos una foto. Seguro que después se la pasan entre todas.

—¡Aquí!

—¡Mason, por favor, solo una foto! —gritan desde el lado opuesto.

No miro hacia delante porque ya puedo imaginar la cara de mi asistente, pero que se aguante, estas chicas llevan horas esperando por mí, joder. Qué menos que una mísera foto.

La saco con un par de móviles y beso a otras tantas, hasta que Michel tira disimuladamente de mi brazo y ya sé que es la hora de seguir, mejor no tentar más a la suerte.

—Me encanta cuando me escuchas —comenta Junior cuando paso por delante de él.

—¿Te has asegurado de que lleven piña fresca y M&M's al camerino? —cuestiono a la vez que ignoro su comentario sarcástico.

—Siempre lo hago.

—Menos en Perú.

—Lo pedí, pero no tuvieron tiempo de comprar la piña, olvídale ya, por el amor de Dios —bufa poniendo los ojos en blanco.

Caminamos por los pasillos, saludando al equipo de sonido que siempre me acompaña y a mis bailarinas y bailarines. Dos puertas más adelante veo una con el nombre “Mason Fox” en ella, así que entro y aspiro el aroma interior, asegurándome de que han colocado la brisa de mar que siempre pido. Además, también hay varias botellas de mi tequila preferido, José Cuervo tostado, para la celebración posterior y el chupito que Junior me da justo antes de salir al escenario.

El único vicio que me permite.

El único que le muestro.

También un bol lleno de M&M's, además de varios paquetes sin abrir, y una piña troceada y colocada sobre un plato alargado encima de una placa congelada.

En general, en mi vida, no tengo muchos caprichos a pesar de ser muy afortunado en lo que a finanzas se refiere, visto la ropa que Junior me compra o la que las marcas me mandan, y en lo que a coches se refiere, tampoco es que tenga tantos. Sin embargo, colecciono gafas de sol, de las buenas, y me pierden los M&M's y la piña fresca. Además, nunca digo que no a un partido de los LA Kings ni tampoco a un buen viaje a esquiar, me encanta la nieve y los paisajes helados. Por lo demás, no soy un famoso maniático ni delicado.

—Dejadme —pido a Michel y a K-Box, los cuales salen y sospecho que se quedan afuera de la puerta. Al menos es lo que deberían hacer.

Lo primero que hago es quitarme las zapatillas para sentir la moqueta en los pies antes de coger un puñado de M&M's y metérmelos de golpe en la boca, y lo segundo, tumbarme en el sofá

y darle mi teléfono a Junior, ahora no puedo permitirme distracciones.

—¿A qué hora llega mi madre?

—En seguida —responde desde el sillón de enfrente sin levantar la mirada de mi móvil—. Hay mucha expectación para esta noche, Mason. Eres *Trending topic* en Twitter.

—Qué novedad. —Abro la boca para bostezar y extendiendo los brazos, tapándome los ojos con ellos.

—Arriba. —Ordena con un chasqueo de dedos—. Que te conozco, venga.

—Que no me voy a dormir.

—No, pero vas a estar atontado. Toma. —Pincha un pedazo de piña con un tenedor y me lo entrega.

—Nene, ¿qué haces así?

—Hola, mamá. —La saludo tras abrir la puerta y entrar en el camerino.

—Haz el favor de levantarte y prepararte, vienen ya.

—Joder —murmuro frotándome los ojos y aceptando la piña.

Me levanto para darle un beso y ella revuelve mi pelo, mirándolo de manera desaprobatoria por no haberme peinado. ¿Para qué me voy a peinar en casa si van a hacerlo ahora aquí?

Efectivamente, un par de minutos después tocan a la puerta y Junior se encarga de abrir. Todo el equipo de maquillaje y peluquería entra, a pesar de que he repetido mil veces que habiliten otra sala para eso, que éste es mi camerino, mío. Solo para mí, joder. Tras ellos vienen dos chicas más, tirando de un perchero con ruedas repleto de todas las cosas que me pondré esta noche. Creo recordar que Junior me dijo esta mañana, durante los ensayos finales, que tendré cinco cambios de ropa. No lo sé, no le estaba prestando mucha atención.

S A V A N N A H

Aprieto la mano de Ophelia mientras atravesamos enormes grupos de personas, algunas más jóvenes y otras más mayores. Le he suplicado que no me suelte en ningún momento, es la primera vez que me veo entre tantas personas y para ser sincera, ya me estoy arrepintiéndome de haberme marchado de Silencetown.

Chloe no deja de sonreír emocionada, yo también lo estoy, pero la preocupación es mayor. Si las pierdo aquí dentro no sé qué será de mí, me he apuntado la dirección de casa en la palma de la mano por si acaso sucede lo peor.

—Mirad —dice señalando una verja entreabierta y un hombre vestido de negro delante—. Ese es un segurata del concierto, son los encargados de que todo vaya bien y nadie pase por ahí.

—¿Qué hay detrás? —pregunto curiosa.

—Es el backstage, donde están los artistas y eso, en este caso Mason.

—¿¡Mason Fox está ahí detrás!?! —exclama Chloe.

—No lo sé —ríe Lia—, ahora supongo que estará en su camerino, es como una habitación para los artistas antes de salir al escenario, donde se relajan y esperan. Aunque imagino que se accede por ahí —añade señalando el hueco.

Entonces tira de nosotras hacia atrás cuando una pelea comienza justo a nuestro lado, entre dos grupos de chicas de nuestra edad. Madre mía, Mason levanta pasiones. El guardia sale corriendo y toca un objeto pequeño de su oreja mientras habla solo.

—¿Queréis averiguar dónde está Fox? —Temo al ver su sonrisa torcida, aún la recuerdo de cuando vivía en la comunidad y solo se le ocurrían malas ideas.

—¿En qué estás pensando? —inquiero aterrada.

—Seguidme —dice en voz baja al mismo tiempo que señala al guardia, que ahora está ocupado tratando de separar a las chicas.

—Cielos —murmuro cuando se cuela por el espacio y nos mira para que vayamos tras ella.

—Corred. —Insta entonces buscando un sitio en el que escondernos para que nadie nos vea.

—¡Estás loca! —exclamo en voz baja.

—Vamos, necesitamos encontrar unos pases como esos. —Señala a unas personas a lo lejos, con unas tarjetas colgando del cuello.

03 | NOVEDADES

SAVANNAH

Sigo a Ophelia todo lo rápido que puedo, asustada por lo que pueda pasar si nos pillan. Chloe no para de reír de esa forma tan particular, igual de nerviosa, pero al mismo tiempo excitada. ¿Por qué hemos tenido que hacer esto? ¿Es que acaso no era suficiente con habernos escapado de la comunidad? Cuando acepté venir al concierto, lo hice con ilusión y ganas por descubrir algo nuevo, pero no me imaginaba que mis amigas fueran a decidir colarnos en la zona privada para buscar a Fox. ¡Vete tú a saber dónde estará!

—¡Venga, chicas! —exclama Lia en voz baja, agitando la mano para que la sigamos.

—Esto es muy mala...

—¡Agáchate! —Me interrumpe con una exclamación en voz baja a la vez que tira de mi brazo.

—Esto es muy mala idea —susurro.

—Bobadas, verás cómo me lo agradeces cuando estés delante de Mason.

—Ay, Dios, sujetadme si me desmayo. —Ríe Chloe sin dejar de temblar.

Yo también lo hago, pero a diferencia de ella, a estas alturas ya no lo hago por emoción, si no por lo aterrada que estoy.

—¿Cómo crees que vamos a llegar hasta él? ¿No has visto a sus guardaespaldas? No dejan que nadie se le acerque.

—Lo intentaremos, al menos —insiste Ophelia a regañadientes.

Voy a responder cuando de repente echa a correr, mi amiga le sigue y yo voy a imitarlas, cuando un grupo de hombres trajeados pasan por delante. Vuelvo a esconderme tras la pila de cajas y aprieto entre mis manos el rosario que llevo colgado al cuello. Me hago todo lo pequeña que puedo e incluso contengo la respiración hasta que dejo de oírlos, creo que incluso estoy llorando; cuando sus pisadas se alejan, vuelvo a levantarme decidida a suplicar a mis amigas para que me saquen de aquí, pero ellas ya no están.

—Lia —murmuro yendo hacia la esquina en la que las he perdido—. ¡Chloe! Maldita sea, ¿qué voy a hacer ahora?

No puedo quedarme aquí, así que camino despacio por los pasillos desiertos sin saber qué hacer si me encuentro a alguien. Nunca me había sentido tan sola ni tan desprotegida, ¿cómo se supone que voy a salir ahora de este laberinto de pasillos?

MASON

Leo los últimos *tweets* de Emilia mientras el peluquero termina de peinarme para el concierto. Ya me han explicado la ropa que voy a llevar y cuándo cambiarme, aunque no sé para qué si van a hacerlo ellas. Junior ha salido a hacer algunas de sus cosas, y yo estoy deseando que Leo termine para que me deje solo y así poder relajarme un poco.

Los últimos días han sido una locura, hace solo un par de noches que volvimos de Phoenix, y

otras dos antes de Nueva Orleans; así desde que comenzó la gira hace más de un mes. Y para colmo, Emilia no deja de llamarme, y no entiendo para qué. Lo nuestro acabó hace meses y la última noticia que tenía era que se iba a casar con ese viejo verde, ¿qué mierdas quiere ahora de mí?

—¿Qué está pasando ahí fuera? —comenta Leo apagando el secador para recoger sus cosas.

Escuchamos gritos y pasos apresurados, así que bloqueo mi móvil y me lo meto en el bolsillo de los pantalones que me han puesto. Miro a mi peluquero, que se encoge de hombros y señala la puerta.

—¿Qué es este escándalo? —pregunto tras abrirla y asomarme.

Michel y K-Box tienen sujeta a una chica, cada uno por un brazo, dada la vuelta y llorando mientras pide que la suelten.

—¡Eh! —grito cuando no me responden—. ¿Qué pasa?

Se giran para mirarme, a la vez que la giran a ella. Cuando me ve, su boca se abre y deja de gimotear, supongo que es una fan que ha intentado colarse, pero me sorprende al ver que no dice nada y que no llora más al verme. Es lo que suele pasar.

—Disculpa, Mason, no sé cómo ha llegado hasta aquí.

—Por favor, tan solo quiero encontrar a mis amigas e irme a mi casa. Yo no-no debería estar aquí —murmura para sí misma antes de romper a llorar de nuevo.

—Mason, viene tu madre —dice Junior aproximándose con rapidez por el lado opuesto del pasillo—. ¿Quién es esta? Da igual, que no la vea, que no la vea. —Tira del brazo de la chica y la mete en mi camerino, cerrando justo cuando Olivia aparece sobre sus descomunales tacones.

—Nene, ¿cómo vas? —pregunta y vuelve a revolverme el pelo que acaban de peinarme—. Estás espléndido. —Me guiña un ojo y se acerca para darme un beso en la mejilla.

—Gracias, mamá. ¿Te quedas?

—No puedo, tengo una cita con la decoradora del yate. Solo he venido a desearte suerte.

—Gracias, aunque ya sabes que no la necesito. —Ambos sonreímos y se marcha sin decir adiós a Junior, el cual lleva años loco por ella, a pesar de sacarle nueve.

—Déjame un rato, ¿de acuerdo? Necesito unos minutos —pido a mi asistente.

—Bien, te avisaré cuando queden cinco minutos —dice antes de responder a su teléfono. Mi madre le pone tan nervioso que ni tan siquiera se acuerda de la chica.

—¿Qué hacemos con ella? —consulta Michel señalando a la puerta con la cabeza.

—Tranquilo, yo me encargo.

Entro de vuelta en el camerino y me detengo cuando la chica se sobresalta al verme. Sigue llorando, pero no parece que sea de emoción, hay algo extraño en su modo de comportarse.

—¿Estás bien? ¿Cómo te llamas? —pregunto cerrando la puerta tras de mí.

—Sa-Savannah Dixon. Di-discúlpame, no tendría que estar aquí, si pudieras indicarme el camino hacia la salida —habla con nerviosismo—. Ne-necesito un taxi para ir a esta dirección. — Me muestra la palma temblorosa de su mano mientras se seca las lágrimas de los ojos con la otra.

Me acerco a la mesa y cojo la caja de pañuelos de papel para ofrecerle uno, el cual acepta dándome las gracias después.

—Tranquilízate, bebe un poco de agua —digo pasándole también una botella—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Tú y tus amigas os habéis colado?

—Sí —asiente para mi sorpresa—, pero yo no quería. Ha-han sido mis amigas, yo solo quiero volver a casa. —Rompe a llorar de nuevo y yo no sé qué hacer, así que me hago a un lado y le hago una señal para que se siente.

Esto no me había pasado nunca, joder. Se han colado otras veces en el hotel, o incluso en el

garaje, pero nunca habían llegado hasta el camerino, y mucho menos habían actuado así. Por lo general, lloran cuando me ven y más cuando me acerco, pero de la emoción. Esta chica parece llorar por otra cosa y me resulta raro que no me haya pedido una foto, un abrazo o ni tan siquiera un autógrafo. No entiendo nada, ¡y no sé qué hacer! Lo que sí sé es que no tengo tiempo para esto ahora, salgo al escenario en pocos minutos y Junior va a enloquecer cuando la vea aquí, pero tampoco puedo dejarla sin más en este estado de nervios.

—¿Por qué no me dices lo que te pasa? —Me siento a su lado para comprobar mi teoría de la cercanía, pero al contrario que con el resto, a ella le provoca dejar de llorar y mirarme.

—Mason, sales en... —La puerta se abre justo en ese momento— ¿¡Pero qué narices haces!?! —exclama en voz baja, mirando fuera un segundo antes de entrar y cerrar.

—Relájate, no te vaya a dar un ataque —digo levantándome—. Se llama Savannah y... Y no sé qué le pasa —susurro para que solo él me oiga.

—Mason, sales en cinco minutos, no es momento de líos ahora.

—No es ningún lío, acabo de conocerla.

—¿Eres una fan? —Le pregunta a ella absorto—. ¿Te has metido a una fan al camerino? ¿Es que estás loco?

—Te estás pasando —advierto con una mirada—. Vete y avísame cuando falte un minuto.

Me fulmina con los ojos y pide que controle el teléfono de la chica y las fotos que haya hecho ya, pero lo cierto es que no he visto su móvil en ningún momento.

—Perdóname, Mason —dice levantándose cuando Junior se marcha—, no quiero causarte más molestias. Tan-tan solo necesito un taxi para poder llegar a la casa de mi amiga y esperarla fuera hasta que llegue. No-no sé dónde pueden haberse metido, pero no creo que vayan a perderse el concierto. Chloe se moriría si supiera que te he visto, está loca por ti.

—¿Y tú? —interrogo sin rodeos. No sé de qué va o qué hace aquí si no le gusto, joder.

—Yo... —Se encoge de hombros, pero no deja de mirarme—. Me gustan tus canciones, creo que cantas muy bien.

—Gracias. ¿No quieres quedarte al concierto?

—Un minuto, Mason. —Junior vuelve a abrir la puerta.

—Voy.

—No puedo estar sola entre toda esa gente, Mason. —Me habla como si nos conociéramos de siempre, sin sentirse intimidada—. Ni tan siquiera sé cómo acepté el venir aquí... No debí marcharme de casa. —Agacha la cabeza y coge otro pañuelo para sonarse, sin ningún tipo de vergüenza.

—¡Mason!

—¡Que ya voy!

—¡Ya! ¡Están bajando la plataforma!

Creo que deberían subirle los ansiolíticos a Junior, cualquier día le da algo.

—Oye, ¿por qué no te quedas? No hace falta que vayas tú sola, puedes quedarte detrás con Junior.

—¿Cómo dices? —pregunta él desde la puerta.

—Venga, has dicho que te gustan mis canciones —digo sonriendo a la chica, ignorando por completo a mi asistente.

—Mason Fox, vas a conseguir que me despidan —lloriquea él.

—Solo puedo despedirte yo, así que deja de exagerar ya, joder. ¿Qué dices? —Vuelvo a preguntarle a Savannah. Interesante nombre, por cierto.

—No sé... Debería buscar a mis amigas.

—No las encontrarás entre tanta gente, tú misma has dicho que no se van a perder el concierto. Venga, disfruta, que para eso has venido, ¿no?

Me observa unos segundos y finalmente asiente, poniéndonos en marcha por los pasillos.

Desde que era muy pequeño, he tenido una gran fascinación por los misterios. Por todos ellos. Siempre le pedía a mi padre que me llevara a una antigua fábrica de armas de la guerra, en la cual había muerto mucha gente y la habían catalogado como encantada. Le pedía libros a mi madre sobre los extraterrestres, espíritus y demás misterios del mundo. No conozco de nada a esta chica, y quizá sea otra fanática que solo quiere sacarme una foto desprevenido, pero no me lo parece. Ha tenido la oportunidad cuando ha estado en el camerino, y ni tan siquiera ha intentado darme un abrazo, tan solo quería marcharse. Quería marcharse del camerino de Mason Fox. Llamadme loco, pero creo que es un misterio en toda regla.

04 | INICIACIÓN

SAVANNAH

Madre mía, Chloe me va a odiar. ¿En qué momento he acabado con la mano de Mason en mi espalda, indicándome el camino por los pasillos de su concierto?

—Niña, muévete, por favor —solicita su asistente, a la vez que da indicaciones a Mason para que siga caminando mientras toca algo en la pantalla de su teléfono y provoca que, a continuación, la imagen del cantante quede grabada.

Ophelia nos explicó ayer por la noche el funcionamiento de varias cosas, entre ellas los teléfonos móviles.

Apenas llevábamos aquí unas pocas horas y Lia ya nos había mostrado muchas cosas increíbles. Se encontraba en la cocina, preparando una ensalada para acompañar la pizza que pedimos por teléfono ya que, al parecer, hay gente que trabaja llevándote los alimentos a tu domicilio.

Algo sonó en ese momento y una canción llenó el espacio en que estábamos.

—Es mi móvil —explicó entrando en el salón con él en la oreja—. ¡Hola, cariño! —Chloe y yo nos miramos la una a la otra, sin saber con quién hablaba—. Sí, perdona por no avisarte, hemos llegado hace un rato ya. Es que nos hemos puesto a hablar y se me ha ido la olla... Mañana tenemos el concierto, sí, podemos quedar después... Vale, te llamo por la mañana... Un besito, te quiero.

Lo apartó de su oreja y nos miró, estallando en una carcajada después.

—Vale, dos cosas: primera —dijo acercándose a nosotras—, hablaba con mi novio.

—¡Lia! —Mi amiga se llevó las manos a la boca—. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Son muchas cosas las que tengo que contaros, algunas se me olvidan. —Se carcajeó.

—¿Cómo se llama? —pregunté yo.

—Sam. Tiene veintitrés años y está estudiando medicina.

—Qué interesante —comenté mirando de reojo lo que tenía entre las manos.

—Esto es un móvil, supongo que habéis oído hablar de ellos.

—Yo sí —intervino Chloe—, pero nunca había visto uno.

—Ni yo.

—Os daré una clase rápida.

Ophelia se sentó entre nosotras y nos explicó que no tiene botones, que hay que tocar la pantalla para acceder en los sitios que queramos. Nos dijo cómo llamar y cómo mandar mensajes por algo llamado “Whatsapp”, y también nos enseñó la cámara de fotos, incluso nos hicimos una, aunque yo no me sentí muy cómoda con ello... El Ordnung nos prohíbe retratar nuestra imagen, y a pesar de que ya no esté en casa, no puedo evitar que me cueste no cumplir ciertas cosas. Bueno, en realidad, casi todas.

Junior me mira con fastidio y Mason me dice en voz baja que no le haga caso, que es un cascarrabias. Atravesamos varios pasillos más hasta llegar a una estancia grande, desde la cual se escuchan unos gritos ensordecedores y puedo sentir algo que intuyo será emoción subiendo por todo mi cuerpo.

—A ver. —Gira sobre sus talones cuando una persona con una especie de micrófono como el que usan los cantantes enganchados a la oreja, tira de él—. Te vas a quedar ahí detrás con Junior, ¿de acuerdo? Desde ahí podrás ver el concierto sin tener que estar entre toda la gente.

Asiento y trago saliva.

—Junior —le llama—, como la pierdas de vista, y no esté contigo cuando acabe el concierto, le diré a mi madre que tienes sueños húmedos con ella.

—¡Mason! —exclama mirando hacia ambos lados.

—Sabes que soy capaz.

—Que sí, coño. Vete ya.

MASON

Dejo que el de sonido me coloque el micro y el pinganillo en la oreja mientras observo desde aquí cómo Junior le dice algo a Savannah y ella le devuelve una expresión horrorizada, buscándome después con la mirada. Junior la imita y yo le lanzo una clara advertencia que espero comprenda a la primera.

Podría ignorar a esta chica sin ningún problema, mandarla a paseo y que Michel se encargara de echarla a la calle, pero me ha pillado en un buen día. Savannah esconde algo y yo voy a descubrirlo. Quiero saber lo que esconde esa tez clara bajo unos oscuros ojos que no han parado de llorar desde que la conozco.

La música comienza y me indican que me coloque sobre la pasarela, pero pido un segundo y corro hasta el altillo del backstage. Junior alza las manos cuando me ve, interrogante, y ella me mira confundida.

—Espero que mi música consiga secar esos ojos tan preciosos —susurro en su oído antes de obedecer al que me grita.

De un salto consigo alcanzar la plataforma antes de que salga a escena sin mí, calmando el ataque al corazón de todo el equipo.

—¿¡Cómo estáis, Los Ángeles!?! —grito cuando la plataforma me sube hasta el escenario.

La respuesta no es otra cosa que gritos inentendibles que me hacen sonreír. La canción comienza y yo me centro en la música de mi oído para poder cantar, intentando concentrarme en esto y no en lo que tengo detrás.

Cuando el concierto termina, les doy las gracias por haber venido y les digo que son increíbles, algo que de verdad pienso y que siento de corazón. Sin ellas, yo no estaría aquí. Me doy la vuelta y saludo una última vez antes de salir del escenario. Todos me reciben con abrazos y vítores, felicitándome por el éxito, una vez más.

Paso entre la gente porque no veo a Savannah por ninguna parte, y tampoco a Junior. Hay un grupo de fans esperándome con el pase vip, para hacer unas fotos y firmar, lo mismo de siempre, pero quiero localizar a mi misterio primero.

—¡Qué grande eres! —exclama entonces Junior unos metros por delante.

Choco su mano y observo la enorme sonrisa que la morena tiene en su rostro. Tan solo me mira y sus ojos brillan más que las propias luces de Hollywood, como si nunca hubiera vivido algo

semejante. Aunque la verdad es que no creo que haya estado en un backstage antes, pero parece tampoco hubiera estado antes en un concierto.

—¿Te ha gustado? —le pregunto acercándome a ella.

—No tengo palabras. —Asiente sin cambiar de expresión—. Has estado...

—Imponente. —Giro la cabeza al escuchar una voz que conozco bien—. Como siempre.

S A V A N N A H

Una chica se acerca con un vestido muy corto y unos zapatos... Bueno, no sé cómo no se rompe un tobillo con ellos. Mason me pide disculpas con la mirada y sujeta la muñeca de la chica para alejarla unos metros. No escucho lo que dicen debido a la cantidad de gritos que todavía vienen del otro lado del escenario, pero me suena mucho su cara. Si no recuerdo mal, la he visto antes en televisión. Ellos dos juntos.

Ha sido la experiencia más increíble de mi vida. Jamás imaginé que podría sentirme tan viva y tan emocionada fuera de la comunidad. Ahora mismo siento que todo mi cuerpo vibra por dentro, puedo notar el pulso bajo mi cuello. Ni tan siquiera me he acordado de mis amigas en las dos horas de concierto. Cielo santo, ¿dónde estarán? Debería despertar de este sueño e irme a casa de Lia, y mejor hacerlo antes de que la dirección se me borre de la mano.

Mason termina de hablar con la chica, y ella me mira de arriba abajo con el rostro furioso antes de darse la vuelta y marcharse por donde ha venido.

—Discúlpame —dice volviendo a mi lado—. Si me esperas unos minutos, después te llevaré a casa como prometí.

—Mason, tienes que ir derecho a la fiesta. ¿He de recordarte la cantidad de personas que están esperando por ti? Debes cantar, es el cumpleaños de...

—Que sí —interrumpe a Junior con un tono tajante—. Joder. Dame mi móvil.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer, no me moveré de aquí. —Le sonrío porque creo que necesita relajarse un poco. Este chico tiene demasiadas responsabilidades.

—Genial. —Me devuelve la sonrisa y guarda su teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero—. Ven, es por aquí.

—¿¡Vas a dejar que la vean!? —exclama su asistente.

Mason le dedica tal mirada, que tan solo agacha la cabeza y se pone a hacer cosas en su teléfono móvil. Fox me ofrece su mano, pero comienzo a caminar sin aceptarla. No dice nada, tan solo se posiciona a mi lado y me guía. Avanzamos unos metros y me pide que permanezca a un lado mientras él atiende a las fans. Pero eso no es lo único que me pide.

—Toma —desbloquea su teléfono, tal y como Lia nos explicó, y me lo da—, ¿puedes hacerme unas fotos mientras firmo y hablo con las fans?

—¿Y-yo? Nu-nunca he... —Arquea una ceja, confuso, y yo suelto una bocanada de aire para tranquilizarme y asiento con una sonrisa—. Claro, sí.

—Gracias. Acabaré pronto, te lo prometo.

Entonces se da la vuelta y asiente en dirección a una mujer, la cual abre la puerta y un grupo de chicas entran disparadas. Los dos guardaespaldas de Mason están uno a cada lado, moderando a las chicas y controlando que pasen de una en una para que todas puedan hacerse la foto. No sé por qué, pero tiene pinta de que ellas han pagado más que otras. Yo intento hacer lo que Ophelia nos dijo para sacarle fotos sin parar, va a alucinar cuando vea todas las que le he hecho. Entonces me veo a mí misma con su teléfono entre las manos y pienso que si esto se supiera, pasaría a ser la chica más odiada por los medios de comunicación. Todos esos que Chloe y yo veíamos por

televisión cada noche.

—¿Es tu nueva novia? —Las palabras de una de las fans me saca de mis pensamientos, mirándola y sin saber qué hacer.

Mason ignora la pregunta y uno de sus guardaespaldas, el que más fuerte me estaba agarrando antes, la hace salir para dejar paso a otra.

Y así continuamente, hasta unos treinta minutos después, que la última sale por la puerta.

—Ya está —dice girándose hacia mí y cogiendo la sudadera que Junior le entrega. ¿De dónde ha salido este? Parece un fantasma—. ¿Has hecho muchas fotos?

—Muchas. Sí —río con nerviosismo por ser la primera vez que uso un móvil.

MASON

Michel y K-Box nos escoltan hasta el garaje, junto con Junior por detrás, pero entonces, justo cuando van a abrir las puertas, mi asistente nos ordena parar y atiende una llamada de teléfono.

—Se están colando.

—No me jodas —le respondo, y ambos miramos a Savannah.

—¿Qué pasa? —Ella me mira asustada.

Y una vez más, me sorprende que no sea capaz de deducir por sí misma lo que sucederá si nos ven saliendo juntos. ¿Qué le pasa a esta chica?

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Junior.

Sin dudarle, me quito la sudadera y el gorro de los Kings, y se lo entrego. Ella alza las cejas, interrogante, y un segundo después parece entenderlo porque se pone primero la sudadera y después el gorro. Le sugiero que se coloque el pelo en la cara y que camine entre Michel y K-Box para que se la vea lo menos posible. Y es lo que hace. Mis hombres la cubren hasta llegar a la puerta del copiloto, y ella se sube, cerrando con rapidez la puerta. Los guardas de seguridad del propio Staples Center son los encargados de controlar a la masa de chicas que gritan mi nombre y cosas varias, como que me aman y que soy el mejor. Ah, sí, y añaden la pregunta de si esta chica es mi nueva novia, cosa que me veía venir. A mí me es completamente indiferente, no es la primera vez, ni mucho menos la última, que protagonizaré las redes sociales y las revistas.

—Cielos. —La escucho murmurar cuando me subo al coche.

—¿Estás bien? Tranquila, aquí ya no pueden verte —le informo al ver que sigue teniendo todo el pelo en su cara—, los cristales están tintados.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—Nada, da igual —responde evitando mi mirada.

Le pido la dirección de su casa y ella lee la palma de su mano en alto, quitándose el gorro cuando subo la calefacción del BMW. Menos mal que le pedí a Jeoffrey que me trajeran el x6 y no el i8.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunto cuando veo que ella no dice nada.

—Sí, muchas gracias. —Me sonrío y yo toco mentalmente el hoyuelo que se le forma solo en el lado derecho de la mejilla.

—¿Alguna de mis canciones es tu favorita?

—“*Not worth it*” —responde de inmediato.

Continuamos hablando sobre música hasta que llegamos a Cherokee. Doblo la esquina y detengo el coche justo frente a los apartamentos Rodeo, agradeciendo que no hay nadie por aquí.

—Gracias por traerme. —Me mira a los ojos con verdadera gratitud y yo le quito importancia

con una sonrisa—. De verdad, Mason, no sé lo que habría hecho... Yo n-no... Bueno, en fin, que gracias —dice encogiéndose de hombros.

—De nada. ¿Dónde vives? —pregunto mirando hacia el portal.

—Es el último piso. Espero que mis amigas estén ya en casa...

—¿No tienes llaves?

—No.

Me muero de ganas de preguntarle el motivo, pero al ver cómo desvía la mirada —cuando no ha parado de mirarme a los ojos en todo el tiempo en el que ha estado cómoda—, me deja entrever que no es algo de lo que quiera hablar. Y yo no soy de los que presionan. Al menos no directamente.

Me bajo del coche y ella me imita, rodeándolo después para subirse a la acera junto a mí. La acompaño hasta el portal y entonces ella hace un amago de quitarse la sudadera.

—Quédatela —sonríe—, te sienta mejor que a mí.

—¿De verdad? —pregunta sorprendida.

—Claro, solo es una sudadera. Venga, toca el timbre a ver si están en casa.

—¿No te marchas?

—Cuando sepa que no te vas a quedar en la calle.

Savannah asiente y va hasta el portal, aprieta el botón del cuarto piso y espera. Ambos esperamos mientras vuelve a tocar dos veces más, sin respuesta.

—No hay nadie.

05 | MENTIRAS

SAVANNAH

Miro a Mason mientras él saca su móvil del bolsillo, el cual ya ha sonado dos veces. Toca la pantalla y vuelve a guardarlo.

—¿Y si les ha pasado algo? —Comienzo a inquietarme por no saber dónde pueden estar Chloe y Ophelia—. Pensé que ya habrían vuelto a casa.

—No te preocupes —dice acercándose—. Seguro que estarán a punto de llegar, se forman unas colas enormes a la salida de los conciertos. Además, igual se han quedado por allí para buscarte.

—Madre mía, tienen que estar preocupadísimas. —Agito las manos con nerviosismo y me muerdo el labio para no empezar a llorar de nuevo.

—Joder —maldice cuando vuelve a sonar su teléfono.

—Es Junior, ¿verdad?

—Sí, está histérico.

—Debes irte, Mason. Tienes que ir a la fiesta esa y ocuparte de tus cosas, bastante te he molestado ya —digo avergonzada.

—No voy a dejarte aquí sola sin poder entrar en casa. Va a empezar a llover y no sabemos cuándo volverán tus amigas. Por cierto, ¿por qué no tienes móvil?

—Yo... Me lo he olvidado en casa. —Asiente y bufa antes de tocar algo en el suyo para que deje de sonar.

—Venga, vete ya. Muchas gracias por traerme hasta aquí.

Vuelve a negarse y me dice que prefiere estar aquí conmigo, antes que en una fiesta igualita a todas las demás, en la que tendrá que cantar y hacer todo lo que Junior le pida. Me explica que muchas veces rompe las normas porque la situación le supera, que se siente observado las veinticuatro horas del día y hay ocasiones en las que necesita un respiro.

—Ven conmigo. —Se apoya en el coche y me dedica una encantadora sonrisa, la cual provoca cosas en mí que el Ordnung jamás aprobaría.

—¿A la fiesta? —Asiente—. Me has disfrazado para salir del concierto y que no me vieran, y ahora me pides que vaya contigo a una fiesta en la que estaremos juntos todo el tiempo.

—Sí. Me da igual que nos vean, Savannah. Si te he puesto mi ropa ha sido por ti, para que no se te eche encima toda la prensa rosa. Te aseguro que a mí me es indiferente, cada día me sacan con una chica diferente. —Asiento no muy convencida de cómo tomarme lo que acaba de decir, y él parece notarlo—. A lo que me refiero es que da lo mismo si es cierto o no que estoy con una chica, ellos se inventan las cosas y difunden rumores de la nada. Es mi día a día y estoy acostumbrado.

—Entiendo. Yo no... Lo cierto es que ni tan siquiera debería estar aquí. —Suspiro y meto las manos en la sudadera que todavía llevo puesta.

Nunca había vestido algo semejante, pero me gusta. Es calentita y huele muy bien. Huele a Mason Fox. Cielos, Chloe nunca me perdonará que yo esté viviendo esto con el chico de sus sueños.

—¡Ahí está!

Los dos giramos la cabeza cuando una furgoneta se detiene en la entrada de la calle y varios fotógrafos y gente con cámaras enormes salen de ella.

—Mierda. Sube al coche, vamos. —Obedezco por inercia, sin saber qué hacer si no.

Mason pone el coche en marcha y avanza por la avenida a una velocidad que seguramente no está permitida.

—Ponte el cinturón, voy a intentar perderles.

MASON

Doblo la calle y tuerzo para meterme en Hollywood Boulevard y distraerles entre los coches. Savannah va agarrada al asiento y con los ojos cerrados, así que disminuyo la velocidad y pienso en otra cosa, puesto que los *paparazzi* siguen justo detrás de mí.

—Oye —digo poniendo una mano en su rodilla—, abre los ojos. No voy a correr más, tranquila.

Mira mi mano y parece que no se siente muy a gusto, por lo que la quito y vuelvo a fijar la vista en la carretera.

—¿Estás bien? Me tienes muy inquieto, Savannah. No acabo de entender lo que te pasa, no... Dime algo.

—Estoy bien. —Deja escapar una bocanada de aire y gira el rostro para mirarme.

El móvil vuelve a sonar por decimoquinta vez en menos de veinte minutos, por lo que le doy al manos libres y me preparo para el sermón de mi asistente. Pero no es él.

—Junior, no te infartes, estoy de camino —me adelanto.

—Nene, soy mamá. ¿Dónde estás?

—Mamá... Eh, sí, estoy de camino. ¿Por qué?

—He terminado antes de lo esperado con la decoradora, así que me he pasado por la fiesta para verte cantar, pero me han dicho que no habías aparecido por allí.

Savannah me mira aterrorizada, y yo me llevo un dedo a los labios para indicarle que no hable.

—De acuerdo, llegaré en unos minutos. Hasta ahora.

—Venga, no tardes, está todo el mundo esperando por ti. Ten paciencia en la entrada, al parecer han venido todos los *paparazzi* de la ciudad —añade antes de colgar.

La morena no dice palabra, pero por su mirada puedo ver que no sabe ni dónde meterse ahora mismo, algo, por otro lado, muy extraño. Una vez más, me desconcierta. Veamos, si hiciera una encuesta por Twitter en la que la pregunta fuera:

“¿*Quién quiere acompañarme a la fiesta privada post concierto de esta noche?*”

Y las posibles opciones de respuesta fuera:

- ¡Yo!
- Yo no, búscate a otra.

¿Cuál sería la más votada? ¡Por el amor de Dios! Está más claro que el agua. Pero ella no. Savannah tiene la opción de acompañarme, de lucirse delante de las cámaras junto a Mason Fox, y en lugar de estar emocionada o aprovecharse de la situación, parece que nunca había estado tan asustada como ahora.

Conduzco sin preocuparme ya de perder a los fotógrafos, y me detengo un poco antes de la entrada del recinto. Desde aquí ya se puede ver el barullo de fuera y la cantidad de gente. Y de prensa. Me giro en el asiento y ella me imita, esperando lo que diré a continuación. Nos observamos en silencio unos segundos, y juro que daría todo lo que tengo por saber lo que se está

pasando por la cabeza de mi misterio ahora mismo.

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—No me mientas. Sé que estas asustada y no entiendo muy bien por qué. Cualquiera otra chica en tu lugar estaría encantada de estar viviendo todo lo que tú estás viviendo esta noche. Dime qué te pasa. Si viniste a mi concierto es porque te tengo que gustar, aunque sea un poco.

—Me gusta tu música —dice de pronto.

—Algo es algo —sonríe para intentar que se relaje. Y funciona, porque me devuelve la sonrisa y después suspira.

—La fiesta es ahí delante. —Señalo el sitio con el dedo y vuelvo a mirarla—. Tienes dos opciones, pero no estaría nada tranquilo si eliges la primera.

—¿Cuáles son?

—Uno, bajarte del coche y volver a tu casa para esperar a que tus amigas regresen. Y dos, venir conmigo.

—No sabría ni cómo... —No termina la frase, en su lugar cierra los ojos y llena sus pulmones de aire—. De acuerdo, iré contigo. Tan solo, por favor, prométeme que no me dejarás sola y que después me llevarás a casa.

—Te lo prometo. —Sonríe y vuelvo a arrancar el coche, pero entonces recuerdo que ella nunca ha hecho esto antes y que quizá necesite un poco de orientación—. En el momento en el que detenga el coche frente a la puerta del edificio, alguien vendrá a abrir tu puerta. Bajarás y yo te esperaré a mi lado. —Asiente, atenta y en silencio—. ¿Te parece bien si te cojo la mano? —Vuelve a asentir, aunque creo que ahora lo hace más por propia seguridad que por otra cosa—. Bien, pues caminaremos juntos hasta la puerta y entraremos en la fiesta. Es probable que los flashes de las cámaras te cieguen al principio, así que te recomiendo bajar la mirada para que luego no te duela la cabeza. No respondas a nada ni hables con ningún *paparazzi*. Tampoco prestes atención a las cosas que la gente va a decir ni dejes que te afecte.

—Me estás asustando más de lo que estaba, Mason.

—Lo siento, tan solo intento que nada te pille por sorpresa. Tendrás que quitarte la sudadera, no creo que quieras llamar todavía más la atención. ¿Estás lista?

—Sí. Vamos antes de que me arrepienta —dice quitándose la sudadera.

—Una cosa más. —La miro y pienso en cómo decirle lo siguiente—. ¿Conoces a mi madre?

—La he visto actuar en alguna película —responde encogiéndose de hombros.

—Mamá es muy especial, poca gente le cae bien y nunca le han gustado ninguna de mis novias.

—Yo no soy tu novia. Y solo has tenido una, o al menos eso dicen en la televisión.

—¿Tan extraño sería que fueras mi novia? —Arqueo una ceja.

—¿Quieres que hablemos de eso y que a tu asistente le dé un ataque al corazón por tu tardanza?

—Lo hablaremos después.

S A V A N N A H

Sin darme cuenta, retengo el aire hasta que Mason se detiene justo donde ha dicho que lo haría. Me dedica una mirada cómplice e inmediatamente el sonido de los gritos de fans llegan a mis oídos cuando me abre la puerta.

—Gracias.

Agacho la cabeza y rodeo el coche lo suficientemente deprisa como para no desmayarme aquí mismo por los nervios y el miedo, pero no tanto como para tropezarme con estos tacones y

caerme. Acepto la mano de Mason tras mirarle un segundo a los ojos, y vuelvo a fijar la vista en el suelo cuando comenzamos a andar.

Los gritos aumentan todavía más cuando nuestros dedos se entrelazan, tanto que ni tan siquiera alcanzo a escuchar las preguntas de los *paparazzi*. Aprieto su mano como si de un salvavidas se tratase y entro en el edificio cuando él me suelta y coloca una mano en mi espalda para que pase primero.

—Lo has hecho muy bien —dice en mi oído antes de seguir caminando.

Subimos unas escaleras y arriba nos abren otra puerta más, tras la cual parece ser donde se está celebrando la fiesta. Música que nunca había escuchado, retumba en la enorme estancia. No suelto su mano hasta que Junior se detiene frente a nosotros y parece que sus ojos se vayan a salir de las órbitas cuando me ve.

—¿Te has vuelto completamente loco? —pregunta en un tono lo necesariamente bajo como para que solo nosotros dos lo escuchemos—. Tu madre está aquí.

—Ya lo sé, me ha llamado.

—¿Por qué la has traído?

—Porque me ha dado la gana. Joder. —Le dedica una mirada enfadada y pasa por su lado, tirando de mi mano para que le siga.

Avanzamos entre la gente, que nos mira y le saluda a él, mientras que a mí solo me regalan miradas confusas y desaprobatorias. Ahora mismo desearía tener poderes para desaparecer y que nadie me viese. Si hace unas horas me hubieran dicho que iba a estar viviendo algo como esto, jamás habría dejado mi comunidad. ¿O sí? Ya no sé ni lo que digo, el humo que hay aquí dentro, mezclado con un extraño olor que desconozco, está haciendo que me maree y no piense con claridad.

A unos metros por delante veo a los guardaespaldas de Mason, los cuales apartan una especie de vaya elegante para dejarnos pasar al otro lado. Varias chicas preciosas y con indumentarias escandalosas, están sentadas en los sofás, hablando con otros chicos. Cuando ven a Fox, le saludan y chocan los puños, señalándome después con un gesto de cabeza.

—Siéntate aquí y espérame —me pide.

—Ni se te ocurra dejarme aquí sola. —Clavo la mirada en él y aprieto su mano—. Lo prometiste.

—No voy a irme a ninguna parte, tan solo tengo que saludar a algunas personas, y después tendré que cantar. A menos que quieras hacer de mi bailarina —sonríe y me da un toque en la barbilla para que le imite—, tendrás que verme desde aquí.

—No conozco a nadie, no-no me siento segura —insisto.

—Eso lo soluciono yo en un momento.

Va hasta una pareja que está hablando muy cariñosamente y se agacha frente a ellos. Habla varios segundos, y después los tres me miran y él me hace una señal para que me acerque. Camino despacio, esquivando a algunas chicas que están bailando, hasta que llego a su lado.

—Savannah, él es Jim, mi mejor amigo. Y ella se llama Dinna.

—Encantada —digo con timidez.

Ellos se inclinan para darme dos besos, algo a lo que no estoy muy acostumbrada, pero al parecer aquí es lo que se hace cuando conoces a alguien nuevo. Se mueven un poco y me ofrecen sitio a su lado. Mason se sienta a mi lado, justo en el extremo opuesto a Jim, que es donde yo estoy, y se acerca a mi oído para que le escuche por encima de la música.

—Jim es un buen chico, estoy seguro de que le has visto en alguna serie o película. —Hace una pausa y me mira. Yo solo asiento al recordar que es cierto—. No se separará de ti hasta que yo

vuelva, ¿de acuerdo?

Asiento de mala gana, pero sabiendo que él tiene razón y debe cumplir con sus responsabilidades. Bastante ha hecho ya por mí al no dejarme tirada en medio de la lluvia que seguramente ya haya comenzado a caer. Observo cómo sale de la zona precintada y le dice algo a sus guardaespaldas antes de señalarme y que los tres me miren.

No le pierdo de vista entre la gente hasta que Jim me dice algo y le miro para concentrarme en él y no en el loco lugar en el que me encuentro.

—Disculpa, ¿puedes repetírmelo?

—Te preguntaba que si estás pasándolo bien. No parece que estés muy cómoda.

—Sí, es genial. La música, la gente... —Sonrío todo lo sinceramente que puedo y desvío la mirada cuando Mason da la bienvenida a la gente desde el escenario, y comienza a cantar.

Intento relajarme y apoyo la espalda en el sofá tras rechazar las bebidas que las camareras me ofrecen cada cinco minutos. Cuando el segundo concierto de hoy está por terminar, la ex novia malhumorada de Mason hace su aparición, provocando que el corazón se me salga del pecho por los nervios que me provoca. Antes no pareció gustarle nada cuando me vio con él, y dudo mucho que ahora vaya a hacerle gracia verme aquí.

—Vaya, vaya —se detiene frente a mí y Jim le mira con desaprobación—. Sigues por aquí, ¿es que no tienes casa?

No sé qué decir, y ella no parece tener ganas de rendirse, así que simplemente la ignoro y miro a Mason, el cual se ha percatado de la situación y sigue cantando sin apartar sus ojos de mí. Emilia —recuerdo su nombre porque casualmente, a Chloe y a mí nos gustan sus canciones— tira de mi brazo para que me levante y se pega mucho a mí, haciendo que aparte la cara para no tragarme el inmenso olor a colonia que lleva.

—Lárgate de aquí, este no es tu sitio.

—Ya basta, Emilia, déjala en paz. —Jim se interpone y mira a su amigo inmediatamente, pidiéndole que no se baje del escenario con un gesto de la mano.

—¿Quién coño es esta? —le pregunta a él como si yo no estuviera delante.

—No es asunto tuyo, ¿qué haces aquí? Tu reservado está en la otra punta, Emilia.

—Dile a Mason que tenemos que hablar —apunta antes de darse la vuelta y salir.

—Yo me voy —le digo a Jim—, por favor, di-discúlpame con Mason, ¿vale? Ella tiene razón, este no es mi sitio.

—No le hagas caso, Savannah. Espera a que termine de cantar, solo queda una canción. Estoy seguro de que te llevará él mismo si es lo que quieres.

—Yo no...

—Venga, anda, siéntate y olvida lo que acaba de suceder.

Suspiro y me siento en el borde del sofá sin bajar las defensas como antes. Emilia está en lo cierto, no sé qué narices hago aquí, ni por qué acepté venir. Esto es otro mundo, es un cambio demasiado grande en muy poco tiempo, no es lo que venía buscando. Por otro lado, Jim tiene razón, no puedo marcharme sin más después de todo lo que Mason ha hecho por mí esta noche. Todo iba relativamente bien hasta que ella apareció, ¿es posible que él supiese que iba venir y por eso me dijo que no prestara atención a lo que me dijeran? ¿Se refería a ella?

—Ey, Savannah. —Salgo de mi mundo interior cuando su rostro aparece frente a mí—. ¿Qué ha pasado?

—Quiero irme.

—Pero...

—¿Puedes llevarme a casa, por favor? Iba a marcharme antes, pero Jim me ha pedido que

esperase a que tú terminaras.

—No puedo marcharme ahora, acabo de llegar. Todo el mundo estaba esperándome, mi madre debe de estar a punto de aparecer por aquí.

—De acuerdo, no te preocupes. —Le ofrezco mi mano, pero la mira sin estrecharla, confundido —. Buscaré la manera de llegar a casa, gracias por todo. Has sido muy amable conmigo.

—Quita, quita, ¿a dónde te crees que vas? —pregunta poniéndose frente a mí, y colocando las manos en mi cintura cuando me doy la vuelta para salir de la zona restringida.

—Te he dicho que quiero marcharme, no me siento cómoda ni segura aquí. Éste no es mi sitio.

—¿Es por algo que te ha dicho Emilia? —Niego con la cabeza sintiendo cómo el mareo aumenta y la necesidad de aire fresco crece en mi interior.

—Tengo que salir, de verdad. No me encuentro bien.

—Vamos. —Entrelaza los dedos con los míos, al igual que cuando hemos entrado, y camina conmigo entre la gente hacia la salida.

Miro hacia atrás cuando sus guardaespaldas nos siguen, sin acostumbrarme a esto. Salimos al hall principal del edificio, y ya puedo sentir cómo mis pulmones respiran aire limpio, a pesar de no estar todavía en la calle.

—Gracias, ya puedo salir yo sola.

—¿No puedo convencerte de que te quedes? —pregunta con aparente preocupación.

—No.

—¿Y qué vas a hacer cuando llegues si tus amigas no están en casa?

—Esperar a que lleguen.

—Joder. Dame al menos tu número de teléfono para saber que estás bien.

—No me lo sé —improviso. Él arquea una ceja y me mira con incredulidad.

—Pues apunta el mío, al lado de la dirección que tampoco te sabes.

Entorno los ojos sin saber cómo interpretar eso, y él mira a sus guardaespaldas para que uno de ellos le dé un bolígrafo. Tira de mi mano y apunta un número junto al nombre de la calle.

—Escríbeme cuando entres y cojas tu móvil.

—De acuerdo.

—Espera, voy a llamar a Jeoffrey, él te llevará a casa. No te preocupes, es mi chofer.

Toco el timbre rezando interiormente para que Chloe y Ophelia estén ya en casa, no sé ni la hora que es, pero imagino que ya habrán vuelto.

—¡Savannah! —gritan asomándose por la ventana.

Subo en el ascensor, todavía me parece increíble el funcionamiento de esta máquina, y en cuanto se abre las puertas, las dos se abalanzan para abrazarme.

—¿Dónde estabas? —Chloe se encuentra hecha un mar de lágrimas.

—¿Dónde estabais vosotras? —pregunto separándome—. Me dejasteis sola allí dentro.

—Lo siento mucho. —Ophelia seca un par de lágrimas de sus mejillas y vuelve a abrazarme—. Entremos en casa, cuéntanos dónde has estado.

Les pido que me dejen un momento para quitarme el vestido, y me siento en la cama para reflexionar. ¿Qué debería hacer? ¿Qué es lo correcto? Bueno, lo correcto sería contarles todo, pero ¿es eso lo que tengo que hacer? ¿O es mejor fingir que nada ha pasado y seguir intentando acostumbrarme a este nuevo mundo? Aunque lejos de Mason Fox. Mason. Me ha pedido que le mande un mensaje, pero no tengo teléfono. Por otro lado, pienso que quizá lo mejor sería no escribirle y dejar esto en una simple noche que nunca debió ocurrir.

—¡Sav! ¿¡Qué haces!?! —grita Ophelia desde el salón.

—¡Voy!

Finalmente decido guardarme esto para mí, no quiero que nuestro inicio aquí, comience con una discusión. Y es lo que sucederá si Chloe se entera de dónde y con quién he pasado la noche. Les explico que cuando vi que no podía encontrarlas, salí del recinto del concierto y comencé a andar, me perdí y por eso me costó tanto llegar hasta casa. Se lo creen sin más preguntas y solo consiguen que me sienta culpable tras tantas disculpas por su parte, por haberme dejado sola.

Abro los ojos a la mañana siguiente, muy temprano por la costumbre de despertarme al alba. Me levanto y abro las ventanas para ventilar mientras preparo el desayuno para las tres. Pongo un poco de leche en un cazo y lo coloco sobre lo que Lia llamó vitrocerámica. También podría usar el microondas, pero ese trasto y yo no somos buenos amigos, no soy capaz de encenderlo. Camino descalza hacia el salón y le doy los buenos días a Chloe cuando aparece bostezando.

—Estoy preparando el desayuno. ¿Qué te apetece comer?

—No tengo hambre, pon la tele.

—¿Qué te pasa? —pregunto cogiendo el mando a distancia.

—Nada. —Se encoge de hombros y rodea su cuerpo con una manta para después tumbarse en el sofá.

—¿Es por Mason? —Temo preguntar, pero debo hacerlo.

—Es que me dio mucha pena perdernos el concierto, pero sé que fue culpa nuestra.

Suspiro y no digo nada porque... Porque no sé qué decir. La culpabilidad me está matando y no sé cómo sobrellevar esta situación, debido a que yo nunca antes había mentido. No me había hecho falta, en la comunidad siempre nos han inculcado unos valores muy sólidos, entre los cuales no entra la mentira.

—¡Buenos días, Los Ángeles! —Ambas escuchamos en silencio a la reportera— Comenzamos la mañana con una noticia que nos llegó hace unas horas. Al parecer, nuestro chico de Hollywood ha vuelto a robar un corazón. En esta ocasión el de una joven anónima cuya identidad no hemos podido averiguar todavía. Fox fue visto anoche en su compañía a la salida de su concierto, y después entrando en la fiesta, a la cual llegó con retraso. Pero eso no es todo, al parecer, dicha afortunada, compartió backstage con el asistente de Mason. En estas fotografías puede apreciarse cuando él se acerca para decirle algo al oído —Chloe se incorpora y abre mucho los ojos. Yo, en cambio, debo de estar pálida e inmóvil.

Mi mente me grita que apague la televisión o salga corriendo antes de que ella reaccione, pero mi cuerpo no responde. Las fotos siguen apareciendo. En el backstage, en los pasillos del camerino mientras le sacaba fotos con las fans, a la salida del concierto con su sudadera, entrando a la fiesta, e incluso dentro de ella. ¿Cómo pueden haber sacado algunas de esas fotos?

—Esa eres tú.

06 | NEGACIÓN

SAVANNAH

El labio inferior de Chloe comienza a temblar, a la vez que la vena que se ubica en el centro de su frente, se hincha, de igual forma que siempre que está enfadada. Deja la manta con la que se cubría, a un lado, y se pone de pie sin dejar de mirarme.

—Puedo explicarlo —me excuso, levantándome también.

—Ah, ¿sí? —Se cruza de brazos y arquea ambas cejas—. Me muero de ganas de ver cómo lo haces.

—¿Podemos sentarnos? —ruego con la mirada.

—¡No! Quiero que me digas ahora mismo por qué narices apareces en esas fotografías con el hombre de mis sueños. ¡Nos mentiste!

—¿Qué pasa? —Ophelia entra en el salón bostezando y confusa.

—Savannah está a punto de contarnos por qué anoche nos mintió, y en lugar de estar perdida por la ciudad —emplea un tono sarcástico y agita las manos con exageración—, estaba en el camerino con Mason Fox, en el backstage con el asistente de Mason Fox, saliendo de su concierto y montando en su coche, y en una fiesta. ¿Sabes de quién? —Se gira hacia Lia—. Ah, sí, ¡de Mason Fox!

Cubro mi cara con ambas manos y me siento en el sofá, no siendo capaz de mirarlas a ellas, y tampoco a la pantalla de la televisión, en donde no han parado de poner las fotos. Ophelia ríe primero, creo que por incredulidad, y luego deja escapar una bocanada de aire y se sienta a mi lado. Giro el rostro hacia ella y me doy cuenta de que está escuchando a la reportera a la que yo he silenciado mentalmente, y tiene una cara de sorpresa absoluta.

—A ver, tranquilicémonos —pide Ophelia. Yo evito la mirada de Chloe y la clavo en el suelo.

—Nunca me habías mentido —gimotea ella, por lo que levanto la cabeza para comprobar que está llorando—, tú no mientes.

—Lo siento mucho, Chloe. Yo no-no... Os aseguro que no planeé nada de esto. —Ambas permanecen en silencio, esperando una explicación—. Cuando os perdí de vista, traté de buscaros por todos esos pasillos. Estaba asustada y no sabía qué hacer, me topé de frente con dos hombres enormes. —Hago una pausa al recordar a Michel y K-Box—. Entonces empecé a llorar y a gritar, y Mason salió de su camerino. Así... Así fue como nos conocimos.

—Continúa, cielo. —Lia asiente y le hace una señal a Chloe para que no me interrumpa.

—Él fue un encanto conmigo. —Sonrío de manera inconsciente, pero apenas en un segundo—. Yo no esperaba todo esto —me lamento señalando la televisión—. Mason me invitó a ver el concierto con Junior y...

—¿Quién es ese?

—Su asistente —respondemos Chloe y yo a la vez, creando un momento más de tensión.

—Vale, viste el concierto, acabó, ¿y después? —insiste Lia.

—Se ofreció a llevarme a casa cuando le dije que no tenía teléfono ni forma de localizaros. Tampoco tenía llave y llevaba la dirección de casa apuntada en el brazo.

—Ya veo. —Ophelia se levanta y asiente.

—¿Qué ves? —De nuevo hablamos a la vez.

—Puedo imaginar lo que se le debió pasar por la cabeza al conocerte —explica—. Sola, nerviosa y asustada, sin móvil, sin ninguna gana de permanecer con él... ¿Me equivoco? —Niego con la cabeza—. Supongo que no está acostumbrado a las chicas como tú. No tiene que ser fácil conocer a gente sincera y verdadera cuando eres famoso y rico. —Se encoge de hombros y entra en la cocina.

—Chloe, lo siento. De verdad. —Me giro hacia mi amiga y trato de analizar su expresión—. No te lo conté porque sabía que te enfadarías. Mason es muy importante para ti y no quería que pensaras que yo... Perdóname.

—¿Por qué fuiste con él a la fiesta? —Me mira con firmeza y Lia regresa al salón con un vaso de café en la mano—. ¿Por qué seguiste con él en lugar de venir a casa?

—Vine. Él me trajo cuando acabó el concierto, pero no habíais vuelto. Le dije que me quedaría en el portal esperando por vosotras, pero insistió en que no me dejaría sola en la calle.

—Qué considerado. —Lia ríe y bromea, pero ambas la miramos para que se calle—. Lo siento.

—Entonces apareció una furgoneta con fotógrafos y tuvimos que marcharnos en su coche. Os prometo que yo no buscaba nada de esto, solo quería volver a casa.

—¿Te gusta? —Chloe enarca una ceja, reafirmandose.

—No, Chloe, no me gusta —respondo comenzando a sentir un poco de cabreo—. ¿Eso es lo único que te importa? Estoy en la televisión, han sacado fotos mías con un hombre. Cualquiera que me conozca podría verlas e ir a la comunidad a contárselo a mis padres.

Va a responderme cuando suena el timbre de la casa.

MASON

La fiesta está próxima a terminarse, varias personas ya han venido a despedirse y a darme la enhorabuena por el concierto de esta noche. Otras, en cambio, tan solo a cotillear sobre la chica que hoy ha venido de mi mano.

—Nene, ven. Me marcho ya —me dice mi madre desde fuera del reservado.

Por su cara veo que no está contenta y que me espera un buen sermón.

Salgo entre Michel y K-Box, y rodeo los cordones que separan mi zona del resto del club. Bajo la plataforma y camino hasta ella. Me da dos besos y después coloca la mano en la parte trasera de mi cuello para que baje la cabeza y la pueda escuchar bien, tal y como hace siempre.

—Tienes veinticuatro años y hace tiempo que no te pido explicaciones, pero no se te ocurra volver a llegar tarde a ningún evento. —Me mira a los ojos con seriedad—. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, mamá.

—Buen chico. —Me da un beso en la mejilla y mira a su alrededor, fijando la vista en Emilia, la cual se encuentra ahora saliendo por la puerta principal seguida de su séquito—. Respecto a esa chica que has traído contigo, espero que la hayas preparado para lo que se le viene. Mañana estaréis en todas las portadas.

Me despido de ella y camino pensativo hacia mis amigos, para dar por finalizada la fiesta. No he dejado de mirar mi móvil cada poco rato, esperando un mensaje que no ha llegado todavía. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no llegará. ¿Le habrá pasado algo?

—Vamos, Mason, tenemos que irnos ya. Mañana tienes la sesión de fotos previa a la grabación del anuncio. —Junior me pasa una sudadera y me hace una señal con la cabeza.

Este hombre es como Mary Poppins, siempre tiene a mano todo lo necesario. ¿Que se me manchan los pantalones? Él aparece a los cinco minutos con unos nuevos. ¿Que hace frío? Junior aparece con un abrigo o una sudadera. Muchas veces me saca de quicio y consigue que le odie, pero debo reconocer que, como asistente, no tiene precio.

A las siete de la mañana me despierta, con una canción para animarme, aunque lo único que quiero hacer es ahogarle con el cable de la televisión. Habré dormido tres horas, por lo que las maquilladoras van a tener que hacer un buen trabajo hoy con mi cara.

Me ducho rápido y me pongo unos vaqueros y un jersey de manga larga. Desayuno un poco de lo que Junior me ha preparado y entro al vestidor de nuevo para coger unas gafas de sol que se me habían olvidado. Dudo entre veinte pares, pero acabo decidiéndome por unas que me compré el mes pasado en Denver. No hace sol, pero tampoco me apetece que me saquen con esta cara.

—Jeoffrey, ya estamos listos.

—No, llevo mi coche —les digo a ambos cuando salimos a la puerta.

—¿Por qué? Apenas has dormido, Mason, no creo que debas conducir.

—Que estoy bien, pesado. Venga, tengo que parar en un sitio antes de ir al estudio. —Camino hacia el garaje e ignoro su pregunta de a dónde tengo intenciones de ir.

No deja de estar de morros en todo el camino, mirando la hora y mandando mensajes. Me ha pedido mi móvil tres veces, pero no he querido dejárselo por si Savannah me escribe cuando se levante. Estoy preocupado, no sé si le ha pasado algo o si no quiere saber nada de mí, pero esto último se me antoja tan imposible que realmente considero la idea de que siga esperando en la calle a sus amigas.

Cuando doblo la esquina en Cherokee, visualizo unos metros por delante los apartamentos y veo que no está en el portal.

—¿Qué hacemos aquí? —Junior habla por primera vez tras un buen rato.

—Vuelvo enseguida.

—Mason, dime que esta no es la casa de esa chica.

—Se llama Savannah. —Es lo único que le digo antes de coger la llave y salir del coche.

Cruzo la acera hasta su portal y toco el timbre, esperando ansioso a escuchar su voz al otro lado. No es ella la que responde.

—¿Sí?

—¿Está Savannah?

—Sí, ¿de parte de quién? —La chica habla con voz adormilada.

—Soy un amigo. ¿Puedo subir? O que baje ella.

SAVANNAH

Ophelia abre la puerta y se gira hacia nosotras con el rostro confundido.

—¿A quién le has dado esta dirección? —me pregunta.

—¿Yo? Pero si ni tan siquiera me la sé.

—Pues alguien que dice ser tu amigo está subiendo.

—¿¡Qué!?! —Abro los ojos sobremanera y niego con la cabeza frenéticamente—. Es Mason.

—¿¡Fox!?! —exclama Chloe levantándose de un salto.

—No, mi padre. ¡Pues claro!

Cuando voy a pedir a Lia que no le deje pasar o se invente alguna excusa, resulta que ya había dejado la puerta abierta y sus pisadas se escuchan fuera.

—¿Hola? —Sí, definitivamente es él—. ¿Savannah?

—¡Vamos, ve! —Ophelia me empuja hablando en voz baja—. Yo me encargo de que a esta no le dé un infarto. —Señala a Chloe, la cual se ha quedado blanca y con la boca abierta.

Vamos, Sav, tú puedes. Agradécele todo lo de anoche y dile que no quieres volver a verle.

Camino hacia el pasillo para llegar a la puerta principal, con el corazón en un puño y las pulsaciones retumbando en mis oídos. Tiro del pomo de la puerta y ahí está, Mason Fox de pie frente a mí, con cara de dormido y el rostro preocupado.

—Ho-hola, buenos días.

—Ey, ¿dónde te habías metido? —Da un paso adelante, ante el cual yo retrocedo por inercia—. Pensaba que te había pasado algo.

—Perdona, Mason. Lo de ayer... Yo te estoy muy agradecida por todo lo que hiciste, de-de verdad que sí —me maldigo a mí misma por no ser capaz de dejar de temblar—, pero no quiero que volvamos a vernos. Ha sido un placer conocerte, te deseo lo mejor. —Cierro la puerta sin que él sea capaz de decir nada, tan solo se queda ahí quieto, con las cejas levantadas sin aparentemente entender nada.

—Pero ¿¡qué haces!?! —Ophelia y Chloe aparecen a mi espalda.

La segunda me aparta sin dudarle y vuelve a abrir la puerta antes de darme tiempo a impedirselo.

—Madre mía —dice con voz irritante—, ¿eres Mason Fox!

Se tira a sus hombros y le da un abrazo que a él no le pilla para nada por sorpresa, tan solo se limita a darle palmaditas en la espalda sin dejar de mirarme con la misma confusión que segundos antes.

—No me puedo creer que seas tú de verdad —continúa ella sin soltarse.

—Soy Ophelia, ¿por qué no pasas? Creo que podréis hablar más tranquilos aquí dentro.

Tira del pijama de Chloe para que se suelte y yo camino hacia el salón sin saber qué decir o hacer. Todo esto es una locura y no es para mí. ¿Por qué no pudo pasarle a Chloe? Yo no estoy preparada para que el inicio en este nuevo mundo sea a manos de un famoso que se pasa el día rodeado de fotógrafos, con una chica diferente cada semana y sin parar de viajar de un lado para otro. De fiesta en fiesta.

No voy a negar que Mason me gusta, es un chico muy atractivo y me ha tratado fenomenal hasta ahora. Por no mencionar que esté aquí, en la casa de mi amiga, a las siete y media de la mañana. Preocupado.

—Vamos a dejaros solos —Ophelia mira a Chloe y le hace una señal, pero ella se cruza de brazos sin moverse—, si necesitas algo, estaremos en la habitación —me dice a mí.

Mi amiga me fulmina con la mirada y obedece a regañadientes. Mason camina hasta mí y sujeta mi mano, me lleva hasta el sofá y hace que me siente. Todo esto en silencio.

—Dime que ha cambiado en tan pocas horas —me pide.

Me limito a coger el mando de la televisión y encenderla. Siguen hablando de nosotros, paso de canal, y lo mismo. Veo de reojo cómo resopla y se restriega la cara con una mano.

—Lo siento, Savannah. Ayer te avisé de que nos iban a hacer fotos, ¿qué pensaste que harían con ellas?

—No pensé nada, no imaginaba que fueran a repercutir de esta forma. Yo te he visto otras veces en televisión... con otras chicas, pero no supuse que fuera a pasar lo mismo conmigo. Quiero decir que-que, ¿no hace ni veinticuatro horas!

—Esto funciona así, es una putada, pero con el tiempo he aprendido a que no me afecte e ignorarlo. No veo la televisión ni leo revistas, no me gusta ver cómo se inventan rumores sobre mí

vida. Junior se ocupa de todas mis redes sociales por lo mismo, es desesperante. Tan solo me conecto de vez en cuando para buscar a mis amigos o publicar lo que me interesa.

—¿Redes qué?

—Sociales... Redes sociales, Savannah. ¿No tienes Twitter? —Frunzo el ceño sin saber de qué me habla o el significado de esas cosas—. ¿Instagram? ¿Facebook?

—Lo siento, no sé lo que significan esas palabras. —Él niega con la cabeza y luego suelta una carcajada, pero cesa al ver que sigo sin cambiar la expresión.

—Pero tú... Dios, no entiendo nada. —Vuelve a restregarse la cara y a mirarme, me sujeta por ambas mejillas y clava sus ojos en mí—. Me tienes profundamente confundido, Savannah.

—Di-discúlpame, Mason —digo apartando sus manos—, debes irte. —Me pongo en pie y él hace lo mismo.

—¿No quieres que volvamos a vernos? —Frunce el ceño desconcertado.

—No.

—¿Estás segura? —Asiento—. Dame al menos tu número para saber... Que sigues bien, o no sé. De verdad que estoy muy confundido, no-no... —Sacude la cabeza sin saber cómo expresar sus sentimientos.

—No tengo móvil.

—Pero ayer me dijiste que... ¿Cómo no vas a tener móvil?

—Sí tiene. —Ophelia irrumpe en la sala junto con Chloe pegada a ella—. Aquí está.

Mason me observa sin entender nada y lo acepta cuando mi amiga se lo pasa, marca su propio número y se llama. Se lo devuelve a Lia y murmura un “gracias” mientras veo cómo escribe en su pantalla “Savannah”.

07 | REFLEXIÓN

MASON

Savannah me observa en silencio mientras anoto su número y lo guardo. Prácticamente he tenido que sacárselo a la fuerza, porque no se la veía muy interesada en dármelo. Si la situación fuera diferente, y desde el primero momento hubiese notado que no le gusto, dejaría pasar todo esto y fingiría que las últimas horas nunca han sucedido, pero no es así. Sé que le atraigo, esas cosas se saben, joder.

—Gracias —digo mirando a la chica que me lo ha dado.

—No hay por qué dárte, Savannah no ha dormido muy bien y por eso no sabe lo que dice. — Ella mira a su amiga, y la que me ha dado el móvil le hace un gesto muy poco disimulado para que no lleve la contraria.

—Escucha —me acerco a Savannah y trato de que me mire a los ojos—, ¿por qué no te vistes y vamos a desayunar?

—No puedo.

—¿Por qué no?

Mira a sus amigas y les suplica sin palabras que la acompañen en la mentira que se acaba de inventar, pero ellas solo arquean una ceja y la más bajita se cruza de brazos.

—Eso —comenta la del teléfono—, ¿por qué no?

—Tenemos que ir a ese sitio que dijiste —improvisa sin mirarme.

—¿Sitio? —Se miran la una a la otra—. ¿Tú recuerdas que tuviéramos que ir a algún sitio?

—Que va —responde la morena—. A donde yo voy a ir es a la cama —bosteza—, no sé cómo podéis madrugar tanto. Un placer haberte conocido, Mason —Sonríe y me da dos besos—. Puedes venir cuando quieras.

—Te lo agradezco.

—Chloe —tira de su mano—, vamos. Déjales solos.

La tal Chloe dibuja una mueca de desacuerdo y vuelve a tirarse sobre mí para abrazarme, me dice que es mi fan número uno y que por favor vuelva a venir. Que quiere que nos hagamos fotos y mil cosas más, típicas de mi día a día. Después fulmina a Savannah con la mirada y se marcha dando grandes zancadas.

—¿Y bien? —Levanto la barbilla de Savannah con mis dedos—. ¿Vienes conmigo?

Abre la boca para responder, pero no lo hace porque mi teléfono comienza a sonar, irrumpiendo el incómodo silencio. Ella suspira y ello lo ignoro, pero me hace una señal con la cabeza para que responda.

—No, es Junior —le informo—, mejor que no lo coja.

—Responde —insiste—, si te llama es porque es importante. Seguro que tienes algún compromiso esta mañana, Mason. Deberías irte.

—No, espera —le pido con la mano—. ¿Qué quieres? —contesto a mi asistente.

—¿Se puede saber qué haces? Tenemos que irnos, la sesión comienza en una hora y todavía tienen que arreglarte el desastre de cara que tienes.

—Espera un segundo. —Coloco el teléfono contra mi pecho para que no me escuche y miro a

mi misterio personal—. ¿Aceptas o no?

—¿Por qué crees que es buena idea? No tengo ningún interés en que mi cara vuelva a aparecer en todas las cadenas de televisión, Mason.

—Este es mi mundo, Savannah. —Me encojo de hombros y asiento, adelantándome a su decisión—. Nadie puede escoger el camino ni la vida que le toca, pero tú sí puedes decidir si quieres entrar en la mía. Solo te estoy pidiendo un poco de tiempo, que vengas a desayunar conmigo y charlemos un rato. Me gustaría conocerte mejor.

Me observa en silencio un par de segundos, suspira y asiente con la cabeza, provocando una sonrisa boba en mi rostro.

—Junior —vuelvo a colocar el móvil en mi oreja—, llama al estudio y di que me he puesto malo.

—¿¡Te has vuelto loco!?

—Luego hablamos, llama a Jeoffrey para que venga a buscarte, necesitaré el coche.

Cuelgo sin darle la oportunidad de responder, no me apetece escuchar cómo entra en pánico. Apago el teléfono y me lo guardo en el bolsillo trasero, junto a la cartera repletas únicamente de tarjetas de crédito.

Savannah me pide que la espere en el salón mientras ella se viste. Le digo que no hay problema y tampoco ninguna prisa, puesto que quiero esperar a que Jeoff recoja a Junior antes de volver a bajar a la calle. Así evitaré su numerito delante de Savannah, porque sí, sé que me espera una buena cuando regrese a casa.

S A V A N N A H

Voy de un lado al otro de la habitación, lamentándome y hablando sola. Mis amigas entran y se sientan en la cama, Ophelia no deja de reír mientras me mira, y Chloe no retira la cara de cabreo en ningún momento. La primera me dice que debo relajarme un poco y dejar que las cosas vayan surgiendo solas, que no piense en nadie más que en mí y en lo que me apetece hacer. Sabe que tengo a mi familia en la cabeza continuamente, y más ahora que he salido en televisión, cualquier podría haberme visto e ir con el cuento. A mi madre le daría un ataque.

Chloe, en cambio, no dice nada.

—Ya estoy lista. —Mason deja de mirar por la ventana y se da la vuelta hacia mí, sonriendo en cuando me ve.

Desliza la mirada por todo mi cuerpo, se acerca y aparta mi pelo a un lado para darme un beso en la mejilla. Anoche me dejó en claro que es un perfecto invasor del espacio privado, pero no por eso me acostumbro a esta sensación de cosquilleo por toda mi piel.

—Ven. —Me hace un gesto para que le siga hasta la ventana y aparta ligeramente la cortina, lo justo para poder mirar a través del cristal.

—¿Junior está aquí? —le pregunto sorprendida.

—Así es, íbamos a una sesión de fotos. Dentro de unos días tengo que grabar un anuncio de colonia y hoy era la sesión previa.

—Mason, no puedes faltar a tus compromisos —le regaño—, nosotros podemos quedar para desayunar cualquier otro día.

—Hoy es cualquier otro día. —Me sonrío y vuelve a mirar por la ventana—. Ahí llega Jeoffrey.

Ambos observamos en silencio cómo su asistente se baja del coche de Mason y se sube al de su chofer. No podemos escucharle, pero se aprecia cómo grita y mueve las manos agitadamente.

Jeoffrey mira hacia nosotros cuando Junior señala el edificio, y Mason cierra la cortina con rapidez, haciendo que ambos estallemos en una carcajada.

Bajamos en el ascensor, máquina a la que ya le he cogido el truco, y salimos a la calle. En cuando nos acercamos a la acera para cruzar, no puedo evitar ponerme alerta cuando un coche dobla la esquina y conduce en nuestra dirección. Los dos nos detenemos y yo doy un paso atrás involuntariamente.

—¿Son...?

—No —responde él cuando el coche pasa de largo—. No eran *paparazzi*, pero no sería raro que estuvieran por aquí. —Me mira y me ofrece su mano—. Solo son fotos, Savannah, no te harán daño, lo prometo.

Ya, solo fotos. Si tú supieras que de dónde vengo las fotos estás prohibidas...

Montamos en el coche, y enseguida se pone en marcha. Yo me pongo el cinturón y me preparo para la velocidad con la que me deleitó ayer, pero en esta ocasión me sorprende. Va mucho más tranquilo y respetando todas las señales de tráfico. Me mira de vez en cuando, puedo verlo de reojo, pero sin llegar a decir nada, como si no supiera qué palabras utilizar conmigo. En cierto modo puedo entender cómo se siente. Las chicas a las que debe de estar acostumbradas seguro que son muy opuestas a mí. No me sé mi dirección, algo que seguramente le confunda mucho; no tengo esas cosas que ayer me dijo, redes sociales creo que las llamó, y que al parecer son de vital importancia por aquí; tampoco tengo móvil, aunque Ophelia le haya hecho creer que sí, por su cara he deducido que no se lo ha tragado; y por si todo eso no fuera poco, me muestro muy esquiva con él, algo que estoy totalmente segura nunca le había pasado.

—¿Estás bien?

—¿Eh? —Aparto la vista de la ventana.

—Que si estás bien, pareces distraída.

—Perdona, no. O sea, sí, sí estoy bien. —Me fuerzo a sonreír antes de mirar de nuevo hacia delante.

—¿Por qué no has dormido bien?

—No lo sé —suspiro—, demasiadas emociones para mí. Supongo.

—Comprendo, todo lo que pasó ayer habrá sido muy raro para ti. Espero que al menos lo pasaras bien.

—Sí, fue estupendo.

—Y ahí está otra vez —dice girando la cabeza hacia mí cuando se detiene tras un coche—. Esa sonrisa fingida.

—No finjo, de verdad lo pasé bien, es solo que no estoy muy acostumbrada a salir... de fiesta. —A salir en general, más bien.

—¿Ves? Por eso te he pedido que fuéramos a desayunar, hay muchas cosas que no sé de ti.

MASON

No parece tener muchas ganas de hablar en todo el trayecto hasta Santa Mónica, lo que hace bastante incómoda la situación, teniendo en cuenta de que tardamos casi cuarenta minutos hasta llegar al paseo. Por suerte, en cuando las palmeras comienzan a adornar las calles, y la playa se adivina a lo lejos, su rostro cambia a uno mucho más alegre.

—¿Llevas mucho viviendo en ese apartamento? —le pregunto mientras busco aparcamiento.

—No...

—¿Y dónde vivías antes?

—Muy lejos de aquí. —Tose para aclarar su garganta y vuelve a evitar mi mirada—. Este sitio es espectacular. ¿Vamos a desayunar por aquí?

—¿Te gustaría?

—Sí, sería genial poder pisar la arena. Nunca he... —La miro cuando se calla y pone una mueca extraña, girándose hacia la ventanilla.

—¿Qué?

—¿Eh? —finge distracción.

—No has acabado la frase.

—¿Qué frase?

—Da igual. —Sonrío y detengo el vehículo cuando logro estacionarlo entre otros dos—. Vamos, conozco un sitio muy bueno en el muelle.

Me coloco la gorra y las gafas de sol porque, a pesar de estar en otoño, prefiero no ponérselo en bandeja a los fotógrafos y a la gente de la calle. Bastante delicada es la situación con Savannah, como para estar deteniéndome cada diez pasos para hacerme una foto con algún fan.

No le ofrezco mi mano porque sé que no la aceptaría, y si lo hiciera, no sería por deseo sino por compromiso, así que caminamos uno al lado del otro por el camino de madera que hay en la arena. Me sorprende ver la fascinación con la que lo observa todo, sin aparta ni un segundo la encantadora sonrisa que adorna su rostro y forma dos adorables hoyuelos en sus mejillas.

—Has dicho que querías pisar la arena —le comento cuando llegamos al final de la pasarela.

—Sí, ¿puedo?

—¡Pues claro! —exclamo con una sonrisa.

Ella me la devuelve, y enseguida se quita las botas de piel y los calcetines que lleva debajo. Se remanga ligeramente el bajo de los pantalones vaqueros y me mira una vez más antes de poner un pie sobre la fría arena. No suele hacer mucho frío en Los Ángeles, pero hoy ha amanecido una mañana especialmente fresca, y, además, aún no son ni las nueve de la mañana.

—Vaya —murmura ella caminando despacio y deteniéndose para enterrar los pies.

—¿De dónde vienes no hay playa? —pregunto a su espalda. Se limita a negar con la cabeza.

Decido aprovechar el momento para hacer que pase un buen rato, me quito las zapatillas deportivas y meto los calcetines dentro. Piso la arena y me aproximo a ella en silencio, deteniéndome justo a su espalda. Sin que se lo espere, la cojo en brazos y comienzo a dar vueltas. Savannah suelta un grito por el susto, pero enseguida empieza a reír a carcajadas, suelta sus brazos de mi cuello y deja que ambos caigamos al suelo.

Rápidamente se pone en pie y comienza a correr cuando yo la persigo. Le doy un poco de margen hasta que la alcanzo y vuelvo a levantarla. Su risa es totalmente embriagadora, y he de reconocer, que la prefiero así antes que llorando. Como es lógico.

—Me rindo —digo levantando los brazos cuando se tira sobre mi cuerpo.

Me observa un instante y rápidamente se separa de mí, como si mi piel le hubiera producido algún tipo de calambre. Se levanta y sacude la arena de su ropa.

—Perdona, no he debido hacer eso. —Niega con la cabeza y murmura algo en voz baja que no logro entender.

—Eh —sujeto su mano cuando se da la vuelta—, ¿qué pasa? Pensaba que estabas pasándolo bien. Tienes una risa encantadora, me gustaría escucharla más a menudo —bromeo para que retire esa cara de preocupación.

—¿Podemos ir ya a desayunar? —continúa, soltando mi mano disimuladamente.

—Claro.

Volvemos a la pasarela y nos ponemos los calcetines y las zapatillas en silencio, esta chica es

diez por ciento alegría, noventa por ciento drama, pero no me importa. Los retos son una de mis especialidades.

08 | ¿ACEPTAS?

MASON

Observo a Savannah en silencio mientras ojea la carta del restaurante al que la he traído a desayunar. Los mechones sueltos de su pelo caen hacia delante, ocultando las sutiles pecas que adornan sus mejillas. Voy a preguntarle si ya sabe lo que quiere comer, cuando la camarera se aproxima con una enorme sonrisa.

—Buenos días, chicos. —Levanta la vista tras sacar un bolígrafo de su bolsillo y se queda petrificada ante mí.

—Buenos días —respondemos los dos.

—Pe-perdona —sacude su cabeza y vuelve a sonreír—, ¿sabéis ya lo que vais a tomar?

—Yo quiero un batido de plátano y la tortilla de jamón. —La camarera asiente y trata de dejar de temblar para apuntar el pedido.

—Yo tomaré un té rojo y lo mismo que él para comer, por favor —añade Savannah con tono amable.

—De acuerdo. —Se da la vuelta, pero apenas avanza dos pasos antes de detenerse y girarse hacia mí—. Lo siento mucho, pero dudo que vuelva a tener esta oportunidad... ¿Podrías hacerte una foto conmigo?

Asiento con una sonrisa y ella se acerca emocionada, agacha su cuerpo junto al mío y coloca la cámara frente a nosotros para hacernos un *selfie*. A continuación, me da un abrazo y se marcha dando saltitos.

—Disculpa por esto —Savannah me mira—, al parecer la gorra y las gafas no sirven de mucho —digo quitándomelas.

—No te preocupes.

Evita mi mirada y la fija en la cristalera que hay a mi espalda, desde la cual se ve el mar y parte de la playa de Santa Mónica. Trato de llamar su atención, pero se encuentra absorta, así que sujeto su mano, buscando sus ojos.

—Perdona, ¿has dicho algo?

—¿Qué te pasa?

—Nada, discúlpame. Es solo que... —Se calla para que intervenga, pero no lo hago, quiero que hable—. No he sido del todo sincera contigo, Mason.

—¿A qué te refieres? —Borro la sonrisa y dibujo una mueca preocupada— Savannah, puedes contarme lo que sea.

—¿Estás seguro? —Suelta mi mano y se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Tienes novio —afirmo ante la primera opción que se me ocurre.

—¿¡Qué!? ¡No! —Parece ofenderse—. No tiene nada que ver con eso... De hecho, todo lo contrario.

—¿Te gustan las mujeres? —Frunce el ceño y se lleva la mano a la cara, negando con la cabeza—. Pues habla ya, me estás asustando.

—Soy Amish, Mason.

La miro un par de segundos, tratando de leer su mirada y descubrir si me está tomando el pelo o si habla en serio. Ella se limita a suspirar y a dar un trago del té que la camarera acaba de traernos, quemándose la lengua de inmediato y comenzando a toser.

—Espera, pediré agua. —Me levanto deprisa mientras ella se abanica con la mano, y corro hasta la barra.

Amish. Savannah es Amish, ¿de verdad? No sé mucho acerca de ellos, tan solo lo que vi en una película hace ya tiempo. Al parecer, son una especie de comunidad, así se llamaban, con normas muy estrictas. La protagonista vivía ajena del mundo, sin electricidad y sin... Oh, cielos. No hay duda, es Amish.

Regreso a la mesa con su vaso de agua y me siento tras dejarlo sobre la superficie. La observo mientras se lo bebe y espero en silencio a que termine. Después de tal declaración, todo me encaja. Le ofrezco mi mano en silencio, tratando de brindarle apoyo y que no se sienta mal tras haberse sincerado. Ella la acepta despacio, un poco dudosa.

—Solo tengo dos cosas que decirte —comienzo—: una, ¿por qué no me lo dijiste desde el principio? Y dos, me da igual si eres Amish, no Amish o de una tribu africana. ¿Entiendes eso? —Asiento y responde a mi sonrisa con un suspiro—. Bien, ahora respóndeme.

Se encoje de hombros y hace amago de hablar, pero se calla y suelta mi mano cuando la camarera deja los platos frente a nosotros. Me dedica una mirada encantadora y yo le guiño un ojo para que se vaya contenta.

—¿Qué ibas a decir?

—Siento haberte mentado, la verdad es que no lo había hecho nunca hasta que... —Le hago una señal con la cabeza para que hable sin miedo—. Hace apenas unos días que dejé mi comunidad. Chloe y yo nos escapamos por la noche y Ophelia nos fue a buscar hasta Nuevo México. —Asiento y ella hace una pausa, la cual tomo como una señal para comenzar a comer, creo que va a necesitar tiempo para contármelo todo.

—¿Ha sido la primera vez que sales de tu casa?

—Sí, la primera vez en mis veintiún años. —Sopla sobre su taza de té y da un pequeño sorbo—. ¿Sabes algo sobre los Amish?

—Sé que es una comunidad que surgió hace algunos siglos y que tiene un código de conducta muy estricto.

—Sí, extremadamente estricto.

S A V A N N A H

Lleno mis pulmones de aire y me doy unos segundos para poder continuar, y a él para que vaya asimilándolo todo. Corto un pedazo de tortilla con el tenedor y me lo llevo a la boca, invitándole a que él haga lo mismo. Mastico en silencio y trago antes de seguir hablando.

—Hay una época de nuestra vida en la que pasamos por algo llamado Rumspringa.

—Sí, eso lo vi en la película. —Sonrío por su salida repentina y él se disculpa con la mirada por haberme interrumpido, pidiéndome que siga hablando.

—Bueno, entonces ya sabrás para lo que es ese periodo de tiempo. —Asiento—. Chloe me dijo que tenía pensado escaparse y me pidió que la acompañara. Yo... Bueno, no estaba muy segura y en un primer momento me negué, incluso le pedí que lo reconsiderara.

—Pero no lo hizo.

—No. Así que tomé la decisión más loca de mi vida.

—Y no te imaginas lo que me alegro de que lo hicieras. —No puedo evitar sonrojarme ante su

mirada.

—Siento una gran confusión ahora mismo, Mason —confieso—. Si sabes un poco sobre mi comunidad y mi forma de vida, también sabrás que todo lo que he hecho contigo estas últimas horas, está totalmente prohibido.

—La verdad es que ahora lo entiendo todo. Por eso no tienes móvil, ni te sabes la dirección de tu casa, no sabes lo que son las redes sociales y ayer estabas tan asustada. —Asiento agachando la cabeza, sincerarme me ha quitado un peso de encima, pero temo que ahora me odie por habérselo ocultado.

—Lo siento mucho. Mentir es pecado, ¿sabes? —explico haciendo rayas sobre la servilleta con la punta del cuchillo— Aunque bueno, la mitad de las cosas que he hecho desde que salí de Silencetown son pecado.

—Mírame —pide con firmeza. Obedezco—. Sé que tiene que estar siendo difícil para ti, y no quiero presionarte, pero ahora más que nunca, te pido que confíes en mí y nos des la oportunidad de conocernos.

—¿No estás enfadado? —Niega con una sonrisa.

—No, pero no vuelvas a mentirme, por favor. No tienes por qué hacerlo, creo que te he demostrado que soy un buen chico, al margen de lo que hayas podido ver en las revistas o en televisión. —Hace una pausa y arquea una ceja—. Un momento, los Amish no tienen electricidad, ¿cómo es posible entonces que Chloe y tú me conocierais?

—Hace algunos meses encontramos una cabaña en medio del bosque, a varias millas de la comunidad. Una de las ventanas estaba medio abierta, y bueno, creo que lo poco que has estado con Chloe has podido ver lo... Loca que está.

—Sí, he podido notarlo —ríe.

—Se coló dentro y una cosa llevó a la otra... Dentro había una televisión y varias cosas más que aprendimos a utilizar cada una de las noches que nos escapamos desde entonces.

—Ya veo, así que no sois tan angelitos después de todo. —Pretende hacer una broma que para mí carece de gracia, debido a lo que conlleva—. Discúlpame, no quería decir eso.

—Tranquilo.

Coge una bocanada de aire y da un bocado a su tortilla. A mí se me ha cerrado el estómago. No deja de obsérvame mientras mastica, y yo tampoco puedo apartar los ojos de los suyos.

—¿Qué te parece si te propongo algo? —dice segundos después.

—¿Puede ser algo que no rompa más normas? —Junto las cejas en un acto suplicante.

—Bueno, por lo que tengo entendido, casi todo lo que hay para hacer en la ciudad, rompe vuestras reglas.

—Es cierto —suspiro y asiento—. ¿Qué quieres proponerme?

—¿Te gustaría conocer Los Ángeles? Pero conocerlo de verdad, no solo los sitios turísticos que todo el mundo visita. Esta ciudad puede ser maravillosa si sabes a dónde ir.

—Pero tienes muchas cosas que hacer, Mason —comento mirando su teléfono sobre la mesa, el cual ha vibrado ya más de ocho veces.

Deja su tenedor en el plato y pulsa el botón rojo de la pantalla, haciendo que el nombre de Junior desaparezca. Me mira y dibuja una sonrisa torcida mientras presiona algo en el lateral, haciendo que de pronto la pantalla se vuelva negra del todo. Ha apagado el teléfono.

—Hoy no tengo nada más que hacer que estar contigo, Savannah.

MASON

Detengo el coche en lo alto del acantilado, casi pegando a las rocas que marcan el borde del mismo. Otro coche está aparcado varios metros más allá, pero están concentrados en hacerse fotos, no han reparado en nosotros.

—Wow. —Miro a Savannah cuando se lleva la mano a la boca y camina hasta una de las rocas, sin ningún miedo de caer al vacío.

Al parecer, las últimas cinco horas juntos han servido para que confíe en mí, y algo más importante aún: para que confíe en sí misma.

Me coloco a su lado y la observo embobado, mientras ella mira el paisaje y se sujeta involuntariamente a mi hombro, para inclinarse un poco y ver las olas rompiendo contra el acantilado. Yo paso un brazo por detrás de ella para asegurarme de que no caiga al vacío.

—Grita —le digo cuando el otro coche se pone en marcha y desaparece por la carretera.

—¿Eh? —Me mira confundida.

—Grita. Grita todo lo alto que puedas. —Rompe a reír y niega con la cabeza.

—Estás loco.

—¡Hola! —Yo lo hago por ella, dejándome la garganta en mi saludo al viento—. ¡Grita, Savannah! ¡Ahh! —Sigue riendo y mirándome. Le hago una señal con la cabeza y me preparo.

—¡Ahh! —La agarro más fuerte cuando se desequilibra—. ¡Hola! —ríe entre grito y grito—. ¡Hola, Mason!

Da un saltito para bajarse de la roca y se apoya en el coche, cierra los ojos y toma una bocanada profunda de aire. Está atardeciendo y los colores ahora mismo son tan preciosos como ella.

—Nunca me había sentido así —comenta entonces.

—¿Cómo? —Aparto un mechón de su pelo y me coloco frente a ella.

—Así —se encoge de hombros—, libre, sin preocuparme por la largura de mi vestido o porque algún pelo se me saliera de la cofia.

—Tiene que ser un modo de vida durísimo. Yo no podría.

—Podrías si es cómo has crecido —apunto—. Cuando no conoces nada más, no hay otra cosa que echar de menos, ¿sabes? Allí todo es siempre igual, todos los días tenemos una rutina que cumplir. Nadie se queja y nadie lo cuestiona. Siempre ha sido así.

—Pero ahora ya conoces otras cosas —comento sonriendo.

—Así es —suspira como con lástima.

—¿Qué piensas hacer, Savannah? —Me mira y forma una fina línea con los labios, encogiéndose de hombros después—. Lo que te he mostrado hoy solo en una pequeña parte de todo lo que podrías tener si te quedas conmigo. Si decides formar parte de mi mundo.

—Yo no tengo nada que ver con todo lo que te rodea, Mason —ladea la cabeza y cambia la vista hacia el atardecer—. Las fotos, los rumores, las fiestas... Yo no sabría cómo sobrellevar todo eso. Solo hace unos días que llegué a esta ciudad del... pecado —sonríe sin ganas—, y mírame. Muerta de miedo y llena de dudas.

—Si crees que esta es la ciudad del pecado, ¿qué sería de ti en Las Vegas?

—¿Eh?

—Nada. Es normal que tengas miedo, todo esto es nuevo y estás experimentando muchas cosas por primera vez, y en muy poco tiempo. Pero si decides quedarte —coloco dos dedos bajo su barbilla y la muevo para que me mire—, yo te acompañaré en ese camino.

—Eres un chico encantador, ¿sabías? —dice sonriendo— La imagen que das antes las cámaras...

—No siempre es verdadera —admite—. Al haber crecido en este mundo lleno de glamur y de

mentiras, aprendes un par de cosas.

—¿Cómo qué?

—Como que debes protegerte a ti mismo. La fama, el dinero y las fiestas son geniales desde fuera, pero en realidad es un mundo podrido. Lleno de gente falsa y de personas que te venderían a la prensa por conseguir unos cuantos millones en una exclusiva.

—Vaya, al parecer no todo es tan perfecto como parece.

—Las apariencias engañan, pero es algo que te enseñaré a identificar y a manejar si me dejas.

09 | VIAJE

MASON

Mi día libre con Savannah me ha traído algunos problemas con Junior, como que el anuncio ha tenido que ser pospuesto por no acudir a la sesión de fotos. Sé que hice mal en desatender mis responsabilidades pero, joder, creo que también es importante que me ocupe de mi vida personal.

El caso es que ese mismo día por la tarde, le llamaron de un programa que se va a celebrar antes del festival benéfico de Londres de pasado mañana. Al parecer, quieren hacerme una entrevista y no puedo negarme después de lo que ha pasado... Es por eso por lo que he llamado a Savannah, al móvil que le regalé en nuestra salida, y le he explicado que no podremos vernos en algunos días. Se lo ha tomado bien, después de todo es ella la que siempre insiste en que no debo dejar el trabajo por nada ni por nadie.

Cuando la dejé en casa aquella noche, me pidió algo de tiempo para decidir lo que quería hacer. Dijo que se siente muy a gusto conmigo, pero que sus valores le impiden ignorar el resto de sentimientos que también está experimentando, como la culpa y el miedo, de los cual insiste en que debe ocuparse ella sola. No quise ponérselo más difícil, por lo que acepté que quizá sería bueno el estar varios días separados. Para reflexionar. Quizá todo esto solo sea uno más de mis caprichos, ¿quién sabe?

*

Londres sigue igual que la última vez que estuve aquí, lo cual no es difícil teniendo en cuenta que fue hace un par de meses en el concierto. Lluvia, frío y humedad, para no variar. Sin embargo, hay algo que siempre me atrae y me invita a volver.

Junior me da algunas indicaciones antes de la entrevista en la radio, como que evite criticar a Emilia cuando me pregunten por ella, porque me van a preguntar, y que piense bien lo que voy a decir sobre Savannah, acerca de la cual, también querrán saber. Me suplica que no me busque más problemas y que sea simpático. ¡Por Dios, si yo soy un amor!

Me detengo tras la puerta transparente y sonrío al grupo de personas que van a entrevistarme, entre ellos un conocido crítico que se hizo famoso por meter en compromisos a cantantes y actores. Fue muy sonado cuando mi colega Jim vino hace unos meses y no paró hasta que le hizo confesar lo ilusionado que estaba por grabar “ciertas escenas” con la protagonista de su nueva película. Recuerdo que se lo tomó a risa, pero después, fuera de micro, tuvo unas cuantas palabras con Carl, el susodicho.

La sala en la que me entrevistarán es cuadrada y toda llena de cristaleras, excepto la parte del fondo en la que están las cámaras y demás personal. De tal manera que se ve todo el exterior, destacando las decenas de fans que se encuentran pegadas a todas ellas. Es un tanto intimidante, aunque me alivia saber que no romperán los cristales para tirarse a por mí. O eso espero.

—Bueno, bueno, pues ya podéis escuchar los gritos que llegan desde el exterior. —Comienza Carl cuando entro por fin en la sala iluminada por los focos—. Y eso no puede deberse a otro

motivo que la presencia del rubio más aclamado entre las adolescentes —ríe al mismo tiempo que me indica con la mano que me siente a su lado—. Mason Fox, ¡bienvenido a *Free News*!

Rompo en una carcajada mientras estrecho la mano de Carl, saludando a la vez a las fans y guiñando un ojo en general a todas ellas, aunque seguramente piensen que es alguna en concreto. Gritan tan alto que da la sensación de que los cristales vayan a hacerse pedazos en cualquier momento.

—Hola a todos y a todas, muchísimas gracias por recibirme, estoy encantado de estar rodeado de tanta belleza. —Dedico una sonrisa seductora de nuevo a los ventanales y los dos nos reímos cuando los gritos aumentan.

—El placer es mío, acabas de subir la audiencia como en un trescientos por cien —bromea entre risas, aunque seguramente sea cierto—. Tengo entendido que aprovechas cualquier excusa para volver a Londres, ¿es así?

—Lo cierto es que sí, los fans son estupendos y me encanta el buen rollo que se respira siempre por las calles.

—El sentimiento es mutuo —afirma sonriente—, pero vamos al pastel, amigo, que no has venido aquí para hablar de Londres.

—Miedo me das. —Los dos rompemos a reír y desvío un segundo la mirada hacia Junior, que se encuentra tras las cámaras muy atento a cada cosa que digo.

—Allá vamos, comenzaremos con algunas preguntas que han dejado las fans en las redes sociales, ¿de acuerdo?

—¡Claro! Me encanta responder a sus curiosidades, aunque muchas veces son un tanto... —Dejo la frase en el aire y río mirando a las chicas que se encuentran en primera fila tras la cristalera derecha.

—¿Imprudentes?

—Vamos a dejarlo en que me quieren mucho y quieren saberlo todo. —Reímos de nuevo y me recuesto un poco en la silla—. Vamos al lío, ¿cuál es la primera pregunta?

—Pues seguramente te la han hecho muchas veces, pero una vez más no hace daño. Cata de Oxford pregunta: «¿Cómo ha sido crecer rodeado de fama? ¿Compensa no tener intimidad a cambio de poder cumplir tus sueños?»

—Bueno, no te voy a mentir, crecer rodeado de toda la gente de Hollywood no está nada mal —confieso con una sonrisa—, pero en muchas ocasiones sí resultó un poco complicado. Sobre todo, cuando era pequeño. Sin embargo, al tener a mi padre ajeno a todo este mundo, pude desconectar de vez en cuando y alejarme de todo. Obviamente ahora ya no es tan fácil, pero igualmente disfruto de cada vez que voy a visitarle.

—¿Dirías que la fama tiene más cosas buenas que malas?

—Bueno, Carl, no puedo decir que no sea así —admito—. Hay días en los que desearía ponerme una capa que me vuelva invisible para poder simplemente ir a ver una película al cine, o salir a pasear por el muelle de Santa Mónica; sin embargo, también es verdad que no tendría todo lo que tengo, no habría podido cumplir mi sueño de dedicarme a la música, si no fuese por la fama. Por este mundo.

—Comprendo, aunque no lo creas, no eres el primero que nos transmite estos sentimientos. La fama parece ser una de esas cosas en las que debes encontrar el equilibrio.

—Así es.

—¿Con qué personas cuentas para mantener los pies en la tierra?

—Sin duda tengo mucha gente que se preocupa por mí, como mis padres, que siempre me han criado con amor y con unos valores de respeto e igualdad, mis amigos, y mi asistente Junior, al

cual vuelvo loco a menudo. Es el mejor asistente que podría tener, y reconozco que muchas veces soy insoportable, pero hay ocasiones en las que se me hace muy difícil hacer lo que se supone que tengo que hacer. No sé si me entiendes. —Hago una pausa para guiñar un ojo al recién mencionado y Carl lo saluda con la mano.

—Claro que sí, no debe ser sencillo hacer siempre lo que el mundo espera que hagas.

—La verdad es que no.

—Pero también tienes a alguien más en tu vida que te está ayudando a sonreír y a mantener la serenidad, ¿verdad? —comenta con tono sugerente, yo solo sonrío y rasco mi nuca sabiendo que se acerca el tema “Savannah”—. A menudo aparecen noticias en las que te relacionan con diferentes mujeres, al menos una de ellas debe ser cierta. —Me dirige una mirada cómplice—. Todas esas fotos en las que se te ve en compañía femenina... Imagino que no debe ser sencillo guardar silencio acerca de ellas.

—¿Qué puedo decir? A ver, llego a entender que los *paparazzi* viven de sacar fotos a los personajes públicos y traficar con su vida. Me ha costado, pero lo he entendido y aceptado; lo que no llevo tan bien es que se inventen cosas y me sigan hasta cuando voy a... —Recuerdo que hay algunas cosas que no debo decir, así que trato de cambiar la expresión—. No sé qué palabras se pueden decir aquí —río mirando a Carl a la vez que evito la cara de Junior—. Dejémoslo en que hay situaciones que no se pueden fotografiar. Si conozco a una chica y me apetece estar con ella, sinceramente, me da igual que haya cámaras. —Me encojo de hombros con total sinceridad—. Es muy difícil conocer a personas reales cuando eres alguien público, famoso. Es por eso que, cuando lo haces, hay que aprovecharlo.

—Tienes toda la razón, supongo que vives en una especie de cuerda floja entre lo que quieres y lo que debes hacer. Me explico —dice acomodándose en su silla frente al micrófono de la radio—. Gran parte de tu público es adolescente, de modo que seguramente te tengan como referente.

Asiento sabiendo a lo que se refiere.

—Sí, por eso continuamente me debato entre actuar de un modo u otro, ya que soy consciente de que todo lo que haga saldrá en televisión y revistas. —Pongo los ojos en blanco y doy un trago de agua cuando Carl asiente.

—Volviendo al tema de chicas, últimamente se ha estado especulando bastante acerca de tu relación con Emilia, ya sabes que las malas lenguas siempre tienen algo que decir.

—Bueno, es parte de la fama.

—¿Emilia?

—Ella también, pero me refería al ser carne de cañón, al estar constantemente expuesto a rumores. Aunque ya que me has dado la oportunidad, me gustaría aclarar que Emilia ha sido mi primera y única relación, fue bonito mientras duró, aunque el final fuese como ya todos conocen. Soy de esas personas que cree en el destino, así que imagino que el mío me depara algo diferente.

—¿Y qué tienes que decir respecto a esas famosas fotos que han salido con una misteriosa chica? ¿Es solo una amiga o tendríamos que pensar que se trata de algo más?

Trago saliva e inspiro profundamente tratando de que no se me note el nerviosismo, millones de personas estarán, probablemente, analizando cada uno de mis movimientos.

—Sí, Sav... —Me callo y cierro los ojos por haber estado a punto de revelar su nombre—. Ella solo es una amiga.

—Así que Sav... —repite Carl despacio, yo le lanzo una mirada de súplica y él dibuja una sonrisa en su rostro—. Bueno, supongo que debe ser complicado tratar de hacer amigos, y amigas, cuando el resto del mundo especula con algo más.

—No es sencillo. Intentamos que no la fotografieran en un inicio —comento sin darle mucha

importancia—, a ella no le interesa todo esto de las cámaras. Aunque está claro que da igual lo que queramos, ¿no? Es el precio por estar en este mundo.

—Por desgracia, así es. Pero vamos a cambiar un poco la línea, te voy a lanzar algunas preguntas al azar y tienes que responder lo primero que se te venga a la cabeza, ¿de acuerdo?

—Venga, vamos allá. —Choco su puño, aunque por la radio eso no se aprecie.

—¿Playa o montaña?

—Playa de noche y montaña de día —respondo de inmediato.

—¿Ser infiel o que te lo sean a ti?

—Que me lo sean a mí. Sería incapaz de cometer una deslealtad así a alguien a quien amo, simplemente no lo concibo.

—¿Meto mucho el dedo en la herida si hago un chiste fácil? —Carl dibuja una expresión de cachorrito y yo río negando con la cabeza.

—Sí, sí, lo sé. Lo he vivido en mis propias carnes y aun así insisto en que prefiero que me lo hagan a mí.

—Eso te hace grande, Mason. —Guarda silencio unos segundos y entonces sonrío antes de pasar a la siguiente—. ¿Qué le dirías a una chica para convencerla de que te acompañe a algún sitio?

Esa es buena. Inevitablemente recuerdo cuando hace tiempo conocí a una modelo en una fiesta post concierto, y quise llevármela a casa.

—Pues la última frase que he usado fue: «Mi asistente se ha dejado el jacuzzi de casa encendido y dice que no tiene idea de cómo se apaga, ¿por qué no me acompañas y lo intentamos entre los dos?» —Estallo en una carcajada y Carl me acompaña aplaudiendo.

—¿Y te funcionó?

—¿En serio tienes que preguntarlo? —Arqueo una ceja ante lo que los dos volvemos a reír sin control—. Espero que la susodicha no esté escuchando esto.

—Ni ella ni esa amiga especial... ¿no?

Me aclaro la garganta y maldigo con la mirada al entrevistador por regresar al tema de Savannah, cuando pensaba que ya lo habíamos dejado atrás. Sin embargo, tengo que dar alguna respuesta.

—Me está conociendo poco a poco, intento que no juzgue un libro por la portada... Si entiendes a lo que me refiero. Ambos sabemos que las cosas que se muestran en los medios solo representan un diez por ciento de la realidad, de modo que trato de que la gente que me importa conozca el otro noventa.

—Acabas de admitir que esa chica te importa. ¡Todas lo habéis escuchado! —exclama emocionado dirigiéndose a las fans al otro lado de las ventanas.

—Así es. —Es lo único que digo ya que siento que empiezo a molestarme un poco por centrar la entrevista en algo que solo quiero para mí, en algo que no me interesa mostrar al mundo. Al menos no de momento.

Carl se percata de mi estado de ánimo y decide dirigir las preguntas en otra dirección, al fin. Se interesa por mi música, por mi nuevo disco, la gira, lanza más preguntas de fans, etc., relajando un poco el ambiente y esa imagen tan conflictiva que debe representar.

—Te agradezco que me hayas invitado a venir. —Asiento hacia él cuando da la entrevista por finalizada—. El festival será estupendo, y estoy seguro de que todos disfrutarán mucho de los artistas que se presentan y han querido colaborar con la causa. Invito a todas las personas que nos están escuchando a que se pasen por aquí y aporten lo que puedan. Recordad que lo que a vosotros puede pareceros poco, para esos niños es muchísimo. Ha sido un placer estar aquí.

—El placer ha sido nuestro, gracias por compartir con nosotros todos esos pensamientos y, ¿confidencias? Sea como fuere, ¡nos vemos pronto! ¡Esto ha sido todo, amigos! ¡Mason Fox para *Free News*!

—¡Fuera! —grita desde la cabina el técnico de sonido.

—Joder, Carl, te voy a matar —digo cuando los micrófonos ya han cerrado y nadie fuera de la sala puede escucharnos, ni siquiera las fans de fuera ya que los altavoces también están cerrados.

—¡Ya me conoces! —bromea él para quitarle importancia—. Además, sabías a dónde venías.

—Has estado bien, no te preocupes —interviene Junior acercándose a la escena—. Ahora debes ir a descansar antes de la actuación, muchas gracias, Carl. —Estrecha la mano del entrevistador y yo lo imito antes de marcharme con mi asistente.

Espero que esto no me traiga consecuencias con Savannah.

*

Cruzamos el pasillo que nos lleva de vuelta a la nave donde están los camerinos de los artistas y de más estancias, y señala la puerta del mío con el dedo.

—Yo debo ir a ocuparme de algunas cosas para el regreso de mañana a Los Ángeles, tú descansa.

—Bien, ¿a qué hora saldremos?

—A eso de las diez de la mañana, el piloto ha insistido en que intentemos ser puntuales. Al menos por esta vez —especifica. Pongo los ojos en blanco y asiento antes de que se dé la vuelta.

—Espera, dame mi móvil —le pido ya que, antes de todas las entrevistas, sesiones de fotos, actuaciones, etc., siempre me requisa el teléfono para que no me distraiga y no tenga la tentación de hacer fotos que después puedan traerme problemas.

Puede parecer una estupidez, como adulto que soy debería tener el derecho de hacer las fotos que quiera y subirlas a las redes sociales, pero no es así. El simple hecho de que yo fotografíe algo sin el permiso de algunas personas que organizan dicho evento, y lo ponga en Twitter, puede perjudicarme enormemente, como, por ejemplo, retratar lo que será el escenario de un festival y mostrarlo en alguna red social. Estaría desvelando la sorpresa y el director de ese festival me podría denunciar. Para evitar la tentación, Junior se hace cargo de mi móvil cuando estoy trabajando.

—Ya he respondido a todo, excepto a Savannah —cuenta mostrándome la pantalla.

—¿Me ha llamado? —pregunto a la vez que le quito el teléfono de la mano—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Junior resopla e ignora lo que le digo, gira y se aleja por el pasillo. Desbloqueo mi móvil y busco su llamada, perdida entre varias de Emilia y de mis amigos. No entiendo por qué esta chica sigue insistiendo conmigo, ella fue la encargada de mandar nuestra relación a la mierda cuando se lio con ese idiota.

Aguardo con el teléfono en la oreja, escuchando un tono tras otro hasta que su melodiosa voz inunda mis oídos.

—¿Diga?

—Hola, preciosa. —Sonríe y me dejo caer en el sofá.

—Hola, ¿todo bien? Te he llamado algunas veces, pero no respondía nadie. Quizá lo he hecho mal, todavía no sé muy bien cómo usar este aparato.

Maldigo mentalmente a Junior por no haberme dicho antes que Savannah me había llamado, entre unas cosas y otras, olvidé comprobar mis notificaciones. Él ha tenido mi teléfono desde ayer.

—Lo siento, sí he recibido las llamadas, solo que no tenía el teléfono conmigo. Todo va bien, ayer hicimos la entrevista y hoy ha sido el concierto. Acabo de bajarme del escenario.

La actuación ha sido genial, la gente estaba super entregada, como siempre, y hemos conseguido recaudar muchísimo dinero para la causa benéfica.

—Estuve viendo la entrevista de la radio con Chloe y Ophelia.

—Ah, ¿sí? —Vuelvo a sonreír, se me hace raro estar teniendo esta conversación con ella, pero me hace darme cuenta de las ganas que tenía de escucharla. Me reitera la idea de que lo que estos días ha despertado en mí, no ha sido solo algo pasajero—. ¿Te gustó?

—¡Sí! —exclama alegre— Fue genial, aunque casi se te escapa mi nombre...

—Lo sé, lo siento mucho, espero que no se notara. De todas formas, ya sabes que esto se sabrá tarde o temprano, y conociendo como conozco a los paparazzi... Será más temprano que tarde.

—Me gustó que dijeras que te importo, creo que todos se sorprendieron.

—Es la verdad, y me alegra que me lo digas porque estaba un poco nervioso por cómo te tomarías algunas cosas.

—No te preocupes, todo está bien. ¿Cuándo vuelves?

—Mañana. Te llamaré cuando llegue a Los Ángeles, no sé si tengo que hacer algo así que hablaré primero con Junior. Si tengo el día libre, podemos vernos si te apetece.

—Claro, sería estupendo.

—Genial, ahora tengo que colgar.

—Vale, adiós.

—Adiós, Savannah.

Espero sabiendo que ella sigue al otro lado, sonrío y decido colgar yo antes de alargar este momento de “cuelga tú”.

Tengo que averiguar lo que Junior tiene preparado para mañana y si tengo algún compromiso, me apetece mucho verla y quiero llevarla a cenar, espero que nada me joda los planes.

Toda mi vida me he rodeado de mujeres famosas o anónimas, pero las cuales querían ser conocidas a mi costa. Savannah, en cambio, tiembla cada vez que escucha el sonido de una fotografía. Aún recuerdo lo que me costó llevarla conmigo a la fiesta del otro día después del concierto, me acompañó porque no le quedó más remedio, sus amigas no estaban en casa y ella ni tan siquiera tenía llaves. Es una locura, lo que para la gente normal puede ser obvio y habitual, para ella es... Le suena extraterrestre.

Debo buscar la forma de que podamos conocernos bien exponiéndola lo menos posible, aunque, tal y como le he dicho a ella, por mucho que un tiempo consigamos mantenerlo en secreto, en algún momento todo saldrá a la luz. Y eso es lo que le aterra. ¿Cómo puedo conseguir que confíe en mí de verdad? Si es que hace muy poco tiempo que todo ha empezado, pero ha sido tan intenso, tan verdadero... Joder.

10 | OPORTUNIDADES

SAVANNAH

Rodeo la trenza con una goma mientras me miro en el espejo. Este simple gesto aún me resulta extraño después de haber permanecido toda mi vida ajena a mi propio reflejo. Tan solo usábamos el espejo de la cocina para situaciones especiales y necesarias, tras las cuales madre volvía a cubrirlo con un paño.

—¿Necesitas ayuda? —Lia asoma la cabeza por la puerta con una sonrisa.

—Mmm... creo que no. ¿Le gustará? —pregunto señalando la blusa que ella me ha dejado.

—¡Pues claro! —Camina hasta mí y coloca las manos en mis hombros para que me enderece—. A Mason se le caerá la baba cuando te vea.

—Es todo tan raro... —Suspiro y vuelvo a observarme a mí misma, con mi amiga imitándome por detrás.

—Solo es cuestión de tiempo, está pasando muy deprisa. —Asiento—. Pero por eso mismo es tan intenso. Las cosas irán mejorando poco a poco, solo date tiempo para acostumbrarte.

—Hola. —Chloe entra en el cuarto de baño y se cruza de brazos.

—Hola.

—Estás muy guapa... —Me dedica una sonrisa, pareciendo arrepentida por su comportamiento de los últimos días respecto a Mason y a mí.

—Gracias.

Ophelia también sonrío y me da un beso en la mejilla antes de ponerse los zapatos para su cita con su novio. Al parecer, Chloe será la única que permanecerá en casa esta noche. No puedo evitar sentirme culpable, no solo por eso, sino también porque yo voy a salir con el chico por el que ella está loca. ¡Pero yo no lo planeé! Lo último que hubiera imaginado cuando decidí dejar la comunidad —instada por ella—, fue que iba a conocer a un famoso cantante y que, para colmo, él se interesaría en mí.

—¿Necesitas que te acompañe hasta alguna parte? —ofrece Chloe cuando termino de arreglarme y me dirijo a la puerta.

—No, gracias —niego con la cabeza—, Mason está esperándome abajo.

—Claro... —Forma una línea con los labios y aparta la mirada, forzándose a sonreír después—. Pasadlo bien.

—Gracias.

Por un momento me detengo en la puerta, queriendo ir hasta la ventana en la que se encuentra, observando la calle entre las cortinas, y darle un abrazo. Disculparme por ser parte de su sufrimiento y asegurándole de nuevo que nunca quise que esto pasará de este modo. Pero después pienso que quizá eso sería aún peor, que tal vez solo necesita que le dé espacio y respete su decisión de mantenerse al margen, así que lo dejo pasar y cierro la puerta.

Veo a Mason antes de salir a la calle, a través del cristal del portar. Sonríe de lado y yo no sé cómo reaccionar ante la rosa roja que tiene entre las manos.

—Hola, preciosa. —Me ofrece la rosa mientras se acerca y coloca una mano en mi cintura, deposita un beso en mi mejilla y yo cierro los ojos involuntariamente cuando la respiración se me

atasca en la garganta.

—Hola —sonríó—, gracias. —Señalo la flor y la llevo hasta mi nariz para olerla.

—Vaya —niega con la cabeza volviendo a torcer la sonrisa—, no sabía que me alegraría tanto de verte. Estás haciendo algo raro conmigo, ¿eres bruja? —Arquea una ceja y une sus labios en gesto pensativo.

—Que yo sepa, no —ríó por su comentario—, pero nunca se sabe. Ándate con ojo —le advierto con la rosa.

—Lo haré. —Coloca una mano en mi espalda y me acompaña hasta la puerta del copiloto. Le agradezco cuando me la abre y me abrocho el cinturón mientras él rodea el vehículo para subirse también.

—¿A dónde me vas a llevar? —pregunto cuando varios flashes de cámaras hacen que él resople.

—A mi casa. —Giro la cabeza para mirarle, sorprendida—. ¿Te parece mal?

—N-no, es que no me lo esperaba.

—Quiero que estemos tranquilos, y si vamos a un restaurante no nos dejarán en paz. —Asiento, comprendiendo a lo que se refiere—. Baja la cabeza —señala a los paparazzi que aprietan los botones de sus ruidosas cámaras cuando pasamos por delante de ellos—. Ya está.

—Cielos, esas luces hacen daño —confieso pestañeando repetidamente.

—Sí, por eso los famosos casi siempre llevan gafas de sol, los dolores de cabeza si no, son horriblos.

—¿Es difícil? —le pregunto mientras observo, relajada, cómo conduce con tranquilidad.

—¿A qué te refieres?

—Ser famoso. Que todo el mundo te conozca y no puedas ir a ninguna parte sin que te hagan fotos. —Mason suspira y se encoje de hombros.

—Depende de a quién se lo preguntes y del momento en el que lo hagas. Para mí solo lo es a veces, en situaciones como estas; cuando quiero salir con una chica y es imposible pasar desapercibido. Pero cuando voy solo y me paran los fans, sonrían felices, quieren fotos, autógrafos... Es genial.

MASON

La miro de reojo buscando una reacción por su parte, pero solo asiente. Esta noche he planeado muchas cosas, entre ellas pedirle que acepte salir conmigo oficialmente y que no tengamos que escondernos más. Sé que no será fácil y que para ella todo esto debe ser un mundo completamente nuevo, pero, por otro lado, también pienso que lo tiene más fácil que cualquier otra chica. ¿Por qué? Bueno, Savannah es Amish, lo ha sido desde el momento que nació; ha vivido aislada del mundo y no conoce nada relacionado con la vida moderna, por lo que ese cambio sería radical, tanto en el caso de que saliera con un chico anónimo, como si sale conmigo. Al fin y al cabo, está descubriéndolo todo por primera vez, todo lo que haga, conmigo o sin mí, será nuevo. Entonces, ¿por qué no intentarlo conmigo?

Espero a que las puertas exteriores se abran y conduzco hasta la entrada de mi mansión para aparcar el coche. Me apresuro para abrirle la puerta y ayudarle a bajar, recibiendo la misma encantadora sonrisa de siempre.

—Madre de Dios —balbucea levantando la cabeza para observar mejor la casa.

—Me alegra que te guste. —Entrelazo nuestros dedos y hago que camine hasta la puerta principal, en la cual se encuentra ya mi jefe de seguridad, Milo. Le saludo y él permanece fuera

mientras nosotros nos adentramos en el *hall* principal.

—Wow. —Savannah mira a su alrededor formando una “o” con los labios, admirando las dos escaleras que se alzan a izquierda y derecha, dando paso a la segunda planta.

—Ven, prepararemos la cena.

—¿En serio? —Me sigue sin borrar la cara de sorpresa.

—Sí, he pensado que sería divertido cocinar algo juntos.

—¡Sí! —exclama emocionada, volviendo a taparse la boca a continuación al entrar en la cocina—. No sé por qué me parece que aquí encontraremos todos los ingredientes que queramos.

Ambos reímos a carcajadas mientras le explico entre ellas cómo Lola, mi cocinera personal y la niñera que me cuidó hasta que me hice mayor de edad, es una perfecta previsora. Siempre tiene los armarios y la nevera a rebosar, tanto de las cosas que más me gustan como de las que no, pero que aun así debo comer.

—¿Dónde está ella ahora? —cuestiona apoyando los codos en la encimera de mármol.

—En su casa, la que está en el otro lado del terreno.

—¿Vive aquí? ¿Contigo?

—Sí y no. Mis empleados viven cerca para poder estar cuando les necesito, especialmente Lola, Junior y mis guardaespaldas.

—Eso debe impedirles que hagan vida fuera de todo esto —reflexiona en voz alta.

—Bueno, tienen sus días libres y soy un buen jefe. Nunca les he negado algo cuando lo han necesitado.

—Comprendo.

Sonríe y se pasea por la cocina con curiosidad, puedo ver en su rostro las ganas de abrir hasta el último cajón. Yo me siento en un taburete y simplemente la observo. A pesar de conocernos desde hace poco, debido a la intensidad de los momentos que hemos vivido, creo que está cogiendo confianza rápidamente. Creo que lo que he explicado con anterioridad también influye, el que todo sea nuevo para ella y no sepa lo que está bien o mal en este mundo tan desconocido. Es una chica curiosa y creo que de verdad puede encajar conmigo si se lo propone.

—Bueno —me mira desde el extremo opuesto de la isla—, ¿en qué habías pensado para la cena?

—Tengo dos opciones, tú eliges. —Apoyo el dorso de la mano derecha sobre la superficie—. ¿Te apetece un desayuno nocturno —apoyo la izquierda de la misma forma— o una pizza casera? —Muevo ambas manos como si fuera una balanza, arqueando una ceja en su dirección.

—Las dos serán casi nuevas para mí, así que no tengo preferencias. Sorprendeme.

—¿Es que no desayunabas en tu comunidad Amish?

—Claro que sí, pero no las cosas que tenéis aquí. —Rodea la isla para llegar hasta mí y sentarse en el taburete de al lado—. Los Amish solo consumen las cosas que ellos mismos cultivan o elaboran, no los alimentos procesados que tomáis vosotros. Y —levanta un dedo—, que están deliciosos, debo añadir.

—Me alegra oír eso. En ese caso, deja que te cocine mi desayuno favorito.

—Será un placer. —Sonreímos y se pone en pie cuando yo lo hago.

—Estupendo, pues el menú va a constar de —me pongo en plan chef y ella reprime una risa—: huevos revueltos, por supuesto, con salchichas en su punto, bacon de la mejor calidad, tomatitos, tostadas con mantequilla, tortitas con arándanos y fruta fresca.

—¡Saldré rodando ladera abajo de esta casa! —expresa con voz sonora. Yo estallo en una carcajada y asiento.

—¡Entonces será que te gusta! —asiente y hace un gesto con la mano invitándome a comenzar.

Saco una sartén grande y otra más pequeña, le pido que saque las cosas de la nevera y veo de reojo cómo dibuja una sonrisa enorme al ver todo lo que hay en su interior.

—Nunca había visto zumos de tantos colores —menciona de forma distraída.

—Coge el que quieras, Junior es el que suele hacer la compra, junto con Lola, así que muchas cosas las compran porque les gustan a ellos.

—Probaré este —dice abriendo uno de kiwi y manzana—. ¿Necesitas algo más de la nevera?

—Mmm —miro todo lo que me ha dejado en la encimera—, no, ya está todo.

—¿Te puedo ayudar?

—Claro, ve batiendo los huevos en el cuenco azul de ese armario.

Se dirige a él y lo saca para obedecer.

Cocinamos entre risas y confesiones tontas, como que no sé hacer huevos fritos porque siempre se me rompe la yema. Se ofrece a enseñarme e intercambiamos un momento de silencio cuando la detengo por la cintura al pasar por delante de mí. Mira mis labios y entreabre la boca de forma involuntaria, pero enseguida se recompone y sonrío para disimular. No hay nada que me apetezca más que besarla, pero después de saber de dónde viene, y, confieso, haber estado buscando información sobre los Amish y sus costumbres/creencias, creo que es pronto para intentarlo.

11 | DESTINO

SAVANNA

Introduzco el último pedazo de tortita en mi boca y mastico cogiendo aire por la nariz, totalmente llena. Mason me observa mientras da un trago a su vaso de zumo, ignorando su teléfono móvil al que no paran de llegar nuevos mensajes.

—Mason, si no respondes, Junior aparecerá por la puerta en cualquier momento —bromeo haciendo que sonría—. En serio, no me molesta.

—Solo será un momento —me explica, disculpándose con la mirada—. No es normal que insista tanto.

—Tranquilo, iré recogiendo todo esto. —Voy a levantarme de la silla, pero él se adelanta y me pide que no me mueva.

Permanezco en silencio picando un pedazo de manzana mientras él habla en la cocina, casi puedo imaginar el humor del que debe estar su asistente.

Es un chico muy atento y caballeroso, en mi comunidad las cosas son tan diferentes... Las mujeres nos encargamos de la cocina, de recoger, limpiar, preparar las ropas... etc., mientras que los hombres trabajan fuera de casa. Mason no tiene pinta de ser así para nada, de hecho, casi no me ha dejado hacer nada. Me cuesta ajustarme a este nuevo modo de vida, pero he de reconocer que me gusta, aunque sigo sin saber muy bien cómo reaccionar en cada situación.

—Ya estoy contigo, discúlpame. —Deja el teléfono sobre la mesa y comienza a apilar los platos vacíos. Vuelvo a hacer un amago de levantarme, pero apoya la mano en mi hombro—. Yo me encargo, si quieres puedes sentarte en el salón. ¿Sabes encender la chimenea?

—Claro, en mi casa siempre me encargaba yo.

—Estupendo.

Atravieso la puerta por la que entramos antes y que recuerdo da al salón, y enseguida encuentro la madera apilada dentro de un cesto de mimbre. No me lleva mucho tiempo conseguir un buen fuego, me apoyo en el suelo para levantarme y no puedo evitar sobresaltarme al verle sentado en el sofá, observándome.

—Cielos —me llevo la mano al pecho—, me has asustado.

—Perdona, estabas muy concentrada.

—Sí. —Sonríe y camino hasta su lado cuando me señala el asiento a su lado.

—¿Te ha gusta la cena desayuno? —se interesa girando hacia mí.

—Ha sido espectacular, gracias. ¿Todo bien con Junior?

—Solo quería asegurarse de que estoy en casa, al parecer se acerca una tormenta y hay aviso de huracán. —Abro los ojos de par en par, asustada—. Tranquila, aquí estás segura —se apresura a añadir al ver mi reacción.

—Las inclemencias atmosféricas son una de las cosas que más miedo me dan. En la comunidad siempre nos veíamos perjudicados cuando caía una tormenta o cosas peores.

—Puedo imaginarlo. —Lleva la mano a mi mejilla y la acaricia suavemente—. ¿Les echas de menos?

—Cada minuto —confieso sin casi darme cuenta—. Especialmente a mis hermanos pequeños... Ellos no entenderán por qué me he ido, y no quiero ni pensar lo que mis padres les habrán dicho. —Siento un dolor en el pecho solo de imaginarlo.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Seis. El más pequeño tiene siete años, se llama Jonas.

Pestaño repetidamente para despejar el par de lágrimas que se arremolinan en mis ojos, obligándome a sonreír cuando Mason me observa con lástima.

—Lo siento mucho, Savannah. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No puedes —me encojo de hombros—, supongo que es el precio a pagar por haberme marchado.

—Si quieres puedo llevarte a verlos, quizá así te sientes mejor.

—Eres un cielo, Mason. De verdad que no esperaba que fuera a conocer a alguien en la ciudad con un corazón tan grande como el tuyo.

—No, no, por favor. —Niega con la cabeza mientras ríe un poco incómodo—. No soy así siempre, debes saberlo.

—Ah, ¿no? —Vuelve a negar—. ¿Y cómo eres? ¿Estás fingiendo conmigo?

—Por supuesto que no. Es solo que en mi vida la gente es muy distinta a ti.

—¿En qué sentido? —Me acomodo un poco más en el sofá, doblando la pierna y quedando frente a él.

—Sav, el mundo de Hollywood es una perla rellena de mierda. —Reprimo una risa por su sinceridad, pero debe de notármelo porque él sonríe—. Suena mal, pero es así.

—Cuéntame cosas sobre tu vida —le pido con verdadera curiosidad.

—¿Qué quieres saber? —Por su expresión, parece que le ha gustado mi interés.

—Bueno, algo que no salga en las revistas y en la televisión.

—Casi todo lo que sale es mentira. Tengo que mostrar ciertas cosas para protegerme a mí mismo, ¿entiendes?

—Más o menos. Ponme un ejemplo.

—Pues, por ejemplo, en tu caso —comienza—, prefiero que la gente piense que eres una chica más, un ligue pasajero, a que sepan que en realidad eres algo más.

Retiro la mirada por lo que me impone la suya tras decirme eso, ambos sonreímos y trago saliva antes de hablar de nuevo.

—¿Por qué lo prefieres?

—Porque si saben que para mí eres algo importante, comenzarán a investigar y a sacar todo lo que puedan. Son expertos en convertir lo más maravilloso, en algo horrible.

—¿Crees que podrían averiguar de dónde vengo? —No quiero ni pensarlo.

—No solo eso, irían hasta tu comunidad para entrevistar a tu familia y amigos.

—No, no. —De pronto la respiración se atasca en mi garganta—. No puedes dejar que hagan eso, por favor.

—Ey, tranquila. —Se acerca más a mi cuerpo y me rodea con los brazos intentando calmarme—. Te traeré un poco de agua.

—No hace falta —digo cuando va a levantarse—. ¿Podemos salir a tomar el aire?

—Claro, pero déjame salir primero para asegurarme de que no hace mucho viento.

—Es verdad, el huracán —recuerdo.

—No va a llegar hasta aquí —comenta asomándose a los ventanales—, pero mira, ya ha empezado a llover con fuerza.

—Entonces mejor nos quedamos dentro.

Mason me ofrece su mano y me guía por las escaleras centrales a la planta de arriba, no sé a dónde me lleva, pero siento una gran confianza a su lado. No dejo de impresionarme con cada nuevo detalle que percibo por las paredes, como cuadros o esculturas. Doblamos un pasillo y una enorme cristalera que hace de pared, muestra al otro lado una inmensa piscina en el interior de una estancia amplísima.

—Dios mío, cuando pensaba que ya nada más podía sorprenderme en esta casa... —comento bajando las escaleras a su lado.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque no sé nadar... —Le miro para ver su expresión, encontrando una sonrisa adorable.

—No dejaría que te ahogaras, Savannah —me tiende la mano y señala la piscina con la cabeza, ladeando la sonrisa y encogiéndose de hombros—, ¿qué dices? ¿Te atreves?

MASON

Espero paciente con la mano alzada, sin saber qué hará. Todavía no sé si es miedosa o no, aunque por lo que he visto hasta ahora, diría que los tiene bien puestos. Cualquiera no se atrevería a abandonar su zona de confort y lanzarse al duro mundo desconocido en el que vivimos.

Savannah forma una fina línea con los labios y entorna los ojos mientras me mira a mí y al agua, alternando la mirada. Tras unos segundos, toma mi mano y cierra los ojos mientras llena sus pulmones de aire.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que en ningún momento me soltarás. Chloe te matará si dejas que me muera.

—Te lo prometo.

Voy a ofrecerle un bañador, pero entonces ella comienza a desabrocharse los botones de la blusa azul que lleva. Por un momento dudo de si se sentirá incómoda conmigo por quedarse en ropa interior, pero luego recuerdo que todo esto es nuevo para ella y que quizá piense que para mí —y para el mundo— es lo normal.

—Si quieres puedo dejarte un traje de baño. Jim y Dinna vienen a menudo y ella tiene bañadores que no ha estrenado.

—¿Crees que me sentará bien?

Dudo un segundo porque el gusto de Dinna es bastante... Poco... Es atrevido. Sin embargo, tengo la esperanza de encontrar algo lo suficientemente recatado como para que Sav se sienta lo más a gusto posible.

—Seguro que sí.

—Está bien.

Salgo de la zona de relax en la que se encuentra la piscina, la sauna, el jacuzzi... etc., y entro en el servicio donde mis amigas suelen cambiarse. A ver, no voy a ser cínico, muchas veces son chicas que vienen a que pasemos un buen rato, nos divertimos y nada más, no trasciende del simple sexo. Es por eso por lo que siempre suelo tener ropa de baño femenina nueva, aunque la mitad de las veces no la usan.

Abro el primer cajón y encuentro varios bikinis de todos los colores, texturas y diseños, pero no es esto lo que busco. Bueno, sí, pero no. Lo intento con el segundo, en el que hallo un par de bañadores, uno de ellos negro. No es discreto que digamos, puesto que tiene una abertura en forma de pico que casi llega hasta el ombligo, mostrando parte de los pechos... Pero es lo mejor que tengo. El resto dejan muy poco a la imaginación, sería preferible incluso que se quedara con su

ropa interior.

Saco una toalla grande y lo dejo todo sobre una silla, regreso a la piscina y le muestro el camino para entrar y cambiarse. Sonríe y espero a que cierre la puerta para aprovechar y cambiarme yo también, no me parece apropiado bañarme en bóxer.

—¿Mason?

—¡Ya salgo! —respondo desde otro cuarto de baño.

Dejo la ropa sobre un banco de madera que hay junto al jacuzzi y camino hacia ella, que se encuentra de pie al lado de la piscina, con la toalla rodeando su cuerpo.

—¿Qué tal te queda el bañador? ¿Te gusta?

—Bueno... Es la primera vez que me pongo uno, ¿son todos así de...? —Ambos reímos y niego con la cabeza.

—No, lo siento, es el más discreto que he podido encontrar.

—Tranquilo —toma una bocanada de aire—, tengo que acostumbrarme a estas cosas.

—Eso no es cierto, no debes hacer nada que no quieras por el simple hecho de haber salido de tu comunidad.

—Bueno, te lo agradezco, pero aquí no puedo seguir viviendo como allí. Prácticamente todo estaba prohibido. Si todavía siguiera las normas del Ordnung, ni tan siquiera debería estar en tu casa, ni mencionar el hecho de haberme puesto esto —se señala a sí misma— y estar a punto de meterme contigo en la piscina.

—Entiendo, pero lo que sí puedes hacer es ser fiel a ti misma, Savannah. —Tomo su mano y le doy un beso en el dorso—. No hagas nada que no te haga sentir cómoda, no des nada por sentado o pienses que es lo “natural” —especifico haciendo el gesto de las comillas con mis dedos.

—De acuerdo, lo tendré presente.

—Bien.

Mantengo su mirada luchando con mi parte más primitiva cuando la toalla cae alrededor de sus pies, ella tampoco deja de mirarme a los ojos, como una especie de imán improvisado. Bajo las pocas escaleritas que hay para adentrarme en el agua y me mojo por completo antes de volverme hacia ella, que apenas le llega por las rodillas.

—Venga, aquí no cubre. Puedes meterte sin miedo.

—Vale.

Mis dos manos sujetan las suyas a medida que vamos andando más al fondo, el agua le llega ya por el cuello, y en su mirada puedo percibir el nerviosismo.

—¿Estás bien?

—S-sí —tartamudea sonriendo—, no me sueltes.

—No voy a hacerlo —respondo en voz más íntima debido a nuestra cercanía.

—¿Podemos quedarnos donde toco el suelo?

—Por supuesto.

Tiro de sus manos hasta una esquina en la que hay un saliente donde sentarse, hago que ella se coloque encima y yo me posiciono de pie entre sus piernas, intentando estar cerca, pero no demasiado.

—¿Qué tal tu primera experiencia en una piscina?

—No me he ahogado, así que supongo que eso es positivo —bromea sonriendo.

—Gracias por confiar en mí para hacerlo. —Llevo la mano hasta el adorno de pelo que sujeta su cabello, y lo sujeto por el extremo—. ¿Puedo? —Savannah asiente, así que tiro, dejando que su pelo caiga adornando su rostro y mojándose por las puntas.

Es tan hermosa.

—Háblame más sobre ti —pide colocando una mano en mi hombro.

—Intenta hacer como si no supieras nada de mí, ¿vale? Imagina que no soy famoso y que nunca has oído hablar sobre Mason Fox.

—Claro, por lo que a mí respecta, acabamos de conocernos —sonríe—. Savannah Dixon, un placer.

—Mason Fox, el placer es mío. —Llevo la mano a su barbilla y me acerco lentamente para darle un beso en cada mejilla.

Me hace un gesto de asentimiento, dándome paso para que siga hablando.

—Bueno, pues tengo veintitrés años y vivo en Los Ángeles. Nací en Philadelphia y mis padres se divorciaron cuando yo tenía un año.

—¿Y tu madre te trajo con ella?

—Pasaba medio año con cada uno, así que digamos que fui introduciéndome en este mundo desde pequeño. Mi madre siempre se ha encargado de que tuviera los pies en el suelo, le debo mucho por eso. En estos años he ido viendo cómo muchos de mis colegas iban dejándose llevar demasiado por la fama, hasta perder por completo el control de sus vidas.

—¿Y tú lo tienes? —Uno los labios, pensativo ante su pregunta, reflexionando—. ¿Tienes el control de tu vida, Mason?

—Sí.

—Has dudado. —Savannah arquea una ceja y yo sonrío. Me permito un momento para acercarme un poco más y acaricia la piel de su cintura, sintiendo cómo se tensa disimuladamente.

—Tengo el control, nunca hago nada que realmente no quiera hacer. Sí es cierto que en algunas ocasiones me veo obligado a ceder en algunas cosas que preferiría que fueran distintas, pero es lo que debo hacer. Junior me guía bien, es mi consejero, asistente y amigo.

—Eres muy afortunado por tenerle, creo que todo sería aún más caótico sin él.

—Sin duda alguna.

Sigo hablándole sobre mí durante un rato más, intercambiando opiniones y conociéndonos más a fondo, algo que ambos disfrutamos. Me escucha atentamente, haciendo preguntas que me sorprenden, pero al mismo tiempo me alegra, como por ejemplo qué es lo primero en lo que me fijo de una mujer.

Alrededor de las nueve y media, salimos de la piscina y ambos vamos a un servicio distinto para secarnos y volver a ponernos la ropa. Me entristece pensar que seguramente me pida que la lleve a casa ya, sin embargo, creo que en estas pocas horas hemos avanzado bastante en lo que respecta a la confianza del uno en el otro.

—No sabía qué hacer con el bañador —dice cuando sale del cuarto de baño y me ve esperándola—, así que lo he lavado y lo he dejado colgando de un perchero.

—No tenías por qué hacerlo, pero te lo agradezco —sonrío y coloco una mano en su espalda para que camine junto a mí hacia las escaleras.

—Bueno... —busca mi mirada cuando llegamos al salón principal— creo que debería irme ya.

—Deja que compruebe las alertas, no quiero que a Junior se le pare el corazón si se entera de que he salido —río para relajar el ambiente mientras le doy la espalda para ir a buscar el móvil. Cuando estoy con ella prefiero no usar el teléfono, porque no dejan de aparecer notificaciones y sé que se preocupa por pensar que estoy desatendiendo mi vida.

—¿Y si no podemos salir? —Arqueo una ceja mientras giro hacia ella, disimulando una sonrisa ladeada que se le contagia—. ¿Qué?

—Nada, si no podemos salir no te va a quedar más remedio que quedarte aquí a dormir. —Me

encojo de hombros mientras ella cruza sus brazos y sostiene mi mirada—. Si te vas a quedar más tranquila, puedes encerrarme en el servicio de la piscina.

—¡Mason! —exclama riendo cuando me acerco con el móvil en la oreja—. No tiene gracia —murmura cuando me llevo el dedo a los labios para que no hable.

—Junior, ¿cómo va el huracán?

—Hay vientos de 150mph, así que no se te ocurra salir.

—¿Dónde estás tú? —Juego con un mechón húmedo del pelo de Sav mientras ella trata de enterarse de la conversación.

—Con David, en su casa.

—Vale, pues no salgas de ahí, mañana nos vemos.

—De acuerdo, hasta mañana. —Cuelgo el teléfono y lo giro en mi mano mientras la miro, esperando que adivine lo que diré a continuación.

—Tengo que quedarme, ¿verdad?

—A no ser que quieras salir volando, sí.

—Definitivamente el Ordnung no aprobaría que pasara la noche con un desconocido. Hombre.

—Dibujo mi sonrisa más angelical y ella me imita negando con la cabeza mientras se da la vuelta y restriega su cabello.

—Esto será interesante...

12 | HALLOWEEN

MASON

Analicemos la situación: vivo en una mansión de 7.500m² con seis dormitorios, entre otras muchas estancias, pero cuando he ofrecido a Savannah la opción de dormir en una diferente a la mía, se ha negado. No he querido entrar en detalles, ha evitado mi mirada al responderme, pero la explicación a la que he llegado tras conocerla un poco más es que prefiere estar cerca de mí y sentirse segura, antes que dormir en otra habitación ella sola. Teniendo en cuenta que siempre ha vivido con sus padres y sus seis hermanos, hasta hace menos de un mes que llegó a Los Ángeles y ha estado viviendo con sus dos amigas —y sumando lo del huracán—, imagino que todavía no se siente preparada para estar sola.

—Bueno, ¿estás segura de que quieres dormir conmigo? —insisto después de ofrecerle uno de los pijamas de Dinna.

—Estoy segura —dice mirando la ropa—, ¿por qué tienes tanta ropa de esa tal Dinna?

—Es la novia de mi mejor amigo, muchos días vienen a hacerme compañía.

—Ah, comprendo. —Se gira buscando la puerta del cuarto de baño—. Voy a cambiarme, ¿vale?

—Claro.

Me doy prisa en quitarme la ropa y ponerme unos pantalones de deporte antes de que ella vuelva a salir, no quiero que tenga que verme en ropa interior y se sienta incomoda. Realmente estoy emocionado por saber que voy a poder pasar más tiempo con ella, me da igual que sea en la cama o fuera de ella, solo quiero exprimir cada segundo a su lado. Savannah es una persona con un grandísimo corazón, inocente y bondadosa. Necesito más de eso en mi vida.

Definitivamente.

—Voy a salir —advierde desde detrás de la puerta, seguro que ha pensado lo mismo que yo.

—Te queda perfecto —sonríe mirándola de arriba abajo—, qué bien que tengáis la misma talla.

Estoy nervioso, no me sentía así de niño desde que me líe con aquella modelo cuando tenía quince años.

Entre los dos retiramos el edredón nórdico y la sábana, nos tumbamos en silencio y giramos para quedar uno frente al otro. Sonríe, provocando que yo también lo haga y me dé cuenta de lo preciosa que es aun temblando.

—¿Dormirías más tranquila si coloco una almohada entre los dos? La cama es de dos metros, hay sitio de sobra.

—No digas tonterías, no es necesario. —Aprieto los labios y asiento con la cabeza—. Pero gracias. Imagino que tú debes estar acostumbrado a dormir con chicas. —Arqueo una ceja en una sonrisa ladeada—. Lo siento, perdona —se apresura a decir—, no quería insinuar que tú...

—Eh, relájate. —Subo el brazo para buscar su mano y sujetarla—. Sí, tengo relaciones con mujeres habitualmente, pero solo he tenido una novia. Solo he estado en esta situación —nos señalo con la cabeza—, así, tumbado y hablando, con Emilia.

—Esa chica no me cae bien —dice suspirando y tumbándose boca arriba sin soltar mi mano.

—Lo entiendo —murmuro bajando la voz a otra más acorde al momento—. ¿Recuerdas lo que te he dicho antes sobre este mundo de Hollywood y de los famosos?

—Has dicho que es una perla rellena de mierda.

—Exacto. Emilia es parte de eso, ella es... —no encuentro las palabras— complicada.

—¿Por qué acabó vuestra relación? —Gira la cabeza y busca mis ojos— El motivo real, no el que sale en las revistas.

—Bueno, en este caso lo que sale en los medios es la verdad, me engañó con su representante. Aunque si te soy sincero, ahora que ya han pasado un par de años y lo veo con perspectiva, me doy cuenta de que las cosas ya estaban tocadas de antes. Tener una relación en este mundo es más difícil de lo que parece.

—¿Por qué crees que es así? —Vuelve a tumbarse hacia mí, ambos mirándonos en el centro del colchón.

—No puedo comparártelo con nada porque ya nací siendo famoso, pero cuando veo a las parejas desconocidas besándose en la calle, hablando tranquilamente en un banco, bebiendo, fumándose un porro, festejando... Esos momentos son suyos, ¿sabes? No van a salir fotos de ellos a las dos horas en Twitter, en las revistas virtuales, en todas las redes sociales. Hagan lo que hagan, tomen las decisiones que tomen en su vida, será eso: su vida. No la del mundo entero.

—Esto es raro —comenta—, yo tampoco puedo decirte cómo son las relaciones normales porque provengo de un sitio muy distinto al mundo exterior. Si yo tuviera una relación ahora contigo... —hace una pausa y no puede evitar una pequeña sonrisa cuando ve la mía, pero no hace comentario alguno acerca del gesto y de lo que ambos hemos imaginado— Para mí todo sería “normal”, ¿entiendes? Porque sería mi primera relación en un lugar y una cultura totalmente extraña para mí.

—En definitiva: somos un par de bichos raros. —Ambos rompemos en una carcajada.

—No me importa serlo —señala cuando deja de reír.

—Ni a mí, contigo es más fácil. —Acaricio su mejilla con el pulgar, sin haber soltado su mano todavía.

—Me llama mucho la atención todo lo que te rodea —confiesa—, a veces cuando te escucho, sobre todo cuando hay más gente y hablas con Junior o con otras personas, me siento una anciana que no comprende nada.

—Pero es normal, tonta —sonríó—. Puedo enseñarte todo lo que quieras. Dime algo, a ver.

—Pues, por ejemplo, todo eso de las redes sociales que tanto mencionas.

—Mira, ven —suelto su mano y levanto el brazo para pasarlo por detrás de su cabeza, espero a que la levante y dejo que ella sola se acerque un poco más a mi cuerpo. Me estiro para alcanzar mi móvil de la mesilla y lo desbloqueo—. Esto es Twitter —señalo el icono en la pantalla—, y esto es Instagram. Son las dos redes en las que me muevo, aunque muchas veces Junior se encarga de ellas.

—Vale, ¿y para qué sirven?

—Twitter es una red social que se utiliza para escribir cosas, cómo te sientes, comentar algo que has hecho o que vas a hacer, publicitar marcas, subir fotos... etc.

—¿Subir? —pregunta—. ¿A dónde las subes? No entiendo.

—Las pones en la red, las publicas en internet. De esa forma todo el mundo puede verlas y comentarlas.

—¿Y por qué hacer eso? —Levanta la cabeza para mirarme, cerrando la boca cuando se da cuenta de la cercanía.

—Muchas veces es mejor hacerlo uno mismo antes de que lo hagan los medios de

comunicación, la prensa. —Asiente y vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro.

—¿Y esta otra? Instagram —lee bajo el icono de la aplicación.

—Esta se usa más para subir fotografías. —Entro en mi cuenta para que vea a lo que me refiero —. Publicas fotos y añades un comentario abajo.

—¿Y quién es toda esta gente? —pregunta cuando ve el *timeline* lleno de fotos de las personas a las que sigo.

—En las redes sociales tienes la opción de seguir a la gente, eso significa que quieres ver las cosas que otros publican, y así comentarles y hablar con ellos.

—O sea que cuando tú publicas una fotografía, la gente comenta lo que le parece.

—Entre otras cosas, sí.

—¿Qué otras cosas?

—Bueno, todos los famosos tienen *haters*. Son personas que únicamente comentan palabras de odio y desagrado —me adelanto antes de que me pregunte lo que son los *haters*—. Por eso nunca leo los comentarios, me cuesta bastante controlarme y no responder. Junior suele ocuparse de llevar un poco todo ese tema.

—Cielos, todo esto... No te entiendo, Mason —me mira de nuevo—. Ya te persiguen fotógrafos cuando sales a la calle, ¿por qué publicar más fotos por ti mismo? Quiero decir que... no sé, no tienes intimidad.

—No la tengo —coincido—, ningún famoso la tiene, Savannah. Debemos encontrar el equilibrio entre intentar ser lo más normales posibles y preservar nuestra seguridad.

—¿Qué pasaría si ahora mismo nos hiciéramos una foto y la publicases en tu Twitter y en tu Instagram? —pregunta. No puedo evitar sonreír por su inmensa inocencia.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—Si ahora mismo publicase una foto contigo, en una hora estaría en todas las revistas virtuales, en todas las redes y en cualquier web de prensa rosa; y mañana saldría en la portada de cualquier revista física.

—No me lo creo —suelta confiada, y yo arqueo una ceja—. ¿Realmente eres tan importante?

—No soy importante, soy famoso. ¿Has visto la cantidad de personas que me siguen en Instagram?

—No, a ver —solicita. Entro en la aplicación y señalo el número—. Ciento doce —dice con voz claramente decepcionada—. No son tantas... —Me mira al ver que no hablo—. ¿Qué?

—¿Ves la “M” que hay al lado? —le pregunto.

—Sí. ¿Qué significa?

—¿Qué crees tú?

—No sé, ¿mujeres? Ciento doce mujeres.

—No, Savannah. Significa millones, me siguen ciento doce millones de personas.

—¡Venga ya! Estás bromeando —afirma quitándome el teléfono de las manos y volviendo a observar la pantalla. Se pone de rodillas sobre la cama y alterna la mirada entre el teléfono y yo.

—¿Me estás retando a demostrártelo? —cuestiono.

—¿Cómo? —Un atisbo de travesura y curiosidad en sus ojos hace que me dé un vuelco el estómago. ¿Qué ha sido eso?

—Nos hacemos una foto y la subimos —suelto directamente.

Para mi sorpresa, no dice nada, solo fija la vista en mí y entorna los ojos. Lo que daría por saber lo que se está pasando por su cabeza ahora mismo.

S A V A N N A H

Definitivamente el infierno guarda un lugar muy selecto para mí, así que, ¿por qué no? Quedan pocas normas del Ordnung que no haya roto ya, así que mejor acabar con todas de una vez por todas. Además, ya me fotografiaron el primer día que llegué, cuando Mason me llevó a aquella fiesta después de su concierto.

—Di algo para que sepa que no te ha dado un ictus —bromea apoyando su cuerpo en los codos, dejando visible que va sin camiseta.

—Está bien, muéstrame lo famoso que puedes llegar a ser, Mason Fox.

Casi a cámara lenta una enorme sonrisa va creciendo en su rostro, la cual se me contagia y tengo que taparme la cara por la vergüenza que siento.

—Voy a ir a por un vaso de agua, tienes unos segundos para pensártelo antes de que vuelva —me advierte mientras se levanta.

Siento mis mejillas arder cuando se da la vuelta y no puedo evitar observar su trasero alejándose.

Me doy cuenta de que sigo con su teléfono en la mano, dentro de esa aplicación Instagram. Toqueteo algunas cosas, deslizo el dedo pulgar a la derecha, sobresaltándome cuando mi rostro aparece de pronto en la pantalla. Llevo toda la noche con miles de mariposas en mi estómago, con retortijones por los nervios y tratando de controlarme para que él no lo note, aunque creo que es más listo de lo que yo pensaba. Ahora, al verme a mí misma... Todavía me cuesta, han sido veintiún años viéndome tan pocas veces en un espejo que podría contarlas con los dedos de las manos.

—Bueno, ¿te has decidido? —Mason aparece de repente con el vaso de agua en la mano, es la primera vez que le veo sin camiseta. Y, desde luego, la primera vez que observo un torso semejante en toda mi vida.

Trago saliva.

—Sí, hagámoslo —sentencio y él sonríe mientras pasa la lengua por sus labios—. La foto.

—Claro, ¿qué iba a ser si no?

Me muerdo la mejilla por dentro para no reír y que mi rostro se convierta en un tomate rojo. Vuelve a tumbarse en la cama y me hace un gesto para que le devuelva el teléfono. Toca algo en él y entonces clava los ojos en mí.

—Vamos, tumbate como estabas antes.

Obedezco colocando la cabeza en su hombro, levanta la mano y entonces los dos aparecemos dentro de la pantalla, nos está enfocando.

—Espera, espera —digo tapándome la cara—, que no se me vea mucho... —le pido, a lo que él sonríe y asiente.

—¿Estás segura de querer hacerlo? No habrá vuelta atrás, estarás en boca de más de cien millones de personas, Savannah —me recuerda. Al ver que no respondo, sujeta mi barbilla para que le mire. Estamos muy cerca—. No hay necesidad de demostrar nada —dice—, creo que sabes de sobra lo famoso que soy, esto no lo haces por eso, ¿verdad?

—Necesito... Tengo que cambiar.

—No, para nada —me corrige—, de hecho, creo que eres perfecta como eres.

No sé qué responder, así que solo me dejo llevar y hundo la cabeza en el hueco de su cuello.

Dios mío, huele increíblemente bien.

En lugar de decirme algo, siento el tacto de sus labios en mi frente cuando deposita un beso en ella, y entonces escucho el sonido de una foto, igual que cuando yo se las hice a él en el concierto

con aquellas fans.

—¿Qué te parece esta?

Miro a la pantalla y sonrío ante la tierna imagen que me muestra: solo se me ven los ojos cerrados, mi rostro casi cubierto por completo por su mano sujetando la mía, y parte de él dándome el beso en la frente.

—Es perfecta, me gusta mucho.

—¿Sí? ¿La subo? —pregunta entrando en Instagram.

—Vale, pero ¿qué vas a escribir?

—Lo que tú quieras. Es más, la vas a subir tú —informa dándome el teléfono.

—Madre mía, estoy nerviosa —admito mientras él me explica cómo hacerlo.

Cuando llega el momento de comentar algo sobre la imagen, no sé ni qué poner. Además, debe ser desde su perspectiva, tengo que pensar como si fuera él, algo totalmente imposible para mí.

—Mason, no sé qué escribir. Toma, hazlo tú —digo dándole el móvil. Sonríe, porque siento su mejilla sobre mi frente, y lo acepta—. “Soñaba contigo cuando no te conocía.” —Leo en voz alta cuando escribe.

—Es la letra de una de mis canciones. ¿Te parece bien así? —pregunta. Asiento y él lleva mi dedo hasta donde pone “compartir” —. Cuando le des, la foto llegará a los móviles de todas esas personas.

—Ay, madre. —Río por los nervios y él se une a mí—. Venga, voy, eh. —Ambos volvemos a reír—. ¡Mason, que le doy!

—¡Vamos! —se carcajea.

—Hecho. —Le miro a los ojos un segundo antes de esconderme nuevamente en su cuello, él me rodea con sus brazos y vuelve a besar mi cabeza.

—Bienvenida a mi mundo, Savannah.

MASON

Su respiración acompasada me indica que está dormida. Hemos pasado un rato hablando después de subir la foto, y le he dicho que lo mejor era dejar el móvil apagado hasta mañana por la mañana, puesto que, de no hacerlo, las llamadas iban a ser incesantes.

Sigue entre mis brazos, realmente no sé cómo ha podido quedarse dormida así, pensé que no se sentiría a gusto en la cama conmigo. Bueno, pensé que no se sentiría a gusto con un hombre, en general, pero cada vez me queda más claro que soy algo especial para ella, de la misma forma que ella lo es para mí. Creo que, como en su primera noche fuera de su comunidad se topó conmigo, de alguna forma se aferró y ha encontrado en mí algo muy importante: seguridad. Y, por lo que a mí respecta, tengo intención de que eso no cambie.

Me remuevo cuando noto que Savannah ya no está a mi lado, palpo el colchón, pero tampoco la encuentro, entonces la escucho murmurando:

—No, no, no, esto no me puede estar pasando a mí.

—¿Savannah? —Busco la luz de la lámpara con la mano, aunque gracias a la luz de la luna a través de los ventanales puedo ver que está de pie junto a la cama—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

En cuanto enciendo la luz, sale corriendo hacia el cuarto de baño, pero me da tiempo a ver una considerable mancha roja en el pantalón del pijama, en la parte inferior de su trasero. Miro el colchón, comprobando otra pequeña manchita sobre la superficie de la sábana. Sangre. Ha debido de bajarle la regla.

—Oye, no pasa nada —hablo pegado a la puerta del baño—, solo dime si estás bien. Iré a buscarte ropa limpia.

—Estoy bien —murmura desde el otro lado.

—Vale, ahora mismo vengo.

Salgo del dormitorio para ir al que suelen dormir Jim y Dinna, saco otro pantalón de uno de los cajones y después rebusco en el cuarto de baño de la misma habitación. No está bien mirar en las pertenencias privadas de nadie, pero esto es una emergencia, joder.

Antes de regresar a mi dormitorio con un pijama limpio, ropa interior nueva y una compresa que he encontrado —supongo que de Dinna, no veo a Jim usando estas cosas—, se me ocurre ir a la cocina a por un paracetamol y una bolsa de agua caliente por si tiene dolores. Dinna se pone fatal cuando está con la regla. La caliento en el microondas y voy hacia las escaleras principales para volver con Savannah.

—¿Qué haces?

La encuentro quitando la sábana manchada. En cuanto me escucha, se agacha al otro lado del colchón.

—¡No me mires! —exclama suplicante—. Dios, qué vergüenza.

—Venga, Sav, solo es la regla —señalo rodeando la cama hasta ella—. Es algo natural, no seas tonta. —Le ofrezco mi mano para que se levante, duda, pero al final la acepta—. Toma, espero que te sirva —digo dándole todo.

—Muchas gracias —murmura agachando la cabeza.

—Anda, ve —levanto su barbilla para que me mire—, cámbiate y vuelve a la cama.

Termino de cambiar las sábanas, no ha traspaso al colchón, así que con poner unas nuevas arreglado. Me tumbo y sonrío al ver cómo sale del baño con el otro pijama hecho una bola.

—Déjalo en el cesto que hay junto al jacuzzi —me adelanto antes de que se le ocurra pedirme jabón para lavarlo.

—¿Cómo se te ocurre que voy a dejar esto así? —Parece incluso ofendida.

—Preciosa, son las cinco de la mañana —froto mis ojos y retiro la sábana a mi lado—, ven a la cama, por favor.

—Mason... —Hace pucheros y yo me veo obligado a reír.

—Savannah... —La imito, y ahora es ella la que sonrío y hace lo que le he pedido.

Espero a que esté metida en la cama para apagar la luz y, de forma natural, pasar el brazo por detrás de su cabeza para abrazarla de igual forma que antes de dormirnos. Ella lo hace, apoya la cabeza en mi pecho y se coloca la bolsa caliente en el vientre, sujetándola contra mi cadera.

Quema de muchísimo, pero no digo nada.

—Descansa. —Es lo último que digo antes de cerrar los ojos.

SAVANNAH

Me despierto por el dolor de ovarios, la bolsa de agua ya está fría y perdida en algún lugar dentro de la cama de dos metros de Mason. Él se encuentra boca abajo, abrazando la almohada y profundamente dormido. Cielos, es tan guapo. En mi comunidad los chicos no son así, todos visten igual y no se acercan a nosotras a menos que nuestros padres lo hayan aprobado previamente. Todo esto es muy nuevo para mí.

Pero me gusta mucho.

Decido levantarme para preparar el desayuno antes de que él se despierte, me apetece hacerlo después de lo bien que se portó conmigo anoche. Bueno, esta madrugada. Cuando he notado que tenía la entrepierna mojada, y después he visto la sangre, quería que me tragara la tierra. ¿No

podía haberme pasado cualquier otro día? ¿Era necesario que me bajase la regla justo esta noche? Se ve que los nervios y toda la situación lo ha provocado, pero Mason no podría haber reaccionado de mejor forma, ha sido un encanto. Cualquier chico de mi comunidad habría puesto cara de desagrado y se habría marchado.

Me tomo la libertad de ponerme una sudadera de Mason que encuentro sobre una silla, hace fresco y no quiero enfermar. Saco del cesto el pantalón y la ropa interior manchada, y le observo un momento más antes de salir del dormitorio y tratar de llegar hasta la cocina sin perderme.

—Buenos días, señorita. —Doy un salto sobre mí misma cuando una voz a mi espalda me sorprende en mitad del salón.

—Ho-hola. Yo... —miro a mi alrededor sin saber qué decir, ¿quién es?

—¿Me permite? —Hace amago de quitarme de las manos la ropa, pero inmediatamente retrocedo.

—No, no es necesario, gracias. Yo misma lo lavaré. —La señora desvía la mirada y creo que ve la sangre, porque sonrío y entonces percibo una gran ternura en sus ojos. Ella debe de ser Lola, la mujer que cocina y que cuidó a Mason cuando era pequeño.

—No debe avergonzarse, deje que yo lo haga. Iba a comenzar a preparar el desayuno para Mason ahora, no sabía que estaba acompañado.

—¿Puedo hacerlo yo?

—Podemos hacerlo juntas —sonríe de nuevo.

—Claro.

Lola conversa conmigo animadamente mientras entre las dos hacemos el desayuno más variado que he visto en mi vida. Desde alimentos dulces, como tostadas y cosas con chocolate, hasta salados, como bacon y huevos. En realidad, todo se parece a lo que cenamos anoche en ese desayuno/cena que Mason preparó.

—Buenos días. —El susodicho aparece cuando estoy en medio de una carcajada por algo que Lola me ha dicho—. Vosotras en medio de un festival de tortitas y sirope, y yo dormido —dice acercándose para darle un beso a Lola en la mejilla—. Os parecerá bonito.

Viene hasta donde yo estoy, apoyada en la encimera junto a los fuegos, y no deja de sonreír hasta que llega y me da un lento beso en la mejilla.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Qué bien huele, ¿quién es la responsable? —pregunta cogiendo un pedazo de bacon y dándole un bocado.

—Savannah tiene muy buena mano —comenta Lola, que está terminando de colocar la fruta en otro plato.

—Qué va, todo lo ha hecho ella —respondo intercambiando una sonrisa con ella.

—Os dejo desayunar —habla a Mason y él le guiña un ojo, se despide de mí y ambos van hasta la puerta de la calle.

Cuando terminamos con casi toda la comida, entre los dos recogemos los platos y los metemos en el lavavajillas. Volvemos al salón y cuando voy a decirle que ya debo volver a casa, me muestra su teléfono y entonces recuerdo lo de anoche.

—Lo había olvidado —me tapo la boca con las manos, sonriendo nerviosa.

—Tengo que encenderlo ya, son casi las diez. Debo tener cientos de llamadas y mensajes —dice mientras camina para sentarse en el sofá. Le sigo y me coloco a su lado, esperando en silencio a que la pantalla se ilumine.

En cuanto introduce el código número 2011, unos mensajes detrás de otros saltan a la pantalla.

—Madre mía, Mason.

—Tranquila, ya te dije que esto pasaría. —Su voz es sosegada y sin ningún atisbo de sorpresa —. Vamos a ver cuántos comentarios tiene la foto. —Entra en Instagram y toca sobre la imagen.

—¿¡Quince mil ochocientos doce!?! —exclamo incrédula. Él solo sonrío.

—Y más de dos millones de *likes*.

—¿*Likes*?

—Gente a la que le ha gustado la foto.

—Cielos, eres muy famoso, eh. —Ambos reímos, yo por los nervios y supongo que él porque le hace gracia de verdad.

—Vamos a leer los titulares —comenta saliendo de Instagram y entrando en un sitio llamado “Safari”.

En la pantalla escribe simplemente “Mason Fox”, y en seguida salen muchos resultados. Toca el primero de ellos y se abre una página —creo que así lo llamó Ophelia el día que nos dio unas clases rápidas—, con la foto que subimos anoche en todo el centro.

—“*Mason Fox tiene nueva chica.*” —Leo en voz alta, y él me entrega el móvil para que siga —. “*Cuando menos lo esperábamos, el chico de oro vuelve a revolucionar las redes con una instantánea en la que podemos verle acompañado de una chica en lo que parece ser una cama. En actitud cariñosa, él cubre su rostro dejando solo a la vista los ojos de la desconocida. ¿Se parece a la misma que le acompañó a la fiesta post concierto de Los Ángeles, o solo es nuestra imaginación? Pronto lo sabremos.*” —Le miro sin saber qué decir, realmente no pensé que una simple foto fuese a causar tan revuelo.

—Ya puedes contárselo a tus amigas antes de que lo vean, o creo que se enfadarán mucho — bromea para apaciguar el momento de tensión.

—Seguro que ya lo han visto, Chloe se pasa el día mirando tus fotos. —Suspiro y me levanto del sofá—. ¿Qué vamos a hacer?

—No hay vuelta atrás —indica levantándose también—. Lo más probable es que la entrada de la propiedad esté hasta arriba de *paparazzi*.

—Estoy nerviosa —confieso mirándole.

Sonríe y tira de mi mano para llevarme hasta un enorme espejo que tiene en la entrada de la casa, junto a las escaleras principales. Me coloca frente a mi reflejo y él se posiciona detrás de mí, pasando los brazos por alrededor de mi cuerpo y sujetando mis manos con las suyas. Su cabeza apoyada en mi hombro.

—Dime qué ves.

—Es muy extraño para mí, los espejos, las fotos... Todo eso está prohibido por el Ordnung, aún me estoy acostumbrando.

—¿Qué ves? —repite.

—A nosotros. —Río avergonzada por su mirada y agacho la cabeza, pero él levanta mi barbilla con su mano.

—El mundo entero verá lo que tú quieras mostrarles, Savannah. Puedes estar muerta de miedo, nerviosa y sin ninguna confianza en ti misma, pero también puedes hacer la actuación de tu vida y mostrarles todo lo contrario. La magia está en no perderte a ti misma. El sesenta por ciento de los famosos tienen dos caras: la que enseñan ante los medios, en sus redes sociales, en las fotos que suben, entrevistas... etc., y la que son en realidad, la que solo muestran a sus amigos, familia y personas de confianza. Cuando no hay cámaras delante.

—Suenan muy complicado. No sé si yo sabría hacer eso, Mason, n-no creo que pueda...

—Entonces serás del cuarenta por ciento restante.

—¿A qué porcentaje perteneces tú?

—Mitad y mitad —sonríe—, ya te dije que hay ocasiones en las que el fin justifica los medios. A veces finjo ser lo que no soy, y viceversa, y otras veces simplemente estoy cansado y hago lo que me da la gana. —Asiento y dejo escapar una bocanada de aire, él me sujeta por los hombros y me da vuelta hacia él—. Escucha, no quiero que te preocupes por nada, ¿vale? Yo hablaré con los medios, haremos y diremos lo que tú quieras.

—¿Y cuáles son mis opciones?

—Solo hay dos: una, fingir que solo eres una más —esa no me gusta—, y dos, decir que nos estamos conociendo, que eres una persona anónima y que quieres que siga siendo así. —Frunzo el ceño sin saber cuál de las dos elegir, realmente creo que todo esto me viene grande—. Bueno, tenemos otra...

—¿Cuál?

—No decir nada —se encoge de hombro—, seguir como hasta ahora. Ignorar sus preguntas como hicimos en la fiesta y tratar de alargar tu anonimato lo máximo posible.

—¿Puedo pensármelo?

—Claro.

—De acuerdo, creo que ya es hora de que me lleves a casa.

MASON

Acabo de llegar al estudio en el que he quedado con Junior para una sesión de fotos, creo que de la marca de deporte con la que firmé el otro día.

Tal y como imaginaba, los *paparazzi* nos han seguido hasta la casa de Savannah, así que si antes no tenía claro si era la misma chica que me acompañó a la fiesta, ahora ya lo saben con seguridad. Tengo que esperara a ver lo que ella quiere hacer, de momento aplicaremos el silencio, nada de contestar preguntas sobre el tema ni conceder entrevistas. ¿El próximo paso? Enfrentar a mi madre, y peor, a mi asistente.

—¡Mason, Mason! —Aquí están otra vez—. ¿Quién es esa chica con la que has pasado la noche? —Les ignoro y cierro la puerta de mi deportivo, poniéndome las gafas de sol, a pesar de que estamos a principios de noviembre y está nublado.

—¿Estáis juntos? —Otro más corre para grabarme mientras camina marcha atrás delante de mí. Desde luego tienen talento, eh.

—Mason, ¿vais en serio? ¿Cómo se llama ella? —Me muerdo las mejillas por dentro para no mandarles a tomar por el culo.

Cuando llego hasta la puerta del estudio, el guardia de seguridad sale para detener a los fotógrafos y dejarme pasar. Podría haberme traído a Michel y K-Box, mis guardaespaldas, pero no lo he considerado necesario y quería dejarles el día libre.

En cuanto salgo del ascensor de la segunda planta, me lleno de paciencia al ver a Junior quitarse las gafas que usa para leer, y aproximarse con paso rápido y el semblante muy serio.

—Habla —solicita cuando llega hasta mí.

—Lo siento, ¿vale? Fue algo inesperado, Savannah vino a cenar y luego me llamaste para decirme lo del huracán. No pudimos salir y tuvo que quedarse a dormir.

—¿Y la foto era necesaria? ¿Sabes la de explicaciones que he tenido que dar? ¿El dinero que hemos perdido?

—Joder, ya te he dicho que lo siento.

—¿Qué pasa con ella? ¿De qué va todo esto? —Camina a mi lado mientras Tania y Dakota ya me están esperando con todas sus herramientas para peinarme y maquillarme.

—Buenos días, cielo. —Les doy un beso en la mejilla y me siento para que comiencen su magia.

—Mason. —Junior insiste, clava la vista en mí a través del espejo del tocador.

—Eres muy pesado, eh —resoplo—, no puedo darte ninguna explicación porque no la tengo. Savannah es especial, ya te lo dije. Nos lo tomamos con calma.

—Madre mía, Mason. ¿En serio vas a meterte en otra relación? No sé si eso va a ayudar a tu imagen, el equipo de estadísticas y marketing no las tiene todas consigo. Podría perjudicarte, recuerda todos los seguidores que perdimos cuando dejaste a Emilia.

—Lo siento, pero con Savannah no voy a ceder. La van a amar, confía en mí. Ella es diferente.

—Por eso —insiste—, no sé si va a encajar en este mundo.

—Muchas chicas se van a sentir identificadas con ella, deja de preocuparte, te están saliendo canas —bromeo.

—Eso es cierto. —Tania me apoya, dibujando una sonrisa en su oscura piel africana.

Mi asistente solo pone los ojos en blanco y se da la vuelta para seguir con sus cosas, no sin antes pedirme el móvil para enfrenar las reacciones en las redes sociales.

No se lo ha tomado tan mal...

Esta noche es la fiesta anual de Halloween que celebro en mi casa, siempre una semana después del 31 de octubre. Solo invito a personas cercanas, amigos y gente a la que Junior me obliga a invitar. Marketing. Imagen. Apariencias.

Cuando se lo dije a Savannah ayer, dudó unos segundos antes de aceptar el venir conmigo. Lo hablamos por videollamada, debido a que juntos decidimos no vernos esta semana para que los medios de comunicación se calmaran un poco.

—No sé si es buena idea, Mason... —dijo con el rostro serio.

—¿No tienes ganas de verme? —sonrió y desvió la mirada, ruborizándose al instante—. Eso me responde, preciosa. Yo también tengo muchas ganas, dime que vienes, anda —le supliqué poniendo mi mejor cara.

—¿Qué se hace en esa fiesta? No tengo un buen recuerdo de la última...

—No será igual, te lo prometo. Nos disfrazaremos, bailaremos y lo pasaremos bien.

—¿Va a ir Emilia? —Dudé, siempre se las apaña para venir a mis fiestas, aunque yo no la invite.

—No.

—En ese caso acepto.

Me sentí feliz de saber que podría compartir un buen rato con ella, junto a mis amigos y la gente que quiero. Aceptó incluso dejar el tema del disfraz en mis manos, así que no se me ha ocurrido nada mejor que recurrir a un clásico: Grease. Pantalones de cuero ajustados para ambos, cazadora de Danny para mí y peluca de Sandy para ella. No puede fallar.

Ahora estoy terminando de vestirme, esperando a que Jeoff llegue a la mansión con ella. Le he pedido que fuera a buscarla para que no vieran salir mi coche e ir a su casa, hace un par de días que dejaron de publicar cosas sobre nosotros.

—Tío, ¡estás igual que en la película! —Jim aplaude desde el salón cuando me ve entrar—. ¿Crees que Savannah se va a querer poner lo que le has comprado?

—Sí, dijo que confiaba en mí, seguro que le gusta. ¿A qué hora viene Dinna?

—Me ha dicho que intentará llegar antes de las once, tenía que hacer algo.

—¿Todo bien?

—Sí, bueno. Ya sabes que tenemos momentos mejores y otros peores, pero bien.

—Es una buena chica, me alegra que no rompieras con ella por Amelia.

—Ya te dije que eso era una gilipollez, solo salimos juntos en una película, intercambiamos escenas y punto.

Voy a responder cuando el sonido del timbre me interrumpe. Jim sonrío porque sabe que debe de ser Savannah, aunque también puede ser cualquier otro asistente a la fiesta que llegue antes de tiempo. Camino hasta la puerta y ya puedo distinguir su figura a través de la puerta de cristal.

—Hola —dice cuando abro y dibujo una sonrisa boba. A pesar de habernos visto por videollamada, algo que la tiene fascinada, también hemos estado intercambiando mensajes y llamadas a diario.

—Hola, preciosa. —No me reprimo al sujetar su mano y acercarla a mí para darle un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios, los cuales me muero por besar—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. He tenido un pequeño contratiempo... —Hace un gesto de disculpa con la boca y gira la cabeza hacia un lado, sugiriéndome que mire al mismo sitio que ella—. Lo siento —murmura—, no he podido decirles que no.

—Oh —digo al ver a sus dos amigas a varios metros, disfrazadas y murmurando totalmente emocionadas por estar aquí.

—¿Estás enfadado? Lo siento mucho, si quieres podemos irnos y...

—Eh, tranquila —la interrumpo—, son tus amigas. —Les hago un gesto para que se acerquen y no pueden disimular la felicidad—, bienvenidas, chicas.

—Muchas gracias —dice la que no tiembla, Ophelia—. No te enfades con Savannah, prácticamente hemos saltado al coche antes de que arrancara —ríe.

—Pasad, por favor.

Les presento a Jim y las tres se meten en uno de los dormitorios cuando le digo a Savannah que tiene allí su disfraz. Desde el salón las escuchamos dar gritos de emoción, lo que solo me hace reír junto a Jim mientras esperamos a que los invitados vayan llegando.

No es necesario mencionar que hasta la última hormona de mi cuerpo reacciona cuando la veo bajar las escaleras y aparecer por el salón.

I-m-p-o-n-e-n-t-e.

El sorbo que acabo de darle a la copa que tengo en la mano, se me atraganta en la garganta y comienzo a toser, a lo que Jim rompe en una carcajada.

—Tranquilo, hombre —susurra en mi oído mientras golpea mi espalda—, vas a tener toda la noche para recoger la baba que se está cayendo.

Le fulmino con la mirada mientras pasa por delante de mí guiñándome un ojo traviesamente.

—¿Estás bien? —Savannah se acerca, dándome lugar a poder examinarla mejor.

—Sí, sí, todo bien —respondo sin poder dejar de mirarla—. ¿Tú has visto cómo te queda eso? —comento y ella arquea una ceja sonriente—. No te rías, casi me da un infarto al verte, imagina que tenemos que pasar la noche en el hospital.

—Ay, no digas eso. Gracias por haberte ocupado del disfraz, yo no habría sabido qué ponerme. Lia me ha dicho que vamos disfrazados de una pareja que salía en una película, Grease. O algo así.

—Sí, quería ponértela antes de hoy, pero como no nos hemos visto en toda la semana... —Dibujo una mueca triste y ella se muerde la mejilla por dentro. No sé qué va a ser de mí si pasa un

día más sin que la bese.

La fiesta comienza a caldearse rápidamente cuando los invitados van llegando. Cantantes, actores y actrices, algún que otro presentador y demás personas llenan mi mansión. Beben, bailan y ríen dentro de sus disfraces, haciéndose *selfies* para subirlos a las redes. Esta es una de las fiestas más esperadas del año, muchas parejas de Hollywood se han formado en ellas. ¿Ocurrirá lo mismo este año...?

—¿Qué tal lo estás pasando? —Llevo a Savannah a un extremo del salón para poder hablar con ella un momento, no hemos podido estar solos en toda la noche.

—Muy bien, tus amigos son simpáticos —mira hacia ellos, donde Dinna acaba de decir algo que acaba de provocar que todos rompan en una carcajada—. Aunque algunos están un poco locos. —Sonríe y yo suspiro, no podría haber elegido un disfraz mejor para ella.

—Te juro que me muero de ganas de besarte. —Capullo, ¿por qué has soltado eso así?

Savannah abre los ojos de par en par y, afortunadamente, sonrío y se ruboriza. Agradezco al cielo que no se haya tomado a mal mi repentino comentario, provocado claramente por un par de copas que ya he tomado.

—Lo siento, perdóname —me apresuro a decir, pero ella niega con la cabeza, confundiéndome.

—No te disculpes, Mason.

Soy yo, ¿o se ha acercado muy sutilmente? Cada vez tengo más claro que estoy borracho.

—¿Por qué no debería disculparme? —Me decido a colocar una mano en su cintura y moverme, de tal forma que ella queda con la espalda pegada a la pared y yo frente a ella.

—Ya estamos todos. —Escucho a mi espalda.

Por el inmediato cambio en el rostro de Savannah, y la irritante voz que la caracteriza —a pesar de cantar como los ángeles—, mis peores temores se cumplen cuando giro la cabeza y me encuentro con Emilia. ¿Acaso podría haber venido vestida de algo diferente a un exhibicionista cuasi desnudo demonio?

—Esos cuernos debería llevarlos yo —suelto sin pensar.

Pero ¿qué dices ahora? Me odio a mí mismo por entrar en su juego tan fácilmente. Su sonrisa confirma la satisfacción que mi comentario le provoca.

—¿Qué haces aquí? —formulo la pregunta con la que debería haber comenzado la conversación.

—¿De verdad pensabas que me iba a perder esta fiesta? Es el evento del año, cariño.

—Por favor, márchate —le pido amablemente, controlándome todo lo que puedo—. Nadie te ha invitado, no pintas nada aquí.

—La que no pinta nada es la mosquita muerta que tienes detrás.

Doy un paso hacia la derecha para colocarme delante de Savannah y que no pueda mirarla. Casi puedo sentir el terror en ella aun sin poder verla.

—¿Cómo coño has entrado, tía? —Dinna la sujeta por el brazo para hacerla girar—. ¿No te ha quedado claro cuando te he dicho que te largaras?

—¿De verdad pensabas que tus amenazas iban a servir de algo? —ríe amargamente—. No me hagas reír, por favor.

—No hagas esto, Emilia —le suplico con la mirada, pero ella solo se limita a arquear una ceja y sonreír de esa forma peligrosa que conozco tan bien.

Sujeto su muñeca y la saco del salón, me niego a que Savannah pase por esto de nuevo. La aparto de la fiesta y entro con ella en la sala de juegos, ella ríe y trata de besarme, pero retrocedo y frunzo el ceño, furioso.

—¿¡Qué haces!?! ¿A qué viene esto ahora?

—Venga, Mason —ronronea volviendo a acercarse—, ¿qué quieres que te diga? Me gustas, nunca has dejado de hacerlo y lo sabes. Deberíamos volver, todo el mundo se alegraría, los medios tendrían para comer durante varias semanas y nuestros seguidores estallarían de felicidad.

—Hay algo que falla en ese plan —digo colocando una mano en su pecho para que no avance más.

—¿Qué?

—¡Que no me interesas lo más mínimo! —gruño a punto de perder los papeles.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¡Agh! ¡Estás loca, joder! —Abro la puerta para volver con Savannah, pero Emilia me sigue justo por detrás, espera a que llegue al salón y entonces tira bruscamente de mi brazo y estampa sus labios contra los míos.

No tardo ni medio segundo en separarla de mí y todo lo siguiente sucede muy deprisa: ella se relame los labios, satisfecha, mientras que Savannah se queda pálida y sus amigas van hasta ella para decirle algo que no logro escuchar; Dinna tira de Emilia hasta la puerta en medio de gritos y un escándalo considerable, hasta que Milo, el guardia de seguridad de la casa, se encarga de echarla. Jim le pide que se ocupe personalmente de que no vuelva a entrar, y como si de una película se tratara, la música se para. Me acerco despacio a Savannah, rogándole con la mirada que no confunda las cosas y no se deje llevar por las apariencias. Alguien hace que la siguiente canción comience, y Jim se encarga de disolver el espectáculo y de que la gente vuelva a sus quehaceres en la fiesta.

—Ven conmigo, por favor —le pido a la vez que le ofrezco mi mano.

Me gusta el hecho de que no mira a sus amigas en ningún momento, no busca la aprobación de nadie, solo fija sus ojos en mí y entrelaza sus dedos con los míos. Respiro y trago saliva antes de llevarla escaleras arriba, a mi dormitorio. Cierro la puerta cuando ambos estamos dentro y juro que siento cientos de mariposas por los nervios al darme la vuelta y verla, ahí de pie, temblando y vestida de Sandy; con esa característica peluca rubia, el maquillaje, los pantalones de pitillo ajustados y esos tacones rojos.

—Dime lo que estás pensando —le pido mientras me acerco. No habla, niega con la cabeza y su labio inferior tiembla ligeramente, pero se lo muerde y desvía la mirada—. Por favor, Savannah, necesito saberlo.

—Yo no... —deja escapar una bocanada de aire y sonrío, pero en esta ocasión es un gesto cargado de tristeza—. Te dije que no valía para esto.

—Claro que vales —me apresuro a responder sujetando sus mejillas entre mis manos. Ella vuelve a negar con la cabeza—. Nada de esto tenía que haber pasado, lo siento muchísimo, debí haberme asegurado de que no la dejaran pasar. —Me maldigo a mí mismo, he sido tan estúpido.

—No pertenezco a todo esto, Mason. Esta casa, esta gente... Crecí entre personas buenas, nos ayudábamos entre nosotros, nos apoyábamos en todo. Aquí... ¿por qué son tan crueles?

Lo único que me pide el cuerpo ahora mismo es abrazarla, así que ni si quiera lo pienso. Mis brazos rodean su cuerpo, y las malditas mariposas parece que se han metido algo porque danzan de tal forma que siento una corriente eléctrica subiendo a toda velocidad por mis dedos, llegando hasta el último pelo de mi cabeza.

—Lo siento muchísimo —repito una y otra vez sin apartarla ni un centímetro de mi cuerpo.

—Es imposible que esto salga bien —señala cuando nos separamos.

—No digas eso.

—Siempre habrá una Emilia, Mason. Si no es esta, será otra. Soy Amish, pero no soy estúpida,

¿sabes?

—Por favor, no te rindas sin haberlo intentado. Dame la oportunidad de demostrarte que la vida puede ser maravillosa.

—O una pesadilla —añade sin más.

13 | NOSOTROS

MASON

Mis ojos escudriñan cada una de sus expresiones, intentando averiguar lo que pasa por su cabeza ahora mismo. Doy un paso adelante, ella permanece en el mismo sitio, tan solo mordiéndose el labio para evitar llorar por la angustia que debe estar sintiendo ahora mismo. Sigo sin entender cómo he podido cagarla de nuevo, todo era tan perfecto...

—Por favor, Savannah, dime que lo que acaba de pasar abajo no ha cambiado nada entre nosotros.

—Yo... —niega con la cabeza y luego la echa hacia atrás, se frota los ojos y parte de su maquillaje se corre por alrededor de ellos— me gustaría irme a casa.

La observo varios segundos mientras me debato entre seguir presionándola o darle espacio y tiempo para pensar ella sola. Las cosas están demasiado alteradas y recientes ahora mismo, creo que no es el mejor momento para tomar ninguna decisión.

—¿Estás segura?

—Sí. —Asiente con la cabeza y se acerca, sorprendiéndome con un beso en la mejilla—. No quiero decir nada de lo que después me arrepienta. Prefiero marcharme y, si te parece bien, vernos mañana.

—Claro —digo con resignación, pero sin perder la esperanza—, vamos, le pediré a Jeoff que os lleve ahora mismo. Y voy a disolver esta maldita fiesta en cuanto os marchéis, menuda noche... —comento mientras bajamos las escaleras.

—No lo hagas, por favor —me pide entonces, deteniéndome entre la primera planta y la principal—. No quiero que mañana todo el mundo esté hablando sobre esto.

—Lo harán aunque la fiesta dure hasta el amanecer —le informo con seguridad—, hay reporteros y presentadores aquí, Sav.

—Maldita sea... —Suelta una bocanada de aire y continua hacia el salón principal, buscando a sus amigas.

Mantengo la distancia para dejarle un poco de intimidad cuando se acerca a ellas y conversan un par de minutos, Chloe y Ophelia no dejan de echarme miradas mientras la escuchan. ¿Qué les estará diciendo?

Puedo sentir los ojos de todos los presentes sobre nosotros, esto traerá cola, me cago en la leche, en Emilia y en la madre que me parió.

—Estamos listas para marcharnos —dice entonces Savannah viniendo hasta mí.

—De acuerdo, vamos.

Se despide de Jim y Dinna mediante un gesto de la cabeza y una pequeña sonrisa, las guío hasta la puerta principal y ella se queda un poco rezagada cuando Jeoff las lleva hasta el coche. Gira sobre sí misma y me sonrío, sin la misma alegría que otras veces, pero algo es algo, así que voy hasta ella y no se resiste cuando rodeo su cuerpo para abrazarla.

—¿Nos veremos mañana? —le pregunto ansioso.

—Sí, a menos que tengas el día ocupado.

—No, Junior sabe que los días post fiesta son sagrados para mí, no me buscará hasta pasado mañana.

—Vale, en ese caso podemos quedar en algún sitio.

—Quiero que podamos hablar tranquilamente, y en la calle no podremos hacerlo.

Su pecho sube cuando respira profundamente y asiente, puedo notar cómo le agobia todo esto. A mí también me gustaría poder pasear con ella por la maldita calle sin que nadie nos grabe y nos pare cada veinte metros, pero no es posible, joder. Cómo odio mi fama ahora mismo.

—¿Qué sugieres entonces?

—Venir aquí, no estaremos tranquilos en ninguna otra parte —digo tomando su mano entre las mías, hacia la cual desciende la mirada para ver cómo entrelazo los dedos con los suyos—. Iré a buscarte yo mismo por la tarde, ¿vale?

—Bien. —Da un paso atrás soltándose y caminando sin dejar de mirarme—. Buenas noches, Mason.

—Buenas noches.

S A V A N N A H

Ophelia y Chloe me acompañan hasta la cama cuando llegamos a casa, preocupadas por mi estado de ánimo y diciendo que he actuado de un modo muy correcto al no perder los papeles. ¿Para qué hacerlo? ¿Para salir en todas las revistas como la loca nueva conquista de Mason Fox? Gracias, pero no, esa no soy yo. No voy a negar que cuando he visto cómo Emilia estampaba sus labios sobre los de Mason, me han cosquilleado los dedos por las ganas de sujetarla por el pelo y barrer toda la casa con él, como en aquella película que vi con Chloe en una de las tantas noches que nos escapamos para ir a la cabaña. Sin embargo, no creo que eso hubiese solucionado nada, al contrario.

Por otro lado, hay algo que no me está gustando, y es el modo en el que me siento cuando esa chica está cerca. En mi comunidad nos ayudábamos entre todos, no había problemas de ningún tipo, salvo cuando el señor Johns se pasaba un poco de su terreno hacia el del vecino, plantaba lechugas e ignoraba el límite que ambos habían marcado.

Aquí sucede todo lo contrario, parece que todos quieren estar siempre por encima del resto, buscando el modo de hacer sentir mal a los demás para ellos sentirse bien consigo mismos. No puedo borrar de mi cabeza la enorme sonrisa del rostro de Emilia tras el beso, cómo disfrutaba ante mi evidente malestar. Así como tampoco puedo olvidar esa sensación nauseabunda en mi estómago, el calor en mis mejillas y las ganas de llorar. Nunca había experimentado nada parecido, y no me agrada, pero, no sé por qué, me parece que es algo que sentiría de forma habitual si decidiese seguir adelante en esta loca relación —o lo que sea— con Mason.

—¿Seguro que no quieres dormir conmigo? —insiste Lia desde la puerta de mi dormitorio cuando Chloe ya se ha marchado.

—Segura, estoy bien, no te preocupes.

—Bueno, recuerda todo lo que te he dicho, ¿sí? —me pide. Asiento y ella se marcha dedicándome una sonrisa cargada de cariño y lástima.

En su opinión, Mason es inocente en todo lo que ha sucedido hoy y esa Emilia no es más que una “zorra” que solo quiere aprovecharse de la situación. Chloe difiere, opina que él debió asegurarse de que ella no pudiese entrar y que no ha hecho las cosas bien. También piensa que no fue correcto llevársela a otra habitación y ha insinuado que “a saber lo que han hecho allí antes de volver al salón”. Ante esto último Lia le ha soltado un buen sermón y le ha pedido que “no meta

mierda entre nosotros”.

En el mismo momento que apago la luz de la lámpara que hay en la mesita, la pantalla del móvil se ilumina mostrando un nuevo mensaje. Debe ser de Mason, nadie más tiene este número aparte de él y mis dos amigas.

Mason 3.35am

¿Ya habéis llegado? He intentado no escribirte, pero no he podido resistirme. Buenas noches, espero que duermas bien. Estoy deseando que sea mañana.

Yo 3.35am

Sí, ya estoy en la cama.
Buenas noches, Mason. Nos vemos en unas horas.

Bloqueo el aparato y le quito el sonido como Lia me enseñó, lo coloco boca abajo y me doy la vuelta en el colchón, cerrando los ojos y obligándome a mí misma a no pensar en la fiesta, la última de mi vida. Entre las cosas que llevo aprendidas desde que llegué aquí, se encuentra la siguiente: las fiestas no son buenas.

Mientras trato de conciliar el sueño, recuerdo la conversación que tuve con Chloe acerca de sus sentimientos por Mason, me reconoció que, tras vernos a los dos juntos, pudo darse cuenta de que lo que ella sentía por él era platónico. Expresó su arrepentimiento por haberme tratado tan mal y haberse enfadado cuando salieron nuestras primeras imágenes juntos y comentó que lo que quiere es verme feliz, que no podría dejar que su capricho por un chico que no conoce, supusiera mi desgracia. También reconoció que le sigue atrayendo y que aún se pone nerviosa en su presencia, pero esto es algo que no puedo reprocharle ya que lo entiendo.

La mañana siguiente transcurre deprisa, aunque seguramente sea porque me levanto alrededor de las once y media, cuando la cisterna del cuarto de baño me despierta. Camino descalza hasta la cocina y compruebo que mis dos amigas siguen en la cama, así que opto por prepararme un café y acurrucarme en el sofá hasta la hora de comer.

He tenido tiempo para pensar, puesto que apenas he pegado ojo debido a las emociones y lo que sentí ayer. Bueno, ayer y durante las últimas semanas, desde que llegué. Lo cierto es que Mason me gusta, ¿para qué seguir negándomelo? Es absurdo y una pérdida de tiempo, y si hay algo que madre me enseñó concienzudamente es que el tiempo es oro, así que debo empezar a aprovecharlo.

M A S O N

Espero ansioso a que Savannah baje a la calle, apoyado en la pared junto a su portal y fulminando a través de mis gafas de sol a los fotógrafos que ya están asentados al otro lado de la calle. En ocasiones pienso que le han puesto un GPS a mi coche, porque no me explico cómo saben dónde estoy en cada puto momento del día.

—Buenas tardes —me saluda Sav tras abrir la puerta.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunto colocándome frente a ella para que los *paparazzi* no la fotografien, aunque es absurdo porque lo harán cuando vayamos hacia el coche.

—Cansada, no he dormido bien —confiesa mientras me mira. Me retiro las gafas y busco el mejor modo de decirle que nos están viendo.

—Escucha, sé que no te gustan las fotos y todo eso, pero debes saber que me han seguido y nos están fotografiando ahora mismo. —Me siento horrible por arrastrarla a esta mierda conmigo, pero ¿cómo evitar que esto pase?

—Da igual —reconoce entonces, sorprendiéndome. Dibuja una pequeña sonrisa y se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Savannah? —Mi pregunta le hace reír, provocando lo mismo en mí.

—He recordado algo que mi madre me enseñó —explica—, tú eres genial, Mason, me tratas muy bien y esta es tu vida. —Se encoge de hombros y vuelve a sonreír—. Pude haberme marchado aquel día, cuando te conocí, pero decidí quedarme.

—¿Qué quieres decir con todo esto? —cuestiono confuso a la par que esperanzado, no quiero hacerme ilusiones, pero parece que...

—Acepto —interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué es lo que aceptas exactamente? —Doy un paso hacia ella, acortando el espacio entre nosotros.

—Todo. A ti, tu mundo, las fotos... —declara mientras sonrío, contagiada por la misma sonrisa que se va formando lentamente en mi rostro.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —Doy un paso más y ella asiente—. ¿Lo intentamos? —pregunto muy cerca de ella, a lo que vuelve a asentir.

—Pero... —Aparta la mirada un segundo antes de volver a fijar sus ojos en los míos—. No me hagas daño, ¿vale?

—No podría, aunque quisiera —admito con sinceridad.

Paso los brazos por su cintura y ella rodea mi cuello, fundiéndonos en un abrazo que termine por confirmar los rumores. Escucho los disparos de las caras cámaras fotográficas desde aquí.

—Eres consciente de que todo el mundo hablará de nosotros, ¿verdad? —le pregunto tras separarnos, mientras entrelazo sus dedos con los míos y nos encaminamos hacia el coche, donde ya nos espera un grupo de intensos periodistas.

—Lo sé, tranquilo.

En cuanto llegamos al vehículo, las preguntas comienzan sin tregua, directas e implacables. Acompaño a Savannah hasta la puerta del copiloto, tratando de que los fotógrafos no le pongan la cámara en la cara y dejarle espacio para caminar. Espero a que se siente, cierro y rodeo el coche hasta mi asiento, volviendo a colocarme las gafas de sol.

—Cielos, deben pagarles mucho —comenta ella cuando ambos estamos ya dentro, y los paparazzi continúan haciendo preguntas y grabando a través de los cristales.

—Ni lo sé, ni me importa —sostengo mientras arranco el motor—, pero son muy pesados. Siento mucho que tengas que pasar por esto —digo girando la cabeza hacia ella.

—Tranquilo. —Coloca su mano sobre la mía, que se encuentra en mi pierna, y yo la sostengo para levantarla y depositar un beso en el dorso.

Una media hora después llegamos a mi mansión, paso la seguridad y detengo el vehículo junto al resto. Savannah no espera a que le abra la puerta, sale ella sola y sonrío cuando me acerco para seguirla hacia la entrada principal de la casa, aguarda paciente a que introduzca la llave y camina al interior después de que le haga un gesto con la mano.

—Qué limpio está todo —observa mirando a su alrededor.

—Sí, las limpiadoras hacen verdaderos milagros. —Me adentro en el salón y giro para ver su reacción cuando baja los dos escalones y se encuentra con la sorpresa que le he preparado—. ¿Te

gusta? —le pregunto al ver que solo sonrío, pero no dice nada.

—No tendrías que haberte molestado, Mason —declara mientras se acerca a la cena que yo mismo he preparado antes de ir a buscarla, la cual he pedido a Lola que calentase para cuando llegásemos.

—No es ninguna molestia. —Le ayudo a quitarse el abrigo y lo coloco en el perchero junto a la entrada.

Savannah se recoge el pelo para oler el ramo de rosas que hay sobre la mesa, y justo se encuentra conmigo de frente cuando gira hacia mí de nuevo.

—Son para ti —digo cogiéndolas para entregárselas—. No sé cuáles son tus flores preferidas, así que me he decantado por un clásico —confieso.

—Son preciosas, muchas gracias. —Las acepta y vuelve a acercárselas para olerlas otra vez, yo simplemente observo lo preciosa que es ella.

Cenamos con tranquilidad, hablando sobre este nuevo paso que vamos a dar, yo, explicándole ciertas cosas que debe saber y tener en cuenta a partir de ahora, y ella, atendiendo silenciosa. Solo me interrumpe una vez, en la parte de los falsos rumores y las noticias inventadas por revistas *online*, redes sociales... etc. Le pido que, por favor, no crea nada ni a nadie antes de hablar conmigo, que se prepare para la cantidad de gente que malmeterá para que nuestra relación se rompa, y que procure no centrarse en todas esas cosas. Savannah me promete hacer todo lo posible, pero me pide paciencia, algo que daba por descontado.

Cuando terminamos, la guío hasta el sofá y abro el armario para sacar la pantalla plana y poder, por fin, ponerle la película de “Grease”. Ella se muestra emocionada y no para de comentarla, se coloca bajo mi brazo y apoya la cabeza en mi hombro, riendo ante algunas escenas y enfadándose ante otras.

Yo no me entero de ninguna de ellas, mi atención es toda de la pequeña e inocente chica que, contra todo pronóstico, ha aceptado ser ¿mi novia?

—¡Van como nosotros! —exclama echándose hacia delante cuando Sandy aparece con la misma ropa que ella llevaba anoche. Río y asiento, señalando a Danny—. A ti te quedaba mejor —comenta entonces girándose hacia mí.

—¿De verdad? —Dibujo una sonrisa torcida y tiro de su mano de un golpe, pillándola por sorpresa y haciendo que caiga sobre mí.

—De verdad —dice sin apartarse cuando nuestros rostros están muy cerca.

Llevo una mano hasta su mejilla y la acaricio, bajándola después hasta la parte trasera de su cuello. Involuntariamente la empujo despacio, pero no es necesario que haga mucho esfuerzo puesto que ella solita comienza a acercarse a mi boca. Cierra los ojos e imagino que aguarda a que yo haga el resto, no es necesario comentar que nunca se ha besado con nadie.

Espero estar a la altura.

Mis labios se posan suavemente sobre los suyos, los acarician con cariño y no puedo evitar dibujar una pequeña sonrisa, ante la que ambos abrimos los ojos. Savannah me imita y entonces es ella la que me besa a mí, mostrándome que quiere más, sus manos acarician mi cuello y yo me siento confuso, no esperaba que su reciprocidad fuese semejante.

S A V A N N A H

Mi vida ha sido una constante rutina, día a día, hora a hora, minuto a minuto. Todo el mundo, mi madre, sobre todo, esperaba cosas de mí sin cesar, la perfección absoluta en cada una de mis

acciones. Debía prepararme y enseñarme para mi futuro, para ser una buena madre que cuidase de sus hijos, una buena ama de casa que se encargase de su hogar y una buena esposa, siempre atenta a las necesidades de su marido. Algo en mí, muy enterrado y casi imperceptible, siempre supo que no quería pertenecer a todo aquello eternamente, que quería conocer el mundo más allá de las barreras que marcaban el límite de la comunidad.

Y ahora estoy aquí, cumpliendo con todo eso, viendo mucho más allá, conociendo lo más opuesto y lo más prohibido. Besando a un chico por primera vez.

Y disfrutando como nunca hubiera imaginado.

Mis labios se mueven al son que Mason marcan, imitando sus movimientos porque, en mi lógica cabeza, si él lo hace así es porque está bien hecho. Y debe de ser cierto, porque no se detiene y parece estar disfrutando tanto como yo. Acaricia mi pelo y no rompe el beso en ningún momento, pero yo me estoy ahogando, necesito respirar, ¿cómo lo hace él?

—¿Estás bien? —me pregunta cuando me separo de repente.

—Sí, sí, perdona, tenía que respirar —digo llenándome de aire. Él arquea una ceja y con su dedo índice toca mi nariz.

—¿Es que no se te ha ocurrido respirar por la nariz?

Cierro los ojos avergonzada y deseando que la tierra me trague. Estaba tan concentrada, que no he sido consciente de eso, igual que una idiota me he dado cuenta de que estaba aguantándome la respiración.

—Tranquila —dice riendo cuando me tapo la cara con las manos—, estás nerviosa, es normal. —Tira de mis muñecas para que vuelva a mirarle y sonrío de forma encantadora, ¿se puede ser más adorable? — Probemos de nuevo, ¿de acuerdo? —susurra ya acercándose.

Y ¿cómo negarme a algo que está provocándome cosas que nunca había experimentado?

14 | ¿PROBAMOS?

SAVANNAH

Salgo del cuarto de baño de Mason ataviada con una de sus camisetas, la cual me ha ofrecido para dormir.

Cuando me ha pedido que pasase la noche con él, no he podido resistirme, y más después de esa sesión de besos que hemos tenido que parar debido a los altos niveles de calor que estaba comenzando a sentir. Él solo ha sonreído y ha cambiado de postura para tratar de disimular el bulto en su entrepierna, yo he fingido que no me daba cuenta.

—Te sienta bien, ¿necesitas algo más? —me pregunta cuando permanezco de pie junto al baño con su camiseta tamaño XXL.

—¿Tienes un cepillo de dientes para mí? —Siento que me sonrojo por tan rara petición—. Perdona, mi madre ha hecho que sea muy maniática con la salud dental.

—Claro, en el último cajón hay un paquete nuevo, coge el color que más te guste.

—Gracias.

Tras quedarme satisfecha y observar mi reflejo en el espejo unos segundos, diciéndome a mí misma que merezco ser feliz, merezco darme la oportunidad de vivir y experimentar, sonrío a mi otro yo y regreso al dormitorio.

Al igual que la última vez, y la única, que dormimos juntos, Mason me espera con una amplia sonrisa en el lado izquierdo, mientras que reserva el derecho para mí, el que se encuentra más próximo al servicio.

—Todavía no me creo que hayas aceptado —comenta instantes después cuando ya me encuentro en la cama.

—Ni yo —confieso aún nerviosa por lo que esta decisión pueda acarrear.

—¿Crees que podrás con todas las fotos, noticias y demás? —Apoya el codo en la almohada para colocarse de lado.

—No será fácil —suspiro con resignación—, al igual que la mayoría de cosas que te rodean. —Ambos guardamos silencio y él solo asiente—. Sin embargo, creo que merece la pena intentarlo, y qué narices, me lo merezco. —Recuerdo el mantra que me he obligado a repetirme a mí misma—. Merezco tener la posibilidad de equivocarme, ¿no te parece?

—¿Equivocarte? ¿No llevamos ni veinticuatro horas y ya crees que te has equivocado? —Frunce el ceño y yo niego con la cabeza sin saber bien qué decir, pero entonces sonrío y sé que solo bromea.

—No —recalco, también sonriendo—, pero de ser así, al menos sabré que hice lo que quería y no lo que debía.

—Bien dicho. Ahora deja que vuelva a hacer eso de lo que estoy seguro me volveré un maldito adicto.

—¿A qué te refieres?

—Besarte, por supuesto.

No tengo oportunidad de responder, puesto que sus labios ya se encuentran sobre los míos cuando quiero reaccionar a tal premonición. Firmes y aún algo extraños, aunque con esa familiaridad que sientes cuando llegas a un lugar nuevo, pero algo en tu interior te dice que ya habías estado antes.

Nos separamos segundos después, de nuevo cuando un abrasador instinto me pide acercarme a él más de lo que cualquier Amish aprobaría jamás.

—¿Qué tal va esa foto que subimos? —le pregunto cuando me acomoda entre sus brazos—. ¡Ay, madre! ¿Han publicado algo sobre lo que sucedió en la fiesta de anoche? —De pronto me percaté de que había olvidado “el incidente”.

—¿A ti qué te parece? —habla mientras alcanza su móvil, el cual estaba sobre la mesita de noche.

—¿Es muy malo? —pregunto comenzando a aterrorizarme.

—Como siempre —suspira tecleando en la pantalla para después dejarme leer.

“EMILIA Y FOX JUNTOS DE NUEVO”

Parece que es cierto eso de que donde hubo fuego, quedan cenizas. Fuentes cercanas nos han hecho llegar una información muy jugosa para todas las fans de este par, o como ellas mismas se apodaron: Malia.

Anoche, y siguiendo la tradición anual del joven, se celebró en su mansión de Bel Air la famosa fiesta de Halloween a la cual, cualquiera que se precie de ser alguien en el mundo del famoseo, quiere asistir. Por supuesto, allí estaba la cantante Emilia Price, con quien Fox mantuvo una relación durante el 2014, pero no fue la única. Al parecer, la joven misteriosa que lleva acompañando a Mason las últimas dos semanas, también estuvo presente. Y no solo eso, si no que fue el punto discordante entre todos los invitados debido a su disfraz, el cual acompañaba al cantante como la pareja protagonista de la famosa película “Grease”. Entonces, ¿por qué Mason invita a una chica para que sea su pareja, si después piensa besarse con otra? ¿Acaso se ha embarcado en algún tipo de relación abierta con esta joven? No lo sabemos, pero lo que está claro es que tarde o temprano, lo averiguaremos. Nada puede ocultarse eternamente en Hollywood, queridos.

Volteo la mirada hacia Mason cuando terminé de leer, asqueada e incrédula ante semejante artículo.

—¿Qué clase de persona escribiría algo tan cruel?

—Es una revista online que se dedica básicamente a esto —explica señalando la pantalla—. Rebusca en todos los rincones y tiene a los mejores informantes siempre. Si no encuentra nada, simplemente se lo inventan.

—¿Y la gente se lo cree?

—Eso parece porque es la web más famosa de Hollywood en lo que a cotilleos y prensa rosa se refiere. Pagan a la gente por conseguir información y, no sé cómo, pero el noventa por ciento de las veces consiguen enterarse de todo. Por supuesto, si la verdad no es tan escandalosa como les gustaría, la cambian y añaden u omiten lo que les parece.

—Cielos, es horrible.

—Lo es, Sav. —Mason deposita un beso en mis labios, rápido y como si lleváramos meses haciéndolo, y me observa después—. Por eso tengo miedo de que no puedas con tanto...

—Ya te he dicho que no me importa, lo intentaré, ¿de acuerdo?

No responde, solo asiente y vuelve a unir sus labios con los míos.

—¿Tienes sueño? —pregunta cuando me acurruco y cierro los ojos.

—Un poco, pero no quiero dormirme todavía. Temo que cuando abra los ojos, toda esta locura de las últimas semanas solo haya sido un sueño.

—¿Quieres que te pellizque para que veas que estás despierta? —Dibuja una sonrisa traviesa y

yo entorno los ojos.

—No te atreverías —le reto anteponiéndome a sus pasos.

Arquea una ceja de inmediato y sus manos comienzan a hacerme cosquillas por todas partes. Grito que se detenga y me retuerzo, haciendo que termine tumbado sobre mi cuerpo, con la respiración agitada y sin dejar de reír. Sustituye las cosquillas por besos que en cierto modo me provocan el mismo efecto, aunque en este caso lo hace en otras partes de mi cuerpo...

—No me hace ninguna gracia que el mundo piense que estás jugando con dos mujeres —comento y Mason gira para quedar tumbado a mi lado.

—Si quieres puedo solucionarlo en un momento.

—¿Cómo?

—Subiendo una foto contigo. Oficial.

Dudo un momento, pero, por otro lado, recuerdo lo que me dijo sobre contar las cosas antes de que otros las averigüen y las tergiversen.

MASON

He debido hacer algo muy bueno en mi otra vida para tener tanta suerte.

Savannah se deja llevar por mí, haciéndome sonreír cuando su torpeza e inexperiencia hace que nuestros dientes choquen o cuando toma una gran bocanada de aire al separarnos, sin saber todavía cómo respirar por la nariz mientras me besa.

—De acuerdo —decide tras sopesar mi propuesta unos segundos—, me parece bien.

—Eres una pequeña muy lista —susurro tumbándome sobre su cuerpo mientras enciendo la cámara del móvil sin que se dé cuenta.

Me acerco a su oreja y murmuro cuatro tonterías más para hacer que ría y justo aprovechar el momento y sacar la foto. Con éxito, por supuesto.

—Hecho, ¿te gusta? —pregunto mostrándosela.

—¡Mason! —me golpea con suavidad en un brazo cuando se la enseño—. No me has avisado, mira qué cara tengo. —Arruga la nariz mientras se observa, pero al final sonrío.

—Estás preciosa. Siempre salen mejor cuando son naturales y no posadas. Hazme caso, entiendo un poco de esto.

—¿Un poco? ¡Eres un experto! —Ambos reímos y volvemos a colocarnos boca arriba en el colchón para subir la imagen a las redes sociales.

—¿No se enfadará Junior por esto? —cuestiona cuando estoy entrando en Instagram.

—Oh, sí, se subirá por las paredes —respondo con diversión. Ella se limita a fruncir el ceño, pero no hace comentarios.

—¿Qué vas a escribir?

—Veamos... —Comienzo a teclear lo que se me va ocurriendo, decido seguir el ejemplo de Savannah y no pensar mucho con la cabeza.

Esto me traerá consecuencias.

—¿Me dejas que escriba tu nombre? Tarde o temprano lo descubrirán, te lo aseguro.

Solo se encoge de hombros y asiente con resignación.

—*Ella es Savannah* —comienza a leer en voz alta a medida que yo escribo—. *Diferentes fuentes han asegurado muchas mentiras sobre mí y mis relaciones siempre, es por ello que, en esta ocasión, prefiero que os enteréis por mí. De la verdad, si es que os interesa. Esta preciosa chica que sonrío en la foto y yo estamos comenzando una relación que deseamos respetéis y*

apoyéis. Gracias por todo. Siempre. Almohadilla, Mason Fox.

—Hashtag.

—¿Eh?

—La almohadilla esa, se llama hashtag —le explico sin dejar de maravillarme por su inocencia y desconocimiento de... prácticamente todo—. Se usa cuando quieres etique... —Me lo pienso mejor, puesto que tampoco va a saber lo que es eso—. Lo pones cuando quieres hacer referencia a algo en concreto, así, la gente presiona encima y le lleva a más fotos en las que ese mismo hashtag haya sido usado.

—O sea que, si la gente presiona encima de Mason Fox, le aparecerán otras imágenes en las que ponga lo mismo —afirma.

—Exacto —sonríó orgulloso—, ¿quieres darle a “publicar”?

—No, mejor hazlo tú, no quiero ser responsable de lo que pueda pasar...

—¿Qué crees que puede pasar?

—No lo sé... Dudo que esto ponga de muy buen humor a Emilia —asume con cierto temor en la voz.

—No pienses en ella, Sav. Lo que ella haga, diga o invente, no es problema nuestro, ¿de acuerdo? —Asiente dudosa—. Prométeme que no dejarás que todo lo que diga interfiera en nuestra relación.

—Lo dices como si ya supieras lo que va a pasar. —Se incorpora un poco con disimulo, apartándose ligeramente.

—Es que lo sé, es capaz de todo con tal de que el foco le apunte a ella.

—Por mí puede apuntarla continuamente —dice con seguridad.

S A V A N N A H

Me despierto de golpe cuando suena la puerta principal en la planta inferior. Mason está boca abajo, con la mejilla apoyada en el colchón y la sábana cubriéndole hasta la mitad de la espalda.

Sonríó, incrédula ante la idea de despertarme junto a un hombre como él. No me refiero a la fama y a quién es, si no a la persona que es en realidad, fuera de la televisión y los escenarios. Él. Mason Fox, el maravilloso chico que sabe qué hacer y decir en cada momento para que me sienta bien, segura y feliz. El que, en menos de un mes, ha conseguido que me salte más de la mitad de las normas del Ordnung.

—Pensaba que eso de quedarte mirando a las personas mientras duermen solo sucede en las películas —murmura aún con los ojos cerrados, abriéndolos a continuación.

—Al parecer, no —respondo cuando me sonríe y gira sobre sí mismo para quedar tumbado boca arriba.

—¡Mason! —Ambos nos incorporamos deprisa cuando la voz de una mujer suena cerca del dormitorio.

—Mierda —dice destapándose y cogiendo la camiseta del suelo para ponérsela—. Es mi madre, a lo mejor quieres vestirte —comenta con una sonrisa traviesa.

—¿¡Qué!?! —exclamo en un susurro mientras me levanto a todo correr y me encierro en el cuarto de baño.

Me deshago de la enorme camiseta y cojo mi ropa de la encimera en la que la dejé anoche doblada. Escucho cómo la puerta de la habitación se abre en ese momento, provocando que incluso aguante la respiración para no hacer el menor ruido.

—Mamá, qué sorpresa.

Escucho a Mason hablando con voz relajada, yo sigo sin pestañear.

—Sorpresa la que me he llevado yo esta mañana cuando Manuela me ha despertado con la noticia de tu nueva relación. —La voz de ella no suena tan amigable como la de él, denota un tono algo decepcionado.

—Lo siento, no pretendía que te enterases así, ha sido rápido. Lo he publicado porque no quería que volviesen a inventar más mentiras. Estoy harto de que me relacionen con Emilia.

—¿Y por qué la invitaste a tu fiesta?

—No la invité, por Dios, se coló. Y no, tampoco la besé, fue ella la que se me abalanzó igual que siempre.

Un silencio al otro lado hace que no pueda evitar acercarme a la puerta, pegando la oreja y sujetándome a la manilla tan fuerte que, sin darme cuenta, cede hacia abajo y la puerta se abre de golpe, haciendo que caiga de bruces al suelo de la habitación.

¿Dejaré de ponerme en ridículo a mí misma en algún momento de mi vida?

—Joder, Sav, ¿estás bien? —Mason se aproxima y me ayuda a levantarme, recorriendo mi cuerpo semi desnudo con la mirada, entre sorprendido y fascinado.

Claro, porque haber hecho el ridículo vestida no habría hecho tanta gracia. ¡Maldita sea mi suerte!

—Ay, esto no puede estar pasándome —murmuro sin atreverme a levantar la cabeza, observando mis bragas azules y el sujetador a juego.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

—Mamá, ¿puedes esperarnos abajo, por favor?

Eso, por favor, mamá de Mason, dame un minuto para que la tierra me trague.

—Claro, será lo mejor. —No sé si es mi imaginación, pero por su tono de voz, parece que la situación le divierte más de lo que debería.

En cuanto cierra la puerta, me doy la vuelta para volver a encerrarme en el servicio, pero Mason sujeta mi mano e impide que me mueva.

—Eh, tranquilízate —me pide sujetando mis mejillas para que levante la mirada y así encontrarme con la suya—. Eres encantadora y le vas a caer muy bien, te lo prometo.

—Mason, me ha conocido en ropa interior tras caerme de bruces al suelo de tu dormitorio.

—Por eso le vas a caer bien. —Sonríe y me guiña un ojo antes de darse la vuelta para dejarme a solas.

MASON

Olivia, alias, mi madre, me espera en la cocina junto a Lola, ambas inmersas en una conversación acerca de las vitaminas que tienen las frutas que compra para mí. Entro y me cruzo de brazos, apoyando la cadera en la encima mientras las dos se encuentran dándome la espalda.

—Mason —dice cuando se percata de mi presencia—. ¿Y tu novia? ¿No va a bajar?

—Sí, en cuanto se le pase el susto que le has dado.

—¿Yo? —Se lleva la mano al pecho, haciéndose la ofendida, sin éxito. Yo arqueo una ceja y ella sonrío—. De acuerdo, no tendría que haber entrado así en tu habitación. Estamos en paz.

—Si tú lo dices. —Pongo los ojos en blanco y le doy los buenos días a Lola.

Los tres terminamos de llevar el desayuno al comedor mientras esperamos a que Savannah baje. Me siento junto a mi madre y ella me mira de reojo de vez en cuando, impacientándose. Por un momento se me ocurre subir a comprobar que está bien, pero entonces aparece con una tímida sonrisa.

—Bu-buenos días.

—Ven. —Me levanto para ofrecerle mi mano y hago que se acerque hasta Olivia—. Mamá, ella es Savannah. Sav, te presento a Olivia, mi madre.

—Es un placer conocerla —dice mi pequeña Amish con educación mientras estrecha su mano.

—El placer es mío, querida. Me alegra verte con algo más de ropa.

—Lo siento mucho, no sabía... No pensaba que...

—Mamá. —Le lanzo una mirada de advertencia para que deje de torturarla, puesto que las mejillas de Savannah están tan coloradas que la pobre debe estar queriendo que la tierra la trague.

—¡No pasa nada! —exclama la actriz echándose a reír—. Son cosas que pasan, sois jóvenes, tenéis que divertirlos.

—Gracias, Lola —le dice Savannah cuando ésta deposita su zumo recién exprimido delante de ella.

—Bueno, Savannah, háblame más de ti.

Se aclara la garganta y da un trago al líquido naranja, seguramente para ganar tiempo y saber qué decir. Esto no lo había predicho, así que no hemos comentado nada al respecto.

—Tengo veintiún años y no hace mucho que vivo en Los Ángeles... —comienza, deduzco que sin saber si es buena idea decirle de dónde proviene.

—¿Dónde vivías antes? ¿Has venido con tus padres?

Olivia da un bocado a su tostada improvisada, puesto que no sabía que fuera a venir así que Lola ha tenido que añadir un plato más al desayuno.

Aparte de Emilia, no he tenido ninguna relación seria, por lo que este ritual de conocimiento no es algo a lo que ninguno de los dos estemos acostumbrados. Y, claro, tampoco Savannah.

—No... He venido con una amiga, mis padres se han quedado en... —Savannah desvía la mirada hacia mí, y yo asiento dándole a entender que puede ser sincera respecto a su origen—. Bueno, soy Amish, así que ellos se han quedado en la comunidad.

Ambos observamos la reacción de mi madre, la cual deja de masticar el bacon que acababa de morder con entusiasmo —si su entrenador personal se enterase...— y levanta la vista hacia nosotros. Traga y asiente despacio, sospecho que buscando las palabras.

—¿Me estáis tomando el pelo? —pregunta entornando los ojos.

—No, mamá. Savannah es Amish, su *rumspringa* estaba a punto de terminar, así que decidió abandonar la comunidad junto a una amiga antes de que eso pasara.

—Esto sí que no me lo esperaba... —admite pasando la servilleta por sus labios— Así que Amish, qué interesante.

Savannah se limita a asentir de vez en cuando, y me doy cuenta de que no ha pegado bocado aún, supongo que debe tener el estómago cerrado por los nervios. Busco su mano por debajo de la mesa para entrelazar los dedos con los suyos y guiñarle un ojo cuando me mira.

—No es ninguna especie en extinción, mamá —le explico anticipándome a lo que se le esté pasando por la cabeza—, y aún es un tema delicado para ella, así que te agradeceríamos que no contases esto a nadie.

—Por descontado, Mason. Y Savannah —añade dedicándole una sonrisa sincera que de verdad me sorprende, yo tampoco estaba muy seguro de cuál iba a ser su reacción—. Si necesitas cualquier cosa en la que pueda serte de ayuda, no dudes en decírmelo. ¿Tienes teléfono? —Ambos asentimos—. Bien, que Mason te pase mi número, ¿de acuerdo?

—Mu-muchas gracias. —Sonríe Sav soltando todo el aire contenido—. De verdad... No está siendo sencillo. No he vuelto a saber nada de mi familia desde que llegué y... bueno, les echo de menos. —Arruga la nariz y se obliga a sonreír, evitando lo que seguramente sea un mar de

lágrimas en su interior.

Levanto su mano para depositar un beso en ella, y puedo ver de reojo cómo mi madre nos observa y sonrío. ¿Será este el comienzo de algo?

15 | OFICIAL

MASON

Acompaño a mi madre hasta la puerta tras despedirse de mi novia, la cual, creo, se ha llevado una buena primera impresión. En realidad, ambas han parecido caerse bien, aunque, conociendo a mi madre, todo puede esperarse de ella.

Cuando voy a cerrar, me pide que espere y llama a Savannah, ella sube el escalón del salón, que convierte la primera planta en una doble altura, y se aproxima.

—Cielo, mañana tengo pensado acercarme a Rodeo a comprar un bolso que necesito, ¿por qué no vienes conmigo y renovamos tu vestuario? Si vas a salir con mi hijo, debes saber que la imagen es...

—Mamá, no —la interrumpo—. Savannah puede vestir como le dé la gana, no es ninguna muñeca. —Le lanzo una mirada de advertencia—. ¿De acuerdo?

—¡Por supuesto que no lo es! Tan solo digo que sería estupendo que me acompañara y así pasar un rato juntas. Para conocernos mejor. —La mira a ella directamente, seguro que para tratar de ablandarla y que ceda.

—Se lo agradezco mucho —comienza—, pero lo cierto es que todavía no he encontrado un trabajo y no tengo dinero... —Agacha la cabeza y yo maldigo a mi madre por habersele ocurrido semejante idea—. Mi amiga nos está prestando cosas por el momento, y nos ha regalado algunas otras. —Llena sus pulmones de aire antes de alzar la vista—. Pero me encantaría acompañarla de todas formas, si le apetece. —Sonríe.

—Claro que sí, será divertido, ya verás. —Le guiña un ojo y después me da un beso en la mejilla antes de darse la vuelta—. ¡Te llamaré esta noche! —grita ya desde su coche.

Despido a mi madre con la mano y cierro la puerta principal, giro y los dos soltamos una bocanada de aire al mismo tiempo, provocando que rompamos en una carcajada.

—No ha ido tan mal, ¿no? —pregunto guiándola al salón.

—No, parece simpática. Sé que es tu madre y todo eso... —Deja la frase en el aire y nos sentamos en el sofá—. Pero ¿crees que guardará el secreto?

—¿Sobre tu origen? —Asiente—. Sí, puedes estar tranquila.

—Vale.

Enciendo la televisión y entonces me llega un mensaje de Junior confirmando que el martes debemos volar a Toronto para el concierto del miércoles, lo que significa que mañana iré hasta Canadá para el ensayo y todos los preparativos. Sé que es precipitado y acabamos de hacerlo oficial, pero me encantaría que esta pequeña preciosidad que ahora mira la televisión a mi lado me acompañase.

—¿Es Junior? —pregunta tras varios segundos.

—Sí, tengo que viajar a Toronto mañana.

—¿Toronto? —cuestiona apartando la vista del televisor.

—Sí, tengo un concierto. Mi gira aún no ha finalizado, solo hicimos un parón.

—Oh. —Asiente y sonrío, aunque no con total felicidad.

—¿Quieres venir? —Le doy un rápido beso en los labios y aguardo paciente, y esperanzado, su respuesta.

—¿Ir a Canadá contigo? —Asiento—. No puedo... Yo nunca-nunca he montado en avión, me han hablado de ellos y he estudiado algunas cosas sobre su funcionamiento, pero... —Vuelvo a besarla cuando comienza a balbucear. En esta ocasión, un beso un poco más lento y largo.

—No pasa nada, iremos en mi *jet* y te aseguro que será un viaje estupendo. Podremos estar juntos y disfrutar lejos de aquí.

—Es que no puedo, Mason —continúa, se incorpora en el sofá y sonríe con lástima—. No te lo iba a decir porque me daba vergüenza que después no me contratasen, pero tengo una entrevista en Hooters el miércoles. Es un restaurante que tiene...

—Lo conozco —la interrumpo frunciendo el ceño—. No me parece que sea el sitio indicado para ti, Sav... —No sé cómo explicarle que precisamente esa cadena es la menos apropiada debido a cómo obligan a vestir a las camareras y cómo las usan como imagen de reclamo de clientes.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? Lia me ha conseguido la entrevista, yo todavía no he ido por allí.

—Bueno, el uniforme que tendrás que llevar no te va a gustar. —Intento suavizarlo sin entrar en detalles—. Además, usan la imagen de las camareras para atraer clientes, no le dan mucha importancia a la comida. —Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Vaya... —Suspira y se deja caer en el respaldo del sofá—. Es lo único que ha podido encontrarme, no tengo estudios superiores y para casi todo me pedían algún título que claramente no poseo.

—Si quieres yo puedo ayudarte —ofrezco tirando de su mano para sentarla sobre mí.

Se tensa un poco cuando la coloco a horcajadas, algo natural para mí, pero quizá demasiado salvaje para ella. Sin embargo, no se mueve ni hace amago de querer hacerlo.

—No quiero que me contraten por ser tu... —Deja la frase sin acabar y reprime una sonrisa.

—¿Novia? —digo haciéndole un gesto con la cabeza para que se acerque y me bese, cosa que enseguida cumple.

—Sí —indica al separarnos—. No quiero encontrar un trabajo por ser tu novia, quiero que me contraten por mí.

—Yo no hablo de enchufarte, si no de acompañarte como tu simple novio a echar currículos por donde te apetezca.

—El “simple” sobra, Mason. No quieres que salgamos a tomar un simple batido por ahí para que no nos estén todo el rato siguiendo y haciendo fotos, y quieres acompañarme a buscar trabajo. ¿No ves el poco sentido que tiene eso?

—Me da igual, Sav. Tú quieres trabajar y yo ayudarte, da igual que sea famoso o no, iremos y conseguiremos que... —Arquea una ceja, así que cambio la frase—. Conseguirás que te contraten. ¿Dónde te gustaría trabajar?

—No me importa mucho, solo quiero ganar dinero para poder estudiar y bueno, vivir. Hace falta dinero para vivir por aquí... En la comunidad todo era mucho más sencillo, aquí hay que pagar demasiadas cosas y no puedo dejar que Ophelia siga cubriendo los gastos de todas durante más tiempo.

—De acuerdo, me ahorraré la parte en la que te ofrezco mi ayuda económica porque sé que no me vas a dar ni tan siquiera la opción de intentarlo. ¿Me equivoco? —Niega con la cabeza—. Pues eso. Creo que, sin título escolar, no tienes muchas más opciones que trabajar en una cafetería, cuidando niños o limpiando. Para las cafeterías y bares, a veces sí piden estudios, pero seguro que pueden hacer la vista gorda contigo.

—¿Por ser tu novia?

—Por ser preciosa —susurro acercándome a sus labios.

SAVANNAH

Un par de horas después, finalizamos lo que él ha llamado “currículo” y nos disponemos a subir en su coche para pasearnos por las calles de Los Ángeles, con una carpeta llena en una mano, y un novio famoso en la otra. ¿Qué puede salir mal?

Es imposible que esto salga bien.

—Vale, dejaremos el coche aquí —comunica a un par de calles de donde vivo con las chicas—. Empezaremos por Sunset y Hollywood Boulevard para que no tengas que caminar mucho si te contratan, ¿te parece bien?

—Claro.

—Pues vamos —dice bajándose del vehículo.

Coloco la carpeta bajo mi brazo y él me espera al otro lado para sujetar mi mano y cruzar juntos la calle. No tardo ni treinta segundos en sentir las miradas de absolutamente todo el mundo en nosotros.

—¡Mason! —giramos la cabeza cuando un par de chicas jóvenes corren hacia nosotros, hacia él, apuntándole con el teléfono—. Por favor, por favor, ¿podemos hacernos una foto?

—Sí, claro —dice forzando una sonrisa bajo las gafas de sol que lleva, inservibles si se las ha puesto con el objetivo de que no le reconozcan.

Doy un paso atrás y suelto su mano cuando cada chica se coloca a un lado y se hacen un *selfie* con él. Se dice así, ¿no?

—¡Ahora con Savannah! —exclama entonces una de ellas.

Abro los ojos sorprendida y sin saber muy bien qué hacer o decir. Ni siquiera me parece normal que sepan mi nombre, a pesar de que Mason lo publicara en su Instagram. Se me hace extraño que alguien lo recuerde o le importe lo más mínimo.

—¿Te parece bien? —me pregunta Mason, a lo que no me queda más remedio que asentir, puesto que, al aceptar salir con él, acepté todas las consecuencias que eso acarrearía.

—¿Qué hago? —Miro a ambas chicas sin saber cómo ponerme o si quedarme donde estoy.

Ellas ni siquiera se percatan, tan solo se acercan igual que a él y lanzan la fotografía que de inmediato sale reflejada en su pantalla.

—¡Muchas gracias!

—¡Hacéis una pareja estupenda! —proclama la segunda antes de que ambas suelten un gritito emocionado y se marchen tecleando en sus móviles.

—¿Bien? —Mi novio, qué raro suena, me sujeta por la cintura y baja sus gafas de sol para buscar mi mirada.

—Sí, tranquilo.

—Genial. —Me da un beso, ignorando que ambas chicas, sin contar con el resto de personas que hay a nuestro alrededor, siguen apuntándonos con sus cámaras—. Venga, ahí hay una cafetería, vamos a preguntar si necesitan camareras.

Nueve cafeterías, dos heladerías y tres tiendas de ropa después, decidimos sentarnos en un banco a descansar. En todas ellas me han dicho lo mismo: que, a pesar de no tener experiencia profesional, en mi currículo pone que poseo unas habilidades y conocimientos que perfectamente

podrían servirme para esos trabajos, pero que no están dispuestos a que se les llene el establecimiento de fans locos y curiosos buscando únicamente una fotografía.

—Lo siento —dice Mason tomando mi mano—. Al final, ser mi novia te va a traer más desventajas que ventajas —se lamenta.

—No te preocupes, algo encontraré. —Sonríe y trato de ser optimista, aunque por dentro no me quede ya mucha esperanza.

Llevamos unas dos horas y la verdad es que ya me he acostumbrado un poco a ver cómo la gente nos señala, cuchichea y nos lanza fotos sin permiso. Por no mencionar, claro, a los paparazzi que hace rato que nos siguen con sus gigantescas cámaras. Mason ha querido acercarse a ellos un par de veces para pedirles que se marchen, pero he recordado su historial con la prensa que tantas veces ha salido en televisión, y he preferido que no lo haga. Solo nos falta más atención por culpa de un enfrentamiento con fotógrafos.

—¿Qué te parece si a la próxima cafetería entro sin ti? —le pregunto señalando una al otro lado de la calle.

—¿Crees que no te van a reconocer?

—No lo harán, Mason. El famoso eres tú, no yo.

—Eres mi novia.

—Desde hace veinticuatro horas.

—Suficiente en Los Ángeles.

—¿Lo intentamos? —insisto.

—Claro, por intentarlo que no quede —ríe sin mucha fe.

MASON

Me quedo fuera de “The Griddle Café” en el 7916 de Sunset Boulevard, cruzando los dedos mentalmente mientras ella habla con el encargado. Ya conocía este sitio, la comida es buena y abundante, y siempre me han tratado bien.

Es la hora de comer, por lo que el sitio está a reventar de gente, lo que solo convierte en tarea imposible el pasar inadvertido. He perdido la cuenta del número de fotos que nos hemos hecho con fans —sí, he dicho *hecho*, en plural, ya no solo me las piden a mí— y los abrazos que nos han dado. Lo bueno es que esta mañana ha servido para que Savannah se adentre un poco más en todo este mundo y veo si será capaz de sobrellevarlo, porque una cosa es decirlo y otra hacerlo. Hasta el momento, creo que lo lleva bastante bien, aunque la he visto bastante agobiada en un par de ocasiones cuando le han preguntado de dónde es.

Estoy acabando de hablar con un fan cuando ella sale. Sujeto su mano con rapidez para alejarnos y que, en el caso de que no la hayan reconocido, no cagarla ahora al ver el revuelo que se va a liar.

—Vamos —le digo mientras cruzamos el semáforo y dejamos atrás las peticiones de fotos juntos—. ¿Cómo ha ido?

—Tengo una prueba mañana —anuncia emocionada.

—¡Así se hace! —exclamo deteniéndome y sujetando su cuerpo para abrazarla y levantarla en el aire—. Cuéntamelo todo —pido mientras caminamos hacia el coche.

—Me ha reconocido —comienza—, y te ha visto fuera. Una camarera se lo ha dicho en cuanto hemos llegado.

—Joder.

—Era imposible no hacerlo, Mason, se te ha acercado mucha gente y de repente se veía una marea de personas desde el interior.

—Bueno, pero, aun así, ha dicho que te hará una prueba.

—Así es. Le he contado que estoy buscando trabajo porque acabo de llegar a la ciudad —dice mirándome de reojo—, he adornado todo un poco —confiesa—. El hombre se ha mostrado comprensivo y me ha dicho que todo el mundo merece una oportunidad. Que, en el caso de contratarme, espera que la marea de fans pase pronto y que lo único que le importa es que no descuide mi trabajo.

—O sea, que no te pongas a hacerte fotos mientras trabajas.

—Exacto.

—Bueno, suena bien, ¿no? ¿Qué te ha parecido? —Diviso el vehículo al fondo, pegando a un grupo de *paparazzi* ya preparados para su tarea.

—Bien, ha sido amable y bastante risueño. Ojalá haga bien la prueba y me contraten. Trabajaría cuatro días a la semana, con diferentes turnos.

—Ya verás cómo lo haces genial, me da pena que no puedas acompañarme a Toronto, pero esto es más importante.

—Gracias por venir conmigo.

No tengo la oportunidad de responder porque cuatro fotógrafos se nos echan prácticamente encima antes de que llegemos al coche. Sin soltar la mano de Savannah, le abro la puerta derecha y espero a que entre.

—Mason, cuéntanos cómo os conocisteis.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Cierro la puerta y rodeo el coche sin responder ninguna pregunta, no lo haré nunca sin haberlo hablado previamente con ella.

—Mason, por favor, dinos algo —ruega el más triste de todos.

—¿Te acompañará a la gala de los “Hey, América”? —Es la última pregunta que escucho antes de entrar en el coche, lo que me recuerda que había olvidado por completo que la gala era dentro de tres semanas.

16 | RUTINA

MASON

Sonrí frente a la pantalla del móvil cuando Savannah me cuenta qué tal le va en el trabajo. Han pasado tres semanas desde que empezó y, hasta el momento, no ha ido mal del todo. Es cierto que la persiguen cuando entra y cuando sale, no paran de hacerle fotos y de realizarle preguntas incómodas, pero, al margen de eso, dice que su jefe está contento con su trabajo. Además, desde que ella empezó, la gente acude más y eso significa más ganancias para la cafetería, así que todos contentos.

Dentro de dos días son los premios de “Hey, América”, en Nueva York, así que ya no puedo posponer más el momento de pedirle que me acompañe. Tengo la esperanza de que me diga que sí, pero no sé si tendrá que trabajar y sé que no me dejará interferir en sus asuntos. Además, ni siquiera se ha probado el vestido que Junior le ha conseguido, dando por hecho que ella nos acompañará. No le ha quedado más remedio que aceptarla.

—¿Qué te parece si te voy a buscar a la salida? —pregunto cuando responde a mi llamada.

—¿No tenías que ir a grabar?

—Iré después, puedes acompañarme. —Sonrí al teléfono e imagino que ella hace lo mismo.

—De acuerdo, me encantaría verte cantar. Salgo en dos horas, espérame en la esquina, no quiero que esto se convierta en un espectáculo.

—Bien, un beso.

—Otro para ti.

Dejo el móvil sobre la mesa y decido entrenar un poco hasta que llegue la hora, estoy nervioso por decirle lo de los premios, debí haberlo hecho antes, maldita sea. Me subo a la máquina de correr y enciendo la televisión con el mando a distancia para asegurarme de que ya han pasado a otra pareja y nos dejan en paz. En vano. Al igual que las últimas semanas, seguimos siendo noticia en todos los canales de prensa rosa. Siguen indagando y tratando de averiguar el origen de Savannah. En cualquier otra ocasión, ya lo habrían adivinado, pero con ella no es sencillo, no tiene redes sociales ni amigas a quien chantajear. Bueno, sí, pero ella confía en Ophelia y Chloe, por lo que yo debo hacer lo mismo.

A las cuatro en punto estoy sentado en el coche, ignorando los flases de las cámaras y esperando a ver a Savannah doblar la esquina. Doy un sorbo al chocolate caliente que acabo de comprar, miro a los paparazzi a través de mis gafas de sol, y aburrido ya de esta situación, bajo la ventanilla para charlar con ellos.

—Mason, ¿cómo estás? ¿Esperas a tu novia?

—Estoy bien, gracias. Y sí, estoy esperando a mi novia.

—Vemos que os va bien juntos, ¿crees que esta pueda ser la definitiva?

—¿Y tú qué crees? —pregunto para darle la vuelta a la tortilla, tal y como Junior me entrenó. “Cuando no quieras responder a algo, hazlo con otra pregunta.”

—Bueno —ríe el hombre—, de momento todo indica que sí, pero contigo nunca se sabe.

—Ahí viene. —Escucho que dice la mujer que le acompaña.

—Si me permites, por favor —digo al fotógrafo para que se aparte y así poder abrir la puerta. Da un paso atrás y me apunta con su cámara cuando camino sonriente hacia Savannah, coloco una mano en su cintura y le doy un beso en los labios.

—¿Qué tal el día? —pregunto acompañándola hacia el asiento mientras ambos ignoramos a todo el mundo que nos rodea y nos graba en video.

—Muy bien. —Sonríe y no dice nada más, se sienta y espera a que yo haga lo mismo.

—Que tengáis un buen día, Mason.

—Gracias, igualmente —contesto al mismo con el que he estado hablando previamente.

—Qué simpático estas hoy con ellos —apunta Savannah cuando subo la ventanilla y arranco el motor.

—Debo serlo de vez en cuando, en realidad, ellos nos ayudan a seguir donde estamos.

—Eso es cierto, por muy incómodo que sea. —Suspira y yo tomo su mano para depositar un beso en el dorso.

—Lo estás haciendo muy bien, preciosa. Hasta Junior está sorprendido de la manera en la que estás adaptándote a todo esto.

—Ya te dije que lo intentaría. Además, recuerda que yo no conozco otra cosa, así que para mí no es tan extraño. —Se encoge de hombros y toma el vaso de chocolate para dar un sorbo—. Qué rico. —Pasa la lengua por sus labios y ambos sonreímos.

—¿Quieres que paremos a por otro?

—No, me tomo el tuyo. —Rompe a reír cuando arqueo una ceja, y yo con ella.

S A V A N N A H

Camino con la mano de Mason sujetando la mía, a través de los pasillos de la discográfica en la que está grabando unas canciones para Navidad. Me emociono al ver a otros artistas por aquí, comiendo una bolsa de patatas o charlando como si tal cosa, ajenos a lo que el mundo, lo que sus fans, sienten por ellos.

—Buenas tardes —saluda a su equipo al entrar en una gran estancia dividida en dos: por un lado, una habitación con sofás y un montón de aparatos, y por el otro, una más pequeña con una banqueta y un micrófono.

—Hola, ¿no te has cruzado con Junior? —pregunta un chico con gorra—. Acaba de marcharse hecho una furia.

—Ese hombre necesita un buen masajista —comento yo poniendo los ojos en blanco.

—Que va, acabamos de llegar. —Mason suelta mi mano y hace las presentaciones pertinentes. Al parecer, uno de ellos es el que se encarga del sonido y más cosas que no he entendido, Jamie Osborn, y el otro es Kenai Sanders, director de la discográfica con la que está Mason.

—Es un placer conocerte por fin, Savannah —indica este último.

—Lo mismo digo, gracias. —Le dedico una sonrisa y él me pide que me ponga cómoda en el sofá.

—¿Quieres beber o comer algo? ¿Un sándwich?

—Prueba el de cangrejo —sugiere mi novio—, está delicioso.

—De acuerdo, un sándwich de cangrejo y... —recuerdo el chocolate de antes— ¿podría ser una taza de chocolate caliente?

—Por supuesto —contesta con entusiasmo—. Enseguida te lo traen.

Se aleja varios pasos con una Tablet en la mano —he aprendido mucho en estas tres semanas, estoy orgullosa de mí misma—, y Mason se arrodilla frente a mí.

—Gracias por acompañarme, me alegra mucho que estés aquí conmigo.

—Gracias a ti por traerme, sé que eres muy protector con tu música y no dejas que nadie la escuche hasta que está perfecta.

—Tú sí —murmura inclinándose para besar mis labios. Sonríe sobre ellos.

—Soy una privilegiada.

—Yo lo soy más. —Vuelve a darme otro beso y yo niego con la cabeza sin dejar de reír.

—Ve ya, tonto, que como vuelva Junior y te vea aquí sin hacer nada, le saldrá otra arruga.

—Estoy haciendo algo. —Sus labios se posan una vez más sobre los míos, esta vez acompañados de su lengua, la cual recibo con gusto—. Guárdame un pedazo del sándwich —dice guiñándome un ojo antes de entrar en la otra sala.

Paso las siguientes tres horas embobada viéndole cantar, reír, bailar y hacer el bobo para que ría con él. Después de comerme el sándwich, que, por cierto, estaba exquisito, me levanto y tomo asiento junto a Jamie y Kenai, los cuales me explican cosas sobre la “mesa de sonido” que hay frente a nosotros mientras Mason canta.

—¡Buen trabajo, tío! —exclama el director cuando él regresa con nosotros—. Será un álbum genial, la semana que viene tendremos casi todo listo.

—Perfecto. —Choca su mano y luego la de Jamie, antes de mirarme y acercarse a besarme—. ¿Qué te ha parecido?

—Has estado increíble, me ha encantado. Tienes una voz... —Que consigue ponerme la piel de gallina.

—¿Cuál es la que más te gusta?

—“Back on Christmas”. ¿Se llama así? —Asiente—. Pues esa, es preciosa.

MASON

Acompaño a Savannah a casa para que se duche y cambie de ropa antes de llevarla a cenar a Beverly Hills, a uno de mis restaurantes preferidos. Me gusta porque, entre otras cosas, es de los pocos sitios en los que no me molestan ni veo a ningún paparazzi. Están, porque luego aparecen fotografías y videos, pero, al menos, se mantienen lejos y sin tocarme las narices.

—Bueno, Mason... —Ophelia me observa desde el otro lado del sofá, con un zumo en las manos—. La gala se acerca, ¿irás con Sav?

—Es gracioso que me lo preguntes —comento sonriendo mientras me rasco la nuca—, todavía no se lo he dicho.

—¿En serio? ¿No quieres que vaya contigo?

—¡Sí! —exclamo más alto de lo necesario—. Por supuesto que quiero, pero no he encontrado el momento de pedírselo. Es un paso muy grande, ¿sabes? Sería nuestra primera aparición oficial.

—Ya, no soy famosa, pero sé cómo va esto —ríe y yo la imito, dejando escapar un poco los nervios—. Pídeselo, te va a decir que sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Habéis hablado de ello?

—No, pero la conozco. Aunque te sorprenda, Sav no nos cuenta casi nada de vuestra relación, es muy reservada.

—Vaya...

—Ya estoy —comunica entonces ella a nuestra espalda.

Lleva unos pantalones negros ajustados y una camisa azul, se ha soltado el pelo y lo que más brilla de toda ella es su sonrisa.

—Estás perfecta, como siempre. ¿Lista? —pregunto dirigiéndome a la puerta.

—Sí. —Le da un beso en la mejilla a su amiga y me sigue. Ignoro dónde se encuentra Chloe, pero no me agrada mucho, así que tampoco voy a preguntar.

Conduzco con tranquilidad hasta el restaurante y me detengo donde siempre, dándole después las llaves al aparcacoches, junto a una cuantiosa propina. Dejo que nos guíen hasta nuestra mesa y espero a que nos llenen las copas de vino antes de alejarse.

—Tengo que preguntarte una cosa —suelto de golpe cuando nos quedamos solos.

—Pregunta —dice dejando la copa sobre la mesa.

—El sábado es la gala de los premios “Hey, América” —comienzo, observando su reacción.

—Lo sé. —Sonríe, seguramente anticipándose a lo que voy a decir—. No paran de anunciarlo en todas partes, y los paparazzi llevan semanas preguntándome si te acompañaré.

—¿Quieres?

—¿Si quiero qué? —Arquea una ceja y da otro sorbo. Yo río y asiento, captando su mensaje.

Tomo su mano por encima de la mesa y le doy un beso sin dejar de mirar sus ojos.

—¿Me concederías el honor, Savannah Dixon, de acompañarme a los premios?

—Mmm... —Apoya la barbilla en su mano libre y aparta la mirada en unos torturadores segundos, a los cuales pone fin con una enorme sonrisa—. Me encantaría, Mason Fox —contesta feliz.

Respiro profundamente, aliviado, y siento la necesidad de levantarme para rodear la mesa y besarla en condiciones. De hecho, lo próximo que hago es cambiar mi cubierto de sitio para estar junto a ella y no en frente.

—Mañana tendrás que venir a casa para probarte el vestido que Junior te ha conseguido, y tienen que hacerte la prueba del peinado y el maquillaje.

—Así que ya tengo vestido —comenta divertida—, ¿y si hubiera dicho que no?

—Le habría obligado a que se lo pusiera él. —Ambos rompemos en una carcajada y empezamos a comer cuando el camarero nos trae lo que ya habíamos pedido antes de venir.

La cena transcurre igual de bien que siempre, hablando sobre todo de la gala, de lo que se encontrará y lo que esperarán de ella. Las poses, respuestas...etc.

—Oye... —murmura. Estamos caminando ya hacia el coche cuando rodea mi cuello con sus brazos y se acerca a mi boca. Creo que ha bebido demasiado vino.

—Dime.

—Si mañana tengo que ir a tu casa para probarme todas esas cosas, tal vez sería mejor que me quedara a dormir esta noche.

—Si por mí fuera, te quedarías todas las noches —admito sonriente—, así que vamos.

SAVANNAH

Vale, creo que he bebido más de lo debido porque no puedo parar de reír y de tocar a Mason por todas partes. ¿Qué me pasa? Esto no es normal, siento una necesidad enorme de besarle y de sentirle muy cerca de mí. Tengo calor, mucho calor.

—Venga, directa a la cama que al final te caes —ríe él mientras me ayuda a subir las escaleras hacia su dormitorio.

—Ese vino debía de llevar algo —reflexiono en voz alta.

—Sí, alcohol.

—Muy gracioso —digo cuando ya estamos en la habitación—, ayúdame, anda.

Me doy la vuelta para que baje la cremallera de mi camisa, sintiendo el tacto de la yema de sus dedos cuando aparta mi pelo hacia un lado. Cierro los ojos y me obligo a estarme quieta y

controlar mis impulsos, si mi familia supiera cómo me estoy sintiendo ahora mismo... Las palabras “traición” y “pecado” se me quedarían cortas.

Levanto los brazos y él mismo se encarga de quitármela, quedando en sujetador frente a él, aunque no es la primera vez.

—¿Necesitas ayuda con los pantalones? —susurra cerca de mis labios con una voz demasiado... demasiado todo ahora mismo.

Tengo la boca seca y apenas puedo pensar, así que simplemente asiento.

Mason tuerce la sonrisa y se pone de rodillas lentamente sin dejar de mirarme. Desabrocha el botón y, tras bajar la otra cremallera, tira de ellos hacia abajo, quedando justo frente a mi ropa interior. Se pone en pie y sujeta mis mejillas con sus manos, acerca la boca y comienza a besarme con calma. Dejándome llevar por completo, no digo nada cuando desabrocha mi sujetador y hace que caiga alrededor de mis pies, mostrando partes de mi cuerpo que nadie había visto jamás. Separa sus labios y da un paso atrás, no rompe el contacto visual conmigo en ningún momento, salvo para sacar del armario una de sus camisetas.

—Levanta los brazos —pide regresando frente a mí.

Hago lo que dice y me sorprende, una vez más, cuando me pone la camiseta y tira de mi mano hacia la cama.

—Ahora, a dormir, preciosa.

17 | PREMIOS

MASON

Me cuesta un mundo conseguir sacar a Savannah de la cama esa mañana, se queja de que le duele la cabeza y me reclama haberla dejado beber tanto vino.

—Hoy aprenderemos una nueva palabra —vacilo mientras ambos desayunamos en la mesa del salón—: Resaca.

—Resaca —repite con la boca llena de bacon—. ¿Eso es lo que tengo? —Asiento con la cabeza—. Bien, pues oficialmente, odio las resacas.

—Verás cómo te acuerdas la próxima vez que bebas alcohol.

—¡Ah, no! —exclama negando con un dedo— No vuelvo a beber.

Yo me limito a reír, ¿hay alguna frase más repetida en general entre los jóvenes y adultos?

No hemos terminado de tomar las tortitas cuando la puerta principal de la mansión se abre, Junior se anuncia a sí mismo e indica a todo el equipo de vestuario, peluquería y maquillaje que entre y se vaya organizando.

—¡Vamos, vamos! —grita sin parar agitando las manos a su alrededor.

Sav y yo le miramos con cara de pocos amigos desde la mesa, masticando con calma y sin ninguna prisa ni ganas de movernos.

—¡Chicos! —dice mirándonos y alza las cejas.

—Ya vamos, shh —murmura mi novia—. ¿Podrías gritar un poco menos?

—Lo que faltaba, ¿tienes resaca? ¿Tiene resaca? —me pregunta a mí.

—La primera de su vida, así que vamos a tomarnos el día con calma, ¿de acuerdo?

Ambos nos levantamos y vemos cómo mi asistente pone los ojos en blanco y nos indica con las manos que, por favor, le sigamos hacia el vestidor de la planta principal. Paso un brazo por encima de los hombros de Savannah y los dos le seguimos arrastrando los pies.

—Bien, la gala durará dos horas —comienza a explicar según vamos pasando por los percheros llenos de ropa—. Mason, tú actuarás, así que tendrás dos cambios de ropa. —Le sigo hasta donde se encuentra mi estilista, Johanna, y la saludo con dos besos y una perezosa sonrisa acompañada de un enorme bostezo.

—Vale. Ya sabes que me parece perfecto todo lo que decidas —contesto—, ¿por qué no te centras en Savannah?

La mira con una ceja arqueada cuando ella suelta un bufido para quitarse un pelo de delante de la cara. Su atuendo es, como poco, cómico: una camiseta mía de la marca que promociono, la cual le queda enorme, pantalones de algodón gordos que se compró la semana pasada —ambos decidimos que dejara algo de su ropa en mi casa— y unas zapatillas con forma de unicornio que también se compró.

—¿Qué? —habla ella totalmente despistada—. ¿Me has dicho algo?

—Sí, que subas ahora mismo a darte una ducha y bajas enseguida —le pide mi asistente controlando su desesperación.

—De acuerdo. —Alarga la “o” y espera a que se dé la vuelta para sacarle la lengua—.

Gruñón.

—¿Qué has dicho? —Junior se vuelve.

—Que me daré prisa. —Se apresura a responder ella antes de salir corriendo. Me carcajeo sin remedio y niego con la cabeza por lo perdido que me tiene.

—Bueno, saldremos mañana por la mañana —explica el jefe—, como en Nueva York son tres horas más que aquí, y debemos estar a las siete y media para la entrevista previa a la alfombra roja, pasar por el hotel...

Dejo de escucharle en el momento que comienza a divagar y organizarse en voz alta, paso la mano por los vestidos que han traído para Savannah e imagino lo bien que deben quedarle todos ellos.

—¡Mason!

—¿Qué? Que sí, que te he escuchado, ¿a qué hora salimos entonces?

—El avión estará listo a las diez, así que a las nueve tendréis que salir de casa para llegar a tiempo.

—De acuerdo, a las nueve. Captado.

Dejo que Tania, mi peluquero, y Dakota, mi maquilladora, experimenten conmigo hasta que Sav regresa. Lleva un pijama de cuerpo entero con forma de unicornio de colorines y el pelo mojado, así que Tania me hace levantarme y le pide que ocupe mi lugar. Enseguida enchufa el secador y se pone manos a la obra.

Decido conectar mi iPhone a los altavoces y ambientar con un poco de música, el día será largo y mi asistente está más nervioso de lo normal, después de todo, será mi primera aparición pública con Savannah.

Las próximas horas se pasan rápido, me río mucho observando cómo hacen que se pruebe todos los diferentes atuendos que han traído para ella, algunos son vestidos, otros trajes de chaqueta y pantalón, faldas y camisas... etc. Ella me lanza miradas, agotada pero sonriente, y se deja hacer.

—Lo tenemos —celebra Johanna con firmeza cuando Sav sale del improvisado probador—. Sencilla, tierna y risueña.

El vestido negro más normal de todos los que había, ligeramente por encima de las rodillas, sin mangas y con unos botines bajos del mismo color; pelo suelto con la raya al medio y melena ondulada.

—Estupendo —digo levantándome del sofá en el que me encuentro tumbado comiendo una bolsa de M&Ms—. ¿Estás cómoda? —le pregunto a ella— ¿Te gusta?

—Sí, creo que perfecto para la primera aparición —asiente mientras se observa a sí misma en el espejo—. No tendré que cambiarme, ¿no? —Mira directamente a Junior, a pesar de que esto sea cosa de la estilista.

—No, tú no.

—Bien, pues ya está. —Deja caer los hombros en un extenso suspiro y camina para tumbarse en el sofá, pero Junior se apresura a sujetarla del brazo y sostenerla.

—Ni se te ocurra —ordena con seriedad—, antes quítate el vestido.

—Sí, señor.

SAVANNAH

Celebro interiormente cuando por fin se marcha todo el mundo y nos dejan solos, a eso de las cinco de la tarde. Apenas hemos comido unos sándwiches que nos ha preparado Lola, bueno, yo,

porque Mason no ha dejado de zampar.

—¿Cómo va esa resaca? —pregunta cuando regresa de cerrar la puerta que da al exterior.

—Fatal. —Hago pucheros y me tumbo por completo a lo largo del sofá—. Y tengo hambre, ¿pedimos una pizza?

—¿De qué la quieres? —Me mira de lado, apoyado por detrás en el respaldo del sofá.

—Margarita.

—¿Con extra de queso?

—Siempre —contesto, y me inclino para alcanzar sus labios y besarle antes de dedicarnos una mutua sonrisa.

La pizza llega enseguida, Milo, el guardia principal de la casa, es el que se encarga de pagarla y recogerla en las puertas exteriores a la inmensa propiedad de Mason. Por supuesto, el pizzero no va a entrar hasta la puerta de la mansión, ¿no?

—Dios, esto sí que es... —Casi jadeo ante el primer bocado, sintiendo el exquisito sabor de la piña en mi paladar.

—¿Un orgasmo? —sugiere él comiendo otro pedazo.

Yo me atraganto ante su comentario y él rompe a reír mientras se acerca a la mesa para coger el paquete de servilletas y ofrecerme una.

—Perdona —digo limpiándome y sonriendo un tanto sonrojada.

—Amor, no tendrías que avergonzarte ante este tipo de cosas, ¿sabes? —Se recuesta en el sofá, más pegado a mí, y juguetea con un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—Ya, pero me cuesta. Además, sabes que eres la persona con la que más confianza tengo, ¿verdad? —Asiente sin hablar, en su lugar, toma otra porción de pizza y me ofrece un mordisco que acepto, antes de darle otro él.

—Sí, y tú sabes que jamás te presionaría para que hicieras algo que no quieres, o para lo que no estás preparada —matiza después de tragar.

—Bueno, hace unas cuantas semanas que estamos juntos... —digo en voz íntima.

—Hará dos meses en un par de semanas. No oficialmente, pero sí desde que nos conocimos.

—Así es, y desde ese primer día no he podido dejar de pensar en ti —admito abiertamente, orgullosa ante la sonrisa que dibuja—. Me has dado toda la confianza y todo el amor que nunca antes me había dado nadie.

—¿Y tu familia?

—Es diferente, Mason. Las relaciones allí no tienen nada que ver con lo que he vivido contigo y con mis amigas desde que llegué a Los Ángeles. No son muy afectivos, ¿sabes? Y ya no hablo solo de la confianza entre unos y otros, sino la confianza en mí misma. Me has ofrecido el apoyo que necesitaba para ser capaz de darme cuenta de que puedo hacer todo yo sola, sin la necesidad de nadie que me ayude, sin un hombre que me proteja. En la comunidad, las mujeres somos totalmente sumisas a los hombres, no podemos hacer nada sin su consentimiento. Aquí me siento libre. —Suelto un gran suspiro y él solo me besa y coge la caja de pizza para colocarla sobre nosotros y, así, poder continuar comiendo.

—Yo solo... —Observa detenidamente cada rasgo de mi rostro mientras no puede dejar de sonreír—. En fin, que me vuelves loco. —Tira del cuerno en la capucha de mi pijama y me hace caer sobre él, haciendo que la pizza restante aterrice en el suelo.

—¡No, Mason! —exclamo sobre él mirando hacia el parqué marrón que cubre todo el salón.

—¿Sabes las veces que Melissa limpia este suelo? —pregunta estirando la mano para coger un pedazo y llevárselo a la boca—. Puedes comer de él perfectamente, ¡te lo aseguro! —exclama sin dejar de reír.

—¡No hagas eso! —Río también y trato de que no continúe comiendo, pero en vano.
Al final acabo imitándole y recogiendo toda la pizza de nuevo para comérsela por completo.

*

Casi puedo sentir cómo mis ojos se cristalizan por la emoción cuando Mason me pide que me acerque a su ventanilla. La isla de Manhattan aparece de pronto cuando una gran cantidad de nubes grises se disipan, como por arte de magia a medida que el avión se va aproximando.

—¡Es Nueva York! —grito entusiasmada casi pegando la nariz al plástico de la ventana.

—Estamos a punto de aterrizar —comunica Junior—, cinturones.

Obedezco regresando a mi asiento, una de las cosas más cómodas que he visto jamás. Por no mencionar que es la primera vez que monto en avión, y en uno privado, nada más y nada menos; con un largo sofá, asientos acolchados y reclinables, barra de bar, y un montón de cosas que nunca imaginé en un vehículo así.

Mason no suelta mi mano en ningún momento desde que montamos en el todoterreno que nos recoge nada más bajar del avión. Gracias a que los cristales, como siempre, están tintados, las innumerables fans que hay en la puerta del hotel no pueden vernos hasta que salimos.

—¡Savannah! —Gritos con mi nombre es lo primero que llega a mis oídos.

—¡Mason, Mason, una foto, por favor! —suplican otras.

Nos entretenemos unos pocos minutos saludando, firmando fotos y haciéndonos otras con unas cuantas fanáticas, hasta que Junior nos indica con disimulo que ya es suficiente. Cuando entramos al hotel, esperamos a que el asistente recoja los papeles y la llave, y un miembro del equipo nos lleva hasta la última planta, la cual han reservado entera para nosotros y el personal que Mason se ha traído consigo.

Michel y K-Box entran a revisar que todo está en orden antes de dejarnos pasar, por supuesto, a la suite. La habitación más increíble del mundo, aunque sea la primera vez que piso un hotel, no tiene nada que envidiarle a la mansión de mi novio, claramente se han encargado de que estemos lo más cómodos posible.

—Bien, de acuerdo —Junior desliza su dedo por la Tablet con la que organiza todo—, son las siete, tenéis diez minutos para ducharos. Enseguida os aviso para que vayáis a la habitación de al lado, están montando todo.

—Vale. —Escucho decir a Mason mientras se quita el abrigo y yo me asomo a la ventana, sonriendo emocionada y saludando con la mano a todas las fans que gritan desde la puerta al verme.

—Va, Sav —me llama—, dúchate deprisa, vamos justos de tiempo.

Cuando me doy la vuelta, ya estamos solos. Junior ha dicho que solo tenemos diez minutos, imposible para que nos dé tiempo a los dos a ducharnos y lavarnos la cabeza. Ah, no, la cabeza me dijo Tania que me la lavaba él antes de peinarme, cierto, casi lo olvido. Así que saco de mi bolso una goma de pelo y me lo ato en una coleta alta antes de entrar al cuarto de baño.

—Avisame cuando acabes —pide Mason tumbándose en la cama y sacando su móvil.

—Oye... —Muerdo mi labio con nerviosismo a la vez que siento cómo mis mejillas se vuelven un tomate—. Si vamos mal de tiempo, podemos ducharnos juntos si quieres...

Aparta la vista de su teléfono y arquea una ceja, se levanta y camina lento hasta mí con cara interrogante.

—¿Estás segura? Podemos hacer que esperen, eh.

—S-sí —digo con una sonrisa que pretende quitarle importancia—, a ver, somos novios, ¿no?

Y, bueno, casi me has visto desnuda por completo... —Bajo la mirada, pero me armo de valor para alzar la vista hacia él.

—Vamos. —Es lo único que dice con una tierna y sincera sonrisa ¿de enamorado?

La ducha es inocente, pero increíblemente romántica; Mason no deja de sonreírme y no le pillo mirando mis zonas íntimas en ningún momento, algo que él no podría decir de mí, Dios santo... En fin, que se comporta como un auténtico caballero. Terminamos de secarnos, y envueltos cada uno en un albornoz blanco del hotel, cruzamos el pasillo hacia la habitación contigua, en la que el equipo ya ha montado todo lo necesario para peinarnos, maquillarnos y vestirnos.

—*Let's go babies!* —Tania menea la cadera cuando entramos y con un dedo me hace un gesto para que me acerque, haciendo que estalle en una carcajada por su meneo de caderas.

Cantamos y bailamos mientras nos ponen a punto en un tiempo récord, ya que tenemos que pasar por una entrevista antes de ir a la alfombra roja. Me pongo los botines cuando todo está ya listo, y entrelazo los dedos con Mason para ir hacia el ascensor y salir del hotel.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta cuando ya se escuchan los gritos de las fans desde la calle, justo en el mismo sitio en el que estaban cuando llegamos.

—Un poquito, pero también entusiasmada —admito, a la vez que trato de expulsar de mi cabeza la cantidad de insultos y reproches que recibiría por parte de la gente de mi comunidad si me vieran ahora mismo.

Hoy es mi día. Es nuestro día. Merezco ser feliz, merezco esta vida.

Recorremos las calles centrales y abarrotadas de Nueva York, camino al Madison Square Garden donde se celebran los premios “Hey America!” Todo está lleno de fanáticos enloquecidos cuando el vehículo negro se detiene en el acceso a la alfombra roja.

—¿No tenías una entrevista primero?

—Es aquí dentro —responde Junior desde el asiento delantero antes de bajarse para abrirme la puerta.

—¿O sea que primero hacemos la alfombra?

—Eso parece —contesta Mason sin darle mayor importancia.

Cielos, no, necesito prepararme para esto, pensé que tendría más tiempo antes de tener que hacerlo. Ay, madre, ¡voy a entrar en pánico!

—Ey, preciosa. —Levanta mi barbilla cuando ve que mi pecho sube y baja con demasiada rapidez—. Tranquila, no voy a soltarte la mano, ¿vale? —Asiento—. ¿Necesitas un momento? —Asiento de nuevo, tragando saliva al sentir la boca seca.

—¿Qué pasa? —Junior alza las manos, confuso—. Venga, vais antes que Dolinger.

—Dile que pase él primero, Savannah necesita un momento. Dame una botella de agua.

—Se le va a borrar el pintalabios —observa él resoplando mientras saca una del coche—. ¿Qué te pasa? Que no te dé un ataque aquí, por favor —dice, y me percató que estamos rodeados de fotógrafos que ya han dado la noche por comenzada.

—Estoy bien —indico tras dar un pequeño sorbo.

—¿Seguro? —Mason me mira preocupado.

—Sí, vamos. Ya está —sonríe todo lo sincera que puedo—, lo siento.

—Todo irá bien, solo compórtate igual que siempre, la gente te adora. —Me da un beso rápido y luego pega los labios a mi oreja—. Igual que yo.

—Venga, venga —pide Junior haciendo que comencemos a caminar.

Me armo de valor y alzo la barbilla, dibujo una enorme sonrisa y me pongo en marcha junto a mi novio. Enseguida los focos que enfocan hacia el centro de la alfombra me ciegan, sumados a los cientos de cámaras que no dejan de lanzar sus flashes.

—¿Estas bien? —Vuelve a preguntarme al apretar su mano involuntariamente cuando me viene una oleada de pánico debido a estar pisando oficialmente la alfombra roja.

Esa que había visto en otras ocasiones desde la cabaña perdida en el bosque, a la que acudía con Chloe cuando aún éramos parte de la comunidad. Cuando todavía éramos Amish.

Gritos provenientes de los fans que se encuentran tras las barreras de seguridad hacen que sonría con felicidad por saber que se alegran de verme. Por notar que, realmente, me tienen aprecio y les gusto como pareja de Mason.

—Por ahí, ahí —señala Junior hacia una presentadora que se encuentra hablándole a la cámara, unos metros por delante.

Caminamos con tranquilidad mientras saludamos a la gente y miramos hacia todas partes para que las cámaras nos pillen bien. Junior ha sido muy insistente con esto.

—¡Mirad a quien tenemos aquí por fin! —exclama entonces la presentadora cuando llegamos hasta ella—. Mason, es un placer verte nominado un año más —continúa antes de mirarme.

—Muchísimas gracias, el placer es mío, Barbara.

—Bueno, ¿vas a presentarnos a tu tesoro mejor guardado? —Todas las miradas van a parar en mí, y se me atasca la respiración en la garganta.

—Claro, ella es Savannah —dice con una encantadora sonrisa, pasa la mano por detrás de mi cintura y me acerca más a su cuerpo.

—Encantada de conocerte al fin, Savannah —indica la presentadora.

Vale, me toca hablar.

Todo el mundo me estará viendo por televisión.

Vamos, di algo.

¡Habla!

—Hola.

Junior, el cual se encuentra justo detrás del cámara, se lleva las manos a la cabeza y luego estira la propia comisura de sus labios con los dedos para indicarme que sonría. Lo hago con si de un robot me tratase, y me recuerdo que este es el momento más importante de todos; llevamos días hablando sobre este instante, sobre lo que hacer y decir, cómo actuar.

¡Y ahora me quedo en blanco!

—Cuéntanos, Savannah —insiste la tal Barbara—, ¿cómo te sientes al estar aquí junto a Mason?

—Muy bien —miento. Tengo ganas de vomitar.

—Como sabréis, la gente está ansiosa por saber más sobre ti y sobre cómo os conocisteis. —Sonríe a la cámara y yo puedo notar cómo me sudan las manos hasta el punto de mojarme el vestido.

—La misma historia de siempre, Barbara. —Mason suelta una carcajada y la presentadora le acompaña, yo intento reírme con ellos—. Estoy muy agradecido de todo el apoyo que recibo a diario por parte de todos mis fans, no estaría aquí sin vosotros —habla a la cámara—, pero como ya dije en redes sociales, esta relación quiero llevarla a mi manera. —Hace una pausa y busca mis ojos, haciendo que una calma necesaria se instale entonces en mi estómago, tranquilizándome—. Lo único que necesitáis saber sobre Savannah —dice sin dejar de mirarme—, es que me vuelve loco y estamos muy bien juntos. Me hace feliz —comunica a la presentadora—, y es lo que importa, ¿no?

—Por supuesto —contesta la presentadora con una sincera sonrisa—. ¿Y qué puedes contarnos de tus futuros proyectos? ¿Alguna sorpresa para estas Navidades?

Cielos, gracias Dios mío por haber enviado a una presentadora educada y poco entrometida.

—¡Claro! —exclama mi novio como si nada, como si no acabara de sufrir un ataque al corazón —. Tengo preparado algo muy especial que estoy seguro os encantará.

Permanezco en silencio prácticamente el resto de la entrevista, dando respuestas muy escuetas cuando Barbara dirige el micrófono en mi dirección, sonriendo y tomando pequeñas bocanadas de aire para intentar calmarme, ya que esto, acaba de empezar.

18 | ÍNTIMO

SAVANNAH

Los premios transcurren como si de un sueño se tratase: luces, brillos, famosos que nunca imaginé ver más allá de la televisión de aquella cabaña que supuso el inicio de nuestros *pecados*, bebidas coloridas y música, mucha música; en especial, la del protagonista ganador de cuatro premios. Mi novio. Aquél por el cual mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados: Mason Fox.

—¿Te ha gustado? —pregunta rodeando mi cintura cuando nos quedamos solos en su camerino tras haber finalizado la gala.

—¿¡Bromeas!?! —exclamo con una sonrisa de oreja a oreja— Ha sido una pasada, todo el mundo me ha tratado fenomenal y bueno, tú has estado increíble. —Le doy un beso en los labios, cerrando los ojos y disfrutando de la sensación abrumadora—. Enhorabuena por todos los premios, te mereces cada uno de ellos.

—Gracias por haberme acompañado, creo que esto ha sido bueno —reflexiona—, hemos conseguido lo que buscábamos.

—¿Qué es...?

—Normalización. —Asiento y apoyo la cabeza en su pecho, feliz y complacida.

*

Han pasado un par de horas desde que llegamos al club en el que se celebra la fiesta post-premios. Lo mejor de la noche ha sido que Mason no se ha separado de mi lado ni un momento, incluso cuando le han pedido que cantara, ha hecho que coloquen una silla sobre el escenario y me ha dedicado la canción, acompañada de un puñado de palabras que han provocado algunas lágrimas de emoción por mi parte.

¿Lo peor? Emilia, por supuesto. No ha parado de echarme miraditas de desprecio durante todo el tiempo, aunque, por suerte, no se ha acercado. Al parecer, tiene un nuevo novio, jugador de un equipo de béisbol, así que supongo que no le queda más remedio que fingir que Mason y yo ya no le importamos.

—¿Te apetece que nos vayamos ya? —Mi novio retira el pelo de mi rostro cuando estamos sentados en uno de los sofás, rodeados de amigos entre los cuales se encuentran cantantes, actores y actrices, e incluso modelos.

—Estás cansado, ¿verdad?

—Bueno, un poco, pero no es por eso. —Se aproxima a mi mejilla y deposita un beso cerca de mi oreja—. Tengo ganas de abrazarte en la cama —susurra.

Río por las cosquillas que me hace y sujeto sus mejillas para darle un beso en los labios.

—Pues vámonos —respondo señalando la puerta con la cabeza. Asiente y se pone en pie.

Nos despedimos de todos nuestros amigos y caminamos entre Michel y K-Box hacia la salida. Lo hacemos cogidos de la mano y diciendo adiós a todas las personas que nos vamos encontramos

a nuestro paso, los cuales felicitan una vez más a Mason por los premios ganados hoy, y a mí por... Bueno, por venir con él, supongo.

—Gracias, chicos. Buenas noches —dice Mason a sus guardaespaldas cuando terminan de revisar nuestra suite en el hotel.

—Buenas noches —contestan los dos.

Esperamos a que se vayan para quitarnos la ropa, dejarla sobre un aparador y meternos bajo el caliente edredón.

—¿Tienes frío? —Acerca mi cuerpo al suyo cuando un escalofrío hace que me estremezca.

—Un poco, pero ya voy entrando en calor.

Nuestros ojos conectan cuando levanto la barbilla hacia él, sonrío y permanece así varios segundos, acariciando mi mejilla con calma. Entonces, aproxima su rostro y dejo que me bese sin prisa, pausadamente, acompaña los movimientos de su lengua con sus manos, acariciando la piel de mi cuerpo. Primero se centra en la espalda y los brazos, pero poco a poco va descendiendo hacia mi trasero, amolda sus manos a él y siento su respiración profunda por la nariz. Rueda para colocarse sobre mí y abandona mis labios para deslizar los suyos por la delicada e inexplorada piel de mi cuello, solo alcanzada hasta ahora por él.

—Perdona. —De pronto se detiene y pone un poco de distancia.

—¿Qué? ¿Por qué? —cuestiono confusa—. ¿He hecho algo mal?

—No, no —se apresura a decir—. Es que no... Bueno...

—Eh, Mason. —Sujeto sus mejillas con mis manos y sonrío, ya sé lo que le pasa—. Estoy bien, estamos bien, quiero esto tanto como tú.

—¿Estás segura? Había pensado hacer algo especial, no sé... Algo más personal —añade echando un vistazo a la habitación del hotel en el que no encontramos.

La última vez que hablamos acerca del sexo, acordamos no tener prisa y hacerlo cuando surgiera, sin planear nada ni forzar las cosas. Sin embargo, sabía que él querría hacerlo a lo grande, piensa que, al ser mi primera vez, tiene que ser algo memorable. Lo que él no comprende es que el hecho de hacerlo en una cama de dos metros, en una mansión llena de cosas caras y lujosas, no es lo que lo hará inolvidable. Todo eso solo son... eso, cosas.

—Todo es especial desde que te conocí, te lo aseguro. No necesito nada más que estar contigo, me da igual dónde sea. —Intento convencerle, pero su mirada me dice que no está seguro, así que le doy un beso—. Te lo prometo —susurro rodeando su cuerpo con mis piernas, volviendo a colocarle en la misma posición que hace unos segundos.

Mason no vuelve a decir nada al respecto, se centra en ser delicado y tocarme justo donde lo necesito. Entre los dos nos quitamos la poca ropa que llevamos, intento no centrar la mirada en su entrepierna, pero no puedo evitarlo, la vista se me va sola. Admito que me pongo nerviosa —más de lo que ya estaba— al pensar en cómo voy a... Cómo eso va a... Bueno, en lo que viene ahora.

Sus dedos me acarician durante un breve espacio de tiempo, el cual me ayuda a relajarme, a disfrutar por lo que siento, por ese placer que hasta ahora solo me había dado yo sola. Y siempre a escondidas, como una pecadora de lo peor.

—Tengo que decirte algo antes —susurra en mi oído después de posicionarse entre mis piernas.

—¿Qué quieres decirme? —pregunto mirándole confusa, nerviosa y excitada.

—Que te quiero, Savannah —confiesa de repente—. Que te quiero y que esto es tan especial para mí como lo es para ti. No es solo...

—Shh —le interrumpo con un beso y una sonrisa—. Sé que lo es.

—Ah, ¿sí? —sonríe para que me relaje, le conozco, a la vez que empuja su pelvis muy suavemente.

—Sí —respondo clavando los dedos en sus brazos.

M A S O N

El sueño es cada vez más fuerte, me obliga a cerrar los párpados, pero me resisto. Savannah descansa a mi lado, dormida desde hace ya un rato, con los dedos de una mano entrelazados a los míos y desnuda por completo.

Cuando pensé en invitarla a venir conmigo a los premios, mi única intención era normalizar la relación respecto al resto del mundo, mostrar que lo nuestro va en serio y no es una chica más, de esas a las que están acostumbrados a ver conmigo. Lo que nunca imaginé, es que terminaríamos así, acostándonos por primera vez en la otra punta del país, en un hotel y sin planearlo. Es cierto que decidimos que pasaría cuando tuviera que pasar, pero a pesar de eso, me sentía un poco responsable en el sentido de que, bueno, ¡es su primera vez! Habría querido preparar algo bonito y especial, aunque no podría haber sido mejor. Savannah ha confiado en mí en todo momento y se ha dejado llevar, ha guardado la calma y no se ha escondido a la hora de mostrar la incomodidad al principio. Lo hemos hecho juntos, desde el principio hasta el final.

*

Llegamos a Los Ángeles al día siguiente por la tarde, tras haber acudido a otra entrevista en Nueva York. Llevo a Savannah a su casa e ignoramos a los fotógrafos cuando aparcan tras mi coche y comienzan a disparar sus flashes.

—Te juro que me encantaría poder quedarme contigo —digo cerca de su boca cuando ambos permanecemos abrazados frente a su portal.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —responde sonriente—. Junior ha dicho que tendrás unos días completitos. —Ríe imitando su voz y yo no puedo evitar soltar una carcajada.

—Sí, el álbum de Navidad sale la semana que viene, así que estos días me los pasaré metido en el estudio. Puedes venir algún día a verme si te apetece, ya te conocen así que no tendrás problema para que te dejen pasar.

—Lo haré —promete—, tengo que ver el horario que me ponen en la cafetería. Hay una chica de baja, así que igual tengo que meter más horas.

Asiento y le doy un beso, el cual corresponde sin importarle los videos que colgarán en internet hoy mismo.

—Luego te llamo. Te quiero —digo sobre sus labios.

Ella solo me besa en respuesta. No dudo de sus sentimientos hacia mí, pero comprendo que le sea difícil mostrarlos teniendo en cuenta lo poco afectiva que es su familia. En realidad, bastante se ha abierto conmigo en este tiempo, podría haber levantado una barrera y haberse alejado, pero ha hecho todo lo contrario.

Me espera una semana muy larga, aunque estoy emocionado por el álbum navideño, las canciones me encantan y tengo que admitir que estoy pasándolo muy bien con las grabaciones. Espero que Sav pueda venir algún día, me encanta verla al otro lado del cristal cantando y bailando mientras yo trabajo.

19 | ES AMISH

SAVANNAH

El jueves transcurre deprisa, aunque estoy algo nerviosa porque el jefe me ha dicho que, a pesar de ser una buena trabajadora y atraer clientes, los paparazzi están provocando que varios clientes ya hayan puesto cartas de reclamación debido a no poder tomarse un café en las mesas de fuera sin sentirse observados. Me ha dicho que no quiere despedirme, pero que lo hará si no logro que me dejen en paz durante mis horas de trabajo. Yo le he explicado que esto es algo pasajero, que en algún momento se cansarán de verme simplemente sirviendo mesas... ¿no?

Hace cuatro días que no veo a Mason, pero hablamos a diario, le he prometido pasarme esta tarde por el estudio un rato.

—Savannah, ¿qué tal te sientes tras tu primera aparición oficial ante los medios? —pregunta uno cuando estoy saliendo de trabajar.

—Chicos, os agradezco el interés —comienzo—, y sé que estáis haciendo vuestro trabajo, pero no podéis pasaros el día fuera de mi trabajo.

—¿Te han llamado la atención?

—¿Crees que te despedirán? —insiste otro mientras me siguen por la calle. Vivo cerca, así que voy caminando hasta el apartamento que comparto con Ophelia y Chloe.

—Yo no he dicho eso, no...

—¿Te gusta tu trabajo?

—Parece que no estás muy feliz con él.

Sus preguntas avasallantes y conclusiones equívocas hacen que me ponga todavía más nerviosa, solo me faltaba que saquen en los medios que yo me he quejado de mi trabajo.

Estoy a punto de responder cuando la voz de una persona conocida hace que me detenga y gire mi cuerpo.

—Savannah, ¿eres tú?

—¿Elena? ¿María? —Separo los ojos con sorpresa al ver a dos compañeras de la comunidad, vestidas con su ropa Amish al completito y sujetas la una de la otra mediante el brazo. Como dos animales asustados.

Me pregunto si yo estaba igual cuando llegué, de lo cual parece que hubiera transcurrido una eternidad.

—¿Qué hacéis aquí? —Me acerco y veo de reojo cómo los fotógrafos lanzan algunas instantáneas, sin darme cuenta de lo que eso podría suponer.

—Finalizando nuestro rumspringa —explica Elena, ambas me miran de arriba abajo, confusas y con clara desaprobación—. ¿Y tú? ¿Qué haces así? —Señalan mi atuendo— ¿No piensas volver a...?

—Oye, ¿por qué no me acompañáis y hablamos mejor en casa? —las interrumpo antes de desvelar mi procedencia. Si es que no lo han hecho ya.

—Savannah, ¿quiénes son? —Regresan las preguntas cuando intento tirar del brazo de una de ellas.

—¿Acaso eres Amish?

—¿Es el motivo por el que escondes tu origen? —presiona otro.

—¿Te avergüenzas de la comunidad, Savannah? —María se detiene en seco.

—No, yo... —Mierda, mierda—. Venid conmigo, por favor. Hablemos en mi casa.

—No —dicen las dos al mismo tiempo—. Tenemos que marcharnos ya si queremos coger a tiempo el autobús de regreso a Silencetown.

—¡Shh! —Intento que no diga el nombre, pero lo hace igualmente. Cierro los ojos, lamentándome y esperando que los paparazzi no hayan prestado atención.

Ilusa.

MASON

Estoy cantando dentro del estudio de grabación, mientras Junior dirige al tipo que está grabando algunas tomas para subir a las redes. No puedo dejar de sonreír, no por el video, sino por lo afortunado que me siento en este momento.

Hasta ahora, sabía que mi vida era genial. Es decir, no soy tonto, sé que muchos y muchas querrían estar en mi piel, disfrutar de la vida y de los lujos igual que yo, volar en jets privados, alojarse en los mejores hoteles y tener personas a su servicio. Sin embargo, en muchas ocasiones me siento solo, como si todo eso no fuese suficiente para mí. Bueno, me sentía solo. Desde que Savannah llegó, fue como un huracán de viento glacial que me hizo despertar de golpe. Su inocencia y su falta de experiencia en todos los aspectos de la vida cotidiana han hecho que me enganche a ella de forma irremediable.

Ahora mismo debe estar trabajando, ayer me dijo que hoy vendría un rato a verme. No nos vemos desde que volvimos de los premios, y lo cierto es que echo de menos sus abrazos y las bromas que poco a poco está aprendiendo a hacer. Casi parece que siempre hubiese vivido aquí, en Los Ángeles, pero no. Ella es Amish, o al menos lo fue, y eso es algo que ninguno de los dos queremos que olvide.

—¡Perfecto, Mason! —celebra Kenai desde el otro lado del cristal. Abre la puerta y choca mi mano mientras dejo los auriculares sobre la banqueta.

—¿Sí? ¿El sonido bien?

—Estupendo, vamos a escucharla completa —sugiere guiándome hasta la silla junto a Jamie, el encargado del sonido y las grabaciones.

Los tres guardamos silencio mientras mi voz suena por toda la sala, sonreímos y comentamos algunas cosas, ha quedado mejor de lo que esperaba.

—¡No puede ser! —exclama Junior de repente.

—¿Qué pasa?

—Maldita sea —gruñe mirando la pantalla de su teléfono, me lanza una mirada significativa y sé que algo va muy mal.

Camino hasta él y le quito el móvil para verlo por mí mismo, lamentándome al instante en cuanto me topo con la noticia.

—“Mason Fox saliendo con una Amish” —leo el titular en voz alta—. “Tal y como muestran las fotografías, Savannah Dixon, pareja actual del joven de oro, ha sido vista en compañía de dos chicas Amish que aparentemente tienen su misma edad. Nuestras fuentes han podido grabar cómo ambas regalan una mirada nada amable a la dulce Savannah, la cual parece estar muy nerviosa ante la situación. En el video que encontraréis más abajo, se escucha cómo ella les pide hablar en su apartamento, ¿acaso tenía miedo de que dijeran algo que expusiera su

enorme secreto? ¡Y tan grande! Porque, al parecer, Dixon tenía grandes razones para ocultar su historia, ¡y es que es Amish! Las dos jóvenes le preguntaron si no pensaba volver a Silencetown, lo que resulta ser el nombre de una comunidad Amish situada en Nuevo México. ¿¡No alucináis!? Muy pronto volveremos con más información.”

Tenso la mandíbula cuando termino de leer la mierda de noticia, una de las miles que ya deben estar rulando por todo internet. Hago amago de lanzar el móvil contra la pared, pero Junior me lo quita antes.

—¡Joder! —grito dando una patada a la silla en la que me encontrada sentado, la cual da vueltas mientras una estantería la detiene.

—Esto es malo, Mason —dice mi asistente sin apartar la mirada de su teléfono, seguramente leyendo más noticias o entrando en mis redes sociales—. Hablaré con marketing.

Le lanzo una mirada asesina, ante la cual alza las manos en señal de disculpa y sale de la sala de grabación.

—Tranquilízate, tío —pide Kenai dando unas palmaditas en mi hombro.

—No sabes lo que dices —contesto—, esto la destruirá. Ellos harán que todo se convierta en un puto infierno. ¿¡Sabes lo que le ha costado adaptarse y no sentirse culpable por renunciar a sus orígenes!?

Solo asiente como respuesta, igual que Jamie, el cual no sabe ni qué decir. Esto es un desastre, maldita sea.

—Tengo que verla, voy a... —Me giro para salir, pero justo en ese momento la puerta se abre y ella entra echa un mar de lágrimas—. Savannah.

—Mason —balbucea escondiendo la cabeza en mi cuello. Rodeo su cuerpo con mis brazos y asiento a Kenai y Jamie cuando me dicen sin palabras que saldrán para dejarnos solos.

—Ven. —La llevo hasta el sofá y hago que se siente, abro una de las muchas botellas de agua y se la ofrezco para que beba—. Respira —le pido cuando termina.

—Yo lo-lo siento mucho —llora frente a mí, hipando y quedándose sin voz.

—Shh. —Vuelvo a abrazarla—. Soy yo el que lo siente, esos cabrones... —gruño para mí, beso su cabeza y dejo que se desahogue mientras le digo que juntos lo arreglaremos.

Aunque no tenga ni la más remota idea de cómo lo haremos.

20 | HURACÁN

MASON

Savannah duerme en el sofá de mi salón después de llorar durante un buen rato. Lola le prepara una tila con manzanilla y conseguimos que se relaje y caiga rendida por fin.

Esto es muy malo, no he querido decirle nada, pero si a la prensa se le ocurre seguir a esas dos chicas, al final acabarán descubriendo todo acerca de su origen. Y, poniéndome en el peor de los casos, son capaces de descubrir dónde está exactamente su comunidad e ir hasta allí.

—¿Cómo está? —Junior aparece por la puerta de entrada y se sienta en un sillón frente a mí.

—Mal. No ha parado de llorar y de decir que siente mucho los problemas que pueda ocasionarme. —Dejo escapar una risa amarga.

—En estos momentos siempre soy yo el que debe mantener la cabeza fría.

—Lo sé. —Suspiro y él me imita—. ¿Qué pasa?

—Bueno, repito, pensando con la cabeza fría y tras hablar con marketing, esto puede venirnos mejor de lo que yo esperaba. —Espera mi reacción, pero yo solo acaricio el pelo de Savannah y dejo que continúe hablando—. Creen que tendrías que hablar con ella y hacer público su origen, contarle todo.

—Ni hablar —espeto mirándole—. Su origen es lo único que ella ha querido preservar, no pienso arrebatarlo.

—Mason... —Se rasca la nuca, quiere decirme algo más.

—¿Qué pasa, Junior? Habla ya.

—Escucha, acabo de enterarme... —Hace una pausa que me pone aún más nervioso—. Hay un grupo de paparazzi que se ha montado en el autobús en el que viajan esas dos amigas de Savannah. Van a encontrar su comunidad.

Sin remedio me llevo las manos al rostro y cierro los ojos, apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y evito gritar para no despertarla. Esto no puede ser cierto. Abro los ojos y veo a mi asistente mirándome con expectación.

—¿Qué hacemos? —pregunta cauteloso.

—Sal, tengo que contárselo.

Junior asiente y palmea mi hombro al pasar por mi lado hacia la salida. La puerta principal se cierra y yo no veo la manera de decirlo todo esto a la chica que me lo ha dado todo; que se ha entregado por completo a mí.

—Savannah. —Acaricio su mejilla antes de darle un beso en los labios.

Abre los ojos perezosamente, sus parpados están hinchados de tanto llorar y tiene el rostro ligeramente enrojecido. Está agotada.

—¿Cuánto he dormido? —pregunta incorporándose en el sofá.

—Poco, una hora o así. —Estiro la mano para ofrecérsela y que se acerque.

—¿Ha pasado algo? Algo más —cuestiona—. Conozco esa cara, dime.

—Ven —insisto. Sujeto sus manos y beso los nudillos antes de hablar—. Junior me acaba de decir que hay un grupo de paparazzi que está siguiendo a tus amigas.

—¿¡Qué!/? —Se separa de golpe totalmente horrorizada y se pone en pie. Yo la imito y trato de abrazarla, pero levanta las manos y comienza a dar vueltas mientras balbucea.

—Tranquilízate —suplico.

—¿Cómo...? Ellos... No, no... —Cubre sus ojos y rompe a llorar, momento que aprovecho para abrazarla.

—Lo siento muchísimo —me lamento preocupado—. Nunca pensé que fueran a llegar tan lejos.

—Tengo que irme —anuncia de pronto separándose de mí.

—¿A dónde?

—Tengo que alejarme de ti, Mason. Si ven que no estamos juntos, quizá dejen en paz a mi familia. Si ven... —Incapaz de terminar la frase, los llantos la invaden de nuevo.

—Savannah, separarnos no es ninguna solución, créeme —comunico con cautela—. Solo despertará aún más su curiosidad.

—¿¡Y qué hago!/? —me grita por primera vez—. ¡Dime! ¡Van a invadir mi comunidad, Mason! ¡Ellos-ellos van a meter sus cámaras y micrófonos en un lugar en el que no tenemos ni espejos porque están prohibidos!

Y, por primera vez también, me quedo sin palabras.

—Lo siento, de verdad —habla un poco más calmada—, no sé... no sé qué va a pasar, pero ahora tengo que marcharme.

Y no la detengo.

S A V A N N A H

Doy vueltas por el salón mientras Chloe y Ophelia tratan de calmarme. Jeoff, el conductor de Mason es quien me ha traído a casa, y agradezco que él no me lo haya puesto más difícil. Sé que no es el culpable de todo esto, que la fama es algo con lo que yo le acepté, algo que viene implícito en él, es por eso por lo que he preferido marcharme y no pagar mi furia con él. Porque es como estoy ahora mismo, furiosa, preocupada y sintiéndome inútil; sin nada que poder hacer para frenar todo esto.

—Escucha a Lia, por favor —pide mi amiga arrodillándose a mi lado cuando consiguen que me siente en una silla. La miro a los ojos y niego con la cabeza, creo que ya por inercia más que como respuesta—. No hagas nada, espera a ver qué sucede.

—¿Cómo puedes pedirme eso tú? Sabes cómo se pondrá mi padre si esos paparazzi llegan a mi casa.

—Lo sé, pero que te pongas nerviosa solo hace que tu juicio se nuble y no puedas pensar con claridad.

—Tiene razón, Sav —apoya Lia—. Esos fotógrafos son unos cabrones, no respetan nada y eso es algo que ya has podido comprobar en tu propia piel desde que estás con Mason. Van a hacer lo que quieran, te pongas tú como te pongas, pero, si encima, ven lo que eso provoca en ti, serán letales —sentencia.

*

Ya son las doce de la mañana y he pasado la noche en vela, sin dormir y sin dejar de comprobar las noticias en internet. Escribiendo mi nombre en el buscador para ver si se publica algo sobre mi comunidad.

Mason me llamó anoche, pero no respondí el teléfono y él no insistió. Sé que ahora mismo

debe sentirse muy mal, culpable y sin saber qué hacer —como yo—, pero no quiero hablar con él hasta que sepa lo que la prensa hará cuando lleguen. Estoy segura de que seguirán a mis amigas sin llamar la atención y en cuanto lleguen a Silencetown comenzarán a entrevistar y grabar a todo el que se les ponga por delante.

—Sav. —Chloe me llama desde el salón, dejo la taza de té sobre la encimera de la cocina y voy. Ella solo me tiende su móvil y, junto a Lia, me observan en silencio.

—Han llegado, ¿verdad? —pregunto sin atreverme a mirar la pantalla. Se limitan a asentir con lastima en los ojos.

Lleno mis pulmones de aire y me siento en el medio de las dos antes de leer la noticia. Una de cientos.

—*“Confirmado. Savannah Dixon, pareja actual de Mason Fox, es Amish. O al menos lo era hasta que, al parecer, se escapó a la ciudad para disfrutar de su rumspringa junto a una amiga. Hemos tenido la oportunidad de hablar con la única persona que nos ha querido atender en su comunidad, Silencetown, y nos ha contado algunas cosas sobre la chica del momento. Su familia nos ha cerrado la puerta en las narices, pero insistiremos, pronto os traeremos más información.”*

—Son unos cabrones —dice Lia cuando termino y el teléfono prácticamente se me cae de las manos, aterrizando en la alfombra.

Sin embargo, esto no es todo, puesto que la televisión anuncia de pronto la musiquita que da inicio a las noticias sensacionalistas, recogiendo en toda la pantalla la imagen de mi familia. Mamá llora y pide respeto mientras hace que mis hermanos pequeños corran a esconderse en casa, papá amenaza a las cámaras con una hoz y les advierte que si continúan ahí cuando salga, no dudará en defender a su familia. No responden nada cuando los paparazzi dicen mi nombre, solo provoca que mi madre lllore con más fuerza y mis hermanos más pequeños griten “Sav” mientras preguntan confusos a mis padres por mi paradero.

—Cielo —habla Chloe acariciando mi brazo para hacerme reaccionar—, respira. ¿Qué quieres hacer?

—Me voy a Silencetown —decreto.

21 | SILENCETOWN

SAVANNAH

Chloe no me ha dejado venirme sola, así que ahora mismo se encuentra roncando a mi lado, con la cabeza apoyada en el cristal del autobús que nos lleva de regreso a nuestras raíces; a nuestro origen. Nos hemos traído los móviles y hemos prometido avisar a Lia ante cualquier novedad. Le he pedido que vaya a mi trabajo para hablar con el jefe, el cual espero que entienda mi situación, y si no, si quiere despedirme, no es algo que ahora mismo me preocupe más de la cuenta, la verdad.

El vehículo se detiene finalmente tras más de nueve horas de camino. Es de noche ya, y apenas hemos llegado hasta aquí nosotras dos y otras tres personas, que deben vivir en Gallup porque de la comunidad no son.

—¿Cómo estás? —consulta mi amiga mientras caminamos arrastrando nuestra maleta por el camino el asfalto sobre la carretera, camino a Silencetown.

No hay otro transporte que una la comunidad con Gallup, siempre se hace en carros de caballos o, bajo alguna excepción, en vehículo a motor si es por un motivo muy grave o importante.

—Nerviosa —respondo y noto cómo mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad—. No sé lo que me voy a encontrar.

—Yo tampoco —comenta—, mis padres no querrán ni verme.

Paso un brazo por sus hombros y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias por acompañarme.

—De nada, eres mi amiga, en las buenas y en las malas.

A lo lejos divisamos ya las lámparas de aceite que iluminan las lindes de la comunidad. Respiramos hondo y entrelazamos los dedos mientras nos encaminamos a lo que sea que vendrá. Lia nos ha escrito hace un rato para decirnos que han dicho en las webs y redes sociales que nos han visto en la estación montando en el autobús, así que seguro que los paparazzi ya nos están esperando.

Lo primero que vemos son dos furgonetas enormes aparcadas justo por fuera de las lámparas. Cuento cinco personas desde aquí, acampadas y bebiendo café junto a sus cámaras y micrófonos apoyados sobre mesas portátiles. En cuanto escuchan el ruido de nuestras maletas, se ponen en pie y agarran sus equipos de grabación, igual que leonas a punto de cazar a su presa.

—Ahí vienen —informa Chloe apretando mi agarre.

—¡Savannah! —gritan sin preocuparles la hora.

Me cruzo de brazos, y con el semblante serio y cejada por sus enormes focos de luces, dejo que me avasallen.

—Savannah, ¿qué haces aquí?

—¿Has venido por tu familia?

—¿Por qué no quisiste contar que eres Amish?

—Estoy aquí porque sois unos salvajes que no respetáis la vida privada de nadie. No quise decir que soy Amish porque sabía que esto pasaría. Cogéis todo lo que podéis y hacéis que se

convierta en lo peor del mundo, y si no, os lo inventáis. —Atienden en silencio y sin mostrar expresión alguna de que les afecte lo que estoy diciendo—. He venido hasta aquí para que dejéis en paz a mi gente, ¿creéis que seréis capaces?

—Savannah, ¿has dejado a Mason?

—¿Qué opina Mason sobre que hayas venido hasta aquí?

—¿Por qué no ha venido contigo?

Me doy cuenta de que les da exactamente igual cómo me sienta yo o cómo se sienta mi familia, lo único que buscan es algo con lo que alimentar a las masas. Material, no importa cómo conseguirlo.

—¡Dejadnos en paz! —exclamo frustrada y tiro de la mano de Chloe para adentrarnos en la comunidad.

Rezo para que obedezcan, pero no sirve de nada puesto que nos siguen algunos metros por detrás, apuntándonos con las cámaras e iluminando nuestro camino con sus focos.

—No podemos tocar la puerta de tu casa con todos estos aquí —susurra mi amiga.

—¿Y qué hacemos?

No responde, así que continúo andando y agradezco que sea tarde y todo el mundo se encuentre ya en sus hogares. Doblo la esquina y mi corazón da un vuelco al ver a mi padre en el porche, sentado en el banco y con una escopeta entre las manos. Su rostro no se ilumina hasta que las luces de las cámaras se colocan a mi espalda.

—Padre. —Avanzo algunos pasos, pero su mirada de desagrado acompañada de una expresión que desconozco me frena en seco.

—¿Qué haces aquí?

—He visto lo que estaba pasando y he pensado que...

—Lo que está pasando es por tu culpa —espeta interrumpiéndome—. Tú nos abandonaste y decidiste marcharte como una oveja descarriada —habla asqueado—. Ahora vistes como una...

—Frunce los labios y alza la mirada por encima de mí, hacia los paparazzi que apuntan con sus equipos de grabación igual que un cazador con su arco y su flecha—. ¿A qué has venido? —repite—. Esta gente nos ha contado que ahora mantienes una relación con un famoso cantante. Sales en televisión y en los periódicos, has abandonado el Ordnung. Tú ya no eres mi hija, y por lo tanto esta ya no es tu casa. —Se expresa con toda la dureza que le caracteriza, sin una pizca de sensibilidad ni compasión.

—¡Savannah! —exclama entonces mi madre cuando abre la puerta y me ve.

—Vuelve dentro —ordena mi padre sin moverse.

Ella no obedece, así que él se gira y una mirada suya es suficiente para que ella camine hacia atrás y cierre la puerta con los ojos anegados de lágrimas. Igual que los míos.

MASON

La copa de cristal estalla en mi mano mientras escucho y veo las imágenes grabadas por los cabrones que la siguieron hasta su hogar. Rosa se lleva la mano a la boca por el susto y corre hacia la cocina, imagino que a por el botiquín. Junior solo resopla y se restriega el pelo, los teléfonos no dejan de sonar y yo solo quiero que todo el mundo me deje en paz y dejen en paz a mi novia.

—Mason, ¿qué hacemos?

—Tenemos que detenerlos de alguna manera, que se alejen de ese lugar.

—Sabes que eso no está en tu mano.

—Sí que lo está.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta preocupado, me conoce.

—Llamar la atención de todos los medios —anuncio. Junior niega con la cabeza adelantándose a mi decisión—. Esta noche salimos.

*

Savannah no me ha respondido a una sola llamada ni mensaje desde que se marchó hace dos días, y no la culpo. Todo lo que ella y su familia está pasando es por mi culpa, por mi fama y por ser quien soy. Hace meses que no salgo del modo en el que solía salir, sin medir mucho las consecuencias de mis actos, sin beber, sin fumar y sin hacer todo lo que la prensa busca: crear escándalo. Si tengo que volver a ser el Mason que era para que dejen en paz a Savannah, lo haré.

—El coche está listo —comunica Junior desde la puerta de mi dormitorio.

—Vamos.

Me encuentro con Jim en la puerta de la discoteca a la que siempre vamos, en Sunset Strip. Nos damos un brazo y entramos en el interior del club, seguidos por nuestros respectivos asistentes y guardaespaldas.

Vamos hasta el reservado que nos dan habitualmente y que queda en una planta por encima del resto de la gente, me quito la cazadora vaquera y tomamos asiento en el sofá de terciopelo rojo.

—¿Cómo estás? Me ha sorprendido tu llamada, la verdad —dice mientras esperamos nuestra copa.

—Necesito tu ayuda. —Voy directo al grano.

—Lo que sea, dime.

—Has visto lo que está pasando con Savannah. —Asiente sin interrumpirme—. No puedo hacer nada para que la dejen en paz, así que solo se me ocurre una cosa.

—Ya. Entiendo. —Choca mi mano y alarga el brazo para coger las dos copas que nos acaban de dejar sobre la mesa, me entrega la mía y me dedica una mirada significativa antes de chocar un vaso contra el otro y dar un largo sorbo.

—¿Chicas o alcohol? —pregunta cerca de mi oreja.

—Improvisemos.

—De acuerdo. Pero oye, ¿no se lo vas a contar? —cuestiona alzando una ceja—. Lo digo porque los dos sabemos que mañana estaremos en todas las portadas y redes, se va a enterar.

—No me coge el teléfono, después le mandaré un mensaje. Otro. —Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza antes de llevarme la copa a los labios y apurarla casi por completo.

22 | RETORNO

MASON

La mandíbula me duele de tanto reír, Jim está en el suelo tirado, igual de ebrio que yo y que las cuatro chicas que hace unas horas pidieron entrar en nuestro reservado. Menos mal que Junior no ha bebido y sigue atento a todo, o eso creo.

—¡Hiciste el ridículo en esa escena! —exclama una de las chicas refiriéndose a la última película de mi amigo.

—¡Era el guion! —Se excusa él sin poder dejar de reír.

—Oye, oye —digo levantando las manos—, ¿por qué no seguimos la fiesta en otra parte?

—Me parece genial. —Gisele, la chica rubia de pelo largo, acaricia mi pierna y me dedica un pestañeo seductor antes de ayudarme a levantar.

En cualquier otra ocasión, el final de la noche estaría más que definido, pero ahora, lo único que ella consigue es recordarme lo que no tengo, lo que he perdido por culpa de ser quien soy. Mi rostro se torna serio, pero enseguida me recuerdo por qué he salido esta noche.

—Vamos a mi casa —sugiere Jim guiñándome un ojo.

Sé que él ya ha hablado con Dinna y le ha explicado todo, así que los rumores que aparecerán mañana no repercutirán en su relación.

Todo el personal nos sigue mientras Michel y K-Box nos abren paso, Jeffrey nos espera fuera con la limusina y Junior ha traído su coche.

En cuanto ponemos un pie fuera del club, los gritos, las preguntas y los flases hacen su gran aparición. Solo escucho el nombre de Savannah, la palabra infidelidad, Amish y “viejos hábitos”. Jim y yo ayudamos a que las cuatro chicas entren en el vehículo alargado sin responder a un solo comentario, siguiendo el plan previsto, a pesar de estar más borrachos de lo esperado.

Ambos rechazamos todos los besos que las cuatro intentan darnos durante el camino, de forma sutil y entre risas, no vamos a hacer nada con ellas, solo pasar un buen rato sin el sexo de por medio. Ellas se divierten viendo cómo las furgonetas de los paparazzi nos siguen y se colocan a nuestra altura para cazar la fotografía esperada.

—¿Podemos salir por la ventana del techo? —pregunta una de ellas emocionada.

—Claro, como si queréis salir las cuatro —contesta Jim mientras fuma un cigarro.

Ellas lo celebran y se turnan para salir de dos en dos y posar para las cámaras, yo no me muevo.

SAVANNAH

El gallo de mi vecina me despierta al amanecer, como solía hacer cuando aún vivía aquí. Mery, amiga de mi madre de toda la vida, fue quien nos recogió anoche y nos dejó dormir en su casa después de que el padre de Chloe nos diera el mismo recibimiento que el mío. Ambas nos dormimos llorando, en parte arrepentidas de haber venido, para qué engañarnos, esto no podía ser una buena idea. Sin embargo, creo que era lo que debía hacer para intentar devolver a mi familia,

y a mi comunidad, la privacidad que siempre han preservado.

—Buenos días —balbucea en medio de un bostezo desde el otro lado de la cama.

—Buenos días. Vamos a ayudar a Mery con el desayuno.

—Dios, ya no recuerdo lo que era vivir sin electricidad —murmura mientras se pone una bata, hace un frío terrible.

Nos unimos a mi vecina en el comedor, donde ya se encuentran todos sus hijos sentados en la mesa para tomar una taza de leche con pan recién hecho. Su marido ha debido marcharse ya a trabajar, espero que no le hayamos causado molestias con él por habernos acogido.

—¿Hasta cuándo tenéis planeado quedaros? —pregunta mientras desayunamos.

—No lo sé... ¿Sabes si siguen los paparazzi fuera?

—¿Las personas esas con esos aparatos enormes para hacer fotografías?

—Sí, perdona. —¿Cómo he podido olvidar tan pronto que estas personas no conocen todo eso?

—Sí, siguen ahí. Están acampados y haciendo turnos para no perder detalle.

—Malditos —gruñe Chloe con la boca llena.

Tratamos de ignorar el tema durante unas cuantas horas, las que dedicamos a ayudar a Mery en casa sin poner un pie fuera de la casa, la cual está vigilada sin descanso. Mi padre salió a trabajar con mis hermanos mayores a primera hora, pero no me he atrevido a ir a casa para hablar con mi madre, y estoy segura de que ella tampoco ha querido salir por miedo a que la prensa se le eche encima.

Esto es desesperante.

—Sav... —Chloe me mira desde un rincón de la habitación cuando terminamos de cambiar las sábanas y saca su teléfono de la mochila—. ¿Has comprobado tu móvil?

—No, todavía no lo he encendido, ¿por qué? Estamos en todas partes, ¿verdad? —adivino mientras enciendo el mío.

—Bueno, no somos las únicas...

Frunzo el ceño y espero a que la pantalla se ilumine y todas las notificaciones empiecen a llegar. Tengo muchísimas llamadas de Mason, de Lia y de números desconocidos, además de unos cuantos mensajes.

Accedo a la cuenta de Twitter de Mason —hace semanas que me dio acceso a todas sus redes cuando le dije que yo no quería hacerme cuentas para mí— y me encuentro con imágenes que nunca hubiera imaginado.

—Siéntate —pide Chloe cuando me tambaleo con el móvil en la mano.

—¿Qué es esto? —Le muestro una foto en la que se ve a Mason junto a Jim y otras cuatro chicas saliendo de su discoteca favorita, claramente bebido y con una expresión de absoluta felicidad.

—No nos precipitemos, espera.

Me muerdo el labio para no llorar y sigo viendo fotos, leyendo comentarios y negándome que esto sea real.

—*“Fox pasó la noche con su mejor amigo, el actor Jim Dolinger, y cuatro chicas desconocidas que, al parecer, se unieron al reservado del interior del club que frecuentan habitualmente. Fuentes cercanas cuentan que pasaron una noche divertida en la que bebieron sin control y se descontrolaron como nos tenían acostumbrados antes de comenzar sus respectivas relaciones con las ya conocidas Dinna y Savannah. Esta última se encuentra pasando unos días nada comparables a la noche del cantante, habiendo protagonizado una fuerte discusión con los medios de comunicación y con su familia Amish en la comunidad de Silencetown, donde le cerraron las puertas de su casa y fue rechazada por su padre, el cual le*

dedico unas duras palabras que hicieron llorar a la novia de Fox. ¿Exnovia ahora? No lo sabemos, pero lo cierto que, tanto el cantante como el actor, abandonaron el lugar con las cuatro chicas y juntos se marcharon en limusina. Lo último que se sabe de ellos es que ingresaron en la mansión de Dolinger a las cuatro de la madrugada.”

—Menudo capullo —masculla Chloe quitándome el móvil de las manos cuando no soy capaz de aguantar más las lágrimas.

—¡Ni un día, Chloe! ¡No ha esperado ni un día!

—Joder, Sav. —Resopla y me levanta para abrazarme—. No sé qué decirte, lo siento mucho. ¿Quieres llamarle o...?

—No —digo bruscamente y me seco las lágrimas con rabia—. No quiero nada, vuelve a apagar mi móvil y vamos a recuperar nuestra vida.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a terminar con esto.

Me observa mientras saco del armario la ropa que Mery nos ha dejado, me pongo el largo vestido azul marino, el delantal blanco y recojo mi cabello en un moño para después cubrirlo con la cofia blanca que ella solía usar antes de casarse. Me doy la vuelta hacia Chloe y veo cómo varias lágrimas resbalan por sus mejillas.

—No puedo, Sav. —Niega con la cabeza, pero yo ya lo sabía—. Lo siento.

—Tranquila, lo entiendo. —Nos abrazamos y le doy un beso en la cabeza antes de que ambas nos obliguemos a sonreír—. ¿Cuándo te quieres marchar?

—Mañana a primera hora, el autobús sale a las nueve de Gallup.

—De acuerdo, aprovechemos el día entonces. Acompáñame.

Salimos al porche y de inmediato me siento observada por toda la comunidad, cientos de ojos fijos en mí. Bueno, y en Chloe, la cual lleva su ropa de ciudad y no de Silencetown. Me armo de valor y bajo las escaleritas hasta pisar la tierra del camino, al cual ya están llegando los fotógrafos, listos para su exclusiva, haciendo ya fotos de mi atuendo.

—Savannah, ¿vuelves a vivir aquí? ¿Ya no regresarás a Los Ángeles?

A diferencia de otras veces, en esta ocasión no hacen más preguntas, supongo que esa es ya la única que tienen.

—¿Has visto las fotos de Mason anoche? ¿Has podido hablar con él?

Pues no, me equivocaba.

—Esto va a ser lo último que os diga, y os pido que lo respetéis —comienzo, y siento que no solo ellos están atentos, sino todos mis vecinos e incluso mi madre desde su propio porche—. Mason y yo ya no estamos juntos, nuestra relación ha terminado y ya no hay nada que me una ni a él, ni a la ciudad, ni a todo su mundo. Este es mi hogar, lo que veis es lo que hay, sin escándalos, sin glamur y sin noticias. Solo queremos paz y tranquilidad, no vais a encontrar ninguna exclusiva más aquí. —Guardo silencio y busco la complicidad en su mirada, casi suplicando—. Ahora marchaos y no volváis, por favor.

Se miran entre ellos varios segundos y luego bajan las cámaras, asienten y se retiran sin decir nada más. Permanezco inmóvil hasta que veo cómo comentan algo a lo lejos, algo confundidos e indecisos, y al final se suben a sus vehículos, avanzan sin mucha prisa y se pierden por el camino que lleva a la carretera principal.

23 | MIEDOS

MASON

Despierto con un dolor de cabeza que hacía tiempo que no tenía, boca abajo en una cama que no es la mía. Levanto la cabeza, y a mi lado me encuentro con Jim, tecleando en su teléfono mientras niega con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —balbuceo intentando girarme.

—Justo lo que querías, aunque creo que se nos fue de las manos. —Me muestra la pantalla de su móvil y mis ojos se abren de par en par unos segundos antes de volver a cerrarse y enterrar la cabeza bajo la almohada.

—Mierda —murmuro.

—“*Los jóvenes inseparables de Hollywood han tenido una noche de lo más interesante.*” —Empieza a leer la noticia en voz alta—. “*Después de unas horas en la discoteca de moda de Sunset Strip, abandonaron el lugar con unas cuantas copas de más y cuatro chicas desconocidas para los medios. Se subieron en una limusina y recorrieron el camino hasta la mansión de Jim Dolinger haciendo una fiesta por todo lo alto; las chicas celebraron la noche saliendo por la ventana superior del vehículo, posando para las cámaras y gritando como si no hubiera un mañana. Sin embargo, no contentos con eso, se detuvieron en una tienda de 24 horas, compraron siete paquetes de papel de baño y llenaron los árboles exteriores de la mansión de Emilia Prince, cantante y ex pareja de Fox. ¿Qué podemos pensar acerca de esto? Lo cierto es que no tenemos ni idea, pero todo apunta a que nuestro querido Mason, se ha olvidado de la inocente y risueña Savannah Dixon, la cual se encuentra pasando unos días en su aldea Amish, donde no ha sido muy bien recibida...*”

—Para —le pido cuando ya no puedo escuchar más—. Me cago en mi vida.

—Menos mal que le dijiste a Savannah que todo estaba preparado, no quiero imaginarme lo que estaría pensando ahora mismo si no.

—¡Joder! —Me pongo en pie todo lo deprisa que la resaca y el mareo me lo permiten, y busco mi teléfono por todas partes—. ¿¿Dónde está mi móvil!?

—¿Qué pasa? Dios, no se lo dijiste, ¿verdad? —Jim me dedica una mirada de compasión—. Está en el baño, creo —dice señalando la puerta con la cabeza.

—Se me olvidó, maldita sea —mascullo cogiéndolo y viendo que apenas me queda batería por la cantidad de notificaciones que hay—. ¿Y Junior?

—No lo sé, no me he atrevido a salir de la habitación —confiesa en medio de un bostezo.

—Savannah tiene el móvil apagado —maldigo cuando trato de llamarla.

Me lavo la cara para despejarme y, tras lamentarme por mi estado al verme en el espejo, cojo mis zapatillas del suelo y salgo del dormitorio para ver con qué me encuentro. Jim me sigue arrastrando los pies.

Desde la barandilla de la planta superior vemos a las cuatro chicas que, al parecer, anoche nos

acompañaron. Yo no me acuerdo de casi nada. Están riendo y hablando mientras dos de ellas juegan a la X-Box, otra las mira mientras come restos de pizza y la cuarta dormita en el sofá. Miro a Jim, el cual me devuelve una mirada desconcertada y bastante indiferente.

—Buenos días, bellos durmientes —saluda, con la boca llena, la primera que nos ve.

—Buenos días —responde Jim.

—Hola, ¿habéis visto a mi asistente? —pregunto mirando a mi alrededor.

—Está en la cocina, hablando por teléfono —responde otra.

—Gracias.

Las dejo en el salón junto a Jim, y busco a Junior, nervioso por la bronca que me va a echar y pensando en una excusa que no sé cómo explicar.

—De acuerdo. —Escucho que dice. Estoy a su espalda, así que todavía no me ha visto—. Bien, así lo haremos, gracias. Adiós.

—¿Cómo de jodido estoy?

—¿En tu vida personal o en la profesional? —Gira con una ceja alzada.

—Ambas.

—En la profesional está *on fire* —contesta cogiendo el zumo que se ha preparado para él, y entregándome el que ha preparado para mí—. En la personal estás en la mierda, Mason. —Niega con la cabeza y yo doy un trago largo que me refresca por dentro.

—Se me olvidó contarle a Savannah lo que iba a hacer —admito avergonzado—, solo quería que la prensa se fijara en mí y la dejaran en paz a ella. Ahora tiene el móvil apagado.

—Bueno, supongo que esto lo explica.

Coloca la pantalla de su Tablet frente a mí y él mismo me quita la bebida de la mano, seguro que recordando cómo ayer un vaso explotó por mi rabia ante el otro video.

—¿De cuándo es esto? —pregunto sintiendo cómo se tensiona mi mandíbula al ver a un grupo de paparazzi abordando a Savannah en un porche.

—De hace una hora.

Mi novia viste ropa de Amish, se muestra resignada y triste, y sus ojos brillan como si acabara de estar llorando. Aguarda a que los fotógrafos terminen de avasallarla a preguntas acerca del motivo por el que está allí, también le preguntan si ya se ha enterado de lo que hice anoche y si me he puesto en contacto con ella.

—“Esto va a ser lo último que os diga, y os pido que lo respetéis —habla con calma, aunque su labio inferior tiembla notablemente—. Mason y yo ya no estamos juntos, nuestra relación ha terminado y ya no hay nada que me una ni a él, ni a la ciudad, ni a todo su mundo. Este es mi hogar, lo que veis es lo que hay, sin escándalos, sin glamur y sin noticias. Solo queremos paz y tranquilidad, no vais a encontrar ninguna exclusiva más aquí. —Sus ojos clavados en la cámara son como una punzada en todo mi corazón—. Ahora marchaos y no volváis, por favor.”

Aparto la mirada y Junior quita el video, camino hasta una silla y me siento, controlando mi ira para no destrozar una casa que no es la mía. Recuerdo cuando me enfadaba por algo y Savannah me pedía que respirase hondo y contase hasta ocho.

—¿Qué ha pasado? —Jim entra en la cocina y se encuentra con el panorama—. ¿Has hablado con Sav ya?

Junior responde por mí y le entrega su Tablet para que lo vea por él mismo, yo trato de reflexionar acerca de cómo solucionar esto mientras vuelvo a escuchar su voz cuando mi amigo reproduce el video.

—Joder... ¿Qué hacemos, colega? ¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta al terminar.

—¿Tienes una máquina del tiempo?

SAVANNAH

Las cosas se han tranquilizado desde que la prensa se marchó, al menos de cara al exterior, puesto que, de cara al interior de mi hogar, siguen igual de tensas. Han pasado veinticuatro horas desde que todo sucedió, desde que vi las imágenes de Mason y mi mundo se derrumbó. He tomado la decisión de olvidarle, de fingir que todo eso nunca ha pasado y que nuestra historia ha sido un simple sueño. Uno malo, puesto que todavía me cuesta creer que haya podido hacerme algo así.

—Savannah, mira.

Me levanto de la silla de la cocina para caminar hasta la ventana desde la que Mery me llama. Al otro, lado decidiendo si llamar a la puerta o no, se encuentra mi madre, así que no me lo pienso y corro a abrirla antes de que se pueda arrepentir.

Nuestras miradas se encuentran y un sinfín de emociones invaden mi corazón, desde nervios hasta culpa. Culpa por haberme marchado sin despedirme, y ahora haber vuelto de esta manera.

—Hola, madre —baluceo con un inmenso nudo en la garganta—. ¿Por qué no pasas? —Me hago a un lado y le hago un gesto con la mano, mirando por encima de su hombro a los curiosos que nos observan de camino a sus quehaceres diarios.

Gracias a Dios, la prensa no ha vuelto. No sabría cómo enfrentarme a ellos ahora que Chloe ya se ha marchado.

—Estaré en el granero si me necesitáis —comunica Mery, pasa por el lado de mi madre y ambas se aprietan la mano de un modo significativo y tierno.

—¿Quieres un té? Acabamos de hacerlo.

—Gracias. —Es la primera palabra que dice.

Preparo dos tazas y sirvo la bebida caliente en silencio, sopesando bien el modo en el que comenzar a explicar todo lo sucedido.

Dejo la tetera sobre el fogón y regreso a la mesa, para sentarme justo frente a ella. Busco sus ojos y vuelvo a tragar saliva para no echarme a llorar.

—Lo siento mucho —hablo al fin. Y rompo a llorar.

Ella también lo hace, pero no dice nada, tan solo me ofrece su mano por encima de la mesa y entrelazamos los dedos durante los largos segundos que necesito para calmarme y poder continuar hablando.

—Siento haberme marchado, madre. Y siento más el modo en el que lo hice, pero en aquel momento pensé que nunca lo entenderíais, que no me daríais permiso para irme y vivir mi rumspringa.

—¿Ha valido la pena? —pregunta y suelta mi mano, sujeta con cuidado la taza ardiendo y da un breve sorbo.

—Sí —afirmo con seguridad—, no me arrepiento. He aprendido cosas que aquí nunca habría podido hacer.

Mamá suspira, cierra los ojos y niega con la cabeza antes de dar otro sorbo. Después apoya la taza sobre la mesa y vuelve a mirarme.

—Háblame de ese Mason. ¿Quién es? ¿Por qué han venido todas esas personas y te han sacado en las revistas?

—¿Cómo os habéis enterado de todo?

—Cuando llegaron el primer día y nos abordaron en el porche con miles de preguntas, hablamos con el Consejo y nos permitieron acceder a la televisión y otros medios de la parroquia. Te vimos... con esas ropas y... —Vuelve a cerrar los ojos y casi puedo palpar su decepción—.

Estabas besándole, Savannah. ¿Cómo has podido llegar tan lejos? No te reconozco.

Y aquí está, todo el miedo, toda la culpa, los pecados, explotando en mi cara.

—Siento muchísimo haberte decepcionado, madre, pero es mi vida. —Lleno mis pulmones de aire para no acobardarme ahora—. Respeto todos nuestros valores y agradezco la educación que me habéis dado. He tenido una vida maravillosa, os quiero, sois mi familia, pero es mi vida. —Sonrío resignada y me encojo de hombros—. Nunca renegaría de mis raíces, estoy orgullosa de la comunidad en la crecí y la gente con la que la compartí. El Ordnung fue mi guía durante todos estos años, pero siempre sentí que me faltaba algo, ¿sabes? No supe lo que era hasta que llegué a Los Ángeles, hasta que caminé por sus calles, conocí a todas esas personas, tan diferentes entre ellas y...

—Y Mason. ¿No? —Arquea una ceja y sus ojos me juzgan con dureza.

—Pues sí. Mason ha sido la parte más importante de este viaje, pero no la única, mamá. Él me ha enseñado la magia del mundo, las cosas tan bonitas que hay ahí fuera, más allá de las lindes de Silencetown. ¿Es tan malo querer más? ¿De verdad me hace ser una peor persona? El hecho de que me haya enamorado de un chico que aquí nunca hubiera podido conocer, uno que me respeta y me trata como a un igual. Un hombre que no espera que yo me encargue de la casa mientras él trabaja, uno que madruga para prepararme el desayuno y no espera que sea yo la que siempre se encargue de todo. —Hago una pausa cuando varias lágrimas resbalan por sus mejillas, aunque no me detengo, ya es tarde para retroceder—. Te quiero —suspiro—, entiendo que estés decepcionada y que ya no queráis que sea parte de la familia, pero si has venido esperando que me disculpe por haberme sentido viva por primera vez en la vida, no lo haré.

24 | GOLPE BAJO

SAVANNAH

Aguardo paciente mientras mi madre llora y se desahoga, la decepción cuesta masticarla. Entonces se levanta, rodea la mesa y se detiene frente a mí para que haga lo propio. Me pongo en pie y, cuando creo que va a darme una bofetada, me sorprende con el abrazo más fuerte que me ha dado en la vida. Acaricia mi cabello y ambas sollozamos durante un par de minutos en los que no nos separamos.

—Eres mi hija —dice dando un paso atrás y sujetando mis mejillas entre sus manos—. Tu padre no lo va a aceptar, Savannah, no quiere ni verte. Me ha prohibido incluso venir a hablar contigo, pero me da igual. Nadie podría obligarme a que dejara de quererte. Entiendo por qué te marchaste, ¿te crees que yo no recuerdo mi rumspringa?

—¿Tu...? Pensaba que nunca llegaste a utilizarlo. —La miro confundida al recordar la cantidad de veces que me ha dicho que ella nunca necesitó experimentar para saber que quería ser Amish.

—Te mentí. —Alza sus hombros y se disculpa con una sonrisa cubierta por la humedad de las lágrimas.

—¿Qué pasó, mamá?

—Yo también me escapé, solo llegué hasta Albuquerque y apenas pude estar dos semanas antes de que tu abuelo me encontrara. —Su voz denota tristeza y resquicios de felicidad al mismo tiempo. Recuerdos—. Ya estaba comprometida con tu padre en aquel momento, pero... Bueno, supongo que no le quería. Nuestros padres tenían negocios juntos y fue una boda concertada, ya sabes... —Asiento, aunque sin ser capaz de articular palabra—. Aquellas dos semanas, Savannah, fueron las más felices de toda mi vida —confiesa clavando la mirada en mí—. Conocí al único hombre que me ha hecho sentir viva, como tú dices. —Sonríe y limpia las lágrimas que aún empapan mi rostro—. Sin embargo, aquello no pudo ser. Tu abuelo me trajo de vuelta casi arrastras y nunca volví a saber de él...

—¿Por qué no volviste a escaparte?

—No pude, la familia estaba pasando por un mal momento económico y tenía que casarme con tu padre para que su familia nos ayudase.

—Mamá... —Siento una enorme lástima por ella, así que la abrazo.

—¡No te preocupes! —exclama sonriendo contra mi pelo—. La historia tuvo un final feliz, tuve unos maravillosos hijos y una hermosa hija, ¿sabes?

—Y...

—Y aprendí a querer a tu padre. —Asiente y me guiña un ojo, indicándome que quiere zanjar esta conversación—. Siento haberte juzgado, supongo que es el fondo solo sentía una enorme envidia porque tú sí lograste vivir todo lo que yo no pude.

—Sí, pero mira como estoy ahora... He vuelto.

—Cuéntame qué ha sucedido con Mason, háblame de él.

Pasamos la siguiente hora entera hablando sobre mi loca aventura en Los Ángeles, le cuento todo sobre Mason y nuestra relación, e incluso le hablo de mi trabajo, algo que le sorprende

gratamente. Me demuestra cómo en realidad, eso que pretendía ser decepción, solo era una especie de rechazo fingido para intentar reclamarme por lo que ella siempre había querido hacer. Aunque, en realidad, se muestra emocionada por todo lo que le cuento. Por un momento deja de parecerme la madre estricta y ordenada que cumple a rajatabla el Ordnung, para convertirse en una adolescente ilusionada y con un brillo en los ojos que nunca le había visto.

—Siento interrumpiros —dice Mery regresando del granero—, pero he escuchado la voz de tu marido desde el otro lado de la calle.

—Cielos, mira la hora que es. —Mi madre se levanta nerviosa y me da un fuerte abrazo—. Te quiero, no lo olvides ni lo dudes, y estoy muy orgullosa de lo valiente que has sido. Gracias por sincerarte conmigo, prometo venir a verte mañana cuando tu padre se vaya a trabajar.

—¿Hablarás con él?

—Lo intentaré, pero no quiero que te hagas ilusiones, hija... —Dibuja una mueca de tristeza y yo asiento antes de darle un beso y acompañarla a la puerta—. Gracias por cuidar de mi pequeña, Mery.

—No tienes que darlas.

Observamos cómo se asoma con cuidado por la puerta y corre cuando ve que no hay nadie alrededor. Solo espero que nadie le vaya con el cuento a mi padre...

M A S O N

—No deberías seguir bebiendo, colega. —Jim intenta arrebatarme la botella de Tanqueray de las manos, pero aún tengo reflejos como para evitarlo.

—Dame una sola razón para no hacerlo —pido incorporándome en el sofá de cuero de mi salón.

—¡Te doy cien, si quieres! ¿Qué te parece esta increíble mansión? —Alza los brazos señalando a todas partes y a ninguna en particular—. O tu fama, esa que te abre las puertas de cualquier parte; tus fans, que ahora mismo deben de estar muy preocupadas después de ver el estado en el que saliste ayer del club. ¡Tu vida, joder!

—No, no me convences. —Doy otro trago y él se gira cuando la puerta principal se abre.

—¡Dios! ¿¡Habéis matado a alguien!? ¡Qué mal huele aquí dentro!

—No estoy para aguantarte ahora mismo, Junior, lárgate.

—En tus mejores sueños —dice caminando hasta donde estoy tumbado.

Me quita la botella sin dudarle, coge el vaso de agua que hay sobre la mesita del centro y sin anestesia me lo tira por encima.

—¡Agh! —gruño lleno de furia y me pongo en pie prácticamente de un salto, pego mi cabeza a la suya y aprieto los puños haciendo un esfuerzo sobrehumano por no partirle la cara.

—Vamos, genio, pégame —dice sin ningún atisbo de preocupación o arrepentimiento—, igual que hiciste anoche con Thomas Morris. E igual que hiciste la semana pasada con el guardaespaldas de Emilia.

—Lárgate —mascullo entre dientes.

—No pienso irme a ninguna parte hasta que te duches, te vistas y empieces a comportarte como un hombre. Ya no tienes diecisiete años, Mason, no puedes permitirte el lujo de dar estos espectáculos. Ahora no —habla con seria convicción—. Te estás jugando tu carrera.

—¡Me da igual!

—Bueno, para eso estoy yo —recuerda sin más, se separa de mí y pasa de largo hacia el minibar—. Chicos, todo esto fuera.

Giro para ver con quién está hablando y entonces veo a mis dos guardaespaldas, K-Box y Michael entrando en el salón.

—Ni se os ocurra —les advierto con la mirada, y ellos se detienen.

—Chicos —insiste Junior. Jim permanece de pie observando la escena mientras se lamenta.

—Yo soy vuestro jefe, a quien tenéis que obedecer.

—Lo sentimos, Mason —Michael niega con tristeza y se aproxima hasta el minibar—, es por tu bien.

—Que os jodan, ¿creéis que vais a conseguir algo tirándome el alcohol? —Vuelvo a tumbarme el sofá y me coloco los auriculares, subo la música al máximo y observo en silencio cómo acaban con mis reservas.

Los últimos cinco días han sido un putito infierno. No he conseguido contactar con Savannah de ninguna forma, incluso me he mandado mensajes privado a mis redes sociales por si se le ocurriese acceder desde su comunidad, pero no ha servido de nada porque sigue sin responderme. No he tenido ocasión de explicarle lo sucedido, y cada día pierdo un poco más la esperanza.

Sobra decir que no tengo ninguna gana de acudir a mis compromisos, a las entrevistas con la televisión, revistas y radio, y tampoco de cantar. De hecho, Junior tuvo que cancelar el concierto del miércoles porque me negué a moverme de casa. Sí, sí, lo sé, parezco un crío de siete años, ¡pero me da igual! Solo quiero que Sav vuelva, quiero poder retroceder en el tiempo, al momento antes de perder la cabeza con el alcohol y mandarle un mensaje explicándole que todo era preparado para llamar la atención de la prensa. ¿¡Cómo pude ser tan imbécil!? Me odio tanto a mí mismo que no soporto ni mirarme al espejo.

—Me marchó al gimnasio, ven conmigo, anda —solicita mi mejor amigo arrancando el auricular de mi oído.

—Paso. Que te diviertas.

—Estás cometiendo un error. —Niega con la cabeza y espera una reacción por mi parte que nunca llega—. Después vengo.

Lleva unos días quedándose en mi casa, supongo que tienen miedo de que se me vaya la olla aún más, pero es que no entiende —nadie entiende—, que lo único que puede hacerme salir de esta mierda de túnel, es ella. Encontré el amor, e igual que vino se marchó. Fin.

SAVANNAH

Ayudo a mi madre en las tareas del jardín bajo la incesante y juzgadora mirada de mi padre, el cual ha cedido levemente y, al menos, ya no me prohíbe pasar tiempo con ella y mis hermanos, los cuales están más grandes y guapos cada día que pasa.

Les costó entender por qué me había marchado, solo los más mayores lo han entendido, pero todos están felices de tenerme de vuelta.

Por mi parte, sigo pensando que este no es mi sitio, sigo sintiendo un vacío en mi pecho tan grande que hay noches en las que me despierto sin aliento. Sin embargo, ya está, no hay vuelta atrás, no puedo regresar a la ciudad y arriesgarme a que los *paparazzi* vuelvan a echarme el ojo y de nuevo acosen a mi familia.

En lo que respecta a Mason, más de una vez me he sentido tentada a encender el móvil que tengo escondido, pero no lo he hecho por una sencilla razón: si lo hago y tengo un solo mensaje de él, no podré evitar llamarle, y si escucho su voz, todas mis barreras caerán y entonces sí que estaré acabada.

—Savannah, tu padre ha hablado con el señor Jensen —dice cuando terminamos de plantar unas lechugas.

—¿El padre de Isaac? —Arqueo una ceja y, no sé por qué, pero me huelo lo peor. Ella solo asiente—. Vale... ¿Y? ¿Qué pasa?

—Quiere comprometerte con él, Savannah.

—¿Disculpa? —La miro con confusión y el ceño fruncido—. Es una broma, ¿verdad?

—No. —Intenta acariciar mi mejilla, pero retrocedo—. Dice que es la única manera de que demuestres a toda la comunidad que vuelves a ser Amish, que comprometerte con él será igual que comprometerte con el pueblo.

Me doy la vuelta y le busco con la mirada, observándonos desde el porche trasero de la casa, mi madre trata de sujetarme del brazo cuando me encamino furiosa hacia él, pero me suelto de un tirón. Subo los tres escalones que separan la casa de la hierba y le enfrento como hace días que moría de ganas de hacer.

—¿Cómo puedes odiarme tanto?

—¿Odiarte? —suelta una risa socarrona—. No, Savannah, yo no te odio, eres suficiente decepción para ti misma como para que te odie. No sé ni cómo te has atrevido a volver, pero ya que lo has hecho, lo justo es que nos compenses por el daño que nos has causado, ¿no te parece, hija?

—¿Compensarte? —Río con amargura y miro a mi madre, que ya se encuentra a nuestro lado, con el semblante lleno de preocupación—. Eres un infeliz que solo encuentra satisfacción en la humillación de otros, pero si piensas que vas a conseguir hacerlo conmigo, es que no me conoces. Puede que no me quieras en tu casa, pero no puedes echarme de mi comunidad.

—¿Esa de la que huiste para pasearte como una fulana por las calles acompañada de un famoso que te ha vendido?

Doy un paso atrás cuando de pronto mi madre da un paso adelante y abofetea la cara de mi padre. Él retrocede por el golpe, pero enseguida se recupera y alza la mano, la cual es sujetada inesperadamente por mi hermano mayor, Johan, de veinte años.

—¿De verdad, padre? —Se coloca frente a él sin soltar su mano, con una expresión decepcionada y dolida—. ¿Serías capaz?

—¡Ella me ha golpeado! —Se excusa dando un tirón para soltarse del agarre de su hijo.

—No vuelvas a llamar fulana a mi hija, te he aguantado durante muchos años, pero esto no voy a tolerarlo.

—Linda...

—No. Me prohibiste llamarla cuando la madre de Ophelia me ofreció su número, y te obedecí como hago siempre, pero Savannah ha vuelto, así que asúmelo de una vez sin condiciones ni ofensas.

—Ella es una ofensa para esta familia.

—Basta —intervengo—. Dejad de discutir ya, si el señor de la casa no me quiere aquí, no tengo problema, pero te puedo asegurar que no pienso volver a obedecer nada que salga de tu boca. Y vosotros tampoco deberíais hacerlo —digo antes de marcharme.

25 | CONFESIÓN

MASON

Junior consigue sacarme de casa para acudir a una importante reunión con Kenai, ya que estamos casi en Navidad y tenemos que repasar el disco antes de su lanzamiento. En cuanto pongo un pie fuera de mi coche, la lluvia de paparazzi es igual que un maldito diluvio. A pesar de llevar gafas de sol y de ser casi de noche por la época del año en la que nos encontramos, los flashes consigues darme dolor de cabeza.

—¡Mason, mira aquí, por favor!

—¿Sigues sin hablar con Savannah?

Mis guardaespaldas tratan de abrirme paso, pero realmente son muchos fotógrafos a la caza de su exclusiva. Me escondo bajo una gorra y la capucha de mi abrigo, ando deprisa e ignoro a todo el mundo.

—¿¡Qué te parecieron las declaraciones de Savannah!?

—¡Mason!

—¡Joder! —exclamo cuando ya estamos dentro de la discográfica y no pueden escucharme—. Buscad otra puerta para después, no pienso volver a salir por aquí porque al final la lío —comunico a mis guardaespaldas, los cuales asienten.

Se quedan en la entrada mientras yo continúo solo a mi encuentro con Junior, Kenai y Jamie, los cuales ya están esperándome en el estudio.

—Hola, tío. —El director de la discográfica choca mi mano antes de darme un abrazo.

Jamie le imita y Junior solo se cruza de brazos y me observa.

—¿Cómo estás? —pregunta Jamie volviendo a sentarse en su silla frente a la mesa de mezclas y sus ordenadores.

—Bien, vamos a terminar cuanto antes, por favor, quiero largarme.

—¿A beber?

Lanzo una mirada asesina a mi asistente, pero no quiero montar una escena delante de nadie más, así que me callo y tomo asiento junto a los otros dos para escuchar el resultado de las canciones.

Reconozco que disfruto durante un par de horas, me evado de mi realidad de mierda y escucho el resultado de todo lo trabajado durante las últimas semanas. Sin embargo, de igual forma que tengo recuerdos en solitarios, encerrado con mi micrófono, también los tengo con Savannah al otro lado del cristal, cantando y dando saltos mientras Kenai y Jamie se encargaban de que todo quedase perfecto. No puedo creer que hayamos llegado tan lejos para ahora acabar así, separados y sin ni siquiera habernos despedido. Pero ¿cómo íbamos a despedirnos si esto no tendría que haber sucedido nunca? Savannah no tendría que estar allí ahora, si no hubiese salido conmigo nunca habría tenido que regresar. Soy consciente de que ha vuelto a su comunidad obligada, presionada por toda la maldita prensa que, al no dejar en paz a su familia, prácticamente la han forzado a ir y poner un poco de orden. Y yo, el mayor idiota de la historia, he tenido que cagarla mientras intentaba ayudarla.

Sonrí para mí solo al imaginar la bronca que me echaría si se enterase del absurdo plan que se me ocurrió para alejar a los paparazzi de ella. ¿En qué momento me pareció todo eso una buena idea? ¿Es que no he aprendido nada de su sensatez? Ha quedado claro que no.

Regreso a mi propiedad en el asiento trasero del Jeep que Jeffrey, mi chofer, conduce. Vuelvo a llamar a Sav, pero sigue apagado, y dudo que vaya a encenderlo, si sigue allí, los móviles están prohibidos, así que lo más seguro es que lo haya escondido o ya se haya deshecho de él. Se me ocurre buscar a su amiga, Ophelia, e intentar conseguir que me ayude para contactar con ella de alguna forma.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—Jeoff, llévame a los apartamentos Rodeo, por favor.

—¿A la casa de la señorita Savannah? —Busca mi mirada a través del retrovisor y yo asiento con la cabeza—. De acuerdo.

Deslizo el dedo por la pantalla de mi teléfono mientras él conduce, pasando de una noticia a otra, protagonizando las webs y revistas más importantes de Hollywood. Me he cargado mi relación, sí, pero también he conseguido quitarle la prensa de encima.

—Espérame aquí, no tardaré —indico a mi conductor cuando se detiene frente a los apartamentos.

Hago una señal a K-Box y Michael para que no se bajen del coche que aparca tras nosotros y que siempre me sigue allí a donde voy, no creo que les necesite ahora, no veo fotógrafos por aquí.

Aprieto el timbre de Ophelia y aguardo impaciente a que responda, aun sin saber qué decir o cómo explicarle todo.

—¿Quién es?

—Mason, ¿puedo subir?

Hay un silencio prolongado en el cual noto la garganta tan seca que apenas puedo tragar saliva; segundos después, un sonido indica que me ha abierto. Subo por las escaleras porque no tengo paciencia para esperar al ascensor, y toco la puerta del domicilio con los nudillos antes de entrar, puesto que la han dejado entreabierta.

—¿Hola?

—Mason. —La amiga a la que no me esperaba me observa sorprendida desde el salón.

—¿Chloe? Pensaba que estabas con Savannah —contesto mientras avanzo hasta allí.

—No, solo fui para acompañarla, mi familia no ha querido ni verme y yo tampoco quería permanecer allí. Los Ángeles es mi hogar ahora. —Se cruza de brazos de un modo defensivo y no me mira con la misma admiración que lo hacía al principio de conocernos.

—¿Qué haces aquí, Mason?

Giro la cabeza cuando Lia sale de la cocina, secándose las manos con un paño y el mismo rostro serio que su amiga.

—Necesito que me ayudéis, tengo que hablar con Savannah. —Voy directo al grano.

—Pues yo creo que no tenéis nada de qué hablar —espeta Chloe—, lo has dejado todo muy clarito.

—Sí, la has cagado —apoya la morena.

—Lo sé, ¿vale? Pero no es como vosotras pensáis, como todo el mundo piensa. —Me froto los ojos y me tomo la libertad de sentarme en el sofá; ellas no, ellas permaneces de pie y en silencio, así que lo interpreto como una oportunidad de explicarme—. La última vez que hablé con ella, estaba muy agobiada porque la prensa había encontrado la comunidad y estaban acosando a su familia. Yo... temí perderla del todo y solo quise ayudarla. —Me lamento y suspiro, alternando la

mirada de una a otra, buscando un poco de comprensión—. Vi los videos de cuando llegó a Silencetown y cómo todos los paparazzi se le echaron encima, y se me ocurrió llamar la atención de los medios para que le dieran un respiro.

—¿Cómo dices? —Lia y Chloe se miran, confusas, y ambas toman asiento; una, sobre la mesita de madera frente a mí, y la otra, en el sofá, a mi lado.

—Pensé que, si volvía a ser el Mason de antes, el que salía y bebía sin control, pasaba la noche con desconocidas y perdía la cabeza, dejaría de interesarles Savannah y pondrían toda su atención en mí.

—O sea que sí la has engañado —afirma Chloe arqueando una ceja.

—¡No! No hice nada, esas chicas ni siquiera durmieron con nosotros, no nos besamos ni hicimos nada, os lo juro. Jim también tiene novia, ya la conocéis, nunca habríamos hecho algo así, joder.

—Supongamos que te creemos —aventura Ophelia—, ¿por qué no le contaste todo esto a ella antes de hacerlo?

—¡Porque se me olvidó! —exclamo, cubro mi cara con las manos y me dejo caer hacia atrás en el sofá.

S A V A N N A H

Decido hacer como que nada ha sucedido, como que esa discusión con mi padre no ha pasado, puesto que sé que mi madre está en el medio y no quiero hacer que se sienta peor de lo que ya debe hacerlo. No soy tonta, sé que no es feliz con él, siempre lo he sospechado, pero ahora, después de saber que ella también se marchó en su rumspringa y conoció a otro hombre... Bueno, no debe ser sencillo para ella ver cómo yo he hecho lo que me ha dado la gana, y ella no pudo. Además, en la comunidad Amish los divorcios están prohibidos, la excomulgarían y tendría que marcharse de aquí, así que no es una opción factible, y más con seis hijos de por medio.

—¿Quieres acompañarme a la iglesia? —pregunta Mery cuando ya se acerca la hora de ir—. ¿O prefieres ir con tu madre?

—¿Sabes lo agradecida que te estoy por dejar que me quede aquí? —Sonrío y le doy un abrazo—. Siento que tengas que soportar los cuchicheos de los demás.

—No te preocupes, me dan lo mismo, ya lo sabes. —Asiento—. Además, me haces compañía, siempre quise tener una niña, pero solo me vinieron estos demonios —ríe señalando a sus cinco hijos que ahora charlan en el porche.

Asiento y vuelvo a abrazarla.

—Podemos ir a buscar a mi madre e ir las tres juntas.

Escuchamos la misa en silencio, atentas y con la espalda bien erguida. Dura alrededor de dos horas, muchos minutos para dejar volar la mente y pensar en todo lo que no debo. Cuando el párroco recuerda algunas de las normas del Ordnung y me mira de reojo, muchas de las personas le imitan, haciendo que me sienta realmente culpable por todo lo que he hecho. A ver, en realidad no me siento mal por enamorarme y haber vivido tan increíble aventura, pero sí lo hago por haberme marchado de esa forma y ni siquiera haberme despedido de mi familia. Sé que mamá ha tenido que dar la cara frente a todas estas personas, al igual que la de Chloe y la de Ophelia en su momento.

—Que termine ya, por favor —murmuro entre dientes, mi madre me da un toque con la pierna para que me calle y yo muerdo mis mejillas por dentro para armarme de paciencia.

Entonces, como si estuviera leyéndome la mente, el párroco recuerda a todos —aunque sé que va dirigido a mí—, la prohibición de aparatos tecnológicos, haciendo especial hincapié en los teléfonos móviles. Sí, como ese que tengo escondido al fondo de mi armario. Si quiero tomar el bautismo definitivo en febrero, debo concienciarme y comprometerme al cien por cien, así que en cuanto llegue a casa, me desharé de él para siempre.

—Pensé que no terminaría nunca —comento con mi madre, con Mery, y con mi hermano mayor, Johan, de camino a casa.

—¿Tanto te han cambiado unas cuantas semanas? —cuestiona Mery.

—No te puedes hacer una idea —asiento entrelazando mi brazo con el suyo.

—Creo que alguien te ha echado el ojo —sugiere mi hermano señalando con la cabeza a Isaac Jensen, el chico con el que mi padre quiere casarme.

Debo admitir que es atractivo y siempre me ha caído bien; me acompañaba a casa cuando salíamos de la escuela y siempre creí que le gustaba, pero bueno, aquí las cosas funcionan de un modo muy diferente a como lo hacen en Los Ángeles...

26 | NEGATIVA

MASON

Cuento con todo detalle lo sucedido a Ophelia y Chloe, ellas me escuchan con atención y, para mi sorpresa, no dudan de mi palabra, aunque sí me llaman “idiota” en alguna ocasión. También me reclaman que se me olvidara avisar a Savannah lo que iba a hacer, ya que, de haberla llamado antes de todo el lío, ahora mismo esto no estaría sucediendo.

—¿Creéis que no me he repetido yo eso mil veces? —Bebo de la infusión que Lia me ha preparado y me asomo un poco por la cortina del salón, comprobando cómo la prensa ya me ha encontrado.

—Te juro que no sé cómo narices dan siempre contigo —rechista Lia con cabreo.

—Dejé de preguntármelo hace años. —Vuelvo a sentarme en el sofá, junto a Chloe—. Bueno, ¿qué hago? ¿Vais a ayudarme?

—Lo único que se me ocurre es darle el número de la parroquia y que pregunta allí por Sav —alega Lia mirando a su amiga, como si yo no estuviera aquí.

—¿Crees que la van a ir a buscar? ¿Después de todo lo que ha pasado por su culpa? A ver, no por su culpa, pero bueno, ya me entiendes.

—Sí. —Pierde la mirada en un punto fijo en la pared, pensativa—. Es que no hay otra forma, no puede presentarse allí.

—Ni de coña, la hunde. La hundes —insiste, ahora mirándome a mí.

—Que yo no voy a hacer nada que vosotras no queráis. De verdad —suspiro—, lo único que quiero es recuperarla, me da igual lo que cueste o lo que tenga que hacer. Como si me tengo que vestir de Amish.

Se miran las dos y dicen “no” al unísono.

Deciden darme un número de teléfono que, al parecer, pertenece a la iglesia o parroquia de Silencetown. Lo tienen para emergencias y la decisión de utilizarlo siempre pasa previamente por El Consejo, un grupo de personas que se supone que tienen “poder” allí; no lo sé, no tengo la menor idea de cómo funcionan. El caso es que me han dado el número y tengo miedo de llamar, de que me pasen con ella y me diga que no quiere saber nada de mí.

Decido esperar a llegar a mi casa y estar con Jim para llamar, me siento como cuando tenía quince años y tenía que aprobar un examen para que mi madre me permitiera seguir cantando.

—Venga, no seas cobarde —dice mi amigo con la boca llena de sushi desde el sofá en el que está sentado.

—¿Y si no responde nadie?

—Pues vuelves a llamar dentro de un rato.

Asiento y marco el número que Chloe me ha apuntado en un pedazo de papel, espero a que suene y me muerdo el labio cuando no obtengo ninguna respuesta.

—Nada.

—Bueno, pues cena y luego volvemos a intentarlo.

Veinte minutos después, insisto, y sigo haciéndolo el resto de la noche, en vano. Al final, a las

once de la noche me doy por vencido y caigo rendido en la cama, agotado y desesperado.

Unos zarandeos en mi hombro me hacen abrir los ojos, encontrándome de frente con el reloj de mesa que dibuja las siete y diez de la mañana. La voz de Jim entra por mis oídos, ¿qué quiere tan temprano?

—¡Vamos, Mason, despierta! —exclama en voz baja antes de tirarse sobre mi cuerpo.

—¿Qué quieres, tío? —Le miro y veo que me está ofreciendo su móvil.

—Me he levantado al baño y he probado a llamar a la comunidad de Savannah, esa gente madruga mucho, ¡ponte! —indica tapando el micrófono con su mano.

—¿¡Qué!?! —Froto mis ojos y me incorporo en la cama, acepto el teléfono y tomo una bocanada de aire antes de hablar.

—¿Hay alguien ahí? —Escucho al otro lado.

—Sí, disculpe, me preguntaba si podría hablar con Savannah Dixon.

—¿Savannah?

—Sí.

—¿Eres ese chico que ha mandado a toda esa gente a irrumpir en nuestra comunidad?

—No, verás, yo solo...

—No vuelvas a llamar —me interrumpe—, y deja en paz a Savannah, bastantes problemas le has causado ya, a ella y a su familia. —La voz masculina cuelga el teléfono y yo me quedo ahí plantado, con el móvil pegado a la oreja y la palabra en la boca.

—¡Agh!

Sin poder controlarme, lanzo el móvil contra la pared y me levanto de un salto, doy una patada a la silla que hay en la esquina y puñetazos al colchón, antes de caer de rodillas en el suelo, aguantando las lágrimas que anuncian el picor en mi garganta.

—Tranquilízate, colega. —Jim palmea mi hombro, ignorando el hecho de que acabo de reventarle el teléfono—. Volveremos a intentarlo.

—No lo entiendes, Jim —contesto mirándole, siento los ojos húmedos y empiezan a escocerme —, cada hora que pasa, cada día, Savannah reafirma su idea de olvidarme, su idea de que todo lo que vio o leyó sobre esa noche, es real. ¡Y no lo es, maldita sea!

—Mason, te prometo que, tarde o temprano, tu chica volverá a casa —habla convencido—. No sé cómo vamos a hacerlo, pero algo se nos ocurrirá.

—Bien, déjame dormir hasta que ese día llegue —sentencio tapándome la cabeza con la almohada.

S A V A N N A H

Termino de llenar la cesta de mimbre con las patatas que tenemos guardadas en el granero, y de sembrar los tomates en nuestras tierras, los cuales estarán listos para recolectar de mayo a junio. Reconozco que echaba un poco de menos trabajar en esto, me encanta la jardinería y todo lo que tiene que ver con la agricultura, supongo que crecer haciéndolo tiene mucho que ver.

Canturreo en voz baja una canción de Mason que no puedo quitarme de la cabeza, y me cubro los ojos con una mano cuando el sol me ciega al doblar la esquina de mi casa. Entonces, sin esperármelo, me doy de bruces con un cuerpo duro y caigo al suelo, tirando todo lo que llevaba en la cesta.

—Vaya, lo siento mucho —habla una voz que conozco desde años.

—Isaac.

Se arrodilla a mi lado y me ayuda a volver a meter las patatas en la cesta, lo hacemos en silencio, hasta que volvemos a ponernos de pie y se coloca frente a mí de modo que su altura me tape el sol de los ojos.

—¿Te has hecho daño?

—No, no, tranquilo. —Sonrío y me pregunto qué hará aquí, a qué habrá venido.

—Me preguntaba si te gustaría que diéramos un paseo, hacía mucho que no nos veíamos...

—Ya... Bueno, es que ahora tengo que ir a ayudar a mi madre. —Señalo las patatas y comienzo a andar en dirección a la puerta principal de mi casa mientras él me sigue.

—Claro, lo comprendo. ¿Tal vez más tarde? —inquire. Yo asiento sin saber qué decir y él da varios pasos atrás mirándome—. ¿Mañana? Detrás del granero de los O'Kelly, hay muchos árboles. —Vuelvo a asentir y él se marcha con orgullo.

Los cortejos entre los Amish, al igual que todo lo demás, también son muy diferentes a lo que he conocido fuera de aquí. En Los Ángeles, e imagino que, en cualquier otra ciudad, cuando una chica o un chico te gusta, te acercas y lo invitas a tomar algo, a salir o a lo que se te ocurra, sin el miedo de que la gente te juzgue o incumplas las normas de tu religión. En la comunidad Amish, las cosas están medidas hasta el milímetro.

Por ejemplo, durante el cortejo, está prohibido que ambas personas se besen o incluso que se rocen las manos. Debemos elegir a la persona con la que pasaremos la vida y nos casaremos, basándonos en su humildad, su compromiso con la iglesia y su ética de trabajo. Nunca, bajo ningún concepto, podemos dejarnos llevar por la atracción física o caer en el pecado de la lujuria. Además, en teoría, los encuentros siempre son vigilados por los padres, digo en teoría porque sé de muchos casos en los que hacen como que no se enteran cuando los hijos tienen encuentros a escondidas.

Cuando un varón cumple los dieciséis años, se pone a su disposición un carro de cortejo, en el cual podrá llevar a la chica para pasar tiempo juntos y ver si son compatibles. En su momento, hace un par de años, otro chico de la comunidad quiso cortejarme, pero apenas tuvimos un par de encuentros antes de decirle a padre que no lo veía como un buen miembro de la iglesia, ante lo que él rompió de inmediato cualquier tipo de relación. De hecho, no dejó que volviera a acercarse a mí.

El hecho de que Isaac me haya citado tras el granero me deja claro que no quiere que su familia se entere de esto, y, teniendo en cuenta que nuestros padres quieren casarnos, solo se me ocurre que es porque él está tan en desacuerdo con esa decisión como yo. Imagino que quiere conocerme por su cuenta sin entrometer a la familia, y eso hace que me agrade un poquito más.

—Los tomates están sembrados ya —comunico a mi madre y dejo la cesta sobre la mesa de la cocina—, hace un frío que pela.

—Muchas gracias, hija. ¿Cenarás con nosotros? —Busca mi mirada, pero yo evito la suya y me entretengo guardando las patatas en el saco casi vacío junto al fuego.

—No, le he dicho a Mery que cenaría con ella. —Me levanto y camino hacia mi madre, que me mira con lástima—. Es lo mejor para todos, no quiero volver a tener una discusión como la del otro día. Padre nunca me perdonará por haberme ido así, y, si te soy sincera, yo tampoco voy a perdonar todo lo que ha dicho sobre mí.

—Me conformo con tenerte aquí, no importa donde cenes. —Me da un beso en la mejilla y pasamos el resto de la tarde preparando las verduras y tejiendo ropa que se les ha roto a mis hermanos.

No puedo evitar preguntarme qué estará haciendo Mason ahora.

*

Encuentro a Isaac sentado sobre una roca a unos metros por delante, es cierto que desde aquí no se ve el resto de la comunidad, solo espero que a nadie le dé por venir por aquí.

—Hola —saludo cuando llego hasta él.

—Hola. —Sonríe y se pone en pie, pero no me da dos besos. Ni siquiera uno en el dorso de la mano, como tantas veces hizo Mason.

—¿Cómo estás? Me ha costado librarme de mis hermanos pequeños, querían venir conmigo.

—Igual que los míos —ríe mientras ambos empezamos a caminar hacia el bosque—. Bueno, no sé si tu padre te ha dicho algo acerca de...

—Sí, lo ha hecho.

—Ya. En fin, imagino que no es una idea que te agrade después de tu escapadita a Los Ángeles.

—Pues no, la verdad —admito sin pudor.

—Savannah, se ha hablado mucho de ti desde que todos nos enteramos de lo que... Bueno, de lo que has estado haciendo por ahí.

Freno en seco y arqueo una ceja mientras me cruzo de brazos, él me observa.

—Y ¿qué he estado haciendo?

—Pecar —alega sin más—. Has roto todas reglas existentes en el Ordnung.

—¿Es eso un problema para ti? ¿Te avergüenzas? ¿Por eso has querido que nos veamos a escondidas?

—Bueno, comprenderás que no voy a prestarme a dar un espectáculo frente a todos mis amigos —ríe como si lo que dice fuese lo más normal del mundo. Yo solo puedo mirarle atónita—. Savannah, no te preocupes, sé que los pecados de la carne son los más difíciles de evitar, sin embargo, imagino que no le habrás entregado tu pureza a ese desvergonzado, ¿verdad?

Rompo en una carcajada sin poder creer los que escuchan mis oídos, Isaac me mira confuso, realmente cree que todo lo que dice es natural; el Ordnung reina por encima de la conciencia de todos aquí. No hay remedio alguno para evitar eso.

—¿Y qué si lo he hecho? Sentirías asco, ¿verdad? Pensarías que no te sirvo como esposa si me he acostado con otro. ¿A que sí?

—Por supuesto. —Me mira de arriba abajo y dibuja una mueca de desagrado que me hace reaccionar, como si despertase de un sueño en el que he estado evitando todo esto; en el que he estado engañándome a mí misma al pensar que podría volver a encajar en esta comunidad. En esta religión—. ¿Lo has hecho?

—¿Sabes lo que te digo? —Pego mi rostro al suyo y clavo la mirada en sus ojos, para que el mensaje le quede bien claro—. Que Mason podrá ser todo lo que tú quieras, por supuesto que tiene defectos, como todo el mundo. —Río cuando da un paso atrás, intimidado por mi cercanía—. Pero no le llegas ni a la suela de los zapatos, y nunca lo harás. Ningún hombre de todos los que estáis aquí, si es que se os puede llamar “hombres”, podríais llegar a ser nunca la mitad de lo bueno que es él.

Espero a obtener respuesta alguna, pero no la hay, se ha quedado sin palabras, así que me doy la vuelta y regreso a mi casa. Contenta, orgullosa y feliz porque, a pesar de cómo ha terminado todo, he aprendido mucho durante los últimos meses, y, sobre todo, he aprendido mucho de mí misma.

27 | ACLARACIONES

MASON

He cancelado otro concierto, no sería capaz de enfrentarme a todas esas personas sin sentirme realmente bien conmigo mismo. Esto es algo que nunca me había pasado, jamás me había encontrado así de mal, de triste y de impotente. Con Emilia siempre fue diferente, por una parte, porque no me enamoré como lo he hecho de Savannah, y por la otra, porque cada vez que discutíamos, seguía viéndola por la tele y en las redes sociales contando nuestras intimidades a todo el mundo. ¡Ahora no! Con Savannah estoy en ascuas, es como si se la hubiese tragado la tierra, y eso me está matando; no saber nada de ella es una maldita pesadilla.

—Mason, estoy muy preocupada por ti. —Mi madre me da una sopa que acaba de hacerme porque, encima, estoy enfermo y con fiebre.

—Solo es un catarro.

—Sabes de sobra que no me refiero a eso. Eres Mason Fox, tienes que levantar la cabeza de una vez y retomar tus compromisos.

—Estoy con tu madre —apoya Junior.

—Y yo —se une Jim.

—Pues yo creo que deberíais dejarme en paz. En serio, por favor —suplico, mirando solo a mi madre. Es la que más problema me puede dar.

—Escucha, Savannah me cae genial, es una chica encantadora, pero ni siquiera ella merece que pases por esto. Ha decidido marcharse y no va a volver, asúmelo de una vez y sigue con tu vida. —Se pone en pie y se coloca el bolso para marcharse—. Tus fans no seguirán siempre ahí, Mason. Si no lo haces por ti mismo, al menos hazlo por ellos. Merecen una explicación y una disculpa por haber cancelado ya dos conciertos.

Me da un beso en la frente y se despide de los otros dos antes de que su propio chofer la lleve a casa.

Junior se marcha poco después a la suya, que prácticamente está a cinco minutos porque se encuentra dentro de mi propiedad, y Jim me da las buenas noches antes de irse a dormir. Yo me quedo tumbado en el sofá, reflexionando acerca de lo que ha dicho mi madre y pensando que tal vez pueda tener algo de razón. Mis fans no tienen la culpa, no tienen por qué pagar por mis errores.

Lo primero que hago al día siguiente, cuando me despierto, es subir una foto a mis redes para disculparme, y lo segundo, llamar a Junior para que organice un encuentro fuera del estudio, en el que pueda hablar a las cámaras y seguir el consejo de Linda. Cuando digo “organice un encuentro” me refiero básicamente a que dé un chivatazo anónimo a la prensa de que voy a llegar a las doce y que estoy dispuesto a responder a sus preguntas. ¿Significado? La calla llena de cámaras.

—Bueno, estamos llegando, ¿sabes bien lo que vas a decir? —Junior me arregla el pelo con mimo, algo absurdo ya que, en cuanto termina, me pongo la gorra.

Él me fulmina con la mirada, pero se abstiene de reclamarme, no es el momento.

—Sí, voy a decir lo que me salga. Así seguro que no me equivoco. —Sonríó con sarcasmo y él pone los ojos en blanco.

—Solo... contrólate, por favor. Tenemos a la gente de marketing desesperada, ya no sé qué decirles.

—Más desesperado estoy yo.

Asiente sin contestar y ambos salimos del coche cuando se detiene frente al estudio. Parece que todos las revistas y televisiones de Hollywood están aquí, Junior ha hecho un buen trabajo.

—Mason, ¿cómo te encuentras?

—¿Has hablado con Savannah?

—¿Por qué has cancelado ya dos conciertos?

Uno de los micrófonos me da en la cara debido a la cantidad de gente que hay, todas empujándose e intentando llegar hasta mí. Michael y K-Box intentan poner un poco de distancia para dejarme avanzar hasta la puerta del estudio y no estar rodeado.

—Un poco de calma, por favor —solicita Junior tratando de poner orden—. Mason responderá a vuestras preguntas una a una. A ver. —Señala a una cadena de radio.

—Buenos días, Mason, ¿has podido hablar con Savannah ya? ¿Escuchaste lo que nos dijo en su comunidad?

—No hemos hablado —comienzo. Me quito las gafas de sol y miro directamente a la cámara que tengo en frente, sé que las imágenes se venderán después al resto de cadenas de televisión y revistas—. Savannah ha decidido poner fin a nuestra relación y a mí no me queda más remedio que aceptarlo.

—¿La echas de menos? —pregunta otro sin esperar a que Junior le de paso.

Suspiro y trago saliva, una cosa es sincerarme y otra muy diferente llorar delante de toda América.

—Cada día. —Asiento y me encojo de hombros—. Savannah es la mujer de mi vida, es la primera vez que siento algo así. Por desgracia, ya no está aquí y... bueno, es lo que me toca asumir.

—¿Le fuiste infiel aquella noche, Mason?

—No. Nunca he engañado a Savannah, jamás. Solo fue una noche de fiesta descontrolada con mi amigo, nada más. Ninguno de los dos hicimos nada con aquellas chicas.

Veo de reojo cómo Junior asiente, aprobando todo lo que he dicho hasta ahora, que previamente ya habíamos hablado en casa, adivinando sin problemas las preguntas que me iban a hacer.

—¿Tienes algo que decir a tus fans? Están preocupados por tu desaparición pública y la cancelación de los conciertos.

—Sí, tengo que pedirles disculpas. Ellos son quienes me mantienen donde estoy y les debo todo, siento muchísimo haber cancelado esos conciertos y desatendido mis responsabilidades.

—¿Por qué lo has hecho?

—No me siento con fuerzas ahora mismo —informo frotándome la cabeza—. Sé que mis fans lo van a entender y que quieren lo mejor para mí, os prometo volver más fuerte y compensaros por este parón.

—¿O sea que vas a desaparecer de los medios?

—¿Hasta cuándo?

—¿Piensas cancelar más conciertos?

Las preguntas comienzan a descontrolarse de nuevo cuando anuncio mi retirada temporal, así que mis guardaespaldas vuelven a intervenir y termino entrando en el edificio. Junior se queda fuera, supongo que explicando lo necesario y dando las gracias por todo.

Espero sentado en el sofá de la recepción mientras él termina y se une conmigo en el interior. Acepto el café que Lory, la recepcionista me ofrece, y me recuesto, sintiendo que me he quitado un peso de encima al haber explicado a mis fans lo que me sucede, y al haber anunciado que me tomaré un respiro de mi vida pública hasta que sea capaz de cantar de volver a enfrentarme a todos.

S A V A N N A H

Los días pasan más despacio que nunca, encima, aquí se madruga muchísimo, por lo que parece que el día tenga el doble de horas. Echo de menos cosas tan insignificantes como una hamburguesa o un donut de aquella pastelería tan buena en la que Mason paraba antes de venir a buscarme. En ocasiones pienso que todo esto es un error y debería regresar a la ciudad, seguir con la vida que tenía allí, aunque fuese sin él. Sin embargo, tengo un miedo terrible de que, al hacerlo, vuelva a convertirme en el centro de todos los medios y acosen de nuevo a mi familia.

No imaginé que esto fuese a costarme tanto.

—¿Estás bien? —Mery se sienta a mi lado en el banco del porche, donde me encuentro tejiendo un jersey para mi hermano pequeño—. Llevas todo el día alicaída.

—Estoy bien. —Sonrío y asiento con la cabeza—. Es solo que me está costando volver a integrarme.

—¿Echas de menos la ciudad?

—No te haces una idea. —Dejo el jersey apoyado sobre mis rodillas cubiertas por el largo vestido que el Ordnung nos obliga a llevar a las mujeres, y dejo que mi vista se pierda en algún punto del bosque más allá de la comunidad—. ¿Puedo serte sincera?

—Claro, ya sabes que puedes contarme lo que sea.

—No estoy segura de haber tomado la decisión correcta, Mery. —Niego despacio aún con la mirada perdida—. Siento que este ya no es mi sitio, que nunca seré capaz de volver a ser feliz aquí. Puede que al haber conocido... el mundo, todo esto ya se me quede pequeño. ¿Tiene algún sentido lo que estoy diciendo? —pregunto ahora mirándola a ella.

—Bueno, creo que tu madre ya te ha contado que ella disfrutó un poco de su rumspringa.

—Sí.

—Yo estaba con ella, nos escapamos juntas.

—¿En serio?

—Sí —ríe recordando aquel momento, su rostro entonces se torna serio y el mío también.

—Pero todo duró tan poco... Fue como si nos hubieran dado un dulce delicioso y después de dar un bocado, nos lo hubiesen arrancado de las manos. Así que sí, lo que dices tiene todo el sentido del mundo para mí.

—Gracias, Mery. Por entenderme y por escucharme, sin ti me estaría volviendo loca. Me encantaría volver a mi casa y poder disfrutar todo el tiempo de mi madre y de mis hermanos, pero, en fin, no se puede.

—¿Qué quieres hacer, Savannah? —averigua con interés y seriedad—. Es tu momento, nadie más que tú puede decidir sobre tu vida.

—Yo... —suspiro, solo estoy segura de una cosa ahora mismo—. Necesito saber cómo está

Mason, estábamos muy bien antes de que todo sucediera y no sé, a pesar de lo que haya podido hacer, quiero saber cómo está después de mi marcha. Ni siquiera le di la oportunidad de explicarse, y hace días que me deshice del móvil, así que no tengo modo alguno de averiguarlo.

—Bueno, hay una forma. —Me guiña un ojo y sé perfectamente a lo que se refiere.

—¿Cómo entro?

—Mi marido forma parte del Consejo, tengo una llave.

*

Retiro el edredón y me levanto de la cama cuando Mery da dos golpecitos suaves en la puerta de la habitación. Cubro mis hombros con una manta para no helarme al salir a la calle, son las doce y media de la madrugada así que todo el pueblo debe estar durmiendo ya. O eso espero.

—Toma, es la más pequeña —explica ella tendiéndome un juego de llaves, entre las que se encuentra la que abre la parroquia.

Entre la gente de la comunidad esto es algo que se rumorea, pero nunca se ha confirmado, sin embargo, yo sé de sobra que guardan un ordenador allí dentro. Al igual que otras cosas prohibidas por el Ordnung. Se supone que solo puede ser usado por miembros del Consejo, y solo para emergencias —no sé qué emergencias puede haber aquí que necesiten de un ordenador, pero bueno—, lo que importa es que esta noche pienso entrar y escribir en el buscador “Mason Fox”.

—No hagas ruido y no tardes —pide Mery cuando ya estoy saliendo por la puerta de su casa.

—Vuelvo enseguida.

Asiente y yo camino apresuradamente bajo las sombras, bordeando las casas y escondiéndome ante cualquier pequeño ruido que escucho, casi todos procedentes de los animales de los graneros. A unos metros por delante está la parroquia, así que no puedo evitar echar a correr y abrir la puerta lo más en silencio que la cerradura gastada me lo permite.

El interior está totalmente a oscuras, por lo que avanzo hasta la parte en la que se guardan las velas y enciendo una aprovechando la mecha ya iluminada de otra más pequeña. Reprimo un grito ahogado cuando me doy un golpe tremendo en la rodilla con la esquina de uno de los largos bancos, tanto que necesito sentarme unos segundos para recuperarme. Entonces, voy hasta la zona trasera de la parroquia en la que hay otra puerta más baja, con la parte superior redondeada y un aspecto totalmente anticuado. Busco en el juego de llaves otra que me sirva para esta cerradura, y, cuando la encuentro, empujo suavemente y me encuentro de frente con el tesoro: el ordenador.

No se parece en nada al de Mason o al de Ophelia, este es como un enorme cubo casi cuadrado con el teclado aparte. Deposito la vela sobre la mesa y busco algún interruptor, pero no lo encuentro, así que sigo buscando durante unos minutos más, comenzando a desesperarme. Cuando estoy a punto de rendirme, se me ocurre agacharme y retirar la silla, encontrando debajo una maquina rectangular del mismo color, por lo que imagino que es parte del ordenador. Aprieto un botón azul y la pantalla se ilumina, haciendo que sonría y deje escapar un suspiro esperanzador.

Me siento en la silla y aguardo hasta que se enciende del todo, muevo el ratón y abro Internet para, por fin, averiguar el estado de Mason; verle.

—Vamos, vamos, por favor —susurro mientras se carga la página.

Escribo el nombre de mi exnovio y, sin necesidad del apellido, el propio buscador ya me lo sugiere, así que aprieto y observo la larga lista de noticias que aparecen.

“Mason Fox se retira hasta nuevo aviso.”

“La inesperada retirada de Mason Fox.”

“El cantante Mason Fox abre su corazón ante los medios y se sincera acerca de su relación con la Amish Savannah Dixon.”

Dejo de leer y aprieto sobre la última, sintiendo el corazón en un pecho y sin poder creerme que haya decidido retirarse. Bajo despacio, hallando un video en el que se le ve bastante desmejorado, tiene ojeras y viste ropa deportiva holgada. No me siento aún preparada para verle en movimiento, así que primero leo el artículo.

“Después de días sin verle por las calles de Los Ángeles, y tras haber cancelado dos conciertos de forma inesperada, el chico de oro de Hollywood ha aparecido inesperadamente y ha ofrecido las siguientes declaraciones: “No hemos hablado. Savannah ha decidido poner fin a nuestra relación y a mí no me queda más remedio que aceptarlo.” Cuando le preguntan si la echa de menos, dice que “cada día”, y también afirma que la chica Amish es la mujer de su vida, que nunca había sentido nada así por nadie y que ahora debe asumir que ya no está. Respecto a la noche en la que supuestamente le fue infiel, dice lo siguiente: “Nunca he engañado a Savannah, jamás. Solo fue una noche de fiesta descontrolada con mi amigo, nada más. Ninguno de los dos hicimos nada con aquellas chicas.” Además, se disculpa con sus fans por haber cancelado los conciertos y asegura que ellos le entenderán, que quieren lo mejor para él y que promete volver con más fuerza. Mason explica que ahora no se encuentra con fuerzas de actuar y que se tomará un descanso de su vida pública y profesional hasta que se recupere. ¿Qué pensáis sobre esto? Os leemos en Twitter.”

Todo mi cuerpo tiembla cuando termino de leer la noticia, la cual es de hace casi una semana. No puedo creerme todo lo que mis ojos acaban de ver, así que me armo de valor y pongo el video para ver cómo lo dice él mismo.

Siento la boca seca y un nudo enorme en la garganta, me percato de que estoy llorando cuando siento la humedad en mis mejillas. ¿Cómo podría ser cierto que no me haya engañado? ¿Por qué se fue entonces con esas cuatro chicas a casa de Jim? Y ¿por qué no me lo contó? Entonces me dan ganas de darme de cabezazos contra la mesa cuando pienso que tal vez sí lo hizo, pero yo nunca llegué a saberlo. ¿Es posible que me llamase o me escribiese y yo lleve todo este tiempo pensando que me fue infiel por no haber querido encender el teléfono?

—Maldita sea —mascullo apoyando el codo en la mesa, cubro mis ojos con la mano y me odio a mí misma por haber hundido el móvil en el lago.

Debo volver ya a casa de Mery antes de que me pillen y la meta en un problema por haberme ayudado, así que apago el ordenador y regreso por el mismo camino. Cuando me recibe y realiza una pregunta muda, simplemente rompo a llorar y dejo que me reconforte con sus brazos. Maldigo la hora en la que todo esto comenzó.

Encima, por si esto fuera poco, mañana es Navidad.

28 | VALENTÍA

MASON

Conduzco el coche más discreto que tengo hacia el muelle de Santa Mónica, Jim va a mi lado y ha insistido en que necesito salir y que me dé un poco de aire fresco, así que se le ha ocurrido que comamos en uno de mis restaurantes preferidos, el mismo al que llevé a Savannah la primera vez que quedamos.

Han sido las Navidades más tranquilas de mi vida, ni siquiera he cenado con mi madre porque está de viaje en Asia, así que pasé el día veinticinco con Jim y su familia. Mi padre quiso que fuera a cenar con él, pero lo último que me apetecía era provocar un espectáculo más para los medios, cuando menos me vean, mejor.

—Anima esa cara, tío —comenta mi mejor amigo—. ¡Vives en la ciudad más bonita del planeta! —exclama dándome un golpe en el hombro mientras caminamos sobre las tablas del muelle.

Somos conscientes de que la gente nos está haciendo fotos, espero que la prensa no llegue antes de que terminemos de comer.

—¿Qué vas a pedir? —me pregunta cuando entramos.

Buscamos un sitio libre por encima del muro que separa la entrada de la zona del comedor, pero entonces llega una chica que nos guía hasta la más alejada.

—Creo que huevos con bacon, me encanta cómo lo hacen aquí —destaco y tomo asiento frente a él.

Por los ventanales de cristal puede verse el mar y el horizonte, me cuesta estar aquí sin Savannah, ha sido la que me ha acompañado las últimas veces que he venido. De hecho, la camarera no deja de mirarnos desde la barra, que, casualmente, es la misma que nos ha atendido a Sav y a mí todas las veces que hemos acudido aquí a desayunar, comer o cenar.

—¿Sabéis ya lo que vais a tomar? —cuestiona minutos después cuando se detiene frente a nosotros.

—Primero, nos gustaría pedirte que, por favor, no llamaseis a la prensa. —Jim la observa con esa mirada fija que le caracteriza—. Nos gustaría poder comer tranquilos.

—Por supuesto, aquí respetamos la intimidad de nuestros clientes. —Busca mi mirada solicitando apoyo.

—Es verdad, siempre que he venido con Savannah nos ha tratado muy bien, no te preocupes —informo a mi amigo. Ella solo me agradece con la mirada y abre su libreta, lista para apuntar nuestro pedido.

—Yo voy a tomar la tortilla de atún con huevos y ensalada aparte, por favor. Y un zumo de zanahoria. —Sonrío ante la manía de mi amigo de que le separen la comida.

—Yo quiero los...

—¿Huevos con bacon? —me interrumpe torciendo un poco la cabeza, pensativa y sonriente.

—Buena memoria. —Asiento y le entrego mi carta—. Muchas gracias.

—De nada, en seguida os lo traigo.

Jim y yo charlamos durante unos minutos, me pregunta cómo me encuentro y trata de animarme diciéndome que el disco que saqué la semana pasada está siendo un éxito. Ha sido número uno de las listas más importantes, a pesar de estar desaparecido y no haber dado ninguna entrevista desde hace tiempo. Bueno, sin contar la que di en plena calle fuera del estudio.

He tratado de no mirar mucho las reacciones de la gente en las redes, aunque la verdad es que no es lo que más me preocupa en este momento. Aunque, a pesar de eso, Junior se ha encargado de mantenerme informado. Al parecer, parte de los fans se lo han tomado de una forma, y otros, de otra; gracias a Dios, tal y como yo pensaba, la mayoría me apoyan e incluso han creado el hashtag *#MavannahAgain*, el cual se ha hecho *trending topic* internacional. En fin, ojalá todo fuese así de sencillo.

—Aquí tenéis, que aproveche —dice la camarera cuando regresa con los dos platos. En su cara puedo ver que quiere decirme algo más, así que apoyo los codos en la mesa y la miro.

—Desembucha —solicito con amabilidad.

—Sé que no me conoces y que no soy nadie importante, solo alguien a quien le gusta tu música. —Mira a su espalda antes de seguir hablando, imagino que para comprobar que su jefe no la está vigilando—. Mi novio y yo tuvimos una fuerte discusión la semana pasada —continúa—, incluso llegamos a plantearnos dejar la relación, pero no lo hicimos. ¿Sabes por qué? —Sonríe y yo alzo las cejas, interrogante—. Estamos enamorados, Mason, el amor puede con todo. Puede con la distancia, con los malentendidos y con la religión. He visto a muchas parejas pasar por aquí, famosas y no famosas, y con muy pocas he sentido ese vínculo tan especial que noté desde el primer día que viniste con Savannah y pediste un batido de plátano y una tortilla de jamón. —Hace una pausa y entonces se deja llevar y me abraza inesperadamente, yo palmeo su espalda y un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando susurra en mi oído:

—Ve a buscarla.

Sin volver a mirarme ni añadir nada más, se da la vuelta y desaparece por la puerta que, creo, da a la cocina.

—¿Qué acaba de pasar? —cuestiona Jim confundido.

—Creo que acabo de decidir donde pasaré el día de Noche Vieja.

S A V A N N A H

Hoy es el último día del año, así que hemos organizado una cena junto a la familia de Mery en el granero. Entre sus hijos, su marido y toda mi familia, casi somos veinte, así que es imposible que entremos todos en ninguna de las dos casas.

Las Navidades Amish no son tan espectaculares como me ha descrito Mason que son en la ciudad. Aquí simplemente se reúne la familia y cocina una cena que, básicamente, consta de pavo relleno con verduras. Charlamos, oramos y jugamos con los niños, poco más. Así han sido todas las Noche Viejas de mi vida, pensé que este año sería diferente, pero al final estoy en el mismo punto del que salí.

—Johan, ¿ya habéis traído toda la lecha para esta noche? —pregunta mi madre mientras ambas partimos las verduras.

—Sí, he ido con padre y Jerrod. Está toda colocada ya para encenderla para la cena.

—De acuerdo, gracias, hijo.

—De nada, voy a dar un paseo con Nohemí y luego vengo —informa mientras se pone su chaqueta.

Nohemí es la chica que lleva cortejando desde antes de marcharme, preveo la boda para dentro

de unos meses. Me alegro por mi hermano porque esa chica le gusta desde hace años, así que estoy feliz por saber que pasará su vida con una mujer que ama, y no solo con una que le conviene.

Ya son las cuatro de la tarde, así que tenemos que meter el pavo en el horno para que le dé tiempo a estar listo para la cena. Nos faltan algunas hierbas que tenemos plantadas en el jardín, así que acompaño a mi madre a buscarlas para dejarlo todo listo. Caminamos con los brazos entrelazados, hace bastante frío y aquí no podemos llevar los gordos abrigos de plumas que usan en la ciudad, qué bien me vendría uno de esos ahora.

—¿Cómo te sientes? —consulta mi madre mientras ambas estamos agachadas ojeando las plantas.

—Bien —miento con una falsa sonrisa.

—Savannah, te conozco, así que te lo preguntaré otra vez. —Hace una pausa y levanta mi barbilla para que la mire a los ojos—. ¿Cómo te sientes, hija?

—Mal, mamá, me siento muy mal. —Dejo la cesta sobre la tierra y me siento en el suelo, ignorando que mancharé el vestido que me he puesto para hoy, exactamente igual que el que llevaba ayer.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—El otro día hice algo que no te he contado —empiezo, sabiendo que esto sí le decepcionará—. Me colé en la parroquia para utilizar el ordenador.

—¿¡Que hiciste qué!?! —grita más alto de lo debido.

—¡Shh! —ruego tapándole la boca—. Sé que está mal, pero me da igual, ya no hay más normas del Ordnung que pueda romper, así que...

—Savannah...

—Necesitaba saber algo de Mason, mamá. La incertidumbre me estaba matando, me vine sin decirle nada, le dejé allí plantado y solo, sin explicaciones ni despedidas.

—Sí, y esa misma noche te engañó con otra —recuerda, conocedora ya de todo lo que supuestamente sucedió porque yo se lo conté poco después de volver.

—No, no lo hizo —confieso recordando cómo él mismo explicaba todo a las cámaras—. He visto un video en el que sale hablando y contando que nunca me ha engañado, que aquella noche solo salió de fiesta con Jim y se descontrolaron un poco.

—¿Y tú te lo crees?

—Sí —digo con un convencimiento del que no estaba segura hasta que ella me lo ha preguntado—. Lo que no podía creerme es que me hubiera engañado.

—¿Y dónde os deja eso ahora?

Me ofrece la mano y ambas nos ponemos en pie, recojo la cesta del suelo y la coloco frente a ella para que meta las hierbas que hemos venido a buscar.

—No lo sé, llevo días desesperada por verle, por estar con él y saber lo que sucedió realmente. Necesito escucharlo de su boca, mirándole a los ojos.

Doblamos la esquina de nuestra casa hacia la puerta principal, y entonces escuchamos a varias personas hablando en el porche. Una de ellas es mi bendito padre, y la otra... No es posible.

MASON

—¿Lo tienes todo? —pregunto a Jim por cuarta vez consecutiva.

—Que sí, pesado. En esa bolsa están los juguetes de madera para sus hermanos —indica, señalando con el dedo una maleta de deporte que hay en una esquina del maletero de su jeep—. Y ahí van las galletas, que como no salgamos ya, te aviso que me las como todas.

—¿Nos vamos o qué? —Chloe nos mira desde el asiento trasero, junto a Ophelia.

Estoy a punto de cometer una de las mayores locuras de mi vida, pero sé que jamás me arrepentiré de ella.

Llevo días preparando este viaje, desde que, en aquel restaurante, la camarera hizo que una especie de resorte hiciera clic en mi cabeza; tomando la decisión de ir a buscar a Savannah; lanzarme a la piscina, como dice siempre Jim.

En cuanto volvimos a casa, me puse a investigar sobre las costumbres Amish en Navidad, qué hacen, cómo lo celebran, qué comen... etc. De ese modo descubrí que a los niños les regalan juguetes hechos con sus propias manos, con materiales convencionales, así que fui a la juguetería más antigua de Los Ángeles y compré uno para cada hermano; recuerdo que los más pequeños tenían siete, ocho, diez y quince años, así que cuatro regalos de madera para ellos. Respecto a los más mayores y sus padres, decidí escoger la opción de la comida, un presente común entre los Amish. He tardado casi dos días en aprender a hacer unas galletas decentes, así que espero que les gusten.

—Estoy muy nervioso —confieso a Jim cuando paramos a echar gasolina a un par de horas de Gallup.

—Pues tranquilízate, va a salir bien, te prometí que Savannah volvería a casa contigo, ¿crees que hay alguna posibilidad de que yo no cumpla mi promesa? —Me guiña un ojo y da un golpe en mi pecho. Río y le sigo de vuelta al vehículo.

Los minutos se hacen eternos hasta que, al atardecer, por fin pasamos el cartel que anuncia Gallup y el pueblo se muestra frente a nosotros. Jim sigue las indicaciones que Chloe le da hasta llegar a una tienda cuyo escaparate está repleto de trajes, objetos y ropa Amish.

—Por Dios —murmura Jim—, ¿esto es necesario?

—Totalmente —respondo decidido.

Me he propuesto a hacer esto bien, de comienzo a fin, así que, si para llevarme a Savannah de vuelta, debo vestirme de Amish, lo haré. Ya lo dije hace tiempo y finalmente lo estoy cumpliendo, aquí me encuentro, en el probador de esta tienda poniéndome la ropa más extraña que me he puesto en mi vida. Tengo juguetes de madera y galletas hechas a mano, no puede salir mal, ¿verdad?

—Qué puto ridículo, por favor —farfulla mi amigo cuando ya vamos de camino al coche, los cuatro cambiados y dispuestos a pasar desapercibidos por Silencetown.

Lia y Chloe ríen y le vacilan, yo no puedo, las tripas me suenan y tengo unos retortijones horribles, no había estado tan nervioso ni antes de mi primer concierto en el Staples Center.

Dejamos el coche aparcado en un arcén cerca del comienzo del pueblo o la pequeña ciudad, no tengo claro lo que es. Jim coge la bolsa con los juguetes y yo la bandeja con todas las galletas, nos encaminamos hacia la comunidad, siguiendo a Lia y Chloe, ambas casi tan nerviosas como yo.

—Vale, la casa de Sav es por allí —indica una de ellas.

—Dios, creo que me va a dar algo —murmuro sintiendo que la camina esta me provocará un sarpullido, ya comienza a picarme toda la espalda.

—Relajante, el padre de Savannah es muy autoritario, más te vale sonar seguro y respetuoso —recomienda Lia cuando ya estamos a unos cuantos metros de una casita blanca.

—¿Es esa? —pregunta Jim.

—Sí. Joder, la gente empieza a mirarnos, espero que no se corra la voz.

Los cuatro nos detenemos frente al poche, en fila y, estoy seguro, temblando de nervios. Casi puedo vernos desde atrás, menuda escena más cómica.

—Venga, Mason, toca la puerta. —Chloe me mira y señala hacia delante. Yo dudo.

—¡Vamos, cobarde! —exclama mi amigo— Llevamos nueve malditas horas conduciendo, o subes ahora mismo estas escaleras y llamas a la puerta, o te pego una patada que sales disparado hacia ella.

Cierro los ojos y lleno mis pulmones de aire, subo los tres escalones y me detengo frente a la entrada, recuerdo el rostro sonriente de Savannah y expulso lentamente todo el aire antes de dar tres suaves golpes. A continuación, retrocedo varios pasos y destapo las galletas, dibujo una sonrisa y aguardo paciente para ver el rostro de mi ángel.

29 | JUNTOS

MASON

La sonrisa se borra de mi rostro cuando quien me abre la puerta es su padre y no ella, pero en seguida vuelvo a sonreír, tengo que parece amable y seguro, eso ha dicho Lia. Doy dos pasos más atrás cuando él sale de la casa, sin decir palabra y con una expresión que solo ayuda a que me ponga aún más nervioso.

—Ho-hola, me llamo Mason y estoy buscando a Savannah.

Veo de reojo cómo el plato de galletas tintinea en mi mano, o dejo de temblar o todas acabarán en el suelo.

—Sé de sobra quién eres —contesta de forma intimidante—, no sé a qué has venido, pero ya te estás marchando de mi propiedad ahora mismo.

—Siento todos los inconvenientes que han sufrido por mi causa, de verdad. Tan solo quiero hablar un momento con Savannah y prometo que me marcharé y no volverán a saber nada más de mí.

Sus ojos me atraviesan y casi puedo sentir cómo los míos me escuecen porque no soy capaz de parpadear ante él.

—Les he traído regalos hechos a mano para sus hijos más pequeños, y galletas que he cocinado yo mismo para su mujer y para usted. —Intento dibujar una sonrisa sincera, pero no parece funcionar porque su enfado va en aumento.

—Te lo repetiré solo una vez más, márchate antes de que me cabree de verdad y salgan en los periódicos con un ojo morado.

—Lo siento, señor, pero he recorrido medio país y no voy a irme sin ver a Savannah —digo convencido y sintiendo que la paciencia se me va agotando.

Entonces, de repente, da un manotazo y, tanto el plato, como las galletas salen disparados y se esparcen por el porche.

—¡Te he dicho que te vayas! ¿¡Es que estás sordo!?

—¿Mason?

Me quedo estático ante su voz, necesito un par de segundos para darme la vuelta y verla junto a su madre. Ophelia y Chloe corren a darle un abrazo, ella les corresponde y después sube los escalones hacia mí, se detiene y mira al suelo cuando una galleta cruje bajo sus pies. Jim observa la escena desde abajo, aún con la bolsa de deporte colgando de su hombro, el pobre está tan perdido como yo.

—Savannah.

—¿Qué haces aquí, Mason? —Inmediatamente después de realizar la pregunta, mira a nuestro alrededor, supongo que en busca de paparazzi.

—Tranquila, nadie nos ha seguido, hemos tenido cuidado. ¿Podríamos hablar en privado?

—Ya es suficiente —interviene el señor de la casa, sujeta a su hija por el brazo y tira de ella para meterla en casa.

—Suéltela, le hace daño —advierto al ver la cara de Savannah.

—Ni se te ocurra decirme cómo debo tratar a mi familia, ya he tenido demasiada paciencia con vosotros dos.

—Por favor, deja que hablen. —Su madre se une a nosotros y busca compasión en la mirada de su marido, el cual no parece dispuesto a ceder.

Empuja a Savannah dentro de su casa y luego me sujeta por el cuello de la camisa, pegando su rostro al mío.

—No voy a volver a repetirlo, muchacho —murmura a pocos centímetros de mí.

—¡Basta, padre! Suéltale.

Unas manos tiran por detrás de mí, liberándome de las zarpas que me presionaban el cuello, Savannah vuelve a salir de la casa, llorando desconsolada, y se coloca junto a su madre, la cual está igual de disgustada que ella.

—Iros —dice el que creo que es el hermano de Savannah, el cual no despega los ojos de los de su padre.

—Johan —advierte él con furia, casi puedo ver el humo saliendo de sus oídos.

—Vamos, id a hablar lo que tengáis que hablar —insiste él colocándose delante de su padre para que no pueda impedirlo.

Mis dedos rozan la palma de la mano de Savannah por primera vez en semanas, ella baja la mirada hacia el punto en el que nuestra piel se toca, y luego sube para mirarme a los ojos. Veo cómo traga saliva y aparta la mano disimuladamente, baja los escalones y yo la sigo.

—Hola, Jim.

—Hola, Sav —dice mi amigo devolviéndole la sonrisa que ella le ha dedicado.

Me dejo guiar por ella no más de unos pocos pasos, que son los que separan su casa de otra muy parecida, la cual rodeamos hasta un pequeño granero en la parte trasera. No tiene puerta, así que simplemente la sigo al interior y espero a que se dé la vuelta hacia mí, pero no lo hace, no es capaz de enfrentarme a solas.

S A V A N N A H

Creo que sigo dormida y estoy en medio de un sueño. Sí, debo de haberme quedado dormida junto al fuego mientras esperábamos a que Johan volviese con más leña. Es la única explicación que se me ocurre para que Mason se haya presentado en mi casa, vestido de Amish y acompañado por su amigo, famoso actor de Hollywood, y mis dos mejores amigas; para que se haya enfrentado a mi padre y ahora mismo se encuentre detrás de mí, en el granero de mi vecina Mery.

La paja seca cruje bajo sus zapatos a medida que se aproxima, se detiene justo tras de mí y su mano roza la mía, primero tan solo se trata un gesto sutil que me produce cosquillas y cientos de sentimientos encontrados. Entonces, entrelaza sus dedos con los míos y realiza el mismo movimiento con la otra mano; da un paso más, pega mi espalda a su pecho y lleva las manos hacia delante, rodeando mi cintura sin soltarme. De pronto, retira mi cofia y deja que mi cabello caiga por la espalda. Noto cómo pega el rostro a mi pelo y aspira profundamente, yo cierro los ojos y trato de controlar el temblor de mis piernas, que parecen gelatina ahora mismo.

Me da la vuelta con lentitud y es entonces cuando nuestros ojos se encuentran de verdad, cuando todos los recuerdos y sentimientos regresan como cuando agitas una botella de champán y el tapón sale disparado, igual que en la fiesta de Halloween.

—Hola —susurra acariciando mi rostro con la yema de sus dedos.

—Hola —respondo reprimiendo una sonrisa.

—Llevo días planeando lo que te diría cuando te tuviese delante, incluso lo he ensayado con

Jim miles de veces, y ahora me acabo de quedar en blanco.

—¿Puedo preguntarte yo entonces?

—Claro, todo lo que quieras.

—Solo quiero saber una cosa, Mason. —Doy otro paso, acercándome más y buscando la sinceridad en su mirada.

—No —dice entonces.

—No, ¿qué?

Levanta las manos y las coloca sujetando mis mejillas, aproxima su rostro al mío y guarda silencio unos segundos.

—No te engañé, Savannah, nunca te engañaría.

Trago saliva, ¿cómo ha sabido que eso era lo iba a preguntarle?

—¿Qué pasó la noche que me vine y saliste con Jim? Cuéntame la verdad, por favor. Llevo reproduciendo escenas en mi cabeza desde...

—Shh —me interrumpe—, todo fue un montaje. Vi cómo toda la prensa te siguió hasta aquí, cómo les gritabas desesperada que se marchasen, y se me ocurrió hacer algo para llamar su atención y se centrasen en mí. Solo quería alejarlos de tu comunidad y de tu familia, que os dejaran tranquilos.

—Si eso es verdad, ¿por qué no me lo contaste? Podrías haberme llamado antes de hacerlo.

—Lo sé, pero se me olvidó —contesta y se frota los ojos con las manos—. Pensé en llamarte desde el club y luego... Bueno, empezamos a beber y se me pasó la noche, cuando quise darme cuenta ya era la mañana siguiente y tenías el móvil apagado. Te envié miles de mensajes, pero no recibías ninguno. Incluso Lia me dio el número de tu parroquia, llamé y me dijeron que te dejase en paz, que no volviese a llamar.

Me doy la vuelta negando con la cabeza, no puedo creer que de verdad hayamos estado separados y pasando por todo esto, por un simple y sencillo olvido.

—De verdad que lo siento muchísimo, llevo torturándome por haber sido tan idiota desde ese día. —Sujeta mi mano para darme la vuelta y busca mi mirada—. Savannah, por favor, vuelve a casa conmigo.

—Mason... Yo no... No sé qué decirte ahora mismo, estoy muy confusa, las últimas semanas han sido... horribles.

—Para mí han sido igual. ¿Por qué no encendiste el teléfono ni una sola vez? —pregunta con ceño fruncido.

—No podía. Yo-yo solo quería dejarte atrás, olvidarte y volver a mi anterior vida.

—Lo entiendo, pensaste que te había engañado.

—Pero no lo hiciste.

—Ni lo haré nunca.

Sin esperármelo en absoluto, sujeta mis mejillas, agacha la cabeza y posa sus labios sobre los míos. El beso no dura más de dos segundos, pero siento una inyección de vida que llevaba tiempo escapándoseme de las manos.

—Estoy enamorado de ti, Savannah. A pesar de haber estado con muchas chicas, ninguna me ha llevado al cielo como tú, es que no quiero a ninguna otra —ríe y sus ojos se cristalizan—, solo te quiero a ti. Conmigo, en nuestra casa, tomando un desayuno para cenar y bebiendo vino hasta que te acostumbres a las resacas.

Río con él y le devuelvo el beso cuando sus labios están de nuevo sobre los míos. Rodeo su cuello con mis brazos y dejo que su calor me envuelva de la forma que tanto necesitaba.

30 | LOS ÁNGELES

MASON

Abrazo a mi chica durante todo el tiempo que ella me lo permite, hacía tanto de esto, lo necesitaba con tal urgencia que no soy capaz de soltarla.

—¿Qué va a pasar ahora? —Realizo la pregunta sin estar seguro de querer saber la respuesta.

Ella me observa aún entre mis brazos, suspira y apoya la cabeza en mi pecho. Acaricio su pelo y veo cómo el sol se pierde en el horizonte, por detrás de la larga fila de árboles que forman el bosque más allá.

—Ya no siento Silencetown como mi hogar —admite poco después volviendo a mirarme—, no como el único, al menos. No podría volver a integrarme aquí, echo de menos demasiadas cosas.

—Y ¿estoy entre ellas?

—Eres la principal —dice alzando la barbilla para besarme—. Tengo que hablar con mi madre y mis hermanos.

Asiente y rozo su frente con mis labios, retrocedo un par de pasos y entrelazo mis dedos con los suyos para regresar a su casa.

—¿Quieres que me marche y cuando te sientas preparada vuelvo a buscarte? He traído un teléfono nuevo, no sabía qué habías hecho con el otro.

—No, no, tú te quedas —contesta.

Asiento y suelto su mano, por respeto, cuando me doy cuenta de que su madre nos observa desde el porche. No sé para dónde mirar, así que me quedo un poco rezagado junto a mí amigo, el cual sonrío con descaro y me guiña un ojo cuando llego a su lado.

Savannah se acerca a su madre y le dice algo que no logro escuchar, a continuación, se abrazan y ambas lloran en silencio. Ver a Sav pasándolo mal, me parte por dentro, pero pensar de que el viaje de regreso a Los Ángeles lo haré con ella a mi lado, hace que todo parezca insignificante.

—¿Cómo ha ido? —Jim me da un codazo mientras los cuatro aguardamos a que ellas hablen.

—Bien, le he contado lo que pasó.

—Mason, ven, por favor —pide entonces mi novia.

Me acerco lleno de nervios, pero vuelvo a relajarme cuando Sav sujeta mi mano con la suya y se acerca a mí.

—Quiero presentarte a mi madre, Linda. Mamá, él es Mason.

—Es un honor conocerla, su hija me ha hablado mucho de usted y de su familia —recuerdo. Me controlo para no seguir la costumbre de darle dos besos, y tan solo nos dedicamos una sonrisa.

—Gracias por haber hecho un viaje tan largo por ella —contesta, creo, con sinceridad—. Imagino que querréis descansar antes de marcharos. —Mira a Savannah—. Te vas con él, ¿verdad? Es lo que no te atreves a decirme.

—Mamá...

—No pasa nada, yo siempre estaré aquí para ti. Cuando me necesites. —Acaricia el pelo de su hija y ambas dejan escapar algunas lágrimas más.

—Si quiere puedo darle el teléfono que he...

—¡Mason! —exclama Sav en voz baja a la vez que me dedica una mirada reprochante.

—Lo siento, perdone. Solo quería... Ya me callo. —Bajo la mirada y me rasco la nuca deseando que la tierra se abra y me trague.

Gracias a Dios, ambas ríen, al igual que mis tres acompañantes que siguen observando la escena.

Para nuestra sorpresa, la madre nos invita a terminar el año con su familia. El padre no está de acuerdo, y sospecho que esto les traerá problemas cuando nos hayamos marchado, así que decide cenar en silencio y retirarse a dormir muy temprano. Los niños, en cambio, disfrutaban con los juguetes de madera que les he traído y me piden que juegue con ellos.

S A V A N N A H

Mason y Jim juegan sentados en el suelo con mis hermanos, tiran del camioncito y hace reír a los más pequeños. Lia pasa la noche con sus padres, los cuales le perdonaron hace tiempo que se haya marchado y haya decidido cambiar su modo de vida; Chloe, sin embargo, no. Ella cena con nosotros y ni siquiera se plantea intentarlo con su familia de nuevo, después de cómo la trataron la última vez que quiso hablar con ellos.

—Venga, niños, ya es hora de ir a dormir —informa mi madre un rato después.

—Mason, ¿vendrás a vernos? —pregunta Jonas, mi hermanito de siete años.

Él me mira y busca una respuesta muda por mi parte, ante lo que asiento con una sonrisa.

—Claro, enano, nos veremos pronto, te lo prometo. —Despeina su pelo y le da un abrazo a cada uno antes de que corra hasta su dormitorio.

Mason, Jim, Jerrod, Johan, Chloe y yo nos quedamos en la cocina terminando de bebernos una taza de chocolate mientras mamá acuesta a los más pequeños. Mis hermanos más mayores entablan conversación con Mason y Jim, interesándose por su diferente modo de vida. Ambos están en su periodo de *rumspringa*, así que no me extrañaría nada que cualquier día de estos me los encontrase por Los Ángeles.

—Bueno, ya están todos en la cama —cuenta mamá volviendo con nosotros—. Hijos, ya les he dicho a Jonas y Joe que os dejen un sitio en la cama, que hoy dormiréis con ellos —comunica a mis hermanos mayores.

—Muchas gracias por dejarnos pasar aquí la noche —habla Jim con educación—, es un viaje muy largo para hacerlo en la oscuridad.

—Sí —apoya Mason tocando su hombro—, y encima se me ha hecho mucho más largo por los nervios —confieso con naturalidad.

Todos reímos y la mirada de mi chico me dice que se muere de ganas de besarme, de tocarme y de sentirme, las mismas ganas que tengo yo, pero ninguno lo hacemos por respeto a mi madre y a la comunidad. Incluso dormiremos en habitaciones separadas, pero no me importa, desde mañana no habrá nadie que nos separe.

Nos damos las buenas noches y cada uno vamos hacia un dormitorio, ellos al de mis hermanos mayores, y Chloe y yo a mi antigua habitación, en la cual hay dos camas. Le cuento todo lo que Mason me ha dicho en el granero y le doy las gracias por haberle ayudado con todo este plan; me hace reír con anécdotas que les han ido sucediendo, y se me encoge el corazón cuando llega a la parte en la que Mason lo ha pasado tan mal por no poder comunicarse conmigo.

—Buenas noches, amiga —dice cuando el sueño empieza a vencernos.

—Buenas noches, gracias por estar aquí.

Cierro los ojos y trato de relajarme, aunque me cuesta debido al manojito de nervios que tengo

en el estómago. Por un lado, por saber que Mason está al otro lado de esa pared; y, por el otro, porque en unas pocas horas tendré que despedirme de mi familia. Sin embargo, no estoy triste del todo porque sé que podré venir a verlos cuando quiera, eso es lo que mi madre me ha dicho en cuanto la he abrazado al ver que Mason y yo veníamos cogidos de la mano. Ella ha sabido que me iría incluso antes que yo, es mi madre, las madres lo saben todo.

Levanto la cabeza varios minutos más tarde al escuchar la puerta del dormitorio, todo está a oscuras, pero reconozco su olor. Giro la cabeza para comprobar que Chloe está dormida, y reprimo una risa nerviosa cuando Mason se cuela en mi cama.

—¿Te haces idea de lo que mi padre hará contigo si te pillan en mi cama? —susurro abrazada a él en la estrecha cama que nos encontramos.

—¿Crees que he hecho más de seiscientas millas para dormir en otra cama que no sea la tuya? —murmura antes de besarme.

Mi cuerpo arde y siento que la temperatura bajo el edredón ha subido varios grados de golpe, así que rompo el beso con una sonrisa y él capta el mensaje. Deposita otro beso en mi frente y pasa el brazo por detrás de mi cuerpo para que me apoye en su pecho.

—Estás tan ridículo con esta ropa —río en voz baja.

—Vaya, muchas gracias. Si llego a saber...

—Pero te quiero —confieso al fin interrumpiéndole.

Se incorpora y apoya el codo en el colchón, las nubes que cubrían la luna llena se mueven y dejan que una luz débil ilumine el interior del dormitorio, permitiendo que podamos vernos ligeramente.

—¿Qué has dicho? —pregunta mirándome a los ojos con la sonrisa torcida por la emoción.

—Que te quiero —repito, incorporándome también para besarle—. Te quiero.

—Lo más bonito que me ha pasado y no hay cámaras para grabarlo —bromea después de decirme que él también me quiere, a pesar de haberlo hecho ya hace tiempo.

*

Miro atrás una vez más antes de perder de vista a mi madre y mis hermanos, despidiéndome desde mi casa. Les saludo con la mano y les tiro besos mientras Mason me espera paciente ya en la carretera, no pensé que fuese a ser tan duro dejarles atrás.

—Te prometo que volveremos siempre que quieras —dice él cuando al fin nos encontramos caminando hacia el coche—. Podemos usar el avión, no tardaremos nada, sabes que todo lo mío es tuyo.

—Gracias. —Cierro los ojos ante su beso sobre mi pelo y se hace a un lado cuando mis amigas vienen a consolarme.

Chloe lo está pasando igual de mal —o peor— que yo, así que le doy la mano y dejo que lllore por no ser aceptada por su familia.

Esto es algo que sucede a veces cuando los hijos se marchan para hacer uso de su *rumspringa*. Hay ocasiones en las que vuelven a casa y son aceptados sin reproches, toman el bautismo definitivo y abrazan las costumbres Amish para el resto de su vida. Sin embargo, en algunos casos, cuando decides marcharte, lo haces sin opción de regresar. Y ese ha sido el caso de Chloe.

Mason habló ayer con Junior, ya que se vino sin haberle dicho nada y al pobre casi le da algo cuando se ha enterado. Por lo que me ha dicho, su asistente, después de poner el grito en el cielo

por este repentino viaje —debido al cual no ha asistido a una fiesta privada por el fin de año—, se ha alegrado y ahora ya está feliz porque sabe que Mason retomará sus compromisos.

No justifico ni apoyo el hecho de que descuidara su carrera por estar triste y angustiado, pero sí que lo entiendo. Es decir, si yo hubiese sido la que se quedó y él quien desaparece, creo que me habría vuelto loca y habría actuado igual. Bueno, excepto por las borracheras y las peleas que también me ha confesado. Si esta relación tiene algo de bueno es que nunca podrá engañarme, ni yo a él, porque siempre habrá cámaras que destapen aquello que queramos ocultar. Aunque eso no es un problema, no tengo intención de engañarle, y ahora, sé que él tampoco.

31 | SIEMPRE TÚ

MASON

Descendemos del avión que Junior nos ha hecho llegar hasta Albuquerque cogidos de la mano, sabemos que la prensa ya se habrá enterado de mi desaparición y que tendrán gente en todas partes, especialmente en el aeropuerto, pero es lo que menos nos preocupa ahora mismo.

—¿Estás lista, preciosa?

—Siento que esto ya lo he vivido —dice con una sonrisa nerviosa a medida que el coche en el que vamos se acerca a la parte exterior del aeropuerto.

—Venga, baja las ventanillas, Jeoff —pide Junior al chofer.

Mi asistente, junto con marketing, han pensado que lo mejor es dejar que “roben” alguna foto en la que se vea a Savannah para introducirla de nuevo poco a poco. Lo cierto es que nosotros lo hemos hablado en el avión y nos da igual cómo quieren hacerlo.

—¡Es Savannah! —gritan algunas personas mientras corren tras el vehículo, que, convenientemente, va despacio.

—¡Mason está con Savannah, es ella!

Vemos varios flases, así que le pido a Jeoff que acelere y volvemos a subir las ventanas, ya que es uno de enero y hace un frío de narices.

Abrazo a Savannah y pasamos el resto del trayecto hasta casa de Lia y Chloe hablando y comentando toda la locura de las últimas horas.

Un rato más tarde, al fin, tras una larga y desesperada espera, Savannah y yo entramos en nuestra casa, solos y agotados.

—Bienvenida a casa, preciosa —digo señalándole el interior.

Se muerde el labio y luego sonrío, corretea hasta mí y da un salto para abrazarme. Yo la sujeto en el aire y camino con ella hasta el sofá, me siento y sigo besándola varios minutos más, tras los cuales apoya su frente en la mía, cierra los ojos y llena sus pulmones de aire.

—Hace solo unas horas pensaba que no volvería a verte jamás —dice aún con los ojos cerrados.

—Lo único que importa es que ahora estás aquí.

—Gracias por venir a buscarme —murmura y apoya la cabeza en mi hombro.

*

Tras la noche más especial que hemos tenido jamás, nos despertamos sobre las diez de la mañana llenos de energía y con ganas de ir a desayunar a nuestro sitio favorito. Nunca llegué a deshacerme de la ropa de Savannah, algo dentro me decía que ella volvería a mi lado, así que tiene su armario repleto de cosas, tal y como ella lo dejó.

Yo me visto deprisa y sin prestar mucha atención a mi atuendo, solo para poder sentarme en la cama y observarla a ella, mientras se cambia, arregla su pelo y pone un poco de color a sus labios. Me mira de reojo y a través del espejo de nuestro cuarto de baño, sonrío y me lanza besos.

—¿Estoy guapa para mi primera reparación? —ríe colocándose frente a mí.

—Estás guapísima, igual que siempre. —Alargo el brazo para tirar de su mano y acercarla a la cama, la coloco entre mis piernas y le doy un beso, llevándome parte de su pintalabios.

Ella ríe y me lo limpia con su pulgar, luego coge mi teléfono de encima del edredón y arquea una ceja en mi dirección.

—Venga, busca —la invito, observando la pantalla cuando se sienta a mi lado.

Escribe su nombre y se lleva la uña a la boca mientras se carga la página.

—¿Desde cuándo te muerdes las uñas?

—No lo sé, ¿desde ahora? —Suelta una risita nerviosa y pincha sobre la primera noticia.

—Me va a dar algo.

—¿Quieres que la lea yo?

—Sí, por favor —dice entregándome el móvil antes de limpiarse el sudor de las manos en los pantalones vaqueros que se ha puesto.

—Veamos... Blah, blah, blah... —Ojeo la noticia por encima para hacerla rabiar un poco.

—¡Pero léelo en alto! —grita deteniendo su paseíllo por el dormitorio.

Estallo en una carcajada y me levanto para ir hasta ella, le ofrezco de nuevo el teléfono y le guiño un ojo.

—Venga, leerlo, es bueno —aseguro. Duda un segundo, pero al final lo acepta.

—“*La chica Amish regresa junto a nuestro cantante de oro.*” —empieza, dibujando de inmediato una encantadora sonrisa—. “*Cuando menos pensábamos que esto pudiera tener solución alguna, Savannah Dixon nos sorprende reapareciendo en Los Ángeles. Ha sido en el aeropuerto donde se ha visto a la pareja montada en el coche del cantante, muy sonrientes y sin pudor de ser captados por las cámaras. ¿Significa esto que se han reconciliado y Hollywood recupera a su pareja favorita? De ser esto cierto, las fans de Mason pueden volver a respirar tranquilas porque seguro que, ahora que Savannah ha vuelto a su lado, Mason recupera el ánimo y regresa a los escenarios. ¡Enhorabuena! ¡Estamos muy felices por la pareja!*”

—Parece que el mundo nos quiere juntos —sonríe cuando finaliza.

—Solo espero que no vuelvan a molestar a mi familia...

—No lo harán, si es necesario daremos un comunicado oficial para pedirles que les dejen vivir en paz. Y, si eso no sirve, pondré en marcha a mis abogados y solicitaremos una orden de alejamiento.

—Sí, para todos los paparazzi de California.

—Bueno, ahora no pienses en eso. ¿Tienes hambre? Porque yo estoy famélico y como no nos marchemos ya, te acabaré comiendo a ti —bromeo dándole un suave mordisco en el cuello.

Consigo hacer que ría y en seguida nos encaminamos hacia nuestro lugar preferido para desayunar en el muelle de Santa Mónica.

SAVANNAH

Charlamos e ignoramos las miradas incesantes de la gente mientras nuestra camarera ya habitual nos toma nota de lo que queremos comer. Sonreímos y no somos capaces de enfadarnos a pesar de la cantidad de fotografías que nos han seguido por todo el malecón.

—Espera —pide Mason a la chica antes de que se vaya. Entonces se levanta, la mira un par de segundos y le da un abrazo—. Gracias.

No intercambian más palabras, ella asiente igual de sonriente y se da la vuelta, dejándonos a solas.

—¿Y eso? —pregunto un tanto confusa.

—Hace unos días vine aquí a comer con Jim —explica y toma mi mano por encima de la mesa, la acerca a su boca y deposita un beso en el dorso—. Esa chica me dijo que, si de verdad te quería, debía ir a buscarte. Que el amor lo puede todo, hasta la distancia y la religión.

—Vaya. —La busco con la mirada, pero está atendiendo a alguien tras la barra.

—Me dio la valentía que me faltaba.

—Me alegro por ello, ¿o sea que tengo que darle las gracias a ella en vez de a ti?

—Tampoco te pases.

Rompemos a reír e intercambiamos ideas sobre cómo afrontaremos las cosas a partir de ahora; qué y cómo contaremos lo sucedido, lo que nos interesa compartir y lo que queremos guardarnos para nosotros.

Cuando terminamos de desayunar, respondemos a algunas preguntas de la prensa y dejamos que nos graben hasta que nos subimos al coche, desde el cual Mason les pide que respeten nuestra intimidad y que, por favor, no nos sigan. Conduce sin decirme a donde vamos, y se detiene en el arcén de la carretera que va hacia Malibú.

—Ponte esto —solicita con un antifaz en la mano.

—Mason Fox, ¿qué estás tramando? —Frunzo el ceño.

—¿Confías en mí?

Sin necesidad de responder, cojo el antifaz y me lo coloco de tal modo que no veo absolutamente nada. Aguardo con impaciencia mientras él sigue conduciendo, curvas, rectas, paradas y muchas cuestas. Y, cuando creo que mi estomago ya no lo va a soportar mucho más tiempo, disminuye la velocidad y frena.

—No te la quites todavía, espera.

Escucho cómo abre y luego cierra su puerta, imagino que rodea el coche y entonces abre la mía. Sujeta mi mano y yo no puedo evitar reír por lo nerviosa que estoy mientras él me guía, con sus manos en mi cintura y sus labios pegados a mi oreja.

—Ya puedes quitártela.

El viento me da de golpe en la cara y necesito pestañear varios segundos para percatarme de dónde estamos.

—¿Recuerdas este sitio? —pregunta abrazándome desde atrás.

—¿Cómo olvidarlo? Aquí me trajiste el primer día que salimos, y me dijiste que esto solo era una pequeña parte de tu mundo, que había mucho más y que tú querías enseñármelo si yo te dejaba.

—Te acuerdas de cada palabra —habla sorprendido.

Giro sobre mis pies y paso los brazos alrededor de su cuello.

—He pensado en ese momento cada noche desde que volví a la comunidad. Deseaba estar aquí contigo, así, exactamente como estamos ahora.

—O sea que tengo algo de brujo —bromea, como siempre, para hacerme reír y no pensar en lo mal que ambos lo hemos pasado las últimas semanas—. ¿Qué me respondes ahora, Savannah Dixon? —Sus ojos me observan con amor, cariño y respeto—. ¿Me dejarás que te enseñe el resto de mi mundo? Porque te aseguro que todavía no has conocido ni la mitad. No prometo que el viaje no será duro, y que habrá momentos en los que querrás matarme, pero sí puedo prometerte algo.

—Hace una pausa y me da un pequeño beso en los labios—. Puedo prometerte que me esforzaré cada día para hacer que sea especial y mejor que el anterior.

—Será todo un honor ser tu compañera de viaje, Mason Fox.

EPÍLOGO

4 AÑOS DESPUÉS

SAVANNAH

Los gritos de las fans inundan el vehículo en el que nos aproximamos a la presentación de la nueva película en la que he protagonizado un pequeño papel junto a Jim, el mejor amigo de Mason. Nunca imaginé que yo, Savannah Dixon, ex-Amish, acabaría comprometida con uno de los cantantes más conocidos del mundo, saliendo en una película y compartiendo una vida que jamás me había pertenecido.

—¿Estás nerviosa? —Mason acaricia el dorso de mi mano con su dedo pulgar, desvío la mirada un segundo y admiro el increíble anillo de compromiso que me regaló hace solo tres semanas.

Estábamos en casa, la cual compartimos desde hace años y donde guardo los maravillosos recuerdos de la primera vez que nos besamos e hicimos el amor. Preparábamos pizza casera, nuestro pasatiempo favorito, cuando me pidió que le acercase el bote de las aceitunas negras para añadirles a la masa. Noté cómo me observaba con atención a medida que me iba acercando, entonces bajé la mirada y entre esferas oscuras encontré algo brillante que me hizo pestañear varias veces.

—Mason. —Alcé la vista porque no podía creer lo que veían mis ojos, y lo encontré flexionando una rodilla con los ojos cristalizados.

Inmediatamente dejé el bote sobre la encimera de mármol, cogí el anillo con una mano y con la otra me cubrí la boca, perpleja y emocionada.

—No me di cuenta de lo infeliz que era hasta que tú apareciste en mi vida —comenzó, y yo ya estaba llorando—. Lo mejor que pudo pasarme aquel día fue que tú te colases en mi camerino, Savannah. Tienes una magia y un corazón tan grande y puro, que no imagino mi vida si no es a tu lado. ¿Te casarás conmigo?

Recuerdo cómo las piernas me temblaban tanto que me dejé caer de rodillas frente a él, asentí con la cabeza porque no me salía la voz y él se encargó de ponerme el anillo de oro blanco y diamante que siempre veía en las películas, el que todas las chicas anhelaban más que nada. En mi caso, llámame rara, pero el hecho de que oliese terriblemente a aceituna negra y ambos estuviésemos llenos de harina por la masa de la pizza, hizo de aquel un momento único e irremplazable.

—Claro que estoy nerviosa —contesto antes de darle un rápido beso en los labios—, una no sale en una película todos los días.

—Eso es cierto. —Sonríe y ambos miramos al frente cuando el conductor nos avisa de que ya hemos llegado.

La premier está a rebosar de gente, famosos con los que ya no me siento tan impresionada debido a que, gracias a Mason, comparto tiempo con ellos a menudo, aunque eso no hace que la

admiración que siento por muchos de ellos sea menor.

Lia y Chloe nos acompañan esta noche, vienen en otro coche tras nosotros, ambas acompañadas de sus parejas. Aunque parezca raro, son anónimas, siempre pensé que alguna de las dos acabaría saliendo con alguno de los amigos de Mason, pero no fue así.

El tiempo ha pasado deprisa, a menudo recuerdo aquellos días en los que era una chica asustada, recién llegada a una enorme ciudad, perdida y sin conocimientos de las cosas que ahora me parecen básicas.

Mi hermano Johan abandonó la comunidad hace dos años, cuando su *rumspringa* estaba terminando, vino a Los Ángeles y desde entonces somos inseparables. En cuanto a mis otros dos hermanos mayores al resto, Jerrod cumple veintidós en tres meses, y Jerome acaba de hacer diecinueve. Por desgracia para mis padres, los dos se han puesto en contacto con Johan y conmigo para contarnos sus intenciones de escaparse y hacer uso de ese bendito tiempo que me cambió la vida. Ya estamos preparando todo para ir a buscarlos, me gustaría decir que aprovecharé el viaje para ver a madre y padre, pero no será así, ellos me culpan de la marcha de mis hermanos, de modo que hace bastante tiempo que no tenemos comunicación.

—Es tu momento —susurra Mason sobre mis labios cuando ya estamos en la alfombra roja y los fotógrafos están cegándonos con sus flashes—. Disfrútalo. —Me guiña un ojo y se aparta de la escena para dejarme sola.

Poso de diferentes maneras para que el vestido que Junior me ha escogido luzca bien, sonrío y saludo a Jim y al resto de actores cuando se acercan para hacer las fotos de todo el elenco juntos. Diviso a mi hermano Johan junto a mis amigas y sus parejas al otro lado de la línea que marcan los organizadores, me sonrían y con eso es suficiente para darme fuerzas y energía.

Cuando la película está a punto de terminar, me veo obligada a levantarme de mi asiento y salir corriendo hacia el servicio. Mason me sigue, confuso, y llego justo a tiempo para arrodillarme en el inodoro y vomitar toda la cena. Él me sujeta el pelo con una mano a la vez que intento no echar el hígado por la boca por segunda vez hoy.

—Sav, voy a decirle a Junior que te pida una cita para el médico, esto no es normal —dice cuando ya estoy lavándome con agua.

Alzo la cabeza y lo miro a través del espejo, encontrándome con que él está observando mi barriga. Hace unos días no me lo hubiese ni siquiera planteado, pero tendría todo el sentido del mundo puesto que no hemos tenido mucho cuidado últimamente.

—¿Qué pasaría?

—¿A qué te refieres? —pregunta distraído. Me doy la vuelta para mirarlo directamente y acaricio mi barriga por encima de la seda azul.

—Si estoy embarazada.

Podría reaccionar de mil maneras, pero, para mi sorpresa, una sonrisa ilumina su rostro de modo automático, como en un acto reflejo.

—Pasaría que me harías el hombre más feliz del planeta. —Sujeta mi cintura con sus manos para atraerme hacia él—. Un bebé con la mujer que amo, ¿podría haber algo mejor?

—¿Hablas en serio?

—¿Lo dudas?

—Bueno, no es un tema que hayamos tocado mucho. Tu carrera está en lo más alto, un bebé lo cambiaría todo, Mason.

—Puede que ya sea hora de que todo cambie, ¿no te parece? —Acaricia mi mejilla y yo suspiro, indecisa—. Esta es ahora tu vida, Savannah. Hace cuatro años que te marchaste de la comunidad, que tomaste la decisión de dejar atrás tus costumbres para vivir...

—Una vida prestada —interrumpo, él asiente y me observa unos segundos en silencio.

—Crees que yo te mostré a ti el mundo, que te ayudé y te liberé, te presté mi vida. —Niega con la cabeza a la vez que dibuja una sonrisa nostálgica—. Pero fuiste tú la que me dio grandes lecciones, tú me enseñaste a ver la vida de otra forma, Savannah. Esta vida que vivimos juntos, ya no es prestada, ahora nos pertenece, a ti la mía y a mí la tuya, porque somos uno y estamos juntos en esto. Así que si me preguntas qué pasaría si estuvieras embarazada, tengo clara la respuesta. ¿Y tú?

—Desde luego que tienes el don de la palabra, ¿meterás todo esto en alguna canción? —bromeo y él ríe conmigo a la vez que seca una solitaria lágrima que resbala por mi mejilla y que él ha conseguido provocar.

—Esto mismo no, pero desde luego eres mi mayor inspiración.

—Y tú un gran embaucador —afirmo y dejo que me envuelva con sus brazos, mirándonos de nuevo a través del espejo.

—¿Qué dices entonces? ¿Te ves preparada para una nueva aventura?

—La vida contigo es una aventura constante de modo que, ¿por qué no?

FIN

AGRADECIMIENTOS

Este ha sido un libro muy especial porque he explorado campos que no conocía, como el complejo mundo de la cultura Amish, contrapuesto con el glamour y las falsas apariencias de Hollywood.

Tengo que agradecer en especial a todo mi «Escuadrón Demonio» por haber colaborado con sus opiniones y votos, por haberme ayudado a dirigir esta historia en una u otra dirección. Finalmente podemos tener “Vida prestada” entre las manos y eso no habría sido posible sin vosotras.

Como siempre a mi familia por el apoyo incansable, los ánimos y la confianza, y a mis amigas escritoras por los consejos compartidos y los esfuerzos valorados.

Si queréis saber más de mí, podéis encontrarme en mis redes sociales:

Instagram: @nerea61991w

Facebook: Nerea Vara Autora

Twitter: @LaReinaRoja6

Wattpad: @nerea61991

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

ERES MI DOSIS

Stephen Sinclair decidió cerrar su corazón el día que lo hicieron añicos cuando solo era un adolescente. Desde entonces se rige por tres reglas que nunca incumple: él manda, no repite con la misma y jamás suplica. Dedicó su vida a su carrera en la NBA, hasta el día en el que su rodilla sufrió grandes daños y debe cambiar de profesión...

Alyssa Mills se muda a Charlotte para acudir a la mejor universidad de interpretación y de paso, poder huir de su novio maltratador. Ríe, se divierte, acude a fiestas de fraternidades y vive bajo el continuo temor de ser encontrada por él. Hasta que un nuevo profesor se une a la plantilla y hace que comience a ver el mundo con otros ojos.

Amor, lucha interna de sentimientos y verdaderas amistades, en una historia que te demostrará cómo la edad y las circunstancias le importan bien poco al corazón.

PLACERES VIOLENTOS

Cuando los niños jugaban con balones, Hell lo hacía con mecheros. Las cicatrices que lo cubren son sus tatuajes y no le tiene miedo a la muerte; la ha desafiado tantas veces que se han hecho buenos amigos. Aunque eso es lo que ocurre cuando se vive jugando con fuego: terminas quemándote. La mafia en la que ha crecido aumenta cada día, y el sonido de balas rozándole los oídos es su melodía. ¿Habrá esperanza para él? Tal vez sí, o tal vez no... Para Hell, la esperanza no existe en el infierno. Hasta que un buen día y de la forma más inesperada, Hope se cruza en su camino. Huérfana y vendida a la red de prostitución de su padre, el mafioso más influyente del país, el joven Ivankov tendrá que librar la lucha interna más dura de su vida: conservar la lealtad inculcada hacia la familia, o seguir su corazón.

TENTACIONES PELIGROSAS

Gracias a la numerosa fortuna que sus padres les dejaron, Wendy y Rick han podido vivir sin problemas. Ella es rechazada por la universidad a la que pretendía ir, así que decide que ya es hora de volver a San Francisco, tras cuatro años estudiando en París. Su hermano lleva una vida llena de vicios. Es dueño de un concesionario de vehículos y le sobra el dinero. Cuando Wen le dice que quiere volver a casa, se alegra por volver a tenerla cerca pero no por los problemas que pueda causarle. Él vive con su mejor amigo, Josh. Wendy y Josh nunca se han soportado y esto es algo que preocupa a Rick inmensamente. Josh es igual que él, vicioso y con una vida nada recomendable para su hermana. Su día a día consiste en trabajar unas pocas horas y dedicar el resto del tiempo al juego, las fiestas, los coches, las peleas y a las mujeres, sobre todo a las mujeres. Puede controlar a su hermana, mantenerla lejos de ese mundo oscuro... o al menos eso cree él. Aunque pronto se dará cuenta de que la dulce y pequeña Wen ha crecido, y ya no es la misma de hace cuatro años...

LA ATRACCIÓN DE COOPER

Alaska. Una ciudad condenada a estar cubierta de nieve la mayor parte del tiempo. Una chica independiente y feliz, con una vida normal y cotidiana. Su única preocupación, divertirse con sus amigos y aprobar los exámenes. Tres chicos nuevos llegan al instituto envueltos en un halo de misterio, ocultan un secreto. Secreto que defenderán a toda costa, no tienen más remedio...

Taylor descubrirá unas flores muy poco comunes, con cientos de leyendas medievales a sus espaldas. ¿Tendrán éstas algo que ver con el secreto de los Elliott? ¿Qué ocurrirá cuando a la chica risueña le entre la curiosidad?

Déjate llevar por esta historia llena de amor y misterio, y descubre cómo Taylor y Cooper luchan contra sus sentimientos.

TOXIC

Él amaba las armas, quería su vida de traficante al margen de la ley, a pesar de que su padre fuera el jefe de policía. No pertenecía a nada ni a nadie, solo él, sus amigos y su carrera de Derecho para algún día marcharse lejos.

Ella era terca y ambiciosa. Trabajaba duro cada noche sobre la barra de un bar, bailando y aguantando las groserías de los clientes tras la barra. Tan solo tenía a su mejor amigo, el cual la apoyaba incondicionalmente, y su carrera de Medicina. Su sueño era ayudar a los demás.

Dos mundos totalmente opuestos, para un único desenlace. ¿Te lo perderás?